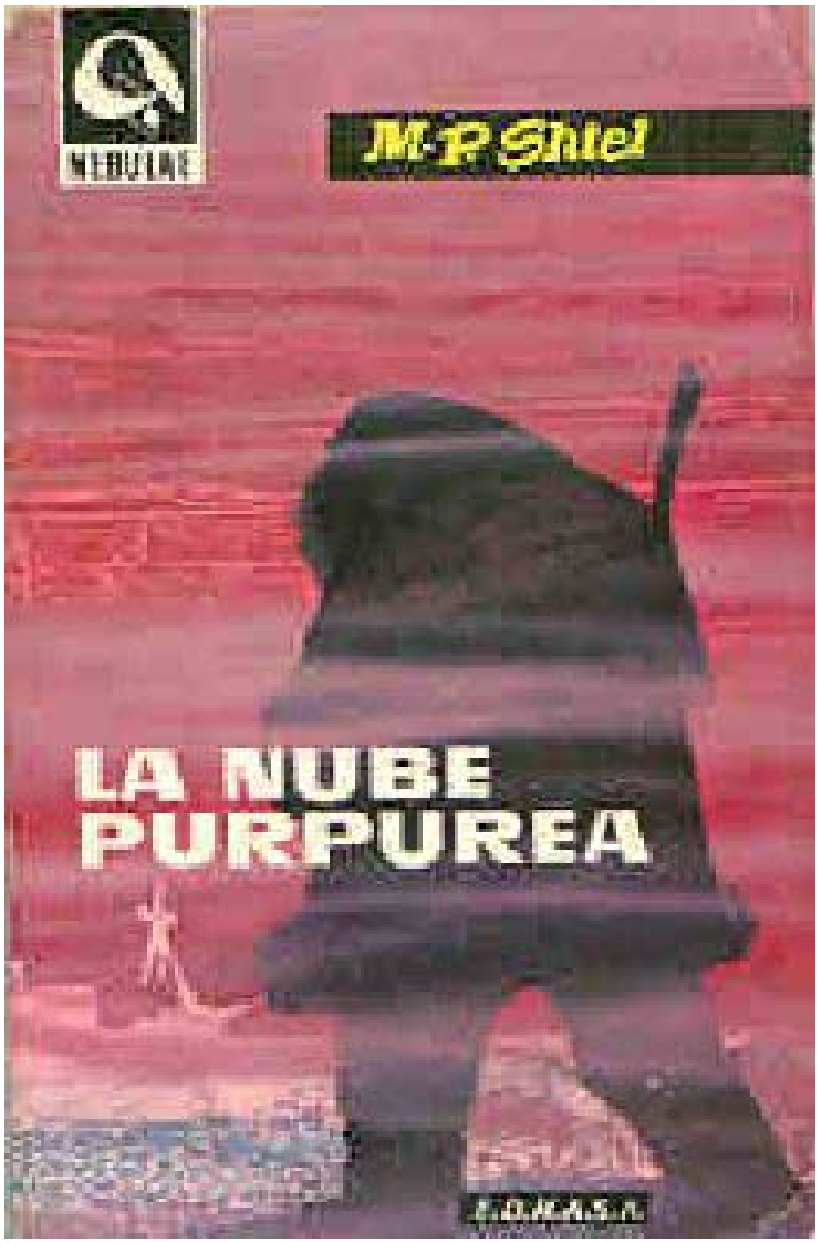
LIBRO dot.com

M. P. Shiel

LA NUBE PURPÚREA



PROEMIO

En mayo de este año, el autor recibió como cosa notable un paquete de papeles con el fin de que procediera a su examen — de un amigo, el doctor Arthur Lister Browne, miembro del Real Colegio de Medicina — consistente en cuatro cuadernos de apuntes repletos de esos vertiginosos garabatos de «taquigrafía», cuyo conjunto semeja revoloteantes enjambres... garrapateados en lápiz, y sin vocales; de manera que su desciframiento no ha sido una diversión. La carta adjunta estaba también estenografiada y asimismo escrita a lápiz, incluido el cuaderno de apuntes marcado con el III, y que ahora publico.

La carta decía así:

«Querido viejo camarada: He estado precisamente pensando en ti, deseando que estuvieras aquí para darte un último apretón de manos antes de que... me «vaya»; pues, en efecto, me voy. Hace cuatro días sentí un dolor en la garganta, por lo que acudiendo al consultorio del viejo Johnson, en Seltbridge, le pedí que me reconociera, y cuando murmuró algo sobre laringitis membranosa, me hizo sonreír, pero para cuando llegué a casa estaba afónico y no sonreía ya; antes de la noche tuve disnea y estridor laríngeo. Así que telegrafié a Londres pidiendo por Morgan, y, entre él y Johnson, me han estado abriendo la traquea y chamuscándome el interior con ácido crómico y el cauterio; pero soy demasiado gato viejo para no saber lo que es esto; los bronquios implicados... demasiado avanzado. Morgan se encuentra aún, creo, en confiada espera de añadirme a sus logradas estadísticas de traqueotomía, pero el diagnóstico fue siempre mi punto fuerte y la pequeña consolación de su muerte será la derrota de un especialista en su propia salsa. Así que ya veremos.

»He estado disponiendo algunos de mis asuntos esta mañana y recordé estos cuadernos de apuntes que tenía intención hace unos meses de traspasártelos, pero ya conoces mi costumbre inveterada de dejar de un día para otro las cosas, y, además, vivía aún la dama de quien tomé el relato: ahora ya está muerta, y me ha parecido que como escritor y como hombre podría ello interesarte, caso de que consigas descifrarlo.

»En los momentos presentes me encuentro bajo los efectos de la morfina, sumido en magnífico estado de languidez, y como estoy en disposición de escribir, quiero decirte algo sobre ella: su nombre, Mary Wilson; treinta años cuando la conocí y cuarenta y cinco cuando falleció; quince años de ella. ¿Conoces mucho sobro la filosofía del trance hipnótico? Esta fue la relación entre nosotros, hipnotizador y sujeto. Había sido tratada por otro antes de mí, sufría de un tic del quinto nervio y antes de que yo la asistiera la habían extraído la mayor parte de los dientes, e intentado también arrancarle el nervio de la parte izquierda mediante una escisión externa. Pero ello no había supuesto diferencia alguna: el reloj del infierno daba su tic-tac en la mandíbula de esta pobre mujer y fue una misericordia que tropezara conmigo, pues mi organización era idónea a lograr un fácil control sobre ella, y con unas cuantas sugestiones pude expeler su legión.

»Bien, creo que jamás habrás visto a nadie tan singular como a mi extinta amiga, miss Wilson; médico como soy, jamás podía contemplarla sin una especie de choque; ¡sugería a tal punto lo que llamamos «el otro mundo», cierto tufo de carcoma, un fantasma más que una mujer! Y sin embargo, apenas puedo transmitirte el por qué de ello, excepto por algunos secos detalles tales como los contornos de su espaciosa frente, labios delgados, mandíbula prominente y cenicientas mejillas. Era deplorablemente descarnada, siendo visible todo su esqueleto, excepto los fémures; sus ojos, de la azulenca tonalidad del humo del cigarrillo o de una solución de quinina tornada fluorescente por los rayos X; y tenía

la mirada más extraña, feble, ultraterrena, siendo a sus treinta y cinco años, blanca la mata de su cabello.

»Era de posición acomodada, vivía sola en una antigua quinta de Wooding, a unas cinco millas de Ash Thomas; y yo «comenzando» en esas partes por la época, no tardé en residenciarme en la quinta, pues ella insistía en que debía consagrarme a ella sola.

»Bien; hallé que en estado de trance, miss Wilson poseía notables poderes: no peculiares a ella misma en clase, sino fiables, exactos y de largo alcance, en grado. Cualquier bisoño se pone a discursear ahora sobre los poderes manifestantes de la mente en estado de trance, hecho que la Ciencia Física sólo tras interminables investigaciones admite ser cosa científica, pero conocida a cualquier vieja arrugada de la Edad Media; pero yo digo que los poderes de miss Wilson eran «notables», debido a que creo, en general, que los poderes se manifiestan más particularmente con respecto al espacio, tan distinto del tiempo, errando el espíritu en el presente, viajando sobre un llano; pero el don de miss Wilson era especial en esto, en que viajaba por todos los caminos y fácilmente en todos, a este, a oeste, arriba, abajo, en el pasado, en el presente y en el futuro.

»Lo descubrí gradualmente. Emitía un flujo de sonidos — apenas puedo denominarlo habla — murmurantes, guturales, mezclados con resoplidos de los mustios labios, acompañando ello de una intensa contracción rotuliana, rigidez y una expresión de consumado transporte; y yo tomé la costumbre de sentarme durante largo tiempo al lado de su cama, fascinado, intentando captar el significado de aquel lenguaje visionario que afluía como graznando de su garganta, exhalándole de sus labios, hasta que, en el decurso de los años mi oído comenzó a discernir las palabras; «el velo estaba rasgado» para mí también: y en cierto modo podía seguir las excursiones de su espíritu contemplativo y vagante.

»La oí un día pronunciar algunas palabras que me fueron familiares: «Tales fueron las artes por las cuales extendieron sus conquistas los romanos y alcanzaron la palma de la victoria»... de la obra «Declinar y Caída» de Gibbon, que yo tenía razones para suponer que no la había leído nunca.

»—¿Dónde está usted? — le pregunté con voz seria, a lo que ella replicó:

»—Estamos a ochocientas millas arriba. Un hombre está escribiendo. Nosotros estamos leyendo.

»Debo decirte dos cosas: la primera, que hallándose en trance no hablaba nunca en primera persona, sino, por lo que fuere, de esta manera objetiva plural de «nosotros», «estamos», «fuimos», aunque desde luego era instruida; y segunda, que cuando vagaba en el pasado, siempre se representaba como estando «arriba» (¿de la Tierra?), y a mucha mayor altitud cuanto más se retrotraía en el tiempo; al describir acontecimientos presentes siempre se sentía «en», mientras que respecto al futuro, invariablemente declaraba que «nosotros» estábamos a tantas millas «dentro de».

»No obstante, para sus viajes en esta última dirección parecían existir límites fijos; digo parecía, para significar que, a pesar de mis esfuerzos, nunca fue de hecho realmente lejos en esa dirección. Tres, cuatro mil «millas» eran cifras corrientes en sus labios para describir su distancia «arriba»; pero su distancia «próxima» no llegó nunca a más de sesenta. Generalmente decía veinte o veinticinco, apareciendo en relación con el futuro como un buceador, quien, cuanto más profundamente se sumerge, halla una presión más resistente, hasta que no puede forzar más la profundidad.

»Siento mucho no poder proseguir, aunque podría contarte muchas cosas sobre esta señora. Por espacio de quince años y de cuando en cuando, me sentaba escuchando junto a su opaco lecho, hasta que un día mi oído experimentado pudo

detectar el sentido de la más débil exhalación. Oí el «Declinar y Caída» de cabo a rabo; y aunque algunos de sus rebatos eran de la más frívola materia, me prendí a otros con un horror de interés. Ciertamente, he oído algunas asombrosas palabras pronunciadas por aquellos labios fantasmales de Mary Wilson. A veces podía ceñirla repetidamente a cualquier escena o tema que yo había escogido por el mero empleo de mi voluntad; en otras ocasiones la huidiza indocilidad de su andar me eludía; se resistía, desobedecía; de no haber sido así, podía haberte enviado, no cuatro cuadernos de apuntes, sino veinte. Hacia el quinto año, se me ocurrió que podría tomar notas más coordinadas, puesto que conocía la estenografía, y así lo hice. El cuaderno de apuntes «III» pertenece al onceavo año, y su historia comienza así: La oí un atardecer murmurando con la entonación empleada para la lectura, le pregunté dónde se hallaba y replicó: «Estamos a cuarenta millas próximas; leemos; otro escribe...»

»Pero nada más ya sobre Mary Wilson; pensemos mejor un poco en A. L. Brovrae, quien con un tubo de respiración en su tráquea y la Eternidad bajo su almohada...» (La carta del doctor Browne prosigue sobre temas que no tienen mayor interés aquí.)

(Procedo ahora a dar mi traducción del cuaderno «III» estenografiado, recordando simplemente al lector que las palabras forman la substancia de un documento a ser escrito, o a ser motivado (según miss Wilson), en ese Futuro, que, no menos que el Pasado, existe esencialmente en el Presente... aunque, al igual que al Pasado, no lo veamos. Sólo me resta añadir que el título, la división en párrafos, etc., han sido ideados arbitrariamente por mí, por pura conveniencia.)

(Aquí comienza el cuaderno de apuntes «III»)

Vaya, la memoria parece estar empeorando ya. ¿Cuál era, por ejemplo, el nombre de ese clérigo que predicó, justamente poco antes de que el Boreal zarpara, sobre el error de efectuar más intentos cualesquiera para alcanzar el Polo Norte?

Las cosas que tuvieron lugar antes del viaje parecen hacerse un tanto nebulosas hoy en el recuerdo; me he sentado aquí, en la galería de esta villa de Cornualles, para escribir alguna especie de narración sobre lo que ocurrió — Dios sabe por qué, puesto que ojo alguno podrá jamás leerlo — y ya en el propio comienzo no puedo recordar el nombre del clérigo.

Fue de seguro una rara especie de hombre, escocés del Ayrshire, grande, magro, de leonado cabello; acostumbrado a andorrear por las calles londinenses en burda ropa talar, con una clásica manta a cuadros de su país colgándole de un hombro; y una vez lo vi en Holborn, andando con su paso más bien zahareño, frunciendo el entrecejo y murmurando algo para sí mismo. No haría mucho que había llegado a Londres y abierto capilla (creo que en el Pasaje de la Cadena), y apenas lo hiciera que comenzó a atestarse la pequeña estancia religiosa; y cuando, unos años después, se trasladó a un establecimiento mayor en Kensington, toda clase de hombres, hasta de América y Australia, se congregaban para escuchar los retumbantes anatemas que lanzaba, aunque ciertamente no se hallaba ya en edad inclinada al arrebato del entusiasmo de profetas y profecías desde el púlpito. Pero este hombre singular despertaba indudablemente los oscuros e intensos sentimientos que dormitan en el corazón; sus ojos eran de lo más peregrino y penetrantemente poderosos; su voz, se alzaba desde el cuchicheo, tomando cuerpo, creciendo y aumentando como una bola de nieve para estallar de manera semejante a ella al llegar al fin de su rodar por la pendiente, o

como un témpano en una marejada allá en el norte, al par que sus gestos y ademanes eran tan agrestres como cualquier hombre salvaje ríe las primitivas épocas.

Pues bien, ese hombre — ¿cuál es su nombre... McIntosh, Mackay?... me parece que así se llamaba Mackay vio razón en considerar afrenta el intento de llegar al Polo en el Boreal; y durante tres domingos, mientras se estaban aproximando a su ultimación los preparativos, fulminó contra ellos en Kensington.

La excitación en cuanto al Polo había alcanzado en la época un grado que solamente puede ser expresado como febril, si ello sirve para definir el singular éxtasis e inquietud que prevalecía; pues el interés científico que el hombre había sentido por esta región desconocida se hallaba ahora, súbitamente, mil veces intensificado por uno nuevo... un tremendo interés de dinero.

Y el nuevo celo había cesado de ser saludable en su tono como el antiguo fervor lo había sido; pues ahora, el demonio Mammon, representante del espíritu de la codicia y símbolo del afán de riquezas, estaba interviniendo en la cuestión.

En el decurso de los diez años que precedieron a la expedición del Boreal, no menos de otras veintisiete se habían emprendido y fracasado.

El secreto del nuevo arrebato estaba contenido en la última voluntad de Mr. Charley P. Stickney, de Chicago, aquel emperador de las extravagancias, que se suponía ser la persona más rica de cuantas jamás moraron sobre la Tierra, y que había dejado una manda de 175 millones de dólares al hombre, de la nacionalidad que fuese, que alcanzara primero el Polo.

Sobre la expresión o cláusula de «el primero que alcanzara» y de su aplicación a una determinada persona, se había alzado seguidamente una creciente oleada de controversia, en Europa y América, en cuanto si el legatario había de ser el Jefe de la primera expedición que lograra su objetivo, hasta que finalmente se decidió por autoridad legal que la verdadera interpretación era puramente individual, o sea que cualquier persona integrante de la expedición que primero pusiera la planta del pie en el grado 90 de latitud era a quien concernía la «palma».

En todo caso, el frenesí había llegado al estado de fiebre, como ya he dicho; y en cuanto al Boreal en particular, el progresivo curso de sus preparativos era señalado al minuto en los periódicos, todo el mundo era una autoridad en su empresa, y en cada boca era una apuesta, una esperanza, una chanza o una mofa; pues ahora, por fin, se sentía que el éxito se hallaba próximo. Y así, Mackay tenía un auditorio interesado, si en cierto modo alarmado, de otro también en cierta manera cínico.

¡Un hombre valiente, de los llamados de corazón de león, habría de ser, después de todo, quien se atreviera a proclamar una opinión tan dispar con el sentir de su época! Uno contra cuatrocientos millones; ellos se inclinaban hacia un lado y él hacia el opuesto, manifestando que estaban equivocados... en un error todos! Las gentes dieron en llamarle «Juan Bautista redivivo», y sin duda que sugería algo por el estilo. Supongo que en la época en que tuvo la audacia de acusar a la Boreal no hubo soberano de trono alguno que, a no ser por la pérdida de su dignidad, no se habría sentido más que contento por ocupar un puesto de galeote a bordo.

El tercer domingo por la noche, de su diatriba, me encontraba yo en aquella capilla de Kensington y le oí. Y la fiera perorata que pronunció me pareció la de un hombre delirante de inspiración.

Todos escuchábamos mudos y encogidos la profética voz que se alzaba y descendía con todas las modulaciones del trueno, desde el rápido y sordo rumor hasta el reverberante estallido fragoroso; y quienes acudieron para tener ocasión de mofa, quedaron pasmados.

Lo que dijo en substancia fue lo siguiente: que había alguna especie de sino o hado agorero conectado con el Polo, en relación con la raza humana; que el continuo fracaso del hombre, a pesar de sus constantes esfuerzos para llegar a él, lo demostraba; y que el tal fracaso constituía una lección — y una prevención — que la raza menospreciaba, incurriendo en el peligro.

El Polo Norte — dijo — no se hallaba tan lejos, y las dificultades para alcanzarlo no eran demasiado grandes; el ingenio humano había realizado cosas mil veces más difíciles; sin embargo, a pesar de más de media docena de bien planeados esfuerzos en el siglo xix, y de treinta y uno en el xx, los hombres no llegaron a él nunca, aunque algunos lo pretendieron; siempre hemos sido frustrados, desbaratados, por algún aparente azar adverso — alguna Mano re-frenadora; y en ello reside la lección — y de ahí la prevención. Maravillosamente semejante al «árbol de la Ciencia» del «Edén» — dijo — era este Polo; el resto de la Tierra abierto y ofrecido al hombre, pero Ello persistentemente velado y «prohibido»; como cuando un padre posa una mano sobre su hijo diciéndole: «Aquí no, hijo mío; donde tú quieras, pero no aquí».

Mas los seres, dijo, eran libres de tapiar sus oídos y presentar una conciencia insensible a los murmullos y sugerencias del Cielo; y él creía — afirmó — que se hallaba próximo el tiempo en que hallaríamos absolutamente en nuestro poder situados en aquel grado 90 de latitud y plantar un pie impío sobre la cabeza de este planeta — como fue dado a Adán tender una sacrílega mano al árbol de la Ciencia — dijo — elevándose ahora su voz a una prolongada proclama de espantoso augurio — pues el abuso de ese poder había sido seguido en un caso por el derrumbamiento pronto y cósmico, y así por otro impedía a toda la dotación humana que esperase en adelante de Dios nada más que un cielo murrioso y un tormentoso tiempo.

La frenética sinceridad del hombre, voz autoritaria y salvajes gestos, no podían por menos de surtir efecto, sobre todo como para mí, lo confieso, que me parecía estar dirigiéndoseme un mensajero del Cielo; pero me parece que aún no había llegado a mi casa, cuando toda la impresión del discurso me pasó, algo así como el agua resbala por el lomo de un pato. No, el profeta en el siglo xx no era un éxito; el propio Juan Bautista, con su piel de camello y todo, habríase topado sólo con tolerantes encogimientos de hombros. Aparté de mi mente a Mackay con el pensamiento: «Me parece que está retrasado con respecto a su época.»

Mas ¿no debiera haber opinado de manera muy diferente de Mackay, puesto que ¡santo Dios...!?

Tres semanas aproximadamente antes de aquella disertación del domingo por la noche, me visitó Clark, el jefe de la expedición; simple visita de amistad. Llevaba yo para entonces establecido un año en el número 24 de la calle Barley, y aunque todavía por debajo de los veintisiete años, creo que en lo selecto tenía una experiencia como cualquier médico de Europa.

Selecto... pero poco; era capaz de mantener mi estado y moverme entre lo grande; pero de cuando experimentaba algún apuro, y fue, de hecho, precisamente por entonces que fui sólo salvado de los engorros por el éxito de mi obra Aplicaciones de la Ciencia a las Artes.

En el curso de la conversación que sostuvimos aquella tarde, Clark me dijo, a la manera casual que acostumbraba:

—¿Sabes lo que soñé de ti la noche pasada, Adam Jeffson?... Pues que ibas con nosotros en la expedición.

Me parece que debió haber reparado en mi sobresalto, pues la misma noche había soñado yo también lo mismo. Pero no dije media palabra sobre ello. Mi lengua se trabó al responder:

—¿Quién? ¿Yo? ¿En la expedición...? No iría si me lo pidieran.

—Oh, claro que irías.

—Pues no iría. Te olvidas de que estoy a punto de casarme.

—Bien, no lo discutamos, pues Peters no se va a morir. De todos modos, si le ocurriese algo, es a ti a quien vendría yo en derechura a decírtelo, Adam Jeffson.

—Bromeas, Clark. Sé muy poco de fenómenos astronómicos o meteorológicos. Además, estoy a punto de casarme...

—¿Y que hay de tu botánica, amigo? Ahí es donde te necesitaríamos; y en cuanto a astronomía náutica, bah, un hombre de tus hábitos científicos la captaría en un abrir y cerrar de ojos.

—Discutes el asunto gravemente, Clark — sonreí — tal suposición no se presentaría nunca. Por primera de todo se encuentra mi prometida.

—Ah, la importantísima doncella, ¿eh? Bien, pues ella, tanto como conozco a la dama, sería la primera que te obligaría a ir. No se le presenta a uno cada día la oportunidad de plantar un pie en el Polo, hijito.

—Ofrécesela a otro cualquiera — repliqué —. Está Peters...

—Sí, desde luego, está Peters. Pero créeme, el sueño que tuve...

—¡Ah, tus sueños! — reí.

Sí, lo recuerdo; pretendí reír; pero en lo íntimo de mi corazón, en su secreto fondo sabía aun entonces, que estaba ocurriendo en mi vida una de esas crisis que, desde mi infancia, la convirtieran en la más extraordinaria que cualquier criatura de la tierra viviera jamás; y sabía que era así, primero debido a los dos sueños, y en segundo lugar debido a que una vez se hubo ido Clark y cuando me estaba poniendo los guantes para ir a ver a mi prometida, oí distintamente las dos antiguas voces, diciendo una: «¡No vayas a verlas ahora!», y la otra, «¡Sí, ve, ve!»

¡Las dos voces de mi vida! Quien esto lea podría pensar que se trata simplemente de dos impulsos contradictorios o bien que desvarío; ¿pues qué nombre moderno podría comprender la real apariencia de aquellas voces, cuan altas y al par prontas podía yo oírlas contender en mi interior, con una proximidad «más cercana que el aliento», «más estrecha que las manos y los pies»?

Hacia la edad de siete años me aconteció por primera vez; hallábame jugando un atardecer de verano en un pinar de mi padre, a cosa de una milla de una cantera; y me pareció como si alguien en mi interior me dijera: «Ve. a dar un paseo a la cantera», y como si algún otro me previniera: «¡No vayas en absoluto por ese camino!», cuchicheos a la sazón, que gradualmente, a medida que crecía, fueron ampliándose a gritos de rabiosa pugna. Y fui a la cantera que estaba en el cerro... y me caí. Algunas semanas después, al recuperar el habla, conté a mi madre que alguien «me había empujado» sobre el borde, y que algún otro «me había cogido» en el fondo...

Una noche, poco antes de mi treceavo cumpleaños, hallándome tendido en un sofá, se me acudió la idea de que mi vida debía de ser de grandísima importancia para alguna cosa o cosas que no podía ver; que dos potencias que se odiaban mutuamente, debían de hallarse continuamente tras de mí; una deseando matarme y la otra mantenerme vivo; una queriendo que hiciera tal cosa y la otra la opuesta; que yo no era un muchacho como los demás, sino un ser aparte, especial, señalado para... algo. Ya entonces tenía nociones, cambios de talante, instintos fugitivos, tan ocultos y primitivos, lo creo verdaderamente, como los del primer hombre que empezó a caminar; así que tales expresiones como «El Señor habló así, diciendo...», jamás sugirieron en mi mente pregunta alguna en cuanto a cómo

era oída la voz; no hallaba difícil comprender que los hombres tuvieron originariamente más de dos oídos, tal como las bestias y los «médiums» los tienen, ni tampoco me habría sorprendido saber que yo, en estos tiempos posteriores, me parecería más o menos a aquellos primigenios.

Pero ninguna criatura, excepto, acaso, mi padre, ha soñado nunca fuera lo que aquí manifiesto que era; yo parecía el muchacho corriente de mi época, destinado a alguna Universidad, empollando para los exámenes y haraganeando en los clubs. Y cuando tuve que elegir una profesión, ¡quién pudo haber sospechado la batalla que se desarrollaba en mi pecho, mientras mi cerebro se hallaba indiferente; aquel conflicto en el cual las voces camorristas vociferaban, una: «¡Sé médico!», y la otra: «¡Se abogado, artista... cualquier cosa menos médico!»

Y médico me hice, y acudí a la que se había convertido en la más importante de las Facultades... Cambridge; y allá fue que tropecé con un hombre llamado Scotland, quien tenía una visión singular del mundo; que estaba siempre hablando de ciertas potencias «Negras» y «Blancas», hasta que se tornaba absurdo. Y le colgaron el apodo de «El hombre del misterio Blanco y Negro», debido a que cuando alguien dijo algo sobre «el negro misterio del universo», Scotland le corrigió diciendo «el misterio negro y blanco».

Bien recuerdo a Scotland — tenía sus habitaciones en el atrio nuevo del Trinity, y un grupo de nosotros nos reuníamos generalmente allí. Era una de las almas más nobles y apacibles que darse puedan, con una pasión por los gatos y por Safo y por la Antología, bajo de estatura y de nariz romana, haciendo siempre esfuerzos por mantener recto el cuello y meter el estómago hacia dentro. Acostumbraba a asegurar que el universo estaba siendo disputado furiosamente por dos poderes; que el Blanco era el más fuerte, pero no hallaba muy favorables para su éxito las particulares condiciones de nuestro planeta, y que había tenido la mejor parte en la contienda hasta la Edad Media en Europa, pero que desde entonces había estado cediendo, lenta y obstinadamente ante el Negro; y que finalmente el Negro ganaría — no en todas partes acaso, pero aquí sí — y se llevaría, si no otro planeta, cuando menos éste, por presea.

Tal era la doctrina de Scotland, la cual no se cansaba nunca de repetir; y mientras los demás le escuchaban con simple tolerancia, poco podían adivinar cómo yo, ardiendo de hondo interés, aunque sonriendo cínicamente al exterior, absorbía sus palabras. Muy profunda, profundísima, era la impresión que en mí producían.

Pero estaba diciendo que cuando Clark me dejó, me estaba poniendo los guantes para ir a visitar a mi prometida, la condesa Clodagh, y oí las dos voces de la manera más clara; y así como a veces es tan predominante el apremio de uno u otro impulso que no hay nada que lo resista, lo mismo me sucedió ahora con la voz que me incitaba a ir.

Tenía que atravesar la distancia entre la calle Barley y la plaza Hannover, y durante todo el tiempo que anduve, me pareció como si alguien me dijese al oído: «¡Ni media palabra sobre la visita de Clark!», y por otra parte algún otro: «¡Cuenta, no ocultes nada!»

Me pareció que pasaba un mes, aunque en realidad no transcurrieron sino unos cuantos minutos para cuando me encontré en la plaza Hannover, y con Clodagh en mis brazos.

Clodagh era en mi opinión la más soberbia de las criaturas... con aquella altanera garganta que parecía estar despreciando siempre a alguien detrás de ella, justamente tras su hombro izquierdo. ¡Soberbia, mas ay — ahora lo sé — una mujer despiadada, un corazón cruel!

En cierta ocasión me confesó que su personaje favorito en la Historia era Lucrecia Borgia, y al ver mi expresión de horror, se apresuró a añadir:

—Bueno, no, ¡sólo estaba bromeando!

Tal era su duplicidad; pues ahora veo que vivía esforzándose por mantener oculto de mí su nefando corazón. Sin embargo, ahora que pienso en ello, veo también cuan por entero me dominaba Clodagh.

A nuestro proyectado matrimonio se oponían tanto mi familia como la suya: la mía, debido a que el padre y el abuelo de Clodagh habían muerto en clínicas mentales; y la de ella, debido a que yo no era desde luego un partido rico o noble. Una hermana de Clodagh, de mucha mayor edad, se había casado con un vulgar médico rural, Peters de Taunton, y la así denominada mésalliance hacía doblemente detestable a sus parientes la repetición conmigo. Pero la pasión de Clodagh por mí no era cosa que pudieran sofocar ni amenazas ni ruegos. ¡Qué llama tan ardiente era Clodagh, en medio de todo! A veces me espantaba.

En aquel tiempo no era ya muy joven, llevándome cinco años, los mismos que a su sobrino, nacido del matrimonio de su hermana con Peters de Taunton, y siendo este sobrino Peter Peters, quien había de acompañar a la expedición del Boreal como médico, botánico y ayudante meteorólogo.

Aquel día de la visita que me hiciera Clark, apenas hube estado cinco minutos sentado en compañía de Clodagh, cuando dije:

—El doctor Clark... ja, ja... ha estado hablándome sobre la expedición... dijo que si algo ocurriese a Peters, yo sería el primer hombre al que acudiría para que ocupase su puesto... tuvo un sueño absurdo...

Clodagh, en pie ahora ante la ventana, teniendo en su mano una rosa junto a su rostro, no replicó por espacio de un minuto; observé su rostro de agudo corte y sonrosado, de perfil, un tanto inclinado y oliendo la flor, hasta que dijo a su manera desalmada, fría y rápida:

—El hombre que primero ponga el pie en el Polo, de seguro que será ennoblecido. Y no digo nada de los muchos millones... ¡Sólo desearía ser ese hombre!

—Pues de mí no sé que tenga una especial ambición en ese sentido — repliqué —. Soy feliz en mi cálido Edén con mi Clodagh.

—¡No hagas que piense mezquinamente de ti! — respondió con cierto enojo.

—¿Y por qué habrías de hacerlo, Clodagh? No estoy ligado al deseo de ir al Polo Norte.

—Pero supongo que irías, si pudieras.

—Pudiera... yo... lo dudo. Hay nuestra boda...

—¡Eso es! Y ahí está la única cosa que transformaría nuestro matrimonio de una servil dificultad en un acontecimiento diez veces triunfal.

—Si yo personalmente fuese el primero en plantar pie en el Polo; pero hay muchos en un... —Por mí lo harás, Adam...

—¿«Harás», Clodagh? — exclamé —. ¿Dijiste «harás»? No hay ni la sombra de una probabilidad...

—¿Por qué no? Aún quedan tres semanas para la partida. Dicen... Se detuvo.

—¿Qué es lo que dicen? La voz de ella bajó de tono al responder: —Que Peters toma atropina.

El sobresalto me puso en pie, mientras ella se movía de la ventana para sentarse en una mecedora, donde se puso a hojear un libro, sin leerlo; quedamos ambos silenciosos, yo mirándola y ella pasando su pulgar por las páginas, y repitiéndolo contemplativamente, hasta que rió con risita seca y nerviosa.

—¿Por qué te sobresaltaste cuando dije eso? — preguntó, leyendo ahora al azar.

—Yo... no me sobresalté, Clodagh. ¿Qué es lo que te hace suponer que me sobresaltara?... ¿Y quién te dijo, Clodagh, que Peters toma atropina?

—Es mi sobrino, por lo que debo saberlo bien. Pero no me mires tan perplejo, de ese modo tan absurdo; no tengo intención de envenenarle para que puedas ser multimillonario y par del reino... —¡Mi querida Clodagh...!

—Sin embargo podría hacerlo con la mayor facilidad. Va a venir aquí esta noche, en compañía de Mr. Wilson. (Wilson iba a ser el electricista de la expedición.)

—Clodagh — dije — bromeas de una manera que no encuentro gentil.

—¿Lo hago realmente? — respondió con el altanero ademán y volviendo a medias su cuello —. En ese caso debo ser más delicada. Pero de todos modos no es sino una broma. No se admira ya a las mujeres por hacer tales cosas.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... no... ¡no se las admira ya, Clodagh! Bueno, cambiemos de tema...

Pero ella no podía ya hablar de ninguna otra cosa más... e hizo que desplegara yo aquella tarde la historia de las expediciones polares de los últimos años, hasta donde habían llegado, mediante qué ayudas y por qué habían fracasado. Sus ojos brillaban y escuchaba con avidez. Antes de ello, se había en realidad interesado por el Boreal, conocía los detalles de aparejamiento y conocía a varios miembros de la expedición; mas ahora, súbitamente, su interés parecía inflamado, pareciendo haberla puesto al rojo vivo, con la fiebre del Ártico, mi mención a la visita de Clark.

Aún recuerdo el ardor de sus besos al liberarme de su abrazo aquel día al despedirme. Me fui a casa con el corazón más bien triste.

Y bueno... luego, de la casa del doctor Peter Peters, que estaba a tres puertas de la mía, en la acera opuesta de la calle, vino corriendo su criado a despertarme a medianoche, con la noticia de que su amo estaba enfermo; y apresurándome a mi vez a acudir a la cabecera de su cama, a la primera ojeada me percaté, por su delirante alegría y la fijeza de sus pupilas, que estaba intoxicado de atropina.

Wilson, el electricista, que había pasado la velada con él en casa de los Clodagh, en la plaza Hannover, y se hallaba también presente, me preguntó:

—¿Qué es lo que le ocurre?

—Intoxicado — respondí.

—¡Santo Dios! Atropina, ¿no es así?

—No se asuste; creo que se recobrará.

—¿Seguro?

—Sí... bueno, quiero decir si deja de tomar la droga, Wilson.

—¿Qué? ¿Es él mismo quien se ha intoxicado?

Vacilé, pero luego dije:

—Tiene por costumbre tomar atropina.

Permanecí tres horas allí, y Dios sabe que me afané por su vida; cuando lo dejé en la oscuridad del alba, mi espíritu estaba tranquilo.

Dormí hasta las once, y volví nuevamente a su lado; en su habitación se encontraba una de mis dos enfermeras y Clodagh; al instante, mi amada se puso el dedo sobre el labio, cuchicheando:

—¡Chist! Está dormido... — y luego vino a mí, para decirme al oído —: Supe la noticia temprano... y he venido a estar a su lado...

Nos miramos durante unos instantes fijamente... pero mis ojos fueron los primeros en bajar. Tenía una palabra por decir en la punta de la lengua, pero no dije nada.

La mejoría de Peters no fue tan estable como lo había yo esperado. Al final de la primera semana se encontraba aún postrado; y fue entonces cuando dije a Clodagh:

—Clodagh, tu presencia a la cabecera de la cama me impacienta como sea... es tan innecesaria...

—Ciertamente innecesaria — replicó —. Pero siempre tuve genio para la enfermería, y una pasión por observar las batalla del cuerpo. ¿Por qué pones reparos?

—Oh, no lo sé... Este es un caso que no me gusta; casi tengo deseos de mandarlo a paseo. —Pues hazlo.

—Y tú también... ve a casa, ¡a casa, Clodagh! —¿Pero por qué... si una no perjudica? En estos tiempos de «la corrupción de las clases superiores» y decadencia romana de todo, ¿no debe ser estimulado cada antojo inocente por los probos que se esfuerzan contra la marea? Siento un sensible placer en andar revolviendo con drogas y pócimas... como Helena, por ejemplo, y Medea y Calipso, y las grandes mujeres de la Antigüedad, que eran todas alquimistas. Para tudiar la nave humana en una tormenta y el lento drama de su zozobrar... Y deseo que adquieras la costumbre de dejarme un poco a mi albedrío...

Y me pasó al mismo tiempo la mano por el cabello con tan altiva travesura, que me ablandó; pero al mirar aún entonces al chafado lecho, vi que el hombre que en él estaba se encontraba muy enfermo.

¡Todavía siento náuseas al escribir sobre ello! Lucrecia Borgia pudo haber sido heroica en su propia época; ¡pero Lucrecia en este siglo moderno! Era como para hacer vomitar al corazón...

El hombre de aquel lecho empeoraba, digo. Pasó la segunda semana, y quedando sólo diez días para que zarpara la expedición, Wilson, el electricista, se hallaba sentado un atardecer junto a la cama de Peters cuando entré yo en el momento en que Clodagh se disponía a administrar una dosis a Peters; pero al verme, dejó el vaso con la medicina sobre la mesita de noche, y vino hacia mí; y, al venir, vi algo que me hizo la impresión de una puñalada, pues Wilson tomó el vaso depositado por ella, lo miró, y lo olió, efectuándolo todo ello con un disimulo y una expresión que me parecieron significaban desconfianza...

En el ínterin, Clark venía a verme cada día. Tenía también él un grado médico, y por entonces le llamé profesionalmente, así como a Alleyne, de la plaza Cavendish, en consulta sobre Peters, que ahora yacía en un semicoma interrumpido por intensos vómitos, dejándonos a todos perplejos su estado. Diagnostiqué formalmente que había tomado atropina... que originalmente había sido intoxicado por la atropina... pero veíamos que sus actuales síntomas apenas eran los de la atropina, sino, casi lo parecía, de algún otro tóxico, o tóxicos, vegetales, que no podíamos designar de manera definida.

—Es cosa misteriosa — me dijo Clark al quedarnos solos.

—No lo comprendo — dije por mi parte.

—¿Quiénes son las dos enfermeras?

—Oh, mías y muy recomendadas...

—De todos modos, mi sueño sobre ti se convierte en realidad, Jeffson. Resulta claro que Peters se encuentra ya fuera de causa.

Me encogí de hombros.

—Y ahora te invito formalmente a unirte a la expedición — siguió Clark —. ¿Aceptas?

Volví a encogerme de hombros.

—Bien, si eso significa consentimiento, déjame recordarte que sólo dispones de ocho días, y todo lo del mundo para hacer en ellos.

Esta conversación se desarrollaba en el comedor de la casa de Peters; y al pasar por la puerta, vi a Clodagh que se deslizaba por la senda exterior, rápidamente... alejándose de nosotros.

Ni una palabra la dije aquel día sobre la invitación de Clark; y sin embargo me repetía insistentemente a mí mismo: «¿Lo sabrá ella? ¿No lo habrá escuchado, y oído?»

Mas fuera como fuese, lo cierto es que, alrededor de la medianoche, y para mi gran sorpresa, Peters abrió sus ojos, sonrió, y para el mediodía del siguiente día, su magnífica vitalidad, que tan idóneo le hacía para una expedición al Ártico, se había vuelto a encajar; hallábase ya incorporado en la cama, apoyado sobre un codo y hablando con Wilson; excepto por su palidez y fuerte dolor de estómago, apenas le quedaba nada de su reciente proximidad a la muerte. Para el dolor receté algunas pastillas de sulfato de morfina y me marché.

Por lo demás, David Wilson y yo no nos habíamos apreciado nunca mucho, y aquel mismo día él creó una penosa situación entre Peters y yo, ni contarle que su puesto en la expedición había sido ocupado por mí.

A lo cual Peters, persona muy susceptible, respondió dictando al instante una carta de protesta a Clark, carta que éste me la transmitió a mí, marcada con un gran signo de interrogación en lápiz rojo.

Ahora bien, los preparativos de Peters estaban completamente hechos, y los míos no, y él disponía aún de cinco días para recobrarse del todo; por lo tanto escribí a Clark diciéndole que las cambiadas circunstancias anulaban mi aceptación a su propuesta, aunque yo había incurrido ya en la inconveniencia de negociar con un locum tenens.

Así lo decidí: Peters había de ir, y yo me quedaría. El quinto día antes de la partida, amaneció un viernes, el 15 de junio. Peters, ya en un sillón, se hallaba animado, aunque todavía con pulso febril y dolor de estómago, por lo que le seguía dando tres cuartos de gramo de morfina por día. Aquel viernes, por la noche, le visité a las once, encontrando a Clodagh en su compañía, charlando, y fumando él un puro.

—Te estaba esperando, Adam — me dijo Clodagh —. No sabía si debía inyectarle algo esta noche. ¿Es sí o no?

—¿Qué es lo que opina usted, Peters? — pregunté.

—Pues creo que acaso sería mejor tomar otro cuarto — respondió —. Todavía siento bastante molestia...

—Un cuarto de gramo, pues, Clodagh — dije.

Al abrir ella la cajita de la jeringuilla, observó con un mohín:

—Nuestro paciente ha sido malo... ¡Ha tomado un poco más de atropina!

Me enojé al punto.

—Peters — dije — ya sabe usted que no tiene derecho a hacer una cosa así sin consultarme. ¡Repítalo y juro que no tendré más que ver con usted!

—Tonterías — dijo Peters — ¿a qué todo ese innecesario acaloramiento? Una pizquita de nada... sentí que la necesitaba.

—-Se la inyectó por su propia mano — observó Clodagh.

Se encontraba ella ahora en pie ante el aparador, donde tras haber tomado la cajita de la jeringuilla de la mesita de noche y sacado también la redoma que contenía las tabletas de morfina, se ocupaba además en desleír una de éstas en un poco de agua destilada, con la espalda vuelta a nosotros, y así pasó durante largo rato, hablando al par de un Bazar de Caridad que había visitado aquella tarde, mientras yo seguía en pie y Peters seguía fumando en su sillón.

De pronto, un pensamiento extravagante me cruzó por el cerebro: «¿Por qué tarda tanto?»

—¡Ah, qué dolor era éste! — dijo Peters —. Deja a lado el bazar, tía... y piensa en la morfina.

Súbitamente me invadió un irresistible impulso... de abalanzarme a ella, y de arrancar de sus manos todo, jeringuilla, tableta y vaso. Debí haberlo obedecido... estuve a punto de obedecerlo... mi cuerpo se inclinaba ya hacia adelante; pero en aquel mismo momento una voz en la puerta abierta tras mí, dijo:

—Bien, ¿cómo va todo?

Era Wilson, el electricista; y con centelleante celeridad recordé la expresión de desconfianza que viera una vez en sus ojos... Pero yo no podía, no quería... era mi amor... Me quedé como de piedra.

Clodagh se dirigió a Wilson llevando en su mano el frágil vaso conteniendo la inyección; y mis ojos, prendidos en su rostro, lo vieron tan pleno de seguridad y de inocencia, que me dije mentalmente: «¡Debo estar loco!»

Comenzó una charla corriente mientras Clodagh levantaba la manga de Peters y, arrodillándose, le inyectaba en el antebrazo; mas al levantarse, y riendo a alguna observación de Wilson, se le escapó de las manos el vaso y, como por accidente, lo pisó aún en el suelo. Luego, al poner la jeringuilla entre varias otras sobre el aparador, mencionó de nuevo con el mismo mohín que antes lo hiciera:

—El paciente ha sido malo, Mr. Wilson... ha estado tomando más atropina.

—¿No será verdad? — dijo Wilson.

—Éa, dejadme solo todos — respondió Peters —. No soy ningún chiquillo.

Fueron las últimas palabras inteligibles que pronunció: murió poco antes de la una de la madrugada, envenenado por atropina, a pesar del sulfato de morfina, el antídoto que se le había aplicado.

Desde este, momento al que el Boreal me transportó Támesis abajo, todo fue un confuso sueño para mí, del cual apenas algún detalle me queda en la memoria: recuerdo cómo en la encuesta fui convocado para atestiguar que Peters se había inyectado él mismo atropina; lo cual, habiendo sido corroborado por Wilson y por Clodagh, dio un veredicto en consecuencia.

Y, desde aquella prisa caótica de preparativos, otras dos cosas recuerdo, pero éstas con claridad.

La primera — y principal — es el torbellino de palabras que oyera en Kensington de aquel bocazas de Mackay en la noche del domingo. ¿Qué señuelo me había atraído a aquel lugar aquella noche, con lo atareado que estaba? Pues acaso lo sé.

Allá estuve sentado, escuchándole: y de la manera más singular habían quedado impresas en mi cerebro aquellas palabras de su perorata, cuando lanzándose a un tono de profecía, Mackay proclamó: «Y así como en un caso el abuso de este poder fue seguido por derrumbamiento pronto y cósmico, así, en el otro, prevengo a toda la dotación humana que no espere en adelante de Dios sino un cielo enfurruñado y un tiempo tormentoso.»

Y la segunda cosa que recuerdo de toda aquella vorágine de dudas y agitaciones, es que cuando el Boreal iba moviéndose con la marea vespertina, me pusieron un telegrama en la mano, unas palabras últimas de Clodagh, que decía sólo: «Sé el primero... por mí.» Y yo me dije para mis adentros: «La mujer me dio del árbol, y yo comí.»

El Boreal desatracó del muelle de Santa Catalina con tiempo magnífico en la tarde del 19 de junio, pleno de gran esperanza y con destino al Polo.

Todos los muelles eran una región de cabezas tendidas en innumerable vaguedad, y bajando el río a Woolwich, de ambas orillas provenía un zumbido y murmullo de abejas vitoreando nuestro viaje.

La expedición era en parte un asunto nacional, subvencionado por el Gobierno, y si hubo jamás un barco bien construido, éste era el Boreal, que tenía un casco más sólido que el de cualquier buque de guerra, capaz de espolonear diez metros de hielo a la deriva, y abastecido con suficiente pemmican, bacalao, conservas y demás como para que pudiéramos mantenernos por espacio de no menos de seis años.

Éramos diecisiete en total, los cinco grandes (por así decirlo) de la empresa: Clark (el jefe), John Mew (capitán), Aubrey Maitland (meteorólogo), Wilson (electricista), y yo (médico, botánico y ayudante meteorólogo).

La idea era alcanzar tan lejos al Este como los 100º ó 120° de longitud; tomar allá la corriente norte, y abrirnos paso hacia el Norte; y cuando el buque no pudiera penetrar más, abandonarlo (tres o cuatro de nosotros, con esquís), y con trineos tirados por perros y renos, dar un asalto al Polo.

Este había sido también el plan de la última expedición — la del Nix — y asimismo de otras, difiriendo sólo la del Boreal de la del Nix, en que era de más acabada concepción y más ponderada previsión.

Nuestro viaje transcurrió sin incidente digno de mención hasta finales de julio, en que encontramos unos témpanos a la deriva. El primero de agosto estábamos en Kabarova, donde nuestro barco carbonero nos aprovisionó para cualquier emergencia, siendo nuestros motores efectivos de aire comprimido, embarcamos también cuarenta y cuatro perros, cuatro renos, y cierta cantidad de líquenes para su alimentación; y dos días después enfilamos proa al Norte y al Este, pasando a través de densos hielos «sueltos», a vela y aire comprimido, y con tiempo fresco, hasta que el 27 de agosto anclamos próximos a un campo de hielo flotante a la altura de la desolada isla de Taimur.

La primera cosa que aquí vimos fue un oso en la orilla, al acecho de algún pez; y Clark, Mew y Lamburn (maquinista) se apresuraron a ir a la orilla en la lancha, siguiéndoles yo y Maitland, llevando cada partida tres perros.

Mientras ascendíamos penetrando en la isla, Maitland me dijo:

—Cuando Clark abandone el buque para la incursión al Polo, serán tres y no dos de nosotros, los que llevará consigo, componiendo una partida de cuatro. Yo. —.¿Es así? ¿Quién lo sabe?

Maitland. —Wilson. Clark lo dijo en conversación con él.

Yo. —Bien, cuantos más mejor. ¿Y quién será el tercero?

Maitland. —Wilson está seguro de ser incluido, y tal vez haga el tercero Mew. En cuanto al cuarto, supongo que quedaré eliminado.

Yo. —Y también yo.

Maitland. —Bueno, la competición es entre nosotros cuatro: Wilson, Mew, usted y yo. Usted es un perro con demasiada suerte como para quedar eliminado, Jeffson.

Yo. —Bueno, ¿y qué importa eso, siempre que la expedición sea un éxito? Eso es lo principal.

Maitland. —Sí, claro, eso es hablar como se debe. ¿Pero no resulta más bien un alarde afectar el desprecio de 175.000.000 de dólares? Yo quisiera estar allá incluso muriéndome, y pretendo estarlo, si puedo.

—Mire — cuchicheé —. Un oso. Era una madre con su cría, y que con obstinada pesadez vino meneando su cabeza gacha, habiendo sin duda olido a los perros. Así nos separamos por el momento, doblando por diferentes caminos tras las lomas de hielo, queriendo que la osa se acercara más a la orilla antes de matarla; pero al pasar cerca, quedóse avizorante unos segundos, y luego se dirigió hacia mí a un trotecillo corto, por lo que me vi obligado a disparar, alcanzándola en el cuello; al instante, y lanzando un rugido, volvió grupas, encaminándose en derechura en

dirección de Maitland. Vi correr a ésta durante unos cien metros, y apuntar su largo fusil, pero sin que siguiera detonación alguna; y medio minuto después se hallaba bajo las garras de la osa, las cuales se movían como aspas ante los ululantes perros. Maitland vociferó roncamente pidiéndome socorro, y en el mismo instante, yo, pobre desgraciado, me encontraba en mayor apuro que él, estremecido por escalofríos; pues una de aquellas porfías de las voces de mi destino, me conmocionaban hasta el fondo, una rogándome que acudiera sin pérdida de momento en ayuda de Maitland, y la otra ordenándome con vehemencia que me quedara quieto. Mas creo que pasaron sólo brevísimos segundos antes de que me abalanzara para colocar una bala en la cabeza de la osa, tras lo cual se puso en pie Maitland, con un desgarrón en su cara.

¡Mas, oh singular destino! Hiciera lo que yo hiciese — obrara bien, obrara mal — el resultado era el mismo: sombría y siniestra tragedia. El pobre Maitland estaba condenado en aquel viaje, y mi rescate sólo fue el medio empleado para hacer más segura su muerte.

Creo que he hablado ya sobre un hombre llamado Scotland, a quien conocí en Cambridge, y que siempre estaba hablando de unos seres «blancos» y «negros», y de su contienda por la Tierra. Bien, pues con respecto a todo eso, se me ocurre algo, un antojo de la mente, que voy a transcribir ahora: y es que puede haber habido cierta especie de entendimiento entre Negro y Blanco, como en el caso de «Adán» y «el árbol», que impulsara a la humanidad a abrirse paso al Polo y al antiguo misterio oculto en él, pues no dejaban de alcanzar algunas desgracias a la raza. Que el Blanco, hallándose favorablemente dispuesto a la Humanidad, no quería que ello aconteciera, e intentaba, por mor de la raza, borrar nuestra entera expedición antes cíe que alcanzara la meta que se había propuesto; y que el Negro, sabiendo que el Blanco tenía tal propósito, y mediante qué medios iba a ejecutarlo, me empleaba — a mí — para desbaratar el plan, actuando antes de nada para que yo fuese uno de la partida de los cuatro que habían de abandonar el buque con sus esquíes. Pero, ¡santo Dios!, el intento del niño por leer... Me río del pobre Blanco y Negro Scotland; las cosas no son tan simples...

Bien, abandonamos Taimur el mismo día, y adiós ya a tierra y a mar abierto. Hasta que pasamos la latitud del cabo Chelyuskin (que no avistamos), fue una sucesión de cinturones de hielo, con Mew en la cofa de proa atormentando la campana eléctrica en contacto con la sala de máquinas, el ancla pendiente, lista a fondear, y Clark tomando sondeos. El progreso era lento, y la noche polar nos iba envolviendo paulatinamente a medida que avanzábamos en aquella región añil y destellante de hielo, y mientras dejábamos a un lado los cobertores de piel de reno para embutirnos en los sacos de dormir. Ocho de los perros murieron para el 25 de septiembre, fecha en que nos hallábamos a 19º bajo cero. En la parte más sombría de nuestra noche, la Aurora Boreal blandió su solemne gonfalón sobre nosotros, ondeando por el firmamento en una miríada de abigarrados destellos.

Entretanto, las relaciones entre los miembros de nuestra pequeña tripulación eran excelentes... con una excepción: David Wilson y yo no hacíamos buenas migas.

Hubo algo — cierto tono — en el testimonio que prestó en la encuesta sobre Peters, que me sacaba de mis casillas cada vez que lo recordaba. Él había oído admitir a Peters que se había administrado atropina, y tenía que prestar declaración de tal hecho; pero lo había hecho de una manera tan indiferente que el funcionario policiaco le había preguntado: «¿Qué es lo que oculta usted, señor?» Desde aquel día, él y yo apenas intercambiamos diez palabras, a pesar de nuestra constante compañía en el barco; y cierto día en que estaba yo solo en un campo

flotante de hielo, me hallé cuchicheando para mí: «Si se atreve a sospechar que Clodagh envenenó a Peters, podría matarle...»

Hasta los 78º de latitud el tiempo había sido espléndido, pero en la noche del 7 de octubre — bien que la recuerdo —, sufrimos una terrible tempestad. Nuestra cáscara de nuez se columpiaba como un tío-vivo, empapando a los gimientes perros a cada bandazo, y sembrando la confusión a bordo; la lancha de petróleo fue barrida de las serviolas; de repente, el termómetro descendió a 40º bajo cero, mientras que una alta aura era esparcida en un espachurramiento cromático, semejante a la paleta de algún rabioso Rafael o de confusa batalla de serafines, presentando el símbolo verdadero de la tribulación, la tempestad, la zozobra y el desordenado frenesí. Por primera vez me mareé.

Con el cerebro lleno de vértigo fui, por tanto, de la guardia a mi catre, no obstante lo cual, a poco de tenderme, me quedé dormido; pero las sacudidas y bandazos del barco, combinados con el pesado anorak groenlandés que me abrigaba y el estado de mi cuerpo, todo ello produjo una espantosa pesadilla, en la cual tenía conciencia de un vano forcejeo por moverme, y una pugna inútil por respirar, pues el saco de dormir se convirtió en un iceberg en mi pecho. Soñé con Clodagh... que vertía un líquido, del color de los granos de la granada, en un vaso con gachas, ofreciéndoselo a Peters. El brebaje, yo lo sabía, era venenoso como la muerte; y en un postrer esfuerzo por romper las ligaduras de aquel sombrío dormitar, tuve conciencia de que al incorporarme me encontraba gritando: «¡Clodagh! ¡Haz gracia del hombre...!»

Mis ojos se abrieron al despertar del todo. La luz eléctrica lucía en el camarote... y allá estaba David Wilson, mirándome.

Wilson era un hombre corpulento, con una cara maciza y larga, que la alargaba aún más una barba, con contracciones nerviosas de la carne y los pómulos y rociada de pecas; lo veo como si estuviera presente, tal como estaba entonces, en postura flexible, agachándose y dando vaivenes al compás de los bandazos, con la boca contraída con una expresión de disgusto.

No sé lo que estaba haciendo en mi camarote. ¡Y pensar, santo Dios, que hubiera ido a él precisamente entonces! Éste era uno de los de estribor, con cuatro literas; el suyo estaba a babor; sin embargo estaba aquí. Pero se explicó al instante:

—Siento haber interrumpido sus inocentes sueños — dijo —. El mercurio del termómetro de Mayland se ha helado, y me pidió le llevase su alcohol...

No respondí. Había odio en mi corazón contra aquel hombre.

Al día siguiente cesó la tormenta, y tres o cuatro después heló definitivamente el aguanieve entre los campos flotantes. La ruta del Boreal quedaba, pues, bloqueada, por lo que lo fijamos con anclas de nieve y el cabrestante en la posición en que debía de quedar para su deriva de invierno. Era aproximadamente a 79º 20' N. El sol se había ya desvanecido de nuestra yerma residencia, para no reaparecer hasta el próximo año.

Bien, había el ir en trineo con los perros, y la caza del oso entre los montículos de hielo, a medida que iban pasando uno por uno los meses; un día Wilson, con mucho, nuestro mejor tirador, cazó una foca; Clark seguía con las tradicionales preocupaciones de un jefe, examinando crustáceos; Maitland y yo estábamos en relación de íntima amistad, y asistía a sus observaciones meteorológicas en una cabaña de nieve construida cerca del barco; algunas veces, durante las veinticuatro horas del día, una luminosa luna azul, muy espectral y muy clara, teñía nuestro obscuro y lívido dominio.

Fue cuatro días antes de Navidad cuando Clark hizo la gran revelación; había decidido, dijo, que si su correcta deriva hacia el norte proseguía, abandonarían el

barco hacia la mitad de Marzo para arremeter contra el Polo, tomando consigo los cuatro renos, todos los perros, cuatro trineos, cuatro kayaks y tres compañeros; siendo los compañeros que él había decidido invitar, Wilson, Mew y Maitland.

Dijo esto durante la comida; y cuando lo hubo dicho, David Wilson miró a mi cara con sonrisa de satisfecha malicia porque a mí se me dejaba.

Recuerdo bien: la aurora, esa noche, estaba en el cielo, en su borde flotaba una luna rodeada por un anillo, con dos lunas ficticias; pero todas brillaban muy tenues y lejanas, y una neblina que permanecía ya algunos días hacía que no pudiera ver la proa del barco, pues estuve paseando por el puente, en mi guardia, durante tres horas, luego del anuncio hecho por Clark.

Durante largo tiempo todo estuvo muy tranquilo; excepto cuando en algunas ocasiones se oía el ladrido de un perro, estaba yo completamente solo allí; y a medida que avanzaba hacia el final de mi guardia, en que Maitland me revelaría, mi lento paso golpeaba como ante la sepultura; el montañoso hielo yacía vago a mi alrededor con su mortaja y taciturnidad; nada extraño más espantoso que la propia eternidad.

Mas, de pronto, varios perros empezaron a ladrar juntos, hacia la izquierda. Me dije: «Hay un oso por los alrededores.»

Y luego de algunos minutos lo vi — creo que lo vi —, puesto que la niebla se había hecho más densa estando ya muy próximo el final de mi vigilancia.

Había entrado en el barco, conjeturé yo, por los tableros que descienden desde la pasarela de puerto hasta el hielo. Anteriormente, en Noviembre, una vez, un oso, habiendo olido a los perros, se había atrevido a subir a bordo a medianoche; pero entonces hubo el lógico alboroto entre los perros; ahora, aun en medio de mi excitación, pensé que me admiraba su silencio, si bien alguno lloriqueaba con miedo. Vi al animal escabullirse hacia delante de la escotilla que daba a la perrera, y corrí silenciosamente a coger el rifle de vigilancia que estaba siempre cargado.

Ahora la forma había pasado las perreras y andado hacia la proa, estaba ahora viniendo hacia mí por el lado de estribor; y cuando hube apuntado, pensé que nunca había derribado un oso tan tremendo, aun cuando había tenido en consideración el efecto aumentativo de la niebla.

Mi dedo estaba sobre el gatillo, y en ese momento se apoderó de mí un temblor de debilidad; dos voces me gritaban: «Dispara», «No dispares», «Dispara». ¡Ah!, pero esta última fue irresistible. Apreté el gatillo. La detonación sonó por entre las nieblas polares.

Tal como la bestia se desplomó, ambos, Wilson y Clark, subieron en seguida, y los tres corrimos al lugar.

Pero el primer vistazo permitió reconocer un cierto tipo de oso; cuando Wilson puso su mano sobre la cabeza, una piel laxa encontró a su tacto... Era Aubrey Maitland quien estaba debajo de ella, y yo le había matado de un disparo.

Durante algunos días habíamos estado limpiando pieles, entre ellas la del oso del cual le había yo salvado en Taimur, y como Maitland era un pantomimo nato, que continuamente inventaba chanzas, acaso para asustarme con una falsa alarma con la misma piel del animal que tan cerca se lo había hecho a él, se la habla arrollado a su alrededor al acabar de limpiarla; entonces, en broma desenfrenada, se había arrastrado hasta la cubierta a la hora de su vigilancia, y la cabeza de la piel de oso y la niebla, debieron impedirle ver cómo yo apuntaba.

Este hecho me hizo enfermar durante muchos días; vi que la mano del destino estaba sobre mí. Cuando abandoné la cama, el pobre Maitland yacía en el hielo detrás de las grandes lomas próximas a nosotros.

Hacia finales de enero fue cuando llegamos a 80° 55', y fue entonces cuando Clark, en presencia de Wilson, me pidió si yo haría de cuarto hombre, en el lugar

de Maitland, para la acometida de marzo. Cuando dije «Sí, lo estoy deseando», David Wilson replicó algo con aire de disgusto; luego, un minuto más tarde, suspiró con un «Ah, pobre Maitland», e inspiró con «¡tate, tate!»

Sabe Dios que sentí un impulso de saltar a su garganta y estrangularle allí, pero me reprimí.

Allí permanecimos entonces escasamente un mes antes de la empresa, y con todas las manos puestas en el trabajo con un deseo, midiendo los perros, haciendo guarniciones y zapatos de tiras de piel para ellos, revisando los trineos y kayaks, y eliminando cualquier onza de peso posible. Pero, pese a todo, no estábamos destinados a emprender la marcha este año; hacia el 20 de Febrero el hielo empezó a apretar, sometiendo el barco a una terrible presión. Mientras tanto, encontrábamos necesario hacer trompetas de nuestras manos, chillarnos a las orejas, todo el continente de los hielos estallaba, soltaba chasquidos, se agrietaba por todas partes a modo de un cataclismo cósmico; y aguardando en todo momento ver el Boreal hecho pedazos, tuvimos que sentarnos cerca de las provisiones sin embalar y colocar los trineos, kayaks, perros y todas las cosas en posición para el instante de volver. Duró cinco días, acompañada de una tormenta del norte, la cual, al final de Febrero, nos había conducido hacia el sur, retrocediéndonos a 79° 40' de latitud. Clark, por supuesto, abandonó todo pensamiento de alcanzar el Polo aquel verano.

E inmediatamente después hicimos un descubrimiento espantoso: nuestra provisión de musgo para los renos era ahora ridícula. Egan, nuestro segundo compañero, fue culpado; pero eso no ayudó en nada, el lamentable hecho persistía, y aunque Clark rehuyó tercamente cuando se le pidió matar a uno o dos de los renos, al comienzo del verano todos estaban muertos.

Bien; nuestra marcha hacia el norte se reemprendió. A mediados de Febrero vimos un espejismo del sol naciente sobre el horizonte; hubieron vuelos de petreles árticos y calandrias de nieve; la primavera había llegado, y por un paraje de hielo de grandes lomas y estrechas sendas hicimos buen progreso todo el verano.

Cuando murió el último de los renos, mi corazón se hundió, y cuando los perros mataron a dos de ellos y un oso estrujó a un tercero, esperaba qué iba a venir, Clark anunció que él ahora sólo podía llevar consigo a dos compañeros en la primavera: Wilson y Mew. Por lo que una vez más presencié la complaciente y maliciosa sonrisa de David Wilson.

Entonces nos establecimos en nuestros segundos cuarteles de invierno; de nuevo diciembre y toda la melancolía y tristeza de nuestra penumbra sin sol, agraváronse por el hecho de que nuestro molino de viento no marchaba, dejándonos frecuentemente sin electricidad.

Bien seguro que nadie, excepto los que lo han vivido, podría imaginar o soñar la mitad de la depresión mental que causa la obscuridad ártica; como el alma adquiere el color del universo y dentro como fuera no hay otra cosa sino tristeza, tristeza y la ley del Poder de las Tinieblas. Ni siquiera uno de nosotros tenía otro estado de ánimo que melancolía, tristeza y espanto; el 19 de Diciembre, Lamburn, el maquinista, golpeó a Cartwright, el viejo arponero, en el brazo.

Tres días antes de Navidad un oso se acercó al barco y huyó; tras él corrieron en persecución Mew, Wilson, yo y Meredith (un peón); pero le perdieron después de una afanosa persecución; entonces nos separamos por distintos caminos. Estaba muy oscuro y luego de casi una hora de búsqueda, cansado y sin aliento llegaba yo al barco, cuando vi una sombra como un oso viniendo por mi izquierda, y al mismo tiempo aparecía un hombre — no sé quién — corriendo como un fantasma, por la derecha. Es así que grité:

—¡Ahí está! ¡Vamos, por aquí!

El hombre pronto se juntó a mí, pero tan pronto como me reconoció se detuvo, desolado, y el demonio debió apoderarse súbitamente de él, puesto que dijo:

—No, gracias, Jeffson; solo contigo, tengo mi vida en peligro...

Era Wilson. Y yo también, olvidando por un momento todo lo referente al oso, me detuve y le miré. —Vaya — dije yo —. Mas, Wilson, usted va a explicarme ahora lo que quiere decir con eso, ¿ha oído? ¿Qué quiere significar, Wilson?

—Lo que dije — respondió deliberadamente, ojeándome de arriba abajo —. Solo con usted, tengo la vida en peligro. Justamente igual que la tenía el pobre Maitland, y como el pobre Peters. Ciertamente, usted es una bestia mortífera.

¡Dios mío!, lo locura brincó en mi corazón; negra, tan negra como la noche del Ártico, estaba mi mente. —Quiere usted decir — dije yo — que yo deseo quitarle de en medio del camino a fin de ir en su lugar al Polo. ¿Es eso lo que usted quiere decir, hombre?

—Ese es, aproximadamente mi significado, Jeffson — dijo él —. Usted es una bestia fiera, ¿sabe usted?

—Muy bien —grité yo, con los ojos inflamados—. Voy a matarle, Wilson, tan seguro como que Dios existe. Pero deseo oír primero, quién le dijo a usted que yo maté a Peters.

—Su amante le mató, con su colusión. Porque, señor, yo le oí, durante su bestial sueño, revelarlo todo. Y estaba bien seguro de ello antes, sólo que no tenía pruebas. ¡Por Dios, que me alegraría metiéndole un balazo, Jeffson!

—¡Usted me injuria, usted, usted me injuria! — rugí yo; mis globos oculares se fijaron en él con voraz codicia de su sangre — ¡y ahora voy a pagárselo bien! ¡Mírelo!

Apunté el rifle a su barriga, puse el dedo en el gatillo; pero levantó su mano izquierda.

—¡Alto! ¡Alto! — dijo. El era uno de los hombres más fríos —. No hay ninguna horca en el Boreal, pero Clark podría fácilmente preparar una para usted. Yo también quisiera matarle, puesto que no hay tribunales aquí, y ello sería hacer un bien a mi país; pero no aquí, no ahora; óigame, no dispare. Más tarde podemos enfrentarnos, de tal modo que ninguno pueda ser el más astuto, cuando todo esté listo.

Cuando hubo hablado, bajé el rifle; era mucho mejor hacerlo así. Yo sabía que él era, con mucho, el mejor tirador del barco, y yo uno cualquiera; pero no me importaba, no me importaba si moría yo.

Dios sabe bien, es una tierra obscura, inclemente; y el espíritu de la obscuridad y la locura estaba allí...

Veinticuatro horas más tarde estábamos detrás de la gran loma en forma de silla de montar, unas seis millas al SO del barco; habíamos partido a horas distintas, de modo que nadie pudiese sospechar, y cada uno llevaba una linterna de barco.

Wilson había cavado una sepultura en el hielo, cerca de la loma, dejando en su borde un montón de hielo y nieve para llenarla; esta se erigía entre nosotros; permanecíamos de pie, separados quizá por unas setenta yardas y cada uno con la linterna a sus pies.

Realmente, no éramos el uno para el otro más que simples fantasmas o sombras; el aire soplaba muy fuertemente y un frío temblor existía en lo más íntimo de mi alma; una helada luna, una mera abstracción de resplandor parecía colgar muy lejos del universo; la temperatura a 54° bajo cero, de modo que llevábamos puestas las ropas para el viento encima de nuestros anoraks, y pesadas envolturas en los pies debajo de las botas taponas. Una morgue sobrenatural parecía el mundo, encantado con una locura desesperada, y exactamente igual que el mundo

que nos rodeaba estaban nuestros corazones, dos pobres hombres, llenos de sentimientos macabros, fríos y funerarios.

Entre nosotros se abría una anticipada fosa para uno u otro de nuestros cuerpos, y oí a Wilson gritar:

—¿Está usted listo, Jeffson?

—Sí, Wilson — grité yo.

—Entonces, ahí va — gritó él.

Y, al tiempo que gritaba, disparó; seguramente estaba ansioso de matarme.

Pero su tiro pasó rozándome; ciertamente sólo aproximado, puesto que ambos éramos meras sombras.

Yo disparé quizá quince segundos más tarde que él, pero en esos cinco segundos él permaneció claramente definido para mí en medio de una luz lila, mas una bala cruzó a través del cielo ártico, dejando a lo lejos una estela fosforescente sobre el paisaje nevado.

Antes de que su momentánea claridad en el azul intenso hubiera pasado, vi a Wilson abalanzarse hacia delante y caer desplomado. Enterré a él y a su linterna allí, debajo del hielo hecho pedazos.

El trece de marzo, unos tres meses más tarde, Clark, Mew y yo abandonamos el Boreal a una latitud de 88° 13'.

Llevábamos treinta y dos perros, tres trineos, tres kayaks, provisiones humanas para 112 días y para 40 de provisiones de perro. Estando ahora a unas 340 millas del Polo, esperábamos alcanzarlo en 43 días, luego torcer hacia el sur y, alimentando a los perros vivos con los muertos, alcanzar la Tierra de Francisco José o la de Spitzberg; en la última de éstas embarcaríamos seguramente en un ballenero.

Durante los primeros días el progresar era lento, el hielo era abrupto y agrietado y los perros iban siempre mal, parándose agotados ante las dificultades y resbalando por las pistas. Clark tuvo la idea de atar a cada trineo un globo de parche de tambor, que disminuía el peso de aquel en 35 libras, y además llevábamos un repuesto de zinc y ácido para renovar las pérdidas de hidrógeno; pero al tercer día, Mew rellenó demasiado su balón y lo reventó, por lo que Clark y yo tuvimos que reducir nuestro aligeramiento e igualar los pesos; de tal manera que al final del cuarto día habíamos hecho sólo 19 millas y desde la cima de alguna loma alta aún se podían divisar los mástiles del Boreal. Clark dirigía sobre esquíes capitaneando un trinco con 400 libras de instrumentos, municiones, tasajo de carne y pan aleuronado; Mew le seguía: su trineo contenía sólo provisiones, y finalmente iba yo con carga mixta. Pero al cuarto día, Clark sufrió un ataque de ceguera a causa de la nieve, y Mew tomó su puesto.

Pronto comenzaron nuestros sufrimientos, que eran bastante amargos: el sol, aunque visible constantemente, día y noche, no daba calor alguno; nuestros sacos de dormir (Clark y Mew dormían juntos en uno, y yo en otro) estaban empapados de humedad toda la noche, siendo descongelados por nuestro calor, y nuestros dedos, envueltos en hojas de sen y piel de lobo, estaban siempre sangrando. Algunas veces, nuestros endebles kayaks de caña de bambú, situados a través de los trineos, se comprimían peligrosamente contra un escollo de hielo, nuestra única esperanza de alcanzar tierra; pero la gran dificultad eran los perros: perdíamos seis mortales horas diarias colocándoles los arneses y cuidándolos. A los doce días Clark tomó una sola observación de altura, y halló que estábamos solamente a 86° 45' de latitud; pero al día siguiente rebasamos el punto más lejano conseguido (auténticamente) hasta entonces por Nix.

No obstante, nuestro secreto ahora era la comida. La comida: nuestro anhelo durante todo el día era por la hora de comer. Mew sufría de sed ártica.

Sometido a estas condiciones, el hombre, en pocos días se torna, no sólo un salvaje, sino una bestia bruta, escasamente un grado por encima de un oso o una foca... ¡Ah, el hielo! ¡Sabe Dios, qué sórdida pesadilla!

Aunque nos dábamos prisa, andábamos nuestro ínfimo pedacito de lo inmenso, sobre cuya soledad, desde antes del antiguo Silúrico hasta ahora, el Boyero había escudriñado y cobijado.

Luego del día onceno, nuestra media de marcha mejoró, desaparecían todas las sendas, las grietas eran menos frecuentes. Por el día decimoquinto dejaba detrás de mí la sepultura de hielo de David Wilson a una media de 10 a 12 millas diarias.

Sin embargo, hasta allí su brazo salía y me alcanzaba para tocarme.

Su desaparición se había explicado en el barco de cien maneras diferentes, todas bastante plausibles; yo no tenía más ideas que aquellas que no me ligasen con su muerte.

Pero en nuestro 32 día de marcha, a 140 millas de nuestra meta, él fue la causa de que una lucha de rabia y odio estallase entre nosotros tres.

Era al final de una marcha, cuando nuestros estómagos estaban vacíos, nuestra disposición pronta a rebosar y nuestro ánimo voraz e inflamado. Uno de los perros de Mew estaba enfermo; era necesario matarle, y me pidió hacerlo.

—Oh — dije yo —, por supuesto, eres tú quien mate a tu perro.

—Bien, no sé — respondió él, abriendo fuego inmediatamente —. Usted debería estar acostumbrado a matar, Jeffson.

—¿Qué significa eso, Mew? — pregunté con un arranque de loco, pues la locura y las luces del infierno estaban listas y prontas en todos nosotros —. ¿Quiere usted decir que a causa de mi profesión...?

—Profesión no, condenado — gruñó como un perro —. Vaya y desentierre a David Wilson. Me atrevo a decir que usted sabe dónde encontrarle; él le explicará lo que quiero decir, en seguida.

Apelé en seguida a Clark, quien estaba parado quitando los arneses a los perros, y empujando bárbaramente su hombro, exclamé:

—¡Ese bestia me acusa de haber matado a David Wilson!

—¡Bien!

—Le hubiese partido el cráneo tan...

—¡Váyase, Adam Jeffson, y déjeme estar! — añadió Clark.

—¿Es eso todo lo que tiene usted que decirme sobre ello, entonces? — pregunté yo.

—¡Lo que yo digo es que se vaya usted al diablo y que me deje estar! — gritó Clark —. Usted debe saber su propia conciencia de bestia, supongo.

Ante este insulto permanecí de pie apretando los dientes, si bien en ese momento mi espíritu albergó un humor de malignidad más feroz aún; y, ciertamente, el estado de ánimo de cada uno de los tres estaba imbuido por una cierta rabia peligrosa y hasta criminal; pues en la región del frío nos habíamos asimilado a las bestias que agonizan.

El diez de Abril pasamos el paralelo 89, y aunque enfermos mortalmente, tanto de cuerpo como de alma, aún nos apresuramos más. Como los perros que aman, nos afanábamos en silencio, difícilmente cruzábamos unos con otros una sílaba al día; pero con la orgullosa bestialidad encima marchábamos a través de un infierno helado. En un territorio maldito, que no ha de ser penetrado por el hombre, pues, rápida y deplorable fue la degradación de nuestras almas. En cuanto a mí, nunca

pude haber imaginado que el salvajismo de hiena pudiese albergarse en un pecho humano como ahora sentía el mío. Si los hombres entrasen en un país especialmente destinado a los demonios, serían poseídos por el demonio de igual manera que nosotros.

A medida que avanzábamos, el hielo era cada día más liso, de manera que nuestra marcha media pasó de cuatro millas al día a quince y hasta veinte, a medida que los trineos se aligeraban de carga. Fue entonces cuando empezamos a encontrar una sucesión de extraños objetos esparcidos por el hielo cuyo número aumentaba a medida que progresábamos; eran objetos con forma de rocas, o trozos de mineral de hierro, incrustados con fragmentos de cristales, que descubrimos se trataba de piedras preciosas. Al segundo día de veinte millas, Clark recogió un pedazo de diamante tan grande como el pulgar de un niño, y tales objetos comenzaron a ser frecuentes. Es así que hallamos riqueza después del sueño; pero de manera semejante a como lo hallan el oso y la foca, y por todos esos millones no hubiésemos cambiado una onza de pescado. Clark gruñó algo sobre su origen como rocas meteoríticas, cuyas substancias ferruginosas las habían dirigido hacia allí por el magnetismo del Polo y manteniendo la ignición al frotar con su paso a través del aire con la frialdad de allí; pero como que el H del Polo no es denso, mi idea es que se deben a la mayor fuerza de la gravedad y la menor densidad de la atmósfera de allí; de todas maneras, pronto dejaron de interesarnos como rompecabezas, sino sólo por lo que obstaculizaban nuestra marcha.

Tuvimos un tiempo excelente durante todo el camino, hasta que la mañana del 12 de abril fuimos alcanzados por una tormenta del SW de tan monstruosa y solemne categoría que el corazón claudicó ante ella. La máxima intensidad duró como una hora, pero durante este tiempo hizo añicos dos de nuestros trineos y tuvimos que permanecer cuerpo a tierra. Como que anduvimos toda la noche de sol, suspirábamos con fatiga, que manera que tan pronto como el viento nos dejó juntar todas nuestras cosas, nos hundimos agotados en nuestro saco de dormir y nos dormimos instantáneamente.

Sabíamos que el hielo estaba a nuestro alrededor en pavoroso cataclismo; oímos, a medida que los párpados se nos cerraban dulcemente, como un estampido de un cañón lejano y el crepitar de fusilería. Esto debió ser consecuencia de que la tempestad hacía golpear al mar bajo los hielos; no importa lo que fuera, no nos preocupó y nos dormimos.

Estábamos a menos de nueve millas del Polo.

En mi sueño hubo algo como cierto mensajero que golpeó mi hombro con un «¡Va!, ¡va!»; no debía ser sino Clark o Mew, si bien cuando me incorporé, éstos yacían allí, en su saco de dormir.

Creo que esto debió de ser a eso del mediodía. Allí, mirando pasmado, estuve algunos minutos y mi atontada memoria me traía que la condesa de Clodagh me había rogado «ser el primero» para ella. Pequeña maravilla mimada por la condesa de Clodagh, lo sé, en su mundo irreal de celo, pequeña maravilla para el mundo que ella codiciaba; fortunas ignoradas pululaban sobre el suelo en mi derredor; sin embargo, ese urgente «sé el primero», debió sugestionar profundamente a mi espíritu, como si cuchichease dentro de mis entrañas, e instintivamente, brutalmente, como un jabalí baja embistiendo por, un lugar escarpado, frotándome mis atontados ojos.

De lo primero que se apercibió mi mente es de que, mientras que la tempestad era menos fuerte, el hielo estaba ahora en extraordinaria agitación; miraba a lo lejos sobre una vasta planicie el ondulado horizonte, interrumpido por montecillos, peñas y centelleantes rocas meteóricas que por todas partes adornaban el deslumbrante blanco; algunas eran grandes como cañones metálicos y las más pequeñas como pedazos; y esta vasta llanura estaba ahora reordenándose en un largo drama de desolación, retirándose en encantadas reverencias, otras veces surgiendo para chocar conjuntamente en apasionados picachos, además empujando como olas, inconstantes como fuelles del mar, afinándose ellas mismas, apilándose, derramándose en cataratas de hielo pulverizado, mientras que aquí y allí veía las rocas meteóricas saltar espasmódicamente, en polvo y montones, como géiseres o espumas burbujeantes de la sirena de un vapor, todas las trompetas en tumulto hendían el aire, al mismo tiempo. Estando de pie, tropezaba y me tambaleaba y vi a todos los perros estremecerse con gañidos quejumbrosos.

No presté atención. Instintivamente, brutalmente, puse los arneses a 10 de los perros de mi trineo; me calcé las botas canadienses y marché solo hacia el norte.

El sol brillaba claro, benigno, pero sin calor, un fantasma remoto de límpida luz que parecía más bien destinado a iluminar otros planetas y sistemas y estar luciendo ahora aquí por pura casualidad. Un viento salvaje del SW impelía pequeños copos de nieve hacia el norte y pasaban junto a mí.

Aún no había andado cuatro millas cuando comencé a notar dos cosas; una que las rocas meteóricas se acumulaban ahora, sin límites, llenando cuanto divisaba hacia el horizonte norte, con un resplandor cegador, reposando en pilas, parterres, como tendidas de hojas otoñales, de manera que tuve la necesidad de hacer equilibrios sobre ellas; también ahora noté que, exceptuando estas piedras, toda irregularidad del terreno había desaparecido, no había ni rastro del cataclismo que tenía lugar unas cuantas millas hacia el sur, pues el hielo reposaba más llano que la mesa que tengo ahora ante mí y tengo el pensamiento de que esta llanura de hielo regular nunca sintió sacudidas ni angustia sino que alcanza por abajo hasta la misma profundidad.

Y ahora con salvaje hilaridad volé, pues una locura me poseía, un desvarío, hasta que finalmente flotando en el aire, bailando locamente, salté, corrí, rechinando los dientes y con los ojos desorbitados; pues un espanto, muy frío, muy poderosamente alto, tenía su mano de hielo sobre mi alma, hallándose solo en aquel lugar, cara a cara con el inefable; pero aún, con una ligereza burlona y un regocijo fatal y una ciega hilaridad, corrí y salté.

Me hallaba a nueve millas del lugar de mi partida; me hallaba en la vecindad del Polo.

No sé cuando empezó y menos decirlo, pero ahora estaba consciente de un sonido en mis oídos, cercano y próximo, un ruido constante de chapoteo parecido al de una cascada o torrente; e iba en aumento. Anduve otros 40 pasos (no podía patinar a causa de los meteoritos), quizá 80 o quizá 100; y ahora, me horroricé de pronto, estaba de pie y tenía a la vista un gran lago.

Permanecí un minuto tambaleándome e inclinándome, hasta que me desplomé de plano sobre la nieve.

En un centenar de años no acertaría a saber el porque me desmayé; pero mi conciencia aún retiene la impresión de aquel horrible temblor. No vi nada claramente, como si mi ser danzase y cayese borracho, como un títere en desesperada lucha a muerte en el momento en que vacila y se tambalea para caer irremisiblemente; pero cuando mis ojos se abrieron y vieron lo que tenían ante sí,

sentí, sondeé, que aquí estaba el santuario, el eterno secreto de esta tierra, de su origen, el cual era una pira indigna de ser vista por un gusano. El lago, creo que tendría como una milla de ancha y en su mitad había un pilar de hielo, bajo y grueso; y tuve la impresión, o ensueño, o ilusión de que hay un nombre inscrito alrededor del hielo del pilar, en caracteres que nunca pude leer; y debajo del nombre una larga fecha; el líquido del lago parecíame rodar en trémulo éxtasis, en el sentido de los planetas; y supuse que este líquido era la sustancia de un ser vivo; y tuve la impresión, a medida que mis sentidos fallaban, de que era un ser con muchos ojos, tristes, quejumbrosos y que corría para siempre en anhelante agitación, manteniendo sus muchos gases ribeteando el nombre y la fecha grabados en el pilar. Pero, mucho de esto debe ser fruto de mi locura...

Debió transcurrir no menos de una hora antes de que cierta sensación de vida volviese de nuevo a mí; y cuando la idea de que había estado tendido allí un largo, largo tiempo, me asaltó, estando allí, en presencia de aquellos tristes ojos, mi espíritu gimió y murió dentro de mí.

No obstante, en pocos minutos me enderecé sobre mis piernas, y cogido a los arneses de uno de mis perros y sin una sola mirada atrás escapé de aquel lugar.

A la mitad del sitio de parada, muy cansado y enfermo e incapaz de proseguir, aguardé a Clark y Mew. Pero éstos no vinieron.

Más tarde, cuando adquirí fuerzas para ir más lejos, hallé que ellos habían perecido por el cataclismo del suelo. Sólo uno de los trineos, medio quemado, vi cerca del sitio de nuestro vivac.

Solo, ese mismo día, empecé mi ruta hacia el sur y durante cuatro días hice un buen progreso. Al séptimo día noté, extendida a lo largo del horizonte sur, una región de vapores que fantásticamente oscurecían la cara del sol; parecía de púrpura, y día tras día la vi permanecer quieta allí; pero de lo que podía tratarse no lo sabía.

Bien, prosiguiendo a través del desierto anduve mi solitario camino, con cobarde terror en mí: ¡Ay! pues muy aniquiladora es la carga de la soledad polar sobre el alma de un pobre hombre.

Frecuentemente en los descansos me tendía y escuchaba el vacío silencio, retrocediendo espantado de él, ansiando que al menos uno de los perros gimiese de vez en cuando; hasta me he arrastrado tembloroso desde mi huméelo saco de dormir para pegar a un perro, con el único fin de poder oír una voz.

Había partido del polo con un trineo bien cargado y con 16 perros que habían sobrevivido al cataclismo de hielo que había engullido a mis camaradas, habiendo salvado del naufragio de nuestros enseres, la mayor parte del suero en polvo, pemmican, etc., así como el teodolito, compás, cronómetro, la lámpara de aceite de esas de ferrocarril útil para cocer, y otros instrumentos; por eso es que no tenía dudas referentes a mi ruta y tenía provisiones para 80 días, pero a los 10 de mi partida la reserva de comida para los perros se agotó; tuve que matar, uno por uno a mis compañeros; y a la tercera semana, cuando el hielo se hacía más irregular, horriblemente agreste, con el afán y esfuerzo suficientes para matar a un oso sólo era capaz de hacer 5 millas al día. Luego del trabajoso día me deslizaba en el saco de dormir con un suspiro moribundo, vestido aún con la carga de pieles que me convertía en una mera basura de grasa, para poder dormir el sueño de un cerdo, e indiferente si no me despertaba jamás.

Una vez tuve un bello sueño, soñé que estaba en un jardín, un paraíso árabe, dulce para respirar; incluso inconscientemente me hacía eco de la tormenta que actualmente soplaba desde el SE sobre los campos de hielo y en el momento en que me desperté estaba murmurándome medio ingeniosamente: «Es un jardín de melocotones, pero no me hallo realmente en un jardín; estoy ciertamente en el Ártico; sólo que las ráfagas del SE me traen el aroma de este jardín de melocotones».

Abrí los ojos y procedí a enderezarme y saltar sobre mis pies. Para un loco, como era yo, no cabía la menor duda de que un aroma como el de la flor del melocotonero estaba en el frío aire que me rodeaba.

Antes de que pudiera recuperar mi atónito sentido, empecé a vomitar violentamente, y vi al mismo tiempo que algunos de los perros, esqueléticos como eran, vomitaban también; durante largo tiempo estuve tumbado, enfermo y con cierta ofuscación; y al levantarme hallé tres de los perros muertos y todos muy extraños. El viento había girado ahora hacia el norte.

Bien, a medida que tropezaba y luchaba por cada pulgada de mi difícil y deplorable camino, este olor a flor de melocotonero, mi enfermedad y la muerte de mis tres perros, parecíanme una maravilla.

Dos días después hallé en el camino una osa y su cachorro, tendidos muertos al pie de una colina, y no podía dar crédito a mis ojos; allí estaba, una mancha de blanco sucio en un sitio en que la nieve estaba alterada, con un ojo menudo abierto y mostrando su fiera boca; y el cachorro yacía al través de su grupa, mordiendo su áspera piel. Es así que me puse a descuartizarlos y ofrecí a los perros un manjar de gloria, a la vez que me daba un banquete de fresca carne; pero tuvimos que dejar allí gran parte de la pieza, y ahora sentí de nuevo el ansia de proseguir con la cual avancé en el penoso camino. Una y otra vez me pregunté: «¿Qué puede haber matado a aquellos osos?»

Con bruta estolidez me afané en proseguir adelante casi como una máquina andante, algunas veces balanceándome de sueño, mientras ayudaba a los perros o maniobraba el trineo sobre algún risco de hielo, empujando o tirando. El 3 de junio, al mes y medio de la salida, tomé mi posición con el teodolito y hallé que aún no estaba a 400 millas del Polo, a una latitud de 84° 50'. Era algo así como si algo me obstruyera.

No obstante, el frío intolerable ya había quedado atrás y pronto dejaron de colgar las ropas, pesadas e incómodas, semejantes a una armadura; empezaron a aparecer charcos en el hielo y lo que era peor, Dios mío, grandes zanjas a través de las cuales tuve que acarrear el trineo. Mas, al mismo tiempo, todo miedo al hambre quedó atrás; el 6 de Junio hallé al paso otro oso, tres el siete y de aquí en adelante fueron en número creciente y no sólo esos, sino también: renos, nutrias, morsas, gaviotas, pingüinos, todos, todos yacían muertos sobre el hielo, en parte alguna halló nada vivió a excepción de mí y de los dos perros que sobrevivían. Y si alguna vez un hombre se enfrentó con un misterio, era yo.

El 2 de Julio el hielo empezaba a fragmentarse peligrosamente y pronto se desató sobre mí otra tormenta del SW; tuve que abandonar mi carromato, planté la tienda de seda sobre un espacio de unos cuantos metros cuadrados, rodeado de zanjas; y ahí estaba de nuevo, por segunda vez, tal como estaba tumbado, percibí el delicioso aroma a flor de melocotonero de la que una sola bocanada me puso repentinamente enfermo. Pero esta vez en cosa de media hora.

Ahora todo eran zanjas, ¡maldición!, aún no llegaba al mar abierto, y tal era la dificultad y tan afligida mi vida que algunas veces me habría postrado sobre el hielo, rogando: «Oh, Dios mío, no más, déjame morir». Cruzar una zanja podía ocuparme unas 12 horas y luego, al llegar al otro lado, otra grieta se abría ante mí.

Mas, el 9 de Julio, luego de comer esperma de ballena, un perro murió súbitamente, dejándome solo «Reinhardt» un perro blanco siberiano, con pequeñas pero tiesas orejas, como de gato; y al que también tuve que matar al llegar a mar abierto.

Esto no ocurrió hasta el 3 de agosto, casi a los cuatro meses de haber salido del Polo.

No puedo imaginar, Dios mío, lo que es para el alma humana, siempre sometida a ese triste ambiente o a ese abismo de sensaciones en que estuve embarrado durante cuatro meces; puesto que fui como un bruto, teniendo sólo corazón para sufrir. Cuanto vi o soñé en el Polo, me seguía y si cerraba mis ojos para dormir, aquellos otros ojos de allá parecían vigilarme de nuevo con su perdida y triste mirada y en mis oscuros sueños aparecía el perenne éxtasis del lago.

Sin embargo, el 28 de Julio, del aspecto del cielo y por la ausencia de charcos, comprendí que el mar no podía estar muy lejos; así pues, puse manos a la obra y pasé dos días arreglando el maltrecho «kayak». Hecho esto, no reemprendí la marcha hasta haber divisado en el horizonte una bruma festoneada, lo cual sólo podía ser los acantilados de la Tierra de Francisco José y loco de júbilo, permanecí allí ondeando mis esquís alrededor de mi cabeza, con el regocijo de un viejo.

En tres días, esta tierra se avistaba ya próxima, escarpados acantilados de basalto se mezclaban con glaciares, formando una gran bahía, con tres islas a cierta distancia; y, al fin, el 5 de Agosto llegué al límite de los hielos firmes, con un tiempo moderado y temperatura próxima a cero.

En seguida, pero con satisfacción, maté de un disparo a «Reinhardt» y luego coloqué las últimas provisiones que quedaban y la mayoría de los instrumentos, en el «kayak», dándome prisa para dar rienda suelta a las ansias de verme en el agua luego de tantas penalidades; en catorce horas ya estaba costeando, con mi pequeña vela desplegada, a lo largo de las playas de hielo que ribetean la tierra a la media noche de un sábado en calma; y muy bajo sobre el horizonte, humeaba el disco solar de intenso rojo que se acostaba a la vez que mi ligera embarcación bogaba por aquel silenciosa río. Silencio, silencio; pues ni un soplido de foca, ni un aullido de zorra, ni un maullido de gato marino, podía oír; pero todo era aún como la negra sombra de los acantilados y glaciares sobre el mar; y muchos cuerpos de animales muertos flotaban la superficie de las aguas.

Cuando hallé un fiordo lo remonté hasta el final, en el que había un congosto de columnas basálticas, semejante a un destrozado templo de antediluvianos; y cuando finalmente mis pies tocaron tierra firme, me incliné largo rato sobre los pedazos de nieve y en silencio lloraron mis ojos, esa noche, un mar de lágrimas; pues la tierra firme es saludable y sana, y querida por la vida del hombre, pero el hielo es una blasfemia, una maldición y una locura, es la reencarnación del Poder de las Tinieblas.

Me percaté de que me hallaba en la Tierra de Francisco José, en algún sitio vecino a C. Fligely, (a unos 82º N), y aunque se hacía tarde y comenzaba a hacer frío, tenía la esperanza de llegar aún a Spitzberg aquel año, alternando la navegación, a mar abierto con arrastrar el «kayak» sobre el blando hielo. Como que todo el hielo que vi era liso hielo de fiordo, el plan parecía bastante factible; así pues, luego de costear por los alrededores un poco y de descansar tres días en la tienda, acampada en un barranco, al pie de columnas basálticas, que se abría al mar, embalé algo de carne de oso y de foca que junto con la comida artificial, fue colocado al fondo del «kayak» y partí al amanecer, costeando las heladas playas con vela y remo, hasta la caída de la tarde. Luego, procuré subir a cierta altura,

trepando por un iceberg y me di cuenta de que éste se hallaba en una bahía cuyos brazos se perdían en el infinito horizonte, por lo que determiné cambiar de SW a W, a fin de cruzarla; pero me encontraba haciéndolo cuando encontrándome aún lejos de avistar la tierra, me sorprendió una tormenta del norte, a eso de la medianoche y antes de que pudiera pensarlo, la pequeña vela fue arrancada y el «kayak» salvado. Sólo lo logré salvar por una feliz casualidad, al tener en la vecindad una masa de hielo que flotando debajo de las olas me soportó a flote; y sobre él reposé en estado de atontamiento durante toda la noche, a través de la bulliciosa tempestad, pues estaba medio ahogado.

Felizmente, comida, etc., se salvaron gracias a la cubierta del «kayak» cuando cabeceó; siendo entonces cuando alejé de mí toda idea de navegar a vela y de alcanzar Europa aquel año.

Un centenar de metros tierra adentro, en un sitio en que había musgo y hierba seca, me construí una choza esquimal semi-subterránea para pasar la noche polar; el paraje rodeado de altas paredes de basalto, excepto por el oeste en que se abría a la costa, el suelo estaba sembrado de losas y cantos rodados de granito y basalto; en tres lugares la nieve estaba teñida de rojo y sobre ella crecían líquenes, pareciéndome que se trataba de sangre; hallé muertos allí una osa, dos oseznos y una zorra, esta última había caído desde lo alto de los acantilados; pero aún no me encontraba suficientemente seguro y al amparo de los osos, y puse especial cuidado en hacer mi reducto bien cerrado, trabajo que me ocupó casi cuatro semanas, pues carecía de útiles, a excepción de un hacha, un cuchillo y las láminas metálicas de los esquíes. Cavé un pasadizo en la tierra de dos pies de ancho y dos de profundidad por 10 de largo, de paredes perpendiculares y en su extremo norte excavé un espacio circular de 10 pies de diámetro, también de paredes perpendiculares que limité con piedras; cubrí todo el foso con piel de morsa de una pulgada de grosor, lograda durante una dura semana en que despellejé cuatro que yacían sobre la playa y como poste central usé una roca larga, a pesar de la cual la techumbre era casi llana. Una vez acabado, guardé bien todas las cosas dentro, excepto el «kayak», sebo como combustible y para alumbrarme y alimentos de varias clases puestos al alcance de la mano. El techo de ambas partes, tanto la redonda como la larga del pasaje pronto fueron enterradas por la nieve y difícilmente se distinguían del suelo inmediato; pero por el pasaje, tanto para entrar como para salir, había de gatear; pero esto sólo era de cuando en cuando; dentro del pequeño espacio circular, mayormente ocupado, cubierto, inverné, escuchando los rugidos de las oscuras tormentas que se desencadenaban alrededor de mi perdido rincón.

Todos aquellos meses el agobio de un pensamiento me inquietó, y una pregunta gravitaba sobre mi melancólico espíritu; por doquier, a mi alrededor, hay osos, focas, morsas, zorros, miles y miles de pingüinos, etc., que yacen muertos; casi que los únicos seres vivientes que vi son algunas morsas sobre los escollos, pero eran muy pocas y era claro que alguna catástrofe incomprensible había pasado sobre la isla durante el verano, destruyendo todo indicio de vida en ella, excepto algunos anfibios, cetáceos y crustáceos.

Era el 7 de Diciembre cuando habiendo salido al aire libre durante una tempestad procedente del sur, volví a percibir una clara ráfaga de aquel mismo aroma a flor de melocotonero, pero a la sazón sin efecto alguno.

Nuevamente otras Navidades, otro Año Nuevo, Primavera, y el 22 de Mayo zarpé con mi «kayak» bien pertrechado; el mar ya completamente abierto y el hielo

en tan buenas condiciones que pude en cierto lugar navegar con el «kayak» sobre él, pues el viento me hacía deslizar suavemente un buen trecho. Hallándome en la costa oeste de la Tierra de Francisco José, me hallaba en una situación inmejorable y torcí proa hacia el sur con gran esperanza, estando durante días avistando tierra; pero a la caída de la noche del cuarto día vi flotar un témpano que ofrecía un bello aspecto, se observaban en él una serie de rosas que lo salpicaban y que se reflejaban al través de su cristal; me acerqué a él y lo vi cubierto de millares de gaviotas muertas, cuyo rosado plumaje le daba aquella coloración.

Hasta el 20 de Junio hice excelentes progresos en mi viaje hacia el sur y el oeste, el tiempo era generalmente excelente, algunas veces viendo sobre los témpanos algunos cadáveres de osos, otras veces hallaba manadas de morsas muertas y vivas, cuadrilla tras cuadrilla de pingüinos, etc., es decir, toda la gama de animales árticos, y fue hacia la medianoche del 29 de Junio, cuando hallándome sobre un témpano mirando hacia el sol vieron mis ojos algo, allá en la lejanía, hacia el sur, al través del mar de témpanos, eran los mástiles de un barco.

¿Era un barco real o una visión fantasmal? Ambos eran lo mismo para mí; que se tratase de realidad podía creerlo difícilmente, pero semejante visión hizo latir aceleradamente mi corazón como si fuera a morir y blandiendo suavemente los canaletes junto a mi cabeza, caí de rodillas y luego tan largo como soy.

Tan fuerte fue la dulce ansia de proseguir a toda marcha, una vez más, semejante a un animal de circo, de una foca por ejemplo en un circo europeo; pero esta vez lloraba mi carne de oso como un propio oso, y lavé mis manos en sangre de morsa para darles un cierto brillo de roja limpieza en vez del tinte grasiento que crónicamente las embadurnaba.

Y pese a lo agotado que estaba tardé poco tiempo en partir en pos de aquel barco; no había atravesado aún cuatro horas sobre el agua y el hielo, cuando mi alegría se hizo indescriptible al ver, desde lo alto de un témpano, que se trataba del Boreal.

Me resultaba extrañísimo que pudiera hallarse en estas latitudes. Sólo se me ocurría el que hubiese, sido obligado a cambiar su rumbo hada el oeste, fuera del bloque de hielo compacto en que lo dejamos y quizá ahora estaba intentando salimos al encuentro en nuestro camino hacia Spitzberg.

Sin duda, loca fue la lucha que tuve que librar para poder llegar hasta él, mis murmurantes labios prorrumpieron en crisis de risas, anticipándome a su dicha de verme, la admiración que tendrían al oír contar las grandes noticias referentes al Polo; ondeaba el remo en alto, aún cuando sabía que aún no podían verme y luego lo zambullí violentamente en el agua. Lo qué me sorprendía era ver tendidas las velas principales y la rectangular del mástil de proa, en una mañana tan tranquila, pues no se movía en absoluto bajo un sol lejano semejante a un espíritu de luz, acariciando el mar de témpanos, con manchas centelleantes y un tinte rosado teñía todos los objetos ya que el suyo propio era de una novia recién muerta ataviada con sus brillantes y blancos brocados, el Boreal era lo único que rompía esta uniformidad a modo de mancha negra, y pensando que para mí se trataba de un paraíso recé y remé.

Estaba algo misterioso, pero a las 9 de la mañana vi que faltaban dos alas del molino de viento, los pescantes estaban medio derrumbados y que un bote le colgaba de un costado; poco después de las 10 pude ver que la vela principal tenía un desgarro central de arriba a abajo. Y no atinaba a comprender, no estaba encallado: y sin embargo, dos pequeños témpanos, uno a cada lado, batían contra sus costados.

Comencé a remar de nuevo, respirando profundamente, loco de alegría, impaciente, cada segundo me parecía un año y cuando pude distinguir a alguien

sobre cubierta, doblándose sobre la barandilla, mirando en la dirección en que me aproximaba, no sé porqué; pero creí que se trataba de Sallit y me puse a gritar: «¡Eh! ¡Sallit!» «¡Hola! ¡Eh!»

Pero no vi que se moviera aunque seguía inmóvil en el mismo sitio mirando en mi dirección; entre el barco y yo era todo mar navegable a través de algunos témpanos, y al avistarle tan claramente me infundió un temblor de ansiedad, que se diría que estaba demente, haciendo volar el «kayak» con remadas llenas de coraje, mezclándose con las remadas mis locas exclamaciones de júbilo: «¡Hola!» «¡Eh!» «¡Bravo!» «¡He estado en el Polo!»

Oh, vanidad, vanidad. Ya me hallaba más cerca; era ya bien entrada la mañana y me acercaba ya al mediodía, cuando me hallaba a media milla de distancia, es decir 800 yardas; sin duda que a bordo del Boreal han tenido que verme, me habrán oído, mas no observaba movimiento alguno para darme la bienvenida; todo estaba como muerto, Dios mío, en esa mañana aún ártica; sólo las desgajadas lonas ondeaban lánguidamente, y los dos témpanos, uno a cada lado, golpeaban los costados con apagado retumbo.

Ahora estaba seguro de que era Sallit el que miraba hacia el mar, pero cuando en cierto momento el barco giró un poco, noté que la dirección de su mirada había cambiado con su movimiento y que ya no miraba en mi dirección; y le grité con reproche: «¿Por qué, Sallit?» «Hombre, ¿por qué?», grité nuevamente.

Mas pese a que gritaba y vociferaba, se apoderó de mí una certeza perfecta de que no habría respuesta, pues un perfume de melocotón me venía del barco y ahora comprendía claramente que pese a aquella posición de Sallit que parecía estar mirando, no veía nada y que a bordo del Boreal estaban todos muertos; ciertamente, pronto vi uno de sus ojos semejante a un ojo de cristal cuando mira oblicuamente y brilla distraído; y nuevamente mi cuerpo se desvaneció y mi cabeza se desplomó hacia delante, sobre la cubierta del «kayak».

Después de un largo rato, empecé a mirar de nuevo escrutando aquel barco perdido y desamparado: allí estaba, quieto, trágico, como si fuese culpable de un obscuro cargo de fatalidad que le apesadumbrase; allí seguía Sallit, y yo sabía perfectamente el porqué se hallaba él allí; se había asomado para vomitar y desde entonces allí reposaba, sus antebrazos se apoyaban sobre la barandilla y su rodilla izquierda se apoyaba en la cubierta; su cara algo asustada parecía ser respuesta a los golpes que los témpanos propinaban en los costados; sorprendía un poco, no tenía nada que cubriera su cabeza; percibí los sones de los céfiros en sus largos cabellos. No me hubiese aproximado más, estaba asustado, no osaba, el silencio del barco parecía algo sagrado; y hasta bien adelantada la tarde estuvo allí mirando el negro casco, miraba que sobre la línea de flotación había una franja medio sumergida debida a la humedad marina que denotaba su prolongado sueño. Un intento de subir a él había sido hecho, al menos así parecía, pues un largo tablón pendía del barco de un cable, algo sumergido en el agua; los dos únicos brazos del molino de viento giraban tanto en un sentido como en el contrario sólo unos cuantos grados, crujiendo con un andante sing-song; algunas prendas colgaban de un alambre del cual habían sido tendidas ropas para secar; los alambres que ceñían las altas cajas estaban ahora rojos, rugosos, llenos de orín; en algunos sitios los aparejos se amontonaban enredados; los botes se balanceaban de vez en cuando describiendo parte de un círculo con cadencia de tormento, y las velas, algo podridas, sin duda a causa de la exposición, pues no había habido ninguna tormenta importante, y el viento había desgarrado una de ellas por la mitad y de arriba abajo. Excepto Sallit, que se le veía desde fuera por estar en el sitio en donde él mismo se había situado, no vi a nadie más.

De una remada me acerqué al barco, serían las cuatro de la tarde, aunque mi terror del barco era algo complicado por el perfume suyo, cuyos fatídicos efectos conocía bien. No obstante, mi tanteadora aproximación me demostró, cuando quedé tranquilo, que allá había desaparecido ya cualquier peligro que hubiese habido; y finalmente, con mi corazón batiendo desesperadamente, trepé por una cuerda que pendía del costado.

Al parecer, todos habían muerto repentinamente, pues casi todos los doce estaban en actitudes de actividad: Egan, en el propio acto de subir la escalera de la cámara; Lamburn, sentado contra el camarín de derrota, ocupado al parecer en limpiar dos carabinas; Odlind, en el fondo de la escalera del cuarto de máquinas, parecía estar llevando un par de trozos de reno, y Cartwright, que a menudo estaba bebido, tenía sus brazos rígidamente apretados en torno al cuello de Martín, a quien parecía estar besando, ambos tendidos al pie del palo mesana.

Y sobre todo — sobre hombres, cubiertas y rollos de cuerda, en la cámara, en el cuarto de máquinas, entre hojas de claraboyas, en cada estantería y en cada grieta — había una ceniza o polvo impalpable, fino, purpúreo; y reinando constantemente a través de todo el barco, como el propio espíritu de la muerte, aquel perfume de melocotón.

Aquí se había asentado ella, como pude verlo por la fecha del Diario de Navegación, por el orín de la maquinaria y por el aspecto de los cadáveres, por otras cien indicaciones, hacía cosa dé más de un año; por lo tanto, había sido principalmente debido a la voluntariosa tarea de vientos y corrientes que esta nave mortal había sido traída de nuevo a mí.

Y ésta fue la primera indicación manifiesta que tuve de que el Poder (quién o quienes o lo que fuese que pudiera o pudieran ser), que a través de la Historia ha mostrado tanto cuidado en ocultar Su mano a los hombres, apenas intentaba ya tomarse la molestia de ocultarla de mí; pues era exactamente como si el Boreal me fuese abiertamente presentado por una Intervención, por un Medio u Órgano, que aun cuando no pudiese ver, podía muy bien captar.

El polvo, aunque muy fino y volátil en las cubiertas, se había depositado espesamente abajo, y tras un giro de inspección, lo primero que hice fue examinarlo... aunque no había probado bocado en todo el día y me encontraba agotado hasta la inanición. Encontré mi propio microscopio donde lo había dejado, en la caja de mi litera a estribor, aunque tuve que apartar a Eagen para alcanzarlo y pasar sobre Lamburn para entrar en el cuarto de derrota; pero hacia el anochecer me senté a la mesa y me incliné para ver si podía hacer algo del polvo, pareciéndome como si miríadas de espíritus de hombres que habían morado en la Tierra, y ángeles y demonios, y el Tiempo y la Eternidad se hallasen suspendidos silenciosos en derredor en espera de mi veredicto; y me entró tan febril escalofrío, que durante largo rato las yemas de mis dedos, atáxicas por la agitación, se negaron a cualquier esfuerzo que intenté, y no pude hacer nada.

Desde luego, yo sabía que un olor de flor de melocotonero, que resulta de la muerte, sólo puede ser asociado con algún efluvio de cianógeno, o de ácido de hidrocianuro («prúsico»), o de ambos; así que cuando por fin logré examinar algo del polvo, no me sorprendió hallar entre la masa de ceniza algunos cristales amarillos que solamente podían ser ferrocianuro potásico. Lo que éste estaba haciendo a bordo del Boreal, yo no lo sabía, ni tampoco tenía yo los medios ni la fuerza de espíritu para ahondar más en ello; comprendía tan sólo que por la razón que fuere, el aire de la región justamente al sur de los alrededores del Polo, había sido impregnado con un gas que era, o bien cianógeno, o algún producto de cianógeno; o sea, que este gas, que es muy soluble, había para entonces o bien sido disuelto por el agua, o bien dispersado en el espacio, dejando su débil

perfume; y viendo esto, dejé caer mi abandonada cabeza sobre la mesa, y durante largo rato me quedé con la mirada extraviada y fija al par, pues tenía una sospecha, ¡santo Dios!, y un temor en mí.

Según hallé, el Boreal contenía suficientes provisiones no tocadas por el polvo, en cajas, latas, etc., para que me durasen unos cuarenta años; pues dos días después, luego de haber raspado y refregado bastante de la mugre acumulada en mi piel durante quince meses y solazándome con mejor alimento, hice una completa inspección y recorrido de él. Luego pasé tres días más en engrasar y limpiar la máquina, y, una vez todo listo, arrastré mis doce cadáveres y los puse en dos hileras en el cuarto de derrota. Realizado todo esto, icé por babor el pequeño «kayak» que tanto me había servido en tantas tribulaciones, y a las 9 de la mañana del 6 de Julio, una semana después de haber avistado el Boreal, descendí a la sala de máquinas, para ponerlas en marcha.

Las hélices, según el sistema moderno, estaban impulsadas por una corriente de aire líquido explotando a través de tubos capilares en receptáculos de válvulas de corredera; motor que a pesar de su hinchado bulto hacía dieciséis nudos; y es la cosa más sencilla llevar alrededor del globo uno de esos artefactos, pues su puesta en marcha depende sólo del bajar de una palanca, siempre que uno no vuele por los aires, pues el aire líquido, a pesar de sus maravillas, tiene también a veces esta ventolera si no se le manipula con cuidado. De cualquier modo, disponía yo de tanques de aire para que durasen lo menos doce años viajando, y además había una máquina para hacerlo en caso de necesidad, con cuarenta toneladas de carbón en los depósitos, y las dos calderas Belleville, por lo que respecto a motores estaba bien provisto.

Asimismo el hielo era completamente flojo allí, y no recuerdo haber visto jamás el Ártico tan brillante y de alegre aspecto. La temperatura era de 41 grados bajo cero. Hallé que me encontraba a medio camino entre Francisco José y Spitzberg, en la latitud 79° 23', longitud 39°; la ruta aparecía despejada, y sentí como una melancólica esperanza cuando los motores comenzaron su rítmico girar de cilindros y las hélices a remolinear el Mar Ártico, mientras que iba a instalarme a la rueda del timón y ponía rumbo al sudoeste.

Cuando necesitaba alimento o descanso, el barco descansaba también; luego volvía a proseguirse la marcha.

Dieciséis horas al día permanecí a veces de centinela a la rueda del timón, contemplando la variada uniformidad del mar de hielo, hasta que mis rodillas cedían, pues frecuentemente se hacían necesarias delicadas maniobras entre banquisas e icebergs. No obstante, me encontraba menos embarazado por el apelotonamiento de vestiduras polares, casi ágil ahora con un indumento lapón y un gorro siberiano redondo de piel.

A medianoche, cuando me deslizaba en mi vieja litera, parecía como si los motores reducidos ya al silencio, cosa muerta ya, poseyeran un espíritu que me rondara, pues los seguía oyendo... no a ellos, sin embargo, sino al silencio de su espíritu; y a menudo me despertaba incorporándome sobresaltado, con el corazón espantado en un puño, por la explosión de algún iceberg o banquisa en un choque, ruidos que rasgaban aquel blanco misterio de quietud, en el que ellos eran como tumbas flotantes y el mundo como un cementerio líquido; ni sabría expresar la extraña conmoción de Juicio Final que tales estampidos alzaban en mí de las profundidades del caos como un recordatorio del propio íntimo pensamiento y ser: pues a menudo, tanto en vela como en la pesadilla, no sabía en qué orbe me encontraba, ni en qué época, sino que me sentía al garete por el gran golfo del espacio, de la eternidad y de la circunstancia, sin fondo alguno para que mi

conciencia pudiera asentarse, constituyendo el mundo todo un espejismo y un extraño espectáculo para mí, con las fronteras de la vela y el sueño borradas.

De todos modos, el tiempo seguía siendo excelente y el mar como un estanque. Durante la mañana del quinto día, el 11 de Julio, llegué, y fui descendiendo por ella, a una avenida extraordinariamente larga de iceberg y banquisas, dispuestas de forma muy regular, quizá de media milla transversal y varias de longitud, semejantes a una titánica doble procesión de estatuas, o las tumbas Ming, pero ascendiendo y descendiendo como compases musicales, atalayantes algunos, creando pasadizos en sombras entre ellos, otros de un resplandor traslúcido esmeraldino, tres o cuatro vertiendo cascadas que producían un como lejano canturreo; el mar de un singular espesor, casi de un blancor de merengue, y algunas nubes de nieve, algodonosas, flotando en el pálido firmamento, y abajo este pasillo que producía una impresión de catedrales ciclópeas y misteriosos claustros y mazmorras. Apenas hube pasado una milla, que avisté un negro objeto al final.

Me abalancé a los obenques y no tardé en apreciar un ballenero; de nuevo me asedió la misma jadeante agitación y el arrebato por abordarlo mientras volaba a poner la palanca a toda marcha, volviendo luego a dar un giro a la rueda del timón; después al palo mayor, trepando y agitando al buen tuntún un trapo; y para cuando me hallé a unos quinientos metros del ballenero, me dejé invadir por tal oleada de pasión que me encontré vociferando esta fútil insania: «¡Hola... eh! ¡Bravo! ¡He estado en el Polo!»; y los doce cadáveres que tenía yo allá en el cuarto de derrota debieron haberme oído, y también los hombres de la ballenera, y sonreído.

En cuanto a ésta, de no haberme encontrado en aquel estado de ciega chochera, debiera haber visto desde el primer momento que tenía el aspecto de un barco de la muerte, con su botavara porteando a estribor sobre la superficie del mar, y su trinquete rizado en aquella serena mañana; mas sólo cuando estuve casi encima de ella, y descendía apresuradamente a parar la máquina, penetró de súbito la verdad en mi calenturiento cerebro, y apenas pude creerla de tan aturdidamente pasmado que quedé.

Luego arrié el kayak y me embarqué en él...

Esta embarcación había sido reducida al silencio en medio de la actividad, pues no vi a ninguno de los sesenta y dos que no habían estado ocupados, excepto a un muchacho... Era de unas 600 toneladas, armada en barco, con motor auxiliar, blindada en las amuras de proa; apenas de dejé de recorrer una parte de ella. Había hecho buena captura de ballenas, hallándose una aún atada a un costado, en proceso de despedazamiento. Sobre la cubierta había dos montones de grasa de una tonelada de peso, rodeados de veintisiete hombres en diversas actitudes y expresiones, algunas terroríficas, otras desagradables y varias grotescas; la ballena muerta y los hombres muertos también, la muerte y los gérmenes de la nada floreciendo, y un hipnotismo y un mutismo cuyo reino estaba confirmado, y su gobierno haciéndose viejo. Cuatro de los que habían estado arrancando la gelatina de una masa de estratificados huesos de ballena al pie del mástil de mesana, estaban completamente encastrados en carne del animal; sobre un barril atado al palo mayor asomaba la cabeza de un hombre de larga barba en punta, que parecía inspeccionar el mar hacia el sudoeste, lo cual hizo que me fijara en que sólo cinco de las ocho o nueve probables lanchas se hallaban a bordo; y tras visitar los entrepuentes donde vi grandes cantidades de hacinadas placas de ballena, y cincuenta o sesenta tanques de aceite y grasa tajada; y tras recorrer la cámara, sala de máquinas y castillo de proa, donde vi un solitario muchachito de unos catorce años cuya mano estaba asiendo una botella de ron bajo la tapadera de una caja, habiendo sido en aquel intento sorprendido por la muerte... Después de dos

horas de exploración por el barco volví al mío propio y proseguí mi ruta, llegando cosa de medio hora más tarde sobre las tres lanchas balleneras que faltaban, a una milla aproximadamente; maniobré en zig-zag cerca de ellas, hallando en cada una cinco hombres y el patrón, disparado además en una de ellas el cañoncito del arpón, con su cuerda enrollada varias veces en torno al pecho de su manipulador; y en las otras, cientos de brazas de cuerda enrollada, con hierros de cazonete, lanzas de ballena, arpones de mano, y cabezas sumidas y muecas y visajes y desmadejado abandono, y ojos de un brillo vidrioso, y ojos adormilados y opacos, y ojos que parecían parpadear y guiñar.

Tras esto comencé a avistar barcos no infrecuentemente, y dejaba encendidas regularmente las tres luces de posición por la noche. El 12 de Julio encontré uno, el 15 dos, el 16 uno, el 17 tres y el 18 dos... todos ellos groenlandeses, creo: pero de los nueve sólo abordé tres, revelando el anteojo desde lejos que en los otros no había vida alguna; y en los tres me hallé con lo mismo: hombres muertos; de modo que la sospecha que yo tenía, — el temor, aumentaron grandemente.

Proseguí en dirección sur día tras día, centinela en la rueda del timón, brillando claro el sol y careciendo a veces el mar mezclado con partes de leche durante el día, y por la noche la inmensa desolación de un globo rielado por un sol muerto eras hacía, y por una luz funeral. Era como las Tinieblas con la muerte en ellas, y más lívido de lo que yo había supuesto el propio reino de la muerte y el Hades más terrorífico que el estado neutro y el limbo de la inanidad, cuando el mar irreal y la espectral bóveda, perdido todo confín, fundidos en un vacío fantasmagórico, en cuyo centro yo, como si estuviese aniquilado, parecía un satélite describiendo una desmayada órbita en la inmensidad del espacio, en cuyo mundo incorpóreo había de pronto vaharadas de aquel perfume de melocotón que yo conocía y cuya frecuencia crecía; pero como fuere, el Boreal seguía adelante, atravesando una que parecía insondable Eternidad, acercándose a la latitud 72°, no lejos ya del norte de Europa.

Y ahora, en cuanto al olor de melocotón — aun cuando todavía había en torno mío algunos hielos flotantes, yo era exactamente como algún marino fantástico, que habiendo zarpado a la búsqueda del Edén y las Islas Afortunadas, las encuentra, proviniéndole ráfagas balsámicas de sus vergeles mientras se encuentra aún lejos, para recibirle con la fragancias de almendros y cornejos, y de jazmín y loto; pues habiendo yo alcanzado ya una zona en que el aroma de melocotón era constante, todo el mundo parecía embalsamado con su perfume, y podía imaginarme a mi embarcación rumbo al confín de la Tierra, hacia algún clima de eterna fragancia y deleite.

Al fin vi lo que los balleneros acostumbran a llamar «el guiño del hielo...» su brillante aparición o reflexión en el firmamento cuando se le deja atrás o no se ha llegado aún a él, pues por entonces me encontraba en una región donde habían de verse muchas embarcaciones de varias clases; continuamente las estaba encontrando, y no dejé de investigar ninguna, abordando a varias con el kayak o la lancha de alerce. Justamente bajo la latitud 70° llegué sobre una flota de lo que creí ser pesqueros de bacalao o arenque de las islas Lofoden, que debían haber derivado como fuese a una corriente norte, todos ellos cargados con pescado puesto a curar, y cruce de uno a otro en curso de zig-zag, pues se hallaban ampliamente desperdigados, semejantes a simples granos de arena en el horizonte, en el atardecer sereno y claro con su luminosidad astral ártica, reclinándose el Sol a su sueño nocturno en las profundidades. Tres embarcaciones pálidas se balanceaban con ruidos crujientes, como de criaturas plañéndose entre sueños, completamente incólumes hasta el momento, en espera de las tormentas

del drama invernal de cólera en aquel lúgubre mar, cuando no habría de faltarles un funeral tañido y una honda fosa. Los pescadores eran bravos patanes, con franjas de barba desde la punta de la barbilla y gorros colgantes de algodón; uno de ellos se encontraba arrodillado en una posición agazapada hacia delante, asiéndose al trinquete, con las piernas esparrancadas, la cabeza echada hacia atrás, y sus amarillos globos de los ojos con sus iris grises mirando fijamente arriba del mástil. Cada vez encontré frascos de whisky de cebada, dos de los cuales llevé a mi lancha; pero en una embarcación, en vez de abordarla con mi lancha, corté a tal punto el aire líquido del Boreal, que mediante una delicada maniobra se detuvo a una braza del pesquero, sobre cuya cubierta pude saltar; tras mirar en derredor, descendí las tres escaleras de popa, metiéndome en el oscuro y abuhardillado entrepaño inferior, llamando en una especia de cuchicheo: «¿Hay alguien? ¿Hay alguien?», sin que nadie contestara; pero cuando volví de nuevo a cubierta, el Boreal había derivado a tres metros más allá de mi alcance, de manera que como había calma chicha hube de echarme al agua; y en aquel medio minuto se apoderó de mí un cúmulo de terrores. Sí, sentí de nuevo aquella abismal desolación de soledad y la impresión de un universo hostil inclinado sobre mí para engullirme; el océano no me parecía sino un gran fantasma.

Dos mañanas después llegué sobre otra flotilla, de embarcaciones mayores ésta, que descubrí ser pesqueros británicos de bacalao, y también en la mayoría de los que abordé; en cada gambuza de popa una imagen de la Virgen de madera o arcilla, de tonos policromos descoloridos y en una embarcación, un muchachito arrodillado ante ella, pero había caído a un lado, con las rodillas aún dobladas y la cruz de Cristo asida en su puño. Los hombres, con blusas de algodón azul y encerados, se hallaban en todas las posturas de la muerte, conservando aún perfectamente cada detalle de rasgo y expresión; las chalupas lo mismo, todo, todo; éstas se mecían ligeramente y como descuidadas, con una especie de monótono sonsonete crujiente; parecía como si cada una tuviese una subconsciencia de su propia personalidad y una insensible inconsciencia de todo lo demás, aun cuando fuesen una reproducción; los mismos garfios y cordeles, cuchillos de corte y destripado, barriles de salmuera, pilas y cajas de bacalaos abiertos, cubetas de galleta y crujientes balanceos y un olor de sentina y hombres muertos. Al día siguiente, a unas ochenta millas al sur de la latitud de Monte Hekla, avistando una gran nave, que resultó ser el crucero francés Lazare Tréport, también subí a bordo y lo recorrí durante tres horas, su puente superior, principal y blindado, cubierta por cubierta, sus negras profundidades, hasta hurgué los tubos de los dos cañones roñosos de las tórrelas. Vi en el cuarto de máquinas a tres hombres destrozados tras su muerte, supongo que por la explosión de una caldera; y vi a unos 800 metros al nordeste una gran barca suya, atestada de marineros, con un remo aún empotrado entre su estacha y la mandíbula echada hacia atrás del remero; mientras que en la cubierta del buque, en el espacio entre los dos mástiles, aparecían los chaquetones azules en una especie de apiñado desorden... doscientos. Nada podía ser de más trágica sugerencia que la desvalida potencia de aquella pobre embarcación errante, en torno a cuya estólida masa, activas como hojas de álamos murmuraban miríadas de olitas en continuo chapoteo que las hacía semejar pobladas de muchedumbres de parlanchines gorriones. Aquella tarde pasé largo rato en una de las casamatas de un cañón, con la cabeza sumida en el pecho, mirando furtivamente de soslayo los pies exangües y azulados de un marinero que yacía ante mí y cuyas plantas eran sólo visibles, pues se hallaba tendido cabeza abajo más allá del umbral de la portezuela; y anegado en mares de lúgubres ensueños permanecí hasta que con un último estremecimiento que fue como un resorte que me puso en pie, parecí despertar y volví al Boreal y me quedé

dormido. A las nueve de la mañana siguiente, al ir a cubierta y descubrir hacia el oeste un grupo de embarcaciones, puse proa a ellas; resultaron ser diez queches de las Zetlandia, que debían haber derivado del nordeste. Los exploré bien, pero no había otra cosa sino añadir a la larga lista de las otras embarcaciones anteriores; pues todos sus hombres y todos sus grumetes y todos sus perros habían muerto.

Podría haber llegado a tierra antes de lo que lo hice; pero no quise. ¡Tenía tanto miedo! Estaba acostumbrado al silencio del hielo y al silencio del mar, ¡pero tenía miedo del silencio de Europa!

En cierta ocasión, el 14 de julio, avisté una ballena o cuando menos así me lo pareció, lanzando un chorro allá por el remoto horizonte; y el 19 vi un enjambre de marsopas surcando el agua en su ruta hacia el norte; y al verlas me dije: «Bien, no estoy entonces solo en el mundo, Dios Santo».

Y aún más, algunos días después, el Boreal se encontró en medio de un banco de bacalaos en dirección norte, miles de peces, pues yo los vi y una tarda capturé tres simplemente con el garfio.

Así, pues, cuando menos el mar tenía sus familias para ser mis camaradas.

Pero si la tierra se hallase tan silenciosa como el mar, sin ni siquiera la ballena con su surtidor, o la manada de bamboleantes marsopas, si París estuviese tan mudo con la nieve perenne... ¿qué era entonces — me preguntaba — lo que podría yo hacer?

Pudiera haberme decidido y recalado en las Zetlandia, pues me encontré tan lejos al oeste como en la longitud 11° 23', pero no lo quise; repito que tenía demasiado miedo. Me hallaba como encogido para enfrentarme con la sospecha que abrigaba para tomar una decisión.

Finalmente, de todos modos, puse rumbo a Noruega, y en la segunda noche de esta definitiva intención, hacia las nueve, con tiempo tormentoso, el cielo bajo, el aire sombrío y el mar de aspecto duro, engrosado y esquivo. Me encontraba al gobernalle durante largo tiempo ya, con mis pobres luces de proa y estribor encendidas, cuando, sin la menor prevención, experimenté el choque más rudo de mi vida, siendo despedido como por un cañón a la puerta de la cabina, a través del pasillo y más allá; había chocado con algún buque de gran tonelaje probablemente, aunque nunca lo vi, ni percibí la menor señal de él; y toda aquella noche y el día siguiente hasta las cuatro de la madrugada, el Boreal anduvo solo, a su antojo, pues yo yacía conmocionado. Finalmente vi que solamente había padecido lesiones insignificantes, pero aún permanecí una hora tendido en el suelo, con un humor negro, y al levantarme detuve las máquinas, viendo a mi docena de muertos todos ellos apiñados y desfigurados. Sentí ahora miedo de navegar de noche, y hasta de día no quise ir adelante por espacio de tres días; pues estaba colérico contra no sabía yo mismo qué, y dispuesto a pelearme con Aquellos a quienes no podía ver.

Sin embargo, el cuarto día, un embravecimiento del mar que empezó a zarandear la embarcación, poniéndome muy incómodo, me impulsó al movimiento y puse proa al sur.

Avisté la costa de Noruega cinco días después, en la latitud 63° 19'; al mediodía del 12 de agosto, y enmendé mi rumbo para seguirla; pero fue con perezosa renuencia que me arrastré a media velocidad. En unas ocho horas, como lo manifestaba la carta, debía de avistar la luz del faro de la isla de Smoelen; y cuando llegó la queda noche, el agua negra y tersa como un lago, centelleó con surcos de luz lunar, moviéndome junto a ellos entre las diez y medianoche, casi en la sombra de las montañas; pero, ¡Tú, oh Dios, de Ti no había resplandor alguno

allí!; y durante todo el recorrido, la escarpada orilla, próxima o lejana, siguió oscureciéndose, sin que nunca apareciera en ella una luz amiga.

El 15 de agosto tuve otro de esos arrebatos que al pasar habrían dejado postrado a un elefante. Durante cuatro días no había notado señal alguna de vida en la costa noruega, sólo rocas y más rocas, muertas y sombrías y embarcaciones flotantes, todas ellas también muertas y sombrías; y mis ojos habían adquirido una demencial fijeza en su mirar a los abismos de vacío, mientras permanecía inconsciente de ser, excepto en un punto, de azul de arco iris, allá lejos en el infinito, que pasaba lentamente de izquierda a derecha ante mi consciencia durante un corto espacio y luego se desvanecía, para volver de nuevo a pasar lentamente, siempre en la misma dirección continua, hasta que algún espolique, o voz, me aguijoneaba la conciencia de que estaba mirando fijamente, murmurando confidencialmente la advertencia: ¡mira, y todo ha pasado contigo! Perdido así en un trance de tal género, me hallaba inclinado sobre la rueda durante la tarde del 15, cuando experimenté como una especie de aviso diciéndome: «Si miras más allá, verás...!» y en un instante ascendí de toda aquella sima de ensueño a la realidad, lancé una ojeada a la derecha, y por fin, ¡Dios santo!, vi algo humano que se movía y que venía hacia mí.

Aquella sensación de rescate, de despertar, de nueva solidez, de lo acostumbradamente alentador, era un billón de veces demasiado intensa para expresarla; de nuevo ahora puedo imaginarla y sentirla... la ordinaria roca sobre la cual plantar los pies y vivir; pues desde el día en que había estado en el Polo y visto allí la cosa vertiginosa que me hizo desfallecer, no había aparecido en mi camino señal alguna de otras que como yo mismo estuvieran con vida, hasta ahora, en que súbitamente tenía la prueba; pues en el mar, al sudoeste, a escasamente cuatro millas, vi un barco hendiendo las aguas y alzando profusas franjas de espuma que se expandían ondulantes a ambos lados, al surcar las aguas rápidamente y en derechura hacia el norte.

En este momento me encontraba yo singlando hacia el SE por S, a catorce nudos, desde una serie de montañas noruegas de un oscuro azul y luego de dar a la rueda un franco giro a estribor para aproarme a la embarcación, me abalancé al puente, apoyé la espalda contra el palo mayor, puse un pie sobre la barandilla de hierro frente a mí y al instante sentí que me poseían todos los burlones diablos de perturbadora orgía, al quitarme el gorro de la cabeza y comenzar a agitarlo maniáticamente; pues a una segunda ojeada vi que aquella nave llevaba una insignia en el palo mayor y un largo gallardete en su cofa, no atinando a santo de qué llevaba aquellos dos estandartes; al instante se me cambió el humor y pasé a la amargura y al estado demencial.

Claramente se imprimió en mi conciencia, en tres minutos de intervalo, su color amarillo apagado, como muchos barcos rusos, con una especie de marchito rosa en sus amuras, bajo el amarillo, su pabellón azul y blanco; un buque de pasaje, de dos palos, dos chimeneas, aun cuando de éstas no salía humo alguno. En todo su curso, el mar tenía vacilantes fulgores del sol que se ponía, chafarrinones aureolados se prendían a la vista, pero graduándose a formas más finas a la distancia, hasta convertirse en línea de lívida plata en el horizonte.

La doble velocidad de aquella embarcación y del Boreal debía haber sido cuarenta nudos, y realizarse el encuentro en unos cinco minutos; sin embargo, en este breve espacio de tiempo amontoné años de mi vida, vociferando apasionadamente, con mi cara y ojos inflamados por la rabia más precipitada y alborotada, pues ni aminoró su marcha ni hizo ninguna señal, ni dio muestra alguna de haberme visto, pero se me venía encima en marcha constante, de manera que perdía la razón, pensamiento memoria y sentido de la relación en la

oleada de histeria que me apresó; y solamente recuerdo ahora que, en medio de mis aullidos, mi garganta frenética decía: «¡Ohé! ¡Bravo!,¿Por qué no paran? ¡Locos! ¡Yo he estado en el Polo!»

En aquel momento se alzó un olor execrable que me invadió el cerebro y en el lapso de tiempo en que se puede contar hasta diez, me di cuenta de sus máquinas sonando próximas y pasando la mole en su batir de agua a menos de veinte metros de mis narices. ¡Santo Dios, era algo ante lo que los cuervos habrían escapado con náuseas!, tuve un vislumbre de las cubiertas densamente arracimadas de cadáveres putrefactos...

En letras negras sobre su popa amarilla, el rabillo de mi ojo captó la inscripción Yaroslav al inclinarme sobre el cairel para vomitar.

Sin duda alguna aquel buque había estado lejos en el sur con su hacinamiento de cadáveres, pues todos los que hasta entonces había visto, lejos de heder parecían, despedir cierto perfume de melocotón; y era además una embarcación de esas que han sustituido el vapor por aire líquido, aunque conservando todavía sus antiguas chimeneas, etc., para caso de necesidad, pues el aire era mirado aún con prevención por los constructores, debido a los accidentes que a veces provocaba. Así pues, este Yaroslav debió haber quedado con sus máquinas en marcha cuando la muerte sorprendió a su tripulación y al no hallarse aún vacíos sus tanques de aire, debió de haber estado también recorriendo el Océano impunemente desde entonces, durante no sé yo cuantos meses o años.

Me arrimé a la costa noruega durante ciento cuarenta millas, sin pegarme a ella más que en dos o tres ocasiones, pues algo me retraía; pero al pasar ante la boca del fiordo donde yo sabía que estaba Aadheim, me sentí irresistiblemente acuciado a portear y antes de que supiera que estaba haciéndolo, aproé a tierra.

En media hora me estaba moviendo entre montañas a ambos lados, de veteadas rocas en sus cumbres y umbrosos boscajes abajo, y todo ello suavizado por velos tejidos por el arco iris.

Es un estrecho serpenteante, de agudas aristas, de manera que cada pocos minutos se renovaba la escena, desapareciendo cuanto quedaba atrás; el agua era tersa y centelleante. Jamás la vi tan bruñida, plateada, semejante a pulido mármol, reflejándolo todo en el seno de su translúcido abismo, sobre el cual apenas una vaharada soplaba en el ocaso. El Boreal parecía moverse como conteniéndose, formando sólo rizos y pliegues, como de glicerina o de rocío de aceite de loto. Sin embargo era sólo el mar; y la grandeza más allá era únicamente riscos y follaje

otoñales y declives montañeros. Sin embargo todo parecía prendido en el arrebato de un trance de rosas y narcisos, ataviado por el tejido y la materia de sueños y burbujas y murmullos y trinos, de polen de flores y de ruborosas pinceladas de melocotoneros.

Lo contemplé no sólo con gozo, sino con asombro, habiendo olvidado ya, como era natural en aquella larga desolación de nieve y mar, que pudiera existir algo tan etéreamente bello y al par humano y familiar también, y consolador; el aire estaba impregnado de aquel olor a melocotón, y en aquel lugar había en aquellos instantes una magia y un nepente y un encanto tales que evocaban aquellos jardines del Héspero y los campos de asfódelos reservados a los espíritus de los justos.

Mas, ¡ay!, yo tenía la copa y para mí el nepento estaba mezclado con una desesperación tan inmensa como el cielo, ¡Dios santo!, pues en cuanto me puse a la tarea de buscar alguna cabaña o aldea no vi ninguna; y hacia la izquierda, en el cuarto recodo del fiordo, donde hay una de esas torres de vigilancia empleadas por estas gentes en inspeccionar los peces que entran, vi en un declive rocoso, precisamente ante la torre, vi un cuerpo tendido como si hubiese dado un traspiés

cayendo cabeza abajo; y al contemplarlo sentí definitivamente aquel infinito desespero que yo sólo entre los hombres sintiera, inconmensurable como la distancia a las estrellas, tan sombrío como el averno; y de nuevo me abismé en aquella fija mirada de nirvana y de la insania de la Nada, donde el Tiempo se sumerge en la Eternidad y todo ser, al igual que una gota de agua, vuela disperso para llenar el vacío del espacio y se pierde.

Me sacó de mi estado letárgico la proa del Boreal pasando sobre una lancha pesquera y un minuto después vi dos personas en la orilla, la cual, emergiendo en aquel lugar a un metro, está esquinada de cantos rodados y matojos, tras los cuales hay una vereda que asciende serpenteante a través de una garganta; en esta senda vi al conductor de uno de esos calesines de un solo asiento llamados kerjolers, sentado él en su pescante, de lado y hacia atrás, descansando su cabeza sobre una de las ruedas; sobre un baúl atado a un bastidor del eje trasero se encontraba un muchachito, también con la cabeza a un lado reposando igualmente sobre la rueda, cerca de la del conductor; y el caballo apoyado sobre sus patas delanteras, inclinando la vara hacia abajo; a poca distancia, en el agua, un esquife.

Después de la caleta del siguiente promontorio, comencé a ver embarcaciones, cuyo número aumentó a medida que avanzaba, lanchas pequeñas y algunas goletas y faluchos, la mayoría encallados en tierra; y de pronto tuve conciencia de que mezclado con aquel delicioso olor de flores de primavera — modificándolo profundamente, aunque no destruyéndolo — había otro que me venía en alas de las ráfagas de aire de tierra. «El Hombre, me dije, se está descomponiendo»; pues conocía bien el olor de la corrupción humana.

El fiordo se abría finalmente en una ensenada más ancha, rodeada de atalayantes montañas que se reflejaban en ella hasta su última escarpa nubosa, y al fondo de la cual había embarcaciones, un muelle y un antiguo poblado.

Ni un sonido, ni uno sólo; únicamente el de los motores del Boreal a ritmo lento. Resultaba de toda evidencia que por allá había pasado con su letal segur el Ángel del Silencio.

Corrí y detuve los motores, y sin anclar, bajé a una barca que se hallaba al costado, remando hacia el pequeño muelle, pasando bajo una goleta aparejada y con todas sus velas izadas, pero flojas y pendientes. Había también allí tres queches madereros, un barco de vapor de unas cuarenta toneladas, una barcaza, cinco pesqueros de arenque y diez o doce chalupas. Los veleros tenían aparejadas todas sus velas y al remar en su proximidad, de cada uno percibí un olor que era al par dulce y odioso, más sugeridor del genio de la inmortalidad — el significado esencial de Azrael — que cualquiera que jamás hubiera soñado, pues todos, como pude verlo, estaban arracimados de cadáveres.

Subí las viejas escaleras musgosas en aquel estado de aturdimiento en el cual uno se da cuenta de cosas triviales; consciente de la ligereza de mi nueva vestimenta, pues el día anterior me había cambiado, poniéndome prendas de verano, llevando sólo una camisa de lana, y pantalones de pana con un cinto y un gorro de paño sobre mi larga pelambrera y un par de botas amarillas, sin calcetines. Desde el rincón del muelle miré a una franja de tosco terreno que ante el poblado se hallaba.

Lo que vi, no fue solamente angustioso sino sobrecogedor, angustioso, debido a que una gran multitud se había reunido y yacía muerta; y sobrecogedor porque algo en su conjunto me informó en un minuto del porque de hallarse congregada en tal número.

Estaban allá con el motivo y la esperanza de huir embarcados hacia el oeste.

Y el algo que me informó de ello era un cierto aire extranjero en aquel cementerio, al posarse mi vista sobre ello; algo que no pertenecía al norte, que era del sur, oriental.

A dos metros de mis pies se hallaba ahora un grupo de tres cadáveres; una muchacha campesina noruega, de falda verde, justillo escarlata y bonete escocés; el segundo era un viejo noruego de típicos calzones hasta la rodilla y gorro de visera; y el tercero un, al parecer, judío polaco, con gabardina y gorro de orejeras.

Me acerqué más a donde los cadáveres yacían más apiñados entre el muelle y una fuente de piedra en medio de aquella especie de plaza, y vi entre gentes del norte dos mujeres elegantemente ataviadas, españolas o italianas, y la más amarilla mortalidad de un mogol, probablemente un magiar, un gran negro en indumentaria de zuavo, una veintena de evidentes franceses, dos feces marroquíes, el turbante verde de un jerife y el blanco de un ulema.

No pude por menos de hacerme la pregunta: «¿Cómo es que estos extranjeros llegaron hasta este poblado nórdico?»

Y mi corazón, que latía con inusitada violencia, respondió: «Ha habido una estampida irrefrenable y loca hacia el norte, hacia el oeste, de todas las razas del Hombre; y lo que aquí contemplo no es sino la espuma lejana de la furiosa ola».

Caminé a lo largo de una calle, con cautela en mis pasos, una estrella que no estaba exenta de ruido, pues enjambres de mosquitos zumbaban sus mensajes melódicos en los tímpanos, como el rasgueo de arcos de violín y prestos una y otra vez a volver a la carga para clavar sus aguijones después de haber sido ahuyentados repetidamente. Era una calle recta, pavimentada, empinada y lúgubre; y las sensaciones que me asaltaron y se acumularon sobre mí mientras me movía a través del poblado, me parece que únicamente debió conocerlas Atlante al haber de soportar, según el mito, el peso de la Tierra sobre sus hombros.

Y pensé para mí: «¿Y si una ola de las profundidades ha barrido sobre esta nave planetaria de Tierra, y soy yo el único que se encuentra en ella, el único superviviente de la tripulación? ¿Qué será entonces, Santo Dios, lo qué he de hacer?»

Sentía que en aquellos parajes, nada se movía, nada se hallaba con vida, excepto los zumbadores y agresivos mosquitos; que el susurro y el sabor de la Eternidad lo invadían todo, lo asfixiaban, lo momificaban.

Las casas eran en su mayoría de madera, algunas grandes, con porte-cochères conduciendo a patios semicirculares, en torno a los cuales se hallaban los edificios, de techumbres agudamente pendientes para escurrir las masas de nieve del invierno; y a través de la ventanilla de una de las puertas, vi a una robusta mujer inmóvil y rígida ante una estufa. Seguí sin detenerme a través de tres calles, llegando al oscurecer a una franja de terreno cultivado que conducía hacia abajo a una cañada montañera, a alguna distancia de la cual me encontré sentado a la mañana siguiente. De mi mente se ha borrado cómo y en qué trance pasé aquélla noche allí. Al mirar en derredor con la vuelta de la claridad, vi a cada lado montañas con abetos, casi uniéndose en algunos puntos y sombreando intensamente la musgosa cañada. Al levantarme seguí adelante sin rumbo, caminando durante horas y horas, sin sentir hambre, aunque había gran cantidad de fresas silvestres, de las cuales comí algunas. Había también gencianas azules, lirios del valle y un lujuriante boscaje; y constantemente un ruido de agua; vi

pequeñas cataratas semejantes a guiñapos salvajes, pues se rompían a media caída y se perdían; y también franjas de cebada y heno segados, colgados de singular manera en estacas, supongo que para su secado; y cabañas encaramadas en las laderas y un castillo o burgo pigmeo, al parecer inaccesible; pero no entré en ninguna de las viviendas, no viendo sólo sino cinco cadáveres en la cañada, una mujer con un niño y un hombre con dos ternerillos.

Hacia las tres de la tarde, alarmado por verme allí, comencé a desandar camino, siendo ya oscurecido cuando pasé de nuevo a través de aquellas lúgubres calles de Aadheim en dirección al muelle, sintiendo hora mi hambre y fatiga, sin intención alguna de entrar en ninguna casa; pero al pasar ante una porte-cochère, algo me impulsó, pues mi intelecto parecía haberse convertido en juguete de los vientos, no obrando por su propio albedrío sino a la manera de una veleta, por influjos externos; así es que, después de atravesar el patio, subí por una escalera espiral de madera, con un crepúsculo que escasamente me permitió seguir mi camino entre cinco o seis formas confusas allí caídas. Y en aquel lugar apartado, fantásticos terrores se apoderaron da mí. Subí al primer rellano, traté de abrir la puerta, pero estaba cerrada. Subí al segundo; aquí la puerta estaba abierta y, con renuencia y con un escalofrío di un paso adelante, donde todo estaba oscuro como la pez y cerrados los postigos de las ventanas. Vacilé en las sombras e intenté pronunciar una palabra, pero apenas me salió en un cuchicheo; la repetí y me oí decir: «¿Hay alguien?» Pero al aventurarme aún a dar un paso adelante pisé blandas tripas, dejándome el terror clavado, pues era como si los fantasmales ojos del infierno en un delirante girar y saliendo desmesuradamente de sus cuencas se posaran sobre mí entre la lobreguez. Y murmurando como un estertor de protesta, huí dando traspiés por las escaleras, caminando sobre la muerte a través del patio, en la calle, con pies ligeros, brazos abiertos y pecho jadeante, pues pensaba que todo Aadheim iba tras mí; y mi horrible apresuramiento no logró calmarse un tanto hasta que me encontré a bordo del Boreal y saliendo del fiordo.

Sólo fuera, ya en mar abierto, me recuperé; y en el curso de los siguientes días visité Bergen y recalé en Stavanger. Tanto Bergen como Stavangcr estaban muertos.

Fue entonces, el 20 de agosto, que puse proa hacia mi país natal.

Apenas había dejado tras de mí la costa escandinava cuando comencé a llegar entre embarcaciones, una tras otra; y para cuando entré en la zona de la acostumbrada alternancia de día solar y noche sin sol, me estaba moviendo a través de una mezcolanza de un increíble número de ellas, que componían toda una flota; pues en toda aquella extensión del Mar del Norte, en sus más intensos días de tráfico, el marino podía acaso avistar a una o dos, mientras que yo tenía a cada momento al alcance de mi anteojo una docena y a menudo hasta cuarenta.

Y se encontraban sobre un mar quedo, él mismo muerto, lívido como los labios de la muerte, con una rigidez de síncope en la calma, que resultaba de lo más extraordinario; pues el océano parecía aplastado por algún peso y el aire drogado.

Mi progreso era extremadamente lento, pues al principio no quise dejar ir ninguna embarcación por pequeña que fuese, sin aproximarme lo suficiente a ella para investigarla, cuando menos con el anteojo. La diversidad de la mezcolanza era insólita; rastreros, navíos de guerra de todas las naciones, empleados al parecer como buques de pasaje, queches, faluchos, vapores de línea, grandes cuatro palos a vela, transportes del canal, lugres, un burchio veneciano, carboneros, yates, remolcadores, buques-escuela, dragadores, dos pontones con corvos picos de cangrejo, pesqueros marselleses, un speronare maltés, veleros de la costa americana, vapores del Mississipi, goletas de Sorrento, barcazas de fondo

plano del Rin, balandras, viejas fragatas y tres puentes destinados a nuevo empleo, caiques del Stromboli, carracas de Yarmoth, jabeques, planos de Rotterdam, jangadas, simples balsas..., todo en fin, de todo cuanto pueda llevar un cargamento humano sobre el agua estaba allá; y según apreció, todo ello había llevado rumbo oeste o norte, o ambos a la vez, así como también que todo iba atestado y de que todo era igualmente una tumba ambulante tras otra, ¡santo Dios!, con sus cargamentos por el errante mar.

¡Y tan bello como era el mundo en derredor!, el más suave tiempo de otoño; toda la atmósfera aromática con la dulzura vernal de aquel perfume de melocotón, aunque, sin embargo, no totalmente en calma; pero si pasaba a sotavento, cerca de cualquiera de los objetos flotantes, las sutiles ráfagas de la mañana o el atardecer me traían vagas vaharadas del hedor de la carne ya pasada, dispuesta ya a la fosa.

Por execrable y maldita que resultara aquella plaga para mí, y por silbante y vago que fuera el delito de que comenzara a esquivar más que a acercarme a las embarcaciones, lo rematé arrojando al agua uno por uno a los doce que había conservado como compañeros durante todo el trayecto desde el Extremo Norte, pues ahora había entrado definitivamente en una zona cálida.

No obstante, estaba convencido de que el veneno, cualquiera que pudiese ser, tenía un efecto un tanto embalsamador o antiséptico sobre los cuerpos; en Aadheim, Bergen y Stavanger, por ejemplo, donde la temperatura me permitió andar sin chaqueta, sólo vagos tufos y bocanadas de proceso de disolución me habían molestado.

Muy benignos y gozosos de ver fueron firmamento y mar durante todo aquel viaje; pero era a la puesta del sol que se despertaban y excitaban mis sentidos de la maravillosa belleza, a pesar de la carga aquella que llevaba sobre mí, pues ciertamente que jamás vi puestas de sol semejantes a aquellas, ni nunca pude soñar que pudieran ser tan llameantes, exorbitantes y perturbadoras, semejando toda la bóveda celeste transformada en un palenque de guerreros combatiendo por el Cosmos o bien como si hubiese sido derrotada la soberana contención de Dios y huyese confusa de sus enemigos a través de tormentosos golfos espaciales. Pero muchos anocheceres lo contemplaba con espanto ininteligible, creyéndolo sólo un portento de la espada desenvainada del Todopoderoso, hasta que una mañana un pensamiento me atravesó como una saeta, pues recordé las puestas violentas y extrañas del siglo xix contempladas en Europa, América y creo que en todas partes, tras la erupción del volcán de Krakatoa.

Y mientras que antes me había dicho a mí mismo: «Si una ola de las profundidades ha barrido esta nave del Espacio...», ahora me decía: «Una ola, pero apenas de las profundidades; una ola más bien con la que ella ha casado y se ha maculado, nacida de sus propios ijares inmaternales...»

Tenía yo algún conocimiento del código Morse, de la manipulación de sus aparatos, de la transmisión inalámbrica, así como de muchas otras cosas de esta especie que se encuentran en los arrabales del interés del hombre de ciencia; había colaborado con el profesor Stanisteet en la producción de un libro de texto titulado Aplicaciones de la Ciencia a las Artes, que nos había proporcionado algún dinero y, en su conjunto, las minutiae de las cosas modernas se hallaban aún frescas en mi memoria, de manera que pude haber telegrafiado o intentado hacerlo desde Bergen a donde fuese; pero no lo quise; tenía demasiado miedo; un miedo cerval de que nadie en absoluto contestara...

Podría haberme decidido y desembarcado en Hull; pero no lo quise; tenia demasiado miedo. Pues estaba acostumbrado al silencio del hielo y estaba acostumbrado al silencio del mar, pero tenía miedo del silencio de Inglaterra.

Llegué a la vista de la costa en la mañana del 26 de agosto, por alguna parte hacia Hornsea, pero no vi ciudad alguna, por lo que puse popa a puerto y seguí más al sur, no preocupándome ya de los instrumentos sino costeando al azar, ora a la vista de tierra, ora en el centro de un círculo de agua, no admitiéndome el motivo de esta perezosa y remisa lentitud, tratando de no pensar en nada, sino ignorando la acechante amenaza del mañana que trataba de eludir deteniéndose furtivamente en el hoy; y así pasé el Wask, Yarmouth, Felixtowe, siendo ya incontables los objetos que flotaban inmóviles en el mar, pues apenas podía bajar los párpados diez minutos para alzarlos de nuevo que aparecían más y más; de manera que pronto, después de la oscurecida, yo también había de permanecer quieto entre ellos; hasta la mañana, para no chocar y ahogar a los propios muertos, yendo acaso también a hacerles compañía en el fondo del mar.

Así llegué a la boca del Támesis, hallándome hacia las nueve de una tarde entre los arenales a no más de siete millas de Sheppey y la costa de Kent del Norte. No vi ninguno de los dos faros que por allí hay, así como tampoco había divisado luz alguna a lo largo de la costa, aun cuando de ello no me dijera ni una sílaba a mí mismo, no admitiéndolo, ni dejando conocer a mi corazón lo que mi mente argüía, ni a mi mente conocer lo que mi corazón barruntaba, sino que con una mirada de burlona desconfianza, semidemencial, miraba a la tierra oscurecida, considerándola un ente sensible que preparaba una jugarreta a un pobre hombre como yo.

Y a la mañana siguiente, cuando seguí ociosamente más allá, mis furtivos rabillos de los ojos se percataron bien del faro flotante del canal de la Princesa, pues allá estaban sus luces; pero no quise mirarlas, ni tampoco maniobrar en su proximidad, pues no quería tener nada que hacer con lo que pudiera haber acontecido más allá del alcance de mi vista, y era mejor mirar adelante, no observando nada y ocupándose de uno mismo.

Al atardecer siguiente, tras haber vuelto al mar abierto, me encontraba de nuevo más al interior, un tanto al Este por Sur del Norte, no viendo luz alguna allá, pero sí muchas señales sobre el mar de naufragios y las costas sembradas de pecios viejos de flotas; hacia el Sudoeste y navegando a marcha muy lenta — pues por doquier había cientos de cascos muertos en una circunferencia de diez millas marinas — me dirigía a la costa francesa, pues el día anterior había asomado bien a la vista, por lo que me había dicho: «Voy a ver el haz de luz de ese tambor giratorio del malecón de Calais, que de noche llega hasta la mitad del camino a Inglaterra». La luna relucía clara aquel amanecer en el firmamento sur, semejante a una vieja reina agónica, cuya Corte enjambrea a distancia en torno a ella, tímida, pálida, trémula; y contemplé las sombras de las montañas en su tiznada cara llena y su nimbo neblinoso y sus destellos sobre el mar, como si fuesen besos a hurtadillas en el reino del sueño, y entre las blancas estelas y espolvoreos de luz de quedos buques, extraños surcos semejantes a pasillos palaciego en algún remoto país de hadas, colmado de desmayados cuchicheos, escándalos y carrerillas de uno a otro lado, con miradas de soslayo y últimos abrazos jadeantes, y la huida de la princesa y el lecho de muerte del rey; y en el horizonte NE una franja de niebla o nube que parecía flotar fuera del firmamento; y más allá, no lejos, las rocas de greda de la costa, no tan bajas como en la proximidad de Calais, sino dispuestas en masas con cañadas de césped intermedias, cada una con su pecio, pero no vi ningún haz de cualquier tambor giratorio.

No pude dormir aquella noche, pues todas las operaciones de mi mente y cuerpo parecían en suspenso, a la expectativa, por lo que mecánicamente me moví una vez más en dirección este al barco, hasta que salió el sol y apenas a dos millas de mí divisé los acantilados de Dover y sobre la cúspide almenada del castillo percibí la bandera de la Unión que pendía inmóvil.

Oí sonar en el camarote las ocho, las nueve y las diez y aún me encontraba en el mar. Pero algún audaz cuchicheo zumbó en mi cerebro y a las 10:30 — era el 2 de septiembre — y frente al edificio de la Aduana de Cross Wall, tras un viaje de tres años, dos meses y cuatro días, descendió retumbante la cadena del ancla del Boreal a través del escobén de estribor.

¡Ah, cielos, pero debí de haber estado loco al echar el ancla! Pues el efecto que me produjo aquel chirriante estrépito rasgando súbitamente aquella quietud y silencio de cementerio, fue como un aullido aterrador que durase un año, dejándome todo tembloroso y con el corazón estrujado, pareciéndome como la trompeta del Juicio final que resonase estentórea e incesante y que a su llamada habrían de alzarse todos los ejércitos de la muerte para interrogarme con sus ojos fijos.

En la cima de la muralla vi arrastrarse un cangrejo y al final de la misma, donde comienza una calle, un farol de gas y a su pie un hombre negro de bruces, vestido con una camisa y calzado sólo con una bota. Vi el puerto atestado de toda clase de embarcaciones y sobre una de las que hacen la travesía Calais-Dover y que se hallaba a nueve metros de mi, a la muerte apilada, haciendo muecas continuas a un bergantín verde que más allá se encontraba.

Y al ver aquello, bajé por el cabrestante y mi corazón sollozó y exclamé: «Dios santo, oh Señor, Tú has destruido la obra de Tus manos»...

Al cabo de un rato me levanté, bajé en un estado de sonambulismo y tomando un paquete de tortas de carne curada, salté a tierra, siguiendo la vía del ferrocarril que va desde el malecón del Almirantazgo a un pasaje con garitas de mampostería en un lado, donde vi cinco muertos. No pude creer que me hallaba en Inglaterra, pues todos eran gente, tres vestidos llamativamente y dos con indumentos flotantes; y lo mismo cuando pasé por la calle que conducía hacia el Norte; pues allí había un centenar o más, y jamás vi, excepto en Constantinopla, donde había vivido por espacio de dieciocho meses, una tan variada mezcla de razas, negra, parda, amarilla, blanca, apareciendo algunos rostros chupados, como de personas que han muerto de hambre; y atalayándolos a todos, un colegial con el inmaculado cuello de Eton, sentado sobre una bicicleta y asiéndose a un farol, demostración de lo extraordinariamente repentina que había sido la sorpresa de la muerte que lo sobrecogió.

No sé ni dónde ni por qué fui, ni tengo noción alguna de si en efecto yo contemplaba palpablemente todo aquello en el planeta que había conocido, o bien era en algún otro, o todo no era más que una fantasía de mi alma desencarnada, pues tuve el pensamiento de que acaso también yo pudiera estar muerto desde tiempos remotos, y era en efecto mi alma la que erraba ahora en peregrinación a través del ilimitado y ancho espacio en el cual no hay ni norte ni sur, ni arriba ni abajo, ni medida ni relación, ni nada salvo una conciencia inquieta y desasosegada de un sueño insondable. Creo que no sentía nada de pena o tristeza, aunque tenga una especie de recuerdo de que a intervalos regulares brotaba de mi pecho durante tres o cuatro días una especie de sollozo o gemido, a intervalos regulares. En el ínterin, mi cerebro registró como una máquina calculadora los más triviales

detalles; el nombre de una calle, Strand Street y el de otra, Snargate Street; el gorro de piel — forro negro en el lado y armiño arriba — de un rollizo rabino caraita tendido de espaldas, con su túnica subida hasta la rodilla; un arco de violín asido entre los dientes irregulares de un pequeño español de pelo peinado hacia atrás y ojos de delirante expresión demencial; raros zapatos en los pies de una muchacha francesa, uno negro y uno castaño. Cuerpos yacentes, tan numerosos como artilleros caídos en derredor de su armón, apartados a uno o dos metros la mayoría y al igual que en Noruega y en las embarcaciones, en posturas de extravío, con brazos extendidos y miembros distorsionados, como seres que instantes antes de la muerte corrieran a rocas y cerros para buscar protección.

Llegué a un claro denominado, creo, «La Saeta», al cual llegué subiendo un gran número de escalones, los cuales comencé a contar, abandonando luego, y luego los muertos, dejando también de contarlos, hasta que llegando por fin a la cima, que debía hallarse a mayor altura aún que el castillo, llegué a un gran espacio con senderos de grava y vi fortificaciones, cuarteles y una ciudadela. Me sorprendió la extensión de la vista. Entre mí y el castillo situado al este, se encontraba el caserío de ladrillo y piedra, mezclado a la distancia con una vaga calina azul; y a la derecha el puerto, el mar y los barcos; y en torno mío nueve o diez muertos mordiendo el polvo; el sol estaba ya alto, caliente, sin que apenas apareciera una nube en toda la bóveda celeste; la que allá a lo lejos se divisaba, era la costa normanda.

Moviendo la cabeza me senté en un banco de maderos y tras haberlo visto todo, moví de nuevo la cabeza, sintiéndome abrumado, pues aquello era demasiado grande para mí; y al mover la cabeza mi frente se apoyó en mi mano izquierda, sintiendo en su interior el farfulleo de una vieja canción callejera que comencé a musitar adormiladamente, como una letanía funeral, alzando y bajando como al compás el paquete de carne ahumada que llevaba en mi mano derecha.

Y farfullando así caí de bruces; y por espacio de, veinticuatro horas dormí con sueño que no se diferenciaba de la muerte.

Me despertó una especie de llovizna, y mirando a mi reloj de plata que llevaba en el bolsillo del pantalón, sujeto por una correa a mi cinturón, vi que eran las nueve de la mañana. El cielo estaba ahora encapotado y se había alzado un viento plañidero, cuando menos, algo nuevo para mí.

Comí un poco de carne curada, pues me repugnaba — sin necesidad, como se manifestó — comer cualquiera de los exquisitos bocados que habría en una ciudad de Dover y que podrían durarme cientos de años; y una vez hube comido, descendí de «La Saeta» para pasar el día andorreando, aunque llovía ya y el viento había aumentado en intensidad. Juzgando en mi entumecida mente por el número de embarcaciones en el mar, pensaba que la ciudad habría de hallarse repleta de cadáveres, mas no era así, pues aquel furor de la estampida hacia el oeste debió haberse producido también aquí, dejando la ciudad vacía, a disposición de los nuevos huéspedes.

Mi primer movimiento fue entrar en una abacería que al par era despacho de correos y telégrafos, con la idea, supongo de enviar un mensaje adonde fuese. Una lámpara de gas daba sus últimas boqueadas; ésta y el farol que había visto cerca del malecón eran las únicas encendidas, ardiendo como avergonzadas al ser sorprendidas por la claridad del día. Así habrían permanecido durante meses o años, aunque ahora aparecían disminuidas; y si ellas dos eran las únicas que ardieron, en efecto, habría sido necesario mucho tiempo para agotar el gasómetro;

la luz del gas guiñaba sobre un negro con un buen número de paquetes desperdigados en su derredor; sobre el mostrador había una gaveta vacía, y tras él una mujercita, con la cabeza a un lado y sus dedos asidos al borde. ¡Cuan grande era su expresión de terror! Pasé por encima del mostrador a una mesa que estaba tras una red metálica, y repasé «in mente» el alfabeto Morse antes de manipular el aparato Wheastone, sin preguntarme quién había de ser el que contestara a mi mensaje, cerrado al razonamiento de lo que veía, obstinándome en hallar algo en lo que no veía. Pero al mover el conmutador y mirar a la aguja del cuadrante a mi derecha, al ver que no se movía, comprendí que no pasaba la corriente por haberse descargado la batería al haberse hallado al parecer, en contacto un par de clavijas del conmutador. Sintiendo una especie de espanto me levanté y salí, aunque había allá un buen número de telegramas que, de haber estado en mis cabales, no habría dejado de leer.

En la siguiente esquina de la calle vi abierta la puerta de una casa grande y entré, pero desde la planta al tejado no había nadie en ella, excepto una muchachita inglesa, sentada en un sillón en una sala de cortinas de Valenciennes y tapizado de raso azul, una muchacha de la clase «inferior», en andrajos, echada hacia atrás con la mandíbula colgante, en una postura desmañada, con una palanqueta de ladrón a sus pies, en sus manos un fajo de billetes de Banco y en su regazo dos relojes. De hecho los cadáveres allí eran o bien de extranjeros, o de muy pobres, muy viejos o muy jóvenes.

Pero lo que me hace recordar esta casa, es que en ella encontré sobre un sofá un periódico, The Kent Express, y sentándome sin parar mientes en mi vecina, escudriñé lentamente lo que en él estaba escrito.

En un artículo que recorté y guardé luego, decía: «Durante la noche ha cesado la comunicación con Tilsit, Insterburg, Varsovia, Cracovia, Przemydl, Gross Wardein, Karlsburgo y muchas otras ciudades menores inmediatamente al este de los 21° de longitud, aún cuando por lo menos en algunas de ellas debe haber todavía operadores en sus puestos, no arrastrados al torrente que rueda en dirección oeste. Pero como todos los mensajes de la Europa occidental se han hallado sólo con esa misteriosa mudez que hace tres meses y dos días dejó atónita a la civilización en el caso de la Nueva Zelanda oriental, únicamente podemos suponer que esas ciudades se han añadido también al funesto catálogo; por cierto que según las últimas noticias de la tarde de París, podríamos prever con alguna seguridad no sólo su derrumbamiento, sino hasta el momento en que se produjo; pues el desplazamiento del vapor que rodea a nuestro globo no cabe ya duda que se ajusta al cálculo definitivamente fijado por el profesor Graven, de 100 millas y media por día, o sea 4 millas y 330 metros por hora. Su naturaleza y origen sigue siendo materia de conjetura. Parece no dejar ser viviente tras él; Dios sabe pues si tampoco quedará en algún momento alguien de nosotros. El rumor de que se halla asociado a un olor de almendras, según opinión de fuentes autorizadas es muy improbable; pero el púrpura acre de su letal amenaza ha sido testimoniado por fugitivos de última hora así como de su marcha humeante.

»¿Es este el fin? No debemos ni queremos creerlo. ¿Habrá de ser invadido por esta niebla de la Nada en nueve días, o menos, el suave firmamento que cada día nos sonríe? A pesar de las declaraciones de los científicos, lo dudamos aún. Pues si así fuera ¿qué propósito tiene ese drama de la evolución en el cual parecemos ver el arte del dramaturgo? Seguramente que el final de un quinto acto debiera ser evidente, satisfactorio para el propio sentido de lo completo; pero la Historia, por blanca que haya sido, se asemeja más bien a un prólogo que a un quinto acto. ¿Puede ser que el director, de lo más insatisfecho, quisiera barrerlo todo y «colgar» la pieza para siempre? Ciertamente, el pecado de la Humanidad ha sido

escarlata; y si esta tierra celestial que Él ha convertido en infierno le suprime ahora bajo el cielo del mismo, no es cosa de extrañar mucho. Pero no lo queremos creer aún. Hay en la naturaleza un esfuerzo de reserva; a través del mundo, como una amenaza, se ha suspendido un silencio que sonríe; y al final de los acontecimientos hallamos proclamado en grandes palabras: «¿Por qué tenemos miedo?» Nos conviene pues una tranquila esperanza — aún cuando nos agazapemos bajo la sombra extendida por el mundo por las alas del ave de la muerte —: y ciertamente vemos tal actitud entre algunas de las más humildes de nuestras gentes, cuyo corazón exhalaba el suspiro: «Aunque me mates, sin embargo, quiero confiar en Ti». Escucha por lo tanto, oh Señor; oh Señor, mira aquí abajo y presérvanos.

»Pero aún cuando hablamos así de esperanza, la razón, si quisiéramos oírla, nos llama en un cuchicheo «soñador» e inclemente es el firmamento de la Tierra. Ya no puede contener más embarcaciones el puerto de Nueva York, y donde entre nosotros mueren las personas de privaciones por centenares de miles, allende el Océano perecen por millones; pues donde los ricos son acosados, ¿cómo pueden vivir los indigentes? Ya han perecido 850 de los 1.500 millones de componentes de nuestra raza, y los imperios de la civilización se han derrumbado como castillos de arena en un montón de anarquías. Miles de muertos sin sepultura, anticipando la más premeditada condena que llega y humea y cabalga incesante e incansable, atestan las calles de Londres y Manchester; los guías de la nación han huido, el esposo apuñala a su mujer por un trozo de pan, los campos están abandonados, las muchedumbres parrandean en nuestras iglesias, universidades, palacios, Bancos y hospitales; hemos sabido que la pasada noche, tres regimientos territoriales, el de Fusileros de Munster, el Loriano y el de Lancashire del Este se desbandaron amotinados, matando dos oficiales; como sabemos igualmente, el mal se ha asentado en el reino; en varias ciudades parece haber desaparecido la policía y, en casi todas, cualquier vestigio de decencia, los resultados seguidos a la suelta de los delincuentes, parecen ser monstruosos en los respectivos distritos; y en el plazo de tres meses, el infierno parece haberse enseñoreado de este planeta, enviando al Horror, como a un lobo, y a la Desesperación, como a un desastroso firmamento, para devorarlo y confundirlo. Escucha, pues, oh, Señor y perdona nuestra iniquidad; ah, Señor, te imploramos; tiende tu vista aquí abajo, oh, Señor, y presérvanos.»

Una vez hube leído esto y el resto del periódico, espacio de una hora, viendo un parche de la ceniza púrpura sobre el suelo junto a donde se encontraba la muchacha con sus relojes sumida en la eternidad; y no había un sentimiento en mí, excepto una punzada de curiosidad que posteriormente se hizo morbosa, por saber más cosas de aquella nube de humo de la que hablaba el papel, de sus fechas, su fuente, su naturaleza; luego salí y entré en varias casas, buscando más periódicos, pero no vi ninguno; finalmente hallé una librería abierta, con carteles al exterior, pero o bien había sido abandonada o la impresión debió de haber cesado hasta la fecha del periódico que ya había leído, pues había otros tres ejemplares de fechas muy anteriores, que no los leí, por desgana.

Llovía a la sazón, un día ventoso y desagradable de spahis y «bashibazouk», de griegos y catalanes, de continuamente vaharadas mezcladas de capullos y el hedor de la corrupción; pero no me importaba mucho, y caminé y caminé hasta que me encontré cansado de spahis y «bashibazouk», de griegos y catalanes, de «popes» rusos y abunas coptos, de dragomanes y calmucos, de maulawis egipcios y mullahs afganos, napolitanos y jeques, y de la pesadilla de posturas violentas, colores, telas y atavíos, caftanes verdi-amarillos de los beduinos, turbantes chales

de Bagdad, feces rojos, los voluminosos atavíos de seda rosa de las mujeres, y su velo, la pana de los campesinos, y las contorsionadas desnudeces y los ceñidores de muselina. Hacia las cuatro me encontré sentado de puro cansancio en el umbral de una casa, inclinado bajo la lluvia, pero no tardé en levantarme, fascinado acaso por aquel cambiante bazar de igualdad, sus combinaciones y permutaciones fortuitas, su novedad en la monotonía, y hacia las cinco me encontraba en una estación que llevaba el rótulo de Estación del Puerto, en cuyo interior y alrededores había una muchedumbre, pero ningún tren. Allí volví a sentarme, me levanté y erré de nuevo, hasta que después de las seis me encontré en otra estación con el rótulo «Priorazgo», en la que vi dos largos trenes, ambos atestados, uno en la vía del lado y otro ante el andén principal.

Al examinar ambas locomotoras, vi que eran de las antiguas de vapor, no teniendo una agua, pero marcando el manómetro alguna en la del andén, al repasar toda la maquinaria, la hallé en buen estado, aunque herrumbrosa, con el pleno de combustible; y durante noventa minutos mi cerebro y manos actuaron con una inteligencia automática, hasta que vi arder el fuego y moverse la aguja del indicador de registro; y al alzar la palanca de la válvula de escape, cuya presión aligeré en dos atmósferas, salté abajo para intentar desconectar los vagones, pero fracasé en mi empeño, pues la acopladura debía tener algún automatismo nuevo para mí, cosa que no importó mucho. Como era ya oscuro, encendí faros y linterna y luego, tirando al andén y a los raíles respectivamente a conductor y fogonero, a eso de las 8:30 salí de Dover, con un largo silbido de la válvula de paso a través de la fría y desolada noche.

Mi objetivo era Londres, pero no conocía nada del trayecto, sus empalmes, cruces y demás complejidades, ni tampoco estaba seguro de si estaba en carrera hacia Londres o apartándome de ella; pero justamente a medida que mi timidez por la máquina se convertía en familiaridad y confianza propia, aumenté la velocidad, con una obstinación sorda e insensible, hasta que finalmente había pasado de un arrastrarme a una rapidez impresionante, mientras que algo invisible, con la boca pegada a mi oído, parecía cuchichearme «deben haber trenes bloqueando las vías, en estaciones en pasos, por todas partes... es una carrera maniática, una carrera de muerte, el frenesí del holandés errante; recuerda tu sombría brigada de pasajeros que rodarán y se precipitarán unos contra otros y sufrirán en un choque»; pero tercamente yo pensaba que «ellos querían ir a Londres» y en ello me empeñaba, creo que no locamente alborozado, sino sintiendo en mi interior cómo las brasas incandescentes de una sinrazón perversa y morbosa, mientras alimentaba el fogón o se posaba mi vista al paso en el cadáver de un caballo o un buey, o a los árboles y campos deslizándose fantasmagóricamente ante mí.

Ello no duró mucho tiempo, creo; no podía estar a más de veinte millas de Dover cuando, en una recta, divisé una masa cubierta de lona frente a una garita de señales; y al instante mi insensibilidad se convirtió en pánico. Pero a pesar de que apreté con toda fuerza los frenos, comprendí que era demasiado tarde... Me abalancé al pasillo para saltar a la zanja lateral, pero fui lanzado adelante por una serie de rudos topetazos motivados por una docena de bueyes que estaban tendidos a través de los rieles; y al contraerme y brincar algunos segundos antes de la colisión, la velocidad debió haber aminorado, pues no sufrí fractura alguna, pero permanecí en estado de semicoma en una franja de amarillentas aliagas florecientes, consciente sólo de una conflagración sobre las vías a cuarenta metros de allí, y como sonaran todas las sombrías horas en vagos truenos provinentes de alguna parte.

Hacia las cinco de la mañana me incorporé, quedando sentado, restregándome los ojos, viendo a una difusa luz mezclada con llovizna que el tren de mi orgía era un amontonado caos de vagones y cadáveres, mientras que a mi derecha una puerta de cinco barrotes pendulaba gimiendo, y a cuatro metros se encontraba un potrito con una pálida tripa hinchada, la imagen de la muerte; y también algunos pájaros de lacias plumas empapadas y asimismo muertos.

Me puse en pie, atravesé la puerta y pasando por entre dos hileras de hayas llegué a una casa que hallé ser un albergue con una granja, siendo ésta mucho mayor que aquél; entré en el albergue por una puerta lateral, tras el bar, y penetré en un saloncito, subí una escalerilla y me metí en dos habitaciones. No había nadie por parte alguna. Di una vuelta luego por la granja, pavimentada de guijarros: había allí una yegua con su cría, algunas gallinas y dos vacas; subí por una escalera de mano a una trampa del desván, y en su piso, en medio de un amasijo de heno vi a nueve campesinos, cinco hombres y cuatro mujeres, arracimados ante un cazo de aguardiente, por lo que supuse que habían muerto en plena bullanga.

Dormí en medio de ellos durante tres horas, volví al albergue o taberna, comí unas galletas de una lata nueva que abrí, algo de jamón, mermelada y manzanas, tras lo cual salí y fui siguiendo a pie la vía, guiándome por el sol, y tras muchas paradas en las casas, llegué hacia las once de la noche a una ciudad populosa, la cual reconocí por su catedral como Canterbury, bien conocida por mí, encaminándome a la calle Mayor, consciente por primera vez de aquel sonido regularmente repetido que procedía de mi garganta y que era como un sollozo o gemido. Como no había luna visible y las vacías calles eran muy obscuras, tuve que tantear mi camino, a menos de profanar a los muertos con mis pies, corriendo el peligro — según me parecía — de que se alzaran todos en mi persecución. Sin embargo, los cadáveres no eran allí numerosos, y la mayoría, como antes, de extranjeros. Desparramados por aquella pulida ciudad antigua presentaban tal espectáculo de la cólera de Dios que me derrumbaron en un lugar, donde proseguí sollozando, llorando.

«No numerosos»... hasta que llegué a la entrada este de la catedral, desde donde pude columbrar extendiéndose por la opaca nave, hacia el arco y el coro, una fantasmagórica masa de formas; y penetrando un poco, encendiendo tres cerillas y escudriñando más de cerca, me pareció también ver atestados los cruceros, lo mismo que el pórtico de la parte sudoeste, de manera que una gran muchedumbre debió haberse congregado allí poco antes de que les alcanzara su condena.

Aquí es donde me convencí de que aquel olor posterior del veneno no se encontraba simplemente subsistiendo en el aire, sino que era más o menos intensamente despedido por los cadáveres; pues el olor florido de esta iglesia anegaba positivamente aquel otro, siendo su amalgama como respirar el aroma de lienzos antiguos embalsamados durante años en arcónes de cedro.

A vivo paso salí del silencio y quietud abismales de aquel lugar; pero en la calle del Palacio próxima, se produjo una bulla de esas que parecen ultrajar a la creación y me dejó débil, sin aliento... habiendo sido diferente la bulla del tren, pues en él yo estaba huyendo, pero aquí era yo un cautivo, y por cualquier lugar que huyese era capturado. Fue que pasando a lo largo de la dicha calle, vi un establecimiento de lámparas, y queriendo una linterna, intenté obtenerla; pero la puerta estaba atrancada, de manera que volviéndome y cogiendo la porra de un policía fui a fracturar el cristal de la ventana..., pero sabiendo el alboroto que armaría, quedé vacilando por espacio de diez minutos. Jamás podría haber esperado tal alboroto, tan apasionado-, dominante y difundido, y ¡oh Cielos!, tan permanente, pues me pareció haber golpeado sobre el punto débil de algún

planeta que fuese dando tumbos, con prolongado alboroto y estampida en torno a mis sienes. Pasó una hora antes de que pudiese trepar a la ventana y colarme al interior, pero encontré lo que deseaba y algunas latas de petróleo. Hasta las dos de la madrugada, mi linterna destelló hurgando al azar en los rincones de la ciudad.

Bajo un arco que se tenía sobre una pequeña avenida vi la ventana de una casita de cascotes, y entre sus marcos y junturas un calafateado de trapos para que no penetrase el aire ponzoñoso; pero al entrar en ella encontré la puerta abierta, a pesar de que también había sido rellenada en sus esquinas, y en el umbral a un hombre ya viejo y a una mujer tendidos; por lo que conjeturé que, aunque protegidos, habían permanecido encerrados hasta que el hambre, o la falta de oxígeno, los impulsó a salir, y entonces el veneno, activo aún, debió de haber acabado con ellos. Posteriormente había de ver que el mismo procedimiento había sido empleado en otras partes, pero que asimismo tanto la provisión de aire como de alimentos había sido insuficiente para toda la duración del estado de intoxicación.

Estaba enormemente fatigado, pero alguna persistencia morbosa me sostenía, y no quería descansar, por lo que las cuatro de la mañana me encontraron de nuevo en la estación, agachado industriosamente en el intento de habilitar otra locomotora para viajar, pues por parte alguna vi otra clase de vehículos, que probablemente habían huido todos al oeste. En esta ocasión, al lograr la presión suficiente de vapor, conseguí también desenganchar los vagones, de manera que para cuando parpadeaba la primera luz del día estaba deslizándome ligero sobre el campo, no sabía adonde, pero pensando en Londres.

Ahora procedí con más cautela y rodé muy bien, en viaje de siete días, raramente de noche y nunca a más de veinte millas por hora, aminorando la marcha en los túneles. No sé en qué laberinto me metió el tren, pues poco después de haber abandonado Canterbury, debió haberse desviado por algún ramal, ni tampoco me ayudaron los nombres de las estaciones, pues desconocía su situación con respecto a Londres. Repetidamente era interrumpido mi progreso por trenes sobre la misma vía, por lo que tenía que hacer marcha atrás para maniobrar y tomar otra; en dos ocasiones, hallándose muy lejanas, trasbordé de mi locomotora a la que cerraba el paso. El primer día viajé sin impedimentos hasta el mediodía, tirando hacia arriba por campo abierto que parecía deshabitado durante épocas, hallando únicamente, a cosa de una media milla de un umbroso bosque una casa de diseño artístico, revestida de hiedra, con un tejado de tejas rojas y gabletes de madera; me encaminé a ella tras detener mi máquina, siendo el día luminoso y suave, con pinceladas de nubes blancas sobre el firmamento. La casa tenía una sala exterior y otra interior, pinturas al óleo... una especie de museo; y en un dormitorio había tres mujeres con cofias de servidoras y un lacayo, situados todos ellos de una extraña manera simétrica, cabeza contra cabeza, como radios; y mientras estaba contemplándolos podía haber jurado, ¡santo Dios!, que alguien subía por la escalera... algún crujido producido por la brisa en la casa, centuplicado a mi oído febril; pues acostumbrado a la mudez de eternidad que me había acompañado durante años ya, era como si oyese los ruidos por una trompetilla acústica. Así que bajé rápidamente y, después de comer, acompañando la comida con una combinación que encontré de agua con coñac y azúcar, que la había en cantidad, me tendí en un sofá en la sala exterior y dormí hasta medianoche.

Salí luego, poseído aún por el ansia de llegar a Londres y, tras poner en orden la locomotora, me puse en marcha bajo un cielo negro tachonado de centelleos de estrellas, algunas de las cuales, pensé, no serían distintas a la mía, sumergidas en

una inmensidad de silencio, con una vida quizá para verlo y hasta oírlo. Viajé toda la noche, deteniéndome sólo dos veces, una para tomar carbón del ténder de otra locomotora al paso, y otra para beber agua, pues como siempre, cuidaba de que ésta fuese corriente. Sintiendo hacia las cuatro de la mañana vencerse repetidamente mi cabeza, me detuve a la salida de un túnel precisamente y me tendí sobre un talud cubierto de tallos y flores, cuando despuntaba el alba por oriente; y hasta las once quedé dormido.

Al despertar, me percaté de que el campo tenía el aspecto más de Surrey que de Kent... aquella regular ondulación de la tierra; pero de hecho, si pudiera haber sido uno de los dos condados, no parecía de ninguno, pues parecía como tender a un estado de naturaleza salvaje, pudiéndose ver bien que nadie lo había atendido por espacio de lo menos un año; a mi mismo lado había unas matas de alfalfa de tal exuberancia, que motivaron que aquel día y el siguiente examinara con más atención el estado de la vegetación, descubriendo por doquier cierta tendencia a la hipertrofia en estambres, calicillos, pericarpios, pistilos en toda especie de objeto bulboso, en los juncos sobre todo, las frondas, musgos, líquenes y todas las criptógamas, así como en las trifolias, tréboles, especialmente, y algunas trepadoras. Resultaba claro que muchos campos de cosecha habían sido preparados, pero no sembrados, y algunos no segados, y en ambos casos me chocó su fertilidad, como me pasara en Noruega, asombrándome tanto más cuanto ello debió haber sucedido en los meses en que había atravesado la Tierra un veneno cuya acción era el cese de la oxidación; solamente podía concluir que su presencia en masas voluminosas en las capas bajas de la atmósfera había sido más o menos temporal, y que esta tendencia a la exuberancia que yo observaba debió haber sido debida a algún principio por el cual la Naturaleza actúa con energía más libre y en mayor grado en ausencia del hombre.

A dos metros de los rieles vi, al levantarme, un arroyuelo al pie de un podrido trozo de valla, apenas escurriéndose hacia adelante entre masas de fungoides estancados, habiendo aquí y allá un súbito chapoteo y vida, viendo a poco nadar una rana, y al ponerme de bruces sobre la pequeña corriente, tres pececillos deslizándose alocadamente entre los guijos musgosos del somero fondo. Pensé lo que me agradaría ser uno de ellos, con mi hogar tan bien entechado y umbroso y mi vida empapada en su arrobo de abiertos y anchos ojos. De todas maneras, aquellos pequeños seres vivían, los batracios también y, como lo descubrí el siguiente día, las crisálidas de una u otra especie, observando con profunda emoción a una mariposita, una vacilante mariposita en el aire sobre el jardín de una rústica estación llamada Butley.

Fue mientras me hallaba sumido en mi contemplación sobre aquel arroyuelo que me asaltó un pensamiento: «Si se da el caso de que me encuentre completamente solo... solo... en la Tierra... y mi círculo tiene una extensión de 25.000 millas... ¿qué sucederá a mi mente? ¿en qué clase de criatura me transformaré? ¡Podré vivir un par de años así! ¿Qué sucederá entonces? ¡Acaso viva cinco años... diez! ¿Qué sucederá después de los cinco... de los diez? Podré vivir veinte, cincuenta...»

¡Ya están pensamientos extraños naciendo en mi interior...!

Deseando alimento y fresca agua corriente, pasé a través de tréboles cuya exuberancia ocultaba los pasos y alcanzaba mis hombros; y tras rodear una loma llegué a un parque, al pasar por el cual vi algunos ciervos y tres personas, emergiendo luego sobre un césped aterrazado, al final del cual había una casa de estilo primitivo inglés... de ladrillo con albardillas y tongadas de piedra caliza y embecaduras de mármol labrado. Ante el soportal había una mesa, o series de

mesas, enmanteladas aún, lo, que les hacía parecer mortajas tras meses de entierro. En las mesas había alimentos y algunas lámparas, con rústicos sentados a ella y también sobre el césped. Me parecía conocer la casa, sin duda por alguna estampa, pero no logré descifrar el escudo, aunque por su simplicidad viese que debía ser antiguo. Sobre la fachada aparecía una inscripción compuesta de letras de siemprevivas entrelazadas que decía «Muchas felicidades en el día de hoy», de manera que, al parecer, se celebraba el cumpleaños o santo de alguien, resultando evidente que aquellas gentes habían desafiado una condena que de antemano conocían. Recorrí toda la espaciosa mansión de salas, mármoles, pinturas famosas, astas de venados, tapices, lo cual me llevó una hora. En una de las tres salas de recepción yacían los componentes de lo que debió haber sido una contradanza emparejada, que por su «dos a dos» se me hicieron muy repulsivos con sus joyas, teniendo que hacer de tripas corazón para recorrer la casa, pues no sabía si aquellas personas me estaban mirando en cuanto volvía la espalda. Por un momento estuve a punto de huir, pues cuando estaba subiendo la escalinata central, cayó una lluvia de hojas muertas contra la ventana del pasillo superior lo cual me dejó tembloroso, pero pensé que si huía, todos me perseguirían y yo estaría chillando antes de alcanzar la sala exterior, por lo que me quedé en mi sitio, y hasta avanzando desafiadoramente. En un dormitorio pequeño y oscuro del ala norte, vi a una dama de elevada estatura y un lacayo o guardabosque en un sofá, ella con una diadema sobre la frente y sus labios contraídos ávidamente aún. Recogí en los sótanos algunos manjares tales como salchichas, mortadela, manzanas, galletas, vino embotellado y frutas en conserva, café y así sucesivamente, con abrelatas, cubiertos, etc., y los transporté a la locomotora antes de que pudiera ponerme a comer.

Mi cerebro se encontraba en tal estado que pasaron días antes de que pudiera ordenarse para dirigir la máquina en el viaje que deseaba hacer a Londres, por lo que ésta estuvo errando a su antojo por la intrincada red ferroviaria del sur del país. Dos veces tuve que repostarla con agria de los estanques con un cubo de carbón, pues el inyector no suministraba la del tanque. Y en la quinta noche, en vez de entrar en Londres, lo hice en Guildford.

Aquella noche, desde las once hasta el día siguiente, un gran temporal reinó sobre Inglaterra, y diez días después, el 17, se desencadenó otro, y otro el 24. Desde entonces, me sería difícil enumerarlos, no asemejándose por lo demás a las tormentas inglesas, sino más bien a las árticas en muchos detalles notables, acompañadas de una oscuridad de Averno que apenas puedo describir. Aquella noche, en Guildford, tras dar un paseo y hallarme muy cansado, me dejé caer sobre un banco en una iglesia normanda de dos ábsides, llamada de Santa María, utilizando por almohada el cojín del pulpito; una lamparilla ardía a alguna distancia de mí, sirviéndome su rayo de veilleuse durante la noche. Nadie había en el interior, excepto una vieja señora en una capilla de la parte sur de la cancela. Sentí algún recelo por la compañía, y me quedé a la escucha, pero de todos modos no podía apenas dormir, debido a que sobre mí voceaban los megáfonos de la inmensa tempestad. Por fortuna, tuve buen cuidado de cerrarlo todo, pues de lo contrario el techo habría volado, y departí conmigo mismo pensando: «Yo, pobre hombre, perdido en esta confluencia de infinitudes y en el vértice del ser, ¿qué será de mí, Dios mío? Pues negro, muy negro es este vacío en el cual me encuentro ahora, a una distancia de un trillón de estadios, juguete de todos los torbellinos. Habría sido mejor para mí haber muerto, que no haber de tener jamás que ver la tenebrosidad y turbulencia de lo inefable, no haber de oír y experimentar

el aullido y el frío espeluznante de los vientos de la eternidad..., sus gemidos y plañidos y sus vociferaciones y blasfemias, sus momentáneas calmas que no son sino intriga y acecho, y sus notas de desesperación que el oído no debería oír jamás... Pues lo que quieren es devorarme, lo sé, esas vastas tenebrosidades, y pronto seré barrido, dejándoles completamente expedita la escena.» Y así estuve farfullando hasta la mañana, con estremecientes y contracciones, pues los choques de la tormenta repercutían en mi corazón... y ¡santo Dios!, cuántos y cuáles fueron los alborotos del trueno aquella noche, con llamadas y risas y rugidos y desgañamientos de cima a cima de los abismos del infierno.

Por la mañana, al descender la calle Mayor, hallé a una monja joven en la que había reparado ya la noche anterior, con una tropa de muchachitas en uniforme, frente al Ayuntamiento. Había caído con los brazos cruzados; el temporal de la noche le había arrancado la toca y desparramado a su pequeño grupo; pendían ramas de árboles desgajadas y por doquier había montones de hojas revueltas.

Siendo Guildford un empalme, antes de que amainara del todo la tormenta por la tarde y pudiera proseguir mi viaje, me había provisto de una guía de ferrocarriles, hallándome seguro ahora de que me dirigía a Londres, que solamente se encontraba a treinta millas de allí; y hacia las cinco de la tarde había pasado Surbiton, esperando a cada minuto divisar la ciudad. Cayó la noche, y corriendo un riesgo considerable seguí adelante, pero Londres siguió sin aparecer; seguramente me había metido en algún ramal y errado el camino de nuevo después de Surbiton, pues a la siguiente caída de la noche me encontré en Wokingham, más remotamente lejos que antes.

Allí dormí sobre un felpudo en el pasillo de una taberna llamada «La Rosa», pues había en una cama de la casuca un hombre al parecer ruso y con aspecto de loco, con unos dientes salientes, cuya figura no me gustó lo más mínimo, y me encontraba demasiado cansado para ir a otra parte. A la mañana siguiente proseguí el viaje a hora temprana y para las diez me encontraba en Reading.

No se me había ocurrido la idea de viajar por tierra, empleando los mismos medios que en la navegación por mar, por muy natural que ello fuese; pero al primer vistazo de una brújula, en el escaparate de una tienda próxima al río, en Reading, se desvanecieron mis dificultades en cuanto a alcanzar cualquier lugar determinado, pues todo cuanto se necesitaba para transformar una locomotora en un navío terrestre, escogiendo las líneas que discurrían muy próximas al propio rumbo, era una carta o mapa, la brújula, un compás y, en caso de largas distancias, un cuadrante.

Provisto, pues, así, salí de Reading al atardecer, mientras había aún alguna luz, pues ya había pasado allá nuevo horas, siendo aquella la ciudad donde observé primero aquel aplastamiento de humanidad que luego habría de hallar en ciudades al esto de Londres, siendo los ingleses en igual número a los extranjeros, y habiendo bastantes de ambos, Dios lo sabe: casas en cuyas habitaciones y escaleras los muertos se amontonaban unos sobre otros, y había lugares en las calles por los que únicamente se podía pasar pisando cadáveres. Penetré en la prisión del condado, de la cual, según había leído, habían sido puestos en libertad los presos, hallando en ellas el mismo hacinamiento, celdas atestadas, corredores repletos, y, en el patio, contra un muro, una masa de una sustancia como arcilla gris mezclada con andrajos y cuajarones de sangre, donde debió haber actuado, al parecer, un compresor de fuerza hidráulica. En una esquina próxima a la fábrica de galletas vi zarandeados y confundidos por la tormenta, y la tra mí. Por lo demás, todos los muertos habían sido a un muchacho que creo debió haber sido ciego, estrujado contra la pared, con una cadena en su puño y un perrito atado a la

cadena, en una postura incorporada tanto él como el animal, que seguramente había, sido motivada por la fuerza del temporal del 7. Lo que resultaba extraño era que su brazo apuntaba más bien más allá del perro, lo que hacía semejarle a un borracho azuzando al animalito con tierra parecía hallarse haciendo un esfuerzo abortivo para barrer sus calles.

A alguna distancia fuera de Reading hallé una granja destinada al cultivo de las flores, la cual parecía muerta en algunos puntos y floreciendo exuberantemente en otros; algunos abejorrillos abigarrados zumbaban en el aire del atardecer. Luego pasé entre hileras de trenes atestados que estaban en la línea descendente, dos de ellos habían chocado; hasta los campos, a ambos lados, aparecían sumamente poblados, como si la gente, una vez que faltaran trenes y vehículos, se hubiera lanzado a ellos en caravanas en dirección al oeste.

Al llegar a un túnel cerca de Slough observé en torno al pie del arco una masa de débris de madera, y al seguir adelante, me alarmó el topeteo de la máquina a través de cadáveres; al otro extremo, más débris, suponiéndome que una compañía de gentes desesperadas había hecho del túnel un compartimiento estanco al aire taponando sus dos extremos, llevando al interior provisiones y esperando vivir allí hasta que pasara la hora fatal, debiendo haber sido destrozadas sus barricadas por algún tren y triturados ellos mismos; o bien otros grupos, queriendo compartir la cueva, la habían asaltado, siendo según me pareció, más probable lo último.

Debía haber llegado pronto ahora a Londres, pero por mi mala suerte encontré atascando la vía un tren sin un alma en él, y no tuve más remedio que efectuar el transbordo con todos mis bártulos a su locomotora, que encontré en buen estado, con carbón y agua. Para cuando la puse en marcha tenía yo un espantoso dolor de cabeza y riñones y estaba tiznado desde la punta del pelo a los pies. No obstante, a eso de las diez y media, al encontrarme detenido por otro tren, estaba sólo a cuatrocientos metros de Paddington, y recorrí el resto del camino por entre trenes en los que los muertos estaban aún incorporados, sostenidos mutuamente, y sobre las vías había tantos cadáveres como olas en el mar o vástagos en un bosque. Grupos enteros estaban en actitud de correr a los trenes o bien ante ellos en frenético intento de detenerlos para poder montar. Llegué al gran cobertizo de cristales y vigas que es la estación, con la noche perfectamente silenciosa, sin luna ni estrellas, a eso de las once. Vi entonces que los trenes, al moverse, debieron haberlo hecho sobre una costra de cadáveres en las vías. No podía yo tampoco moverme a menos que vadeara aquella carne sin vida que por doquier había: en los techos de los trenes, entre sus topes, en los andenes, contra las pilastras como espuma, apilados sobre vagonetas, una ciénaga carnal, en fin... la cual, fuera también, colmaba los intervalos entre un inmenso aparcadero de vehículos que alfombraban aquel distrito de Londres. Y aquel olor a capullos en flor, que excepto en un barco nauseabundo había dejado de hallarse presente, era ahora superado por otro.

Hallé después que todas las estaciones generadoras que visité debieron haber sido detenidas antes de la llegada de la condena, o sea que los gasógenos fueron abandonados algún tiempo antes, por lo que esta ciudad de espantosa noche, en la cual, en el momento en que el silencio la asaltó y con ella a sus veinte millones de seres pululantes, debió de haberse parecido más a las sombras del Orco.

Salí de la estación con los oídos tendidos, Dios lo sabe, en espera del ruido acostumbrado, pero habituado también como me hallaba ahora a aquel vacío de insondable mudez, fui sumido en un nuevo espanto cuando, en vez de luces y ruedas rodantes vi la larga calle que sabía en lúgubre incubación, como la hierba

crecida sobre Babilonia, y oí un impresionante silencio que se unía con el de las de aquellas luminarias de la eternidad que titilaban en las alturas.

No pude conducir ningún vehículo durante algún tiempo, pues todos los alrededores eran prácticamente un bloque, pero cerca del parque, adonde conseguí llegar, encontré petróleo en una berlina, encendí la lámpara y saqué de ella con repugnancia cuatro cadáveres, monté luego y penetré en el populoso entumecimiento, atravesando calles que no estaban nunca vacías de cadáveres y siguiendo en dirección este mi camino, lleno de baches y protuberancias.

Ahora me parece fantástico que, con tantas dificultades, hubiese perseverado hasta llegar a aquella inmensa catacumba, pues para entonces apenas podía esperar encontrar otro semejante, aunque acariciaba, lo recuerdo, la (irracional) esperanza de hallar sin embargo en alguna parte algún perro o gato, recordando amargamente a Reinhardt, mi perro ártico, al que tuve que matar por mi propia mano; pero, en realidad, debió haber habido en mí una curiosidad por leer los auténticos hechos de lo que había sucedido, hasta donde ello pudiera saberse o sospecharse, y recrearme en todo aquel drama, y temblar hasta el desbordamiento, y verter las redomas de la cólera, en los meses anteriores a la llegada del fin del tiempo... una curiosidad que por doquier me hacía lanzarme a la caza de periódicos antes de otra cosa; pero sólo encontré cuatro, todos ellos de fechas anteriores a la del que hallara en Dover, aunque las mismas me proporcionaron alguna idea sobre aquélla en que debió haber cesado la impresión, o sea hacia el 17 de Julio, tres meses después de mi llegada al Polo... y aun estos periódicos no contenían indicio alguno científico, sino únicamente plegarias y lamentaciones desesperadas. En consecuencia, al llegar a Londres, me dirigí inmediatamente a la redacción del Times, deteniéndome sólo durante el camino en una droguería de la calle Oxford, tomando de ella una botella de antiséptico para mantenerla junto a mi nariz, aunque una vez dejada la vecindad de Paddington apenas tenía necesidad alguna de ello.

Así, pues, me encaminé a la plaza en la cual se tiraba el periódico, viendo que también allí estaba sembrado el suelo de vestiduras exóticas, siendo grande la mezcolanza y el revoltillo. Hallé abierta la puerta de una agencia de anuncios, pero al encender una cerilla descubrí que su iluminación era eléctrica y no de gas, por lo que tuve que volver sobre mis pasos a trompicones hasta un establecimiento de lámparas en una avenida, pisando con cuidado para no ofender a nadie, encendiendo cerilla tras cerilla en aquella vecindad, aunque la negra atmósfera silenciosa apenas era rasgada por su chispazo.

Cuando llegué de nuevo a la redacción del periódico con una pequeña linterna de petróleo, vi un legajo de ejemplares sobre una mesa, y puesto que el lugar estaba abundantemente provisto de cadáveres y yo quería estar solo, lo puse bajo un brazo y, con la linterna en la otra, pasé tras un mostrador y subí por una escalera que me condujo a un gran edificio lleno de escaleras y pasillos, por los que fui con mi linterna en mi temblorosa mano, pues allí había también cadáveres, hasta que entré finalmente en una suntuosa habitación, con amplios sillones en torno a una vasta mesa de caoba en las que había carpetas y manuscritos cubiertos de polvo púrpura y en todas las paredes estanterías repletas de libros. Esta estancia se había cerrado tras un hombre solo, de elevada estatura y vestido de levita, con una barba gris en punta, quien parecía haber querido huir, pues se hallaba ante la puerta en ademán de haber querido abrirla. Lo quité de allí, arrastrándolo por los pies, cerré la puerta tras mí y me senté a la mesa, comenzando la investigación de mi legajo, con la linterna a un lado.

Investigué y leí hasta muy entrada la mañana, pero Dios sabe...

No había llenado debidamente el pequeño depósito de la lámpara, de manera que a las tres de la madrugada comenzó a renquear su llama, lanzando chispas y tornando gris el cristal. «¿Y si se apaga ahora la lámpara antes de que llegue la luz del día?», me dije. Había conocido el Polo y su frío, pero morir helado de terror... Seguí leyendo sin querer detenerme, pero leí aquella noche atormentado por pánicos tales como jamás hubiera imaginado penetraran en un corazón, estremeciéndose mi carne como un estanque rizado por la brisa. A veces, y durante tres o cuatro minutos, el profundo interés de lo que leía centraba mi mente, y luego repasaba una columna entera, o dos, sin conciencia del sentido de una frase, con mi cerebro arrastrado por entero a las innumerables tropas que acampaban a mi derredor, cavilando sobre si se levantarían para acusarme; pues el gusano era el mundo, y un agitarse de sudarios en el aire y el regusto de un grisor de fantasmas parecían infectar mi garganta, y los hedores de la repugnante tumba mi nariz, e inundar mis oídos funerales tañidos; finalmente la lámpara se iba atenuando, apagándose también, y mi fantasía carnal fue asaltada por féretros destapados, losas alzadas y azadonazos de enterradores, y el chirriar de cuerdas descendiendo a la fosa, y el primer sordo porrazo de la tierra sobre la tapa de aquella tenue y sombría morada del mortal; parecíame ver ante mí aquella letal visión de los helados muertos, la insipidez de las lenguas rígidas, el agrio gesto de los ahogados y el espumarajo de sus labios... hasta que mi carne rezumó humedad como empapada por las aguas rancias de los lavatorios de salas de autopsias y depósitos, y con tales sudores como los propios cadáveres rezuman, y con las lágrimas viscosas que se detienen en sus mejillas... ¿pues qué es un hombre insignificante en su envoltura de carne contra turbamultas y ejércitos de lo desencarnado, sólo con ellos y con nadie más, su semejante, a quién apelar para combatirlos? Leí, me incliné sobre ello, pero Dios sabe... Si una hoja de papel que movía cautamente, furtivamente, producía sólo un rumor, en los hechizados compartimientos de mi corazón se producía un estrépito, y si mi garganta seca ansiaba carraspear, me retenía hasta que por mí mismo se producía el hecho, con una tal despiadada turbulencia que me encogía con oleadas de frío en toda el alma, pues las palabras que leía estaban todas ellas mezcladas con visiones de carrozas fúnebres arrastrándose, y paños mortuorios, y lamentos, y crespones, y gritos penetrantes de perturbación resonando a través de bóvedas de catacumbas, y de todo el desconsuelo de aquel valle de sombras y de la tragedia de la corrupción. Por dos veces durante la espectral vela me estremeció de tal manera el conocimiento de la presencia de algo mudo y caviloso a mi izquierda, que por dos veces me puse en pie como movido por un resorte para enfrentarme con él, con mi pelo erizado por el extravío. Tras lo cual debí haberme desmayado, pues cuando ya era pleno día me encontré con la frente apoyada sobre los papeles. Y resolví que nunca más me quedaría en ninguna casa después de la puesta del sol; pues aquella noche había sido lo bastante para matar a un caballo. Y que este es un planeta hechizado, lo sé.

Lo que leí en The Times no era muy definido, pero ¿cómo podía serlo? Sin embargo, establecía muchas sugerencias y deducciones en la cuestión principal, que yo mismo había hecho, por lo que satisfizo a mi mente.

Había habido una soberana batalla en el periódico entre mi colaborador, el profesor Stanistreet, y el Dr. Martín Rogers, y jamás hubiese podido yo concebir tan indecorosa manera de comportamiento, a hombres como ellos, llamándose «novato», «inexperimentado», «soñador» y hasta «zoquete». Stanistreet negaba que el olor de almendras atribuido a la nube que avanzaba pudiera ser debido más que a la fantasía excitada de los fugitivos, porque, decía, era desconocido que

ningún Cn, HCn ó K4 FeCn6 hubiera sido despedido por volcanes, y la fuerza destructiva de la nube podía únicamente deberse a CO y CO2 A lo cual, Rogers, en un artículo caracterizado por su extraordinaria acrimonia, replicaba que no podía comprender cómo un «novato» en fenómenos químicos y geológicos se lanzara a poner en letra impresa que no había sido despedido HCn por los volcanes; que lo había sido, decía, estaba averiguado, aun cuando si lo fuera no podía afectar a la cuestión de si como el cianógeno no era de hecho raro en la naturaleza; aunque no directamente ocurrente, siendo uno de los productos de la destilación de la hulla, encontrándosele en raíces, melocotones, almendros y mucha flora tropical, habiendo sido ciertamente señalado por más de un pensador que algunas sales o salitres de Cn, la potásica, o el ferrocianuro potásico, o ambos, debían existir en considerables depósitos en las profundidades volcánicas. Replicando Stanistreet en un artículo a dos columnas, empleaba la expresión «soñador», y Rogers, cuando Berlín había sido ya reducido al silencio, replicó con su candente «zoquete». Pero en mi opinión, de las opiniones científicas era con mucho la mejor la inesperada fuente de Sloggett, del Departamento de Ciencias y Artes de Dublín, quien, sin encocorarse en modo alguno, aceptaba los informes de los fugitivos, presentando el aserto de que la nube, tal como rodaba, se hallaba mezclada desde su base a las nubes con lenguas de llama púrpura, bordeada de color rosa. Este, explicaba Sloggett, era el color característico de la llama tanto de cianógeno y de vapor de ácido hidrociánico, que, siendo inflamable, pudo haber prendido localmente al paso sobre las ciudades, ardiendo sólo de aquella manera limitada y lánguida debido a los considerables volúmenes de anhídrido carbónico con los que desde luego debía de estar mezclada; siendo el color púrpura de la masa nubosa debido a la presencia de escorias de rocas trapenses, basaltos, pómez, traquitas y los varios pórfidos. Este artículo era notable por su criterio ponderado, debido a que siendo escrito en fecha tan temprana — no mucho después, en efecto, que tras el cese de comunicaciones con Australia, en cuya fecha sostenía Sloggett que el carácter de la devastación no solamente demostraba una erupción... otro Krakatoa pero indudablemente mayor, sin duda en alguna región del Mar del Sur —, sino que indicaba que su producto más activo debía ser, no CO, sino ferrocianuro potásico (K4 FeCn6) el cual, experimentando destilación con los productos de sulfuro en el calor de la erupción, producía ácido hidrociánico (HCn); y este ácido volátil, decía, permaneciendo en estado vaporoso en todos los climas de temperatura superior a 26,5º C, podía envolver a la Tierra entera, desplazándose principalmente en una dirección contraria al eje de la misma, siendo por ende las únicas regiones no afectadas con toda probabilidad, las de los círculos más fríos del Polo, donde el vapor se condensaría al estado líquido y caería en forma de lluvia. No preveía que la vegetación fuese profundamente afectada, a menos que el acontecimiento fuese de inconcebible persistencia y actividad, pues aunque la cualidad ponzoñosa del ácido hidrociánico consistía en su interrupción de la oxidación, la vegetación tenía dos fuentes de existencia... del suelo tanto como del aire; con esta excepción, todas las especies más bajas desaparecerían (aquí había un punto en el que se equivocaba). Por lo demás, fijaba el promedio de velocidad de la nube en unas 100 a 105 millas por día, y la fecha de la

erupción la del 14, 15 ó 16 de Abril... uno, dos o tres días después de que la partida del Boreal alcanzara el Polo; y terminaba diciendo que, si los hechos confirmaran sus predicciones, no podía sugerir lugar alguno de cobijo para la raza humana, a menos que pudieran ser estancados al aire tales sitios como minas y túneles, los cuales no podían ser tampoco utilizables para un número considerable

de personas, excepto en el caso de que el estado letal del aire fuese de breve duración.

No había pensado antes en minas, más que de una manera desvaída, hasta que este artículo, y otras cosas que leí, me produjeron como una sacudida en la mente. «Pues ahí — me dije — es donde si acaso habré de encontrar un hombre...»

Salí de aquel edificio aquella mañana como un hombre encorvado por la edad, pues las profundidades de horror de que tuve atisbos durante aquellas horas sombrías me habían debilitado, haciendo mis pasos vacilantes y aturdido mi cerebro.

Penetré en la calle Farrington, y en el Circus, donde se encuentran cuatro arterias, tuve a mi alcance la visión de cuatro cementerios, con sus cadáveres de vestimentas de todos los desvaídos colores, o semi-vestidos, o desnudos, amontonados unos sobre otros en algunos casos, como los había visto en Reading, pero aquí con una mayor apariencia de esqueletos, con sus hombros salientes, caderas agudas, vientres huecos y miembros rígidos de hombres muertos de hambre, presentando el conjunto un aspecto extravagante de algún macabro campo de batalla de marionetas caídas; y, mezclados con ellos, una multitud de vehículos de todas clases, entre los cuales se abría camino hasta un establecimiento en el Strand, donde esperaba hallar todas las informaciones que necesitaba sobre las excavaciones de la región; pero los postigos estaban altos y no quise hacer ruido alguno entre aquella gente, a pesar de que la mañana era clara, y no resultaba difícil entrar, pues vi una palanqueta sobre un camión, por lo que me trasladé al Museo Británico, cuyo sistema de catálogos conocía. Nadie en la entrada de la sala de lectura me detuvo, ni en ella había un alma, excepto un viejo con un bocio en el cuello y gafas, colocando una escalera cerca de los estantes, un «lector» hasta el fin. Luego, habiendo tomado los catálogos, me quedé una hora arriba, entre las difusas galerías de aquel silencioso lugar, y a la vista de ciertos papiros, cédulas y sellos griegos y coptos, tuve tal sueño de esta Tierra, ¡santo Dios!, como jamás la pluma de un ángel podría expresarlo sobre el papel. Tras lo cual salí cargado con medio quintal de mapas militares que había metido en un maletín hallado en un guardarropa, en unión de tres obras topográficas; luego, en un establecimiento de instrumentos de Holborn, tomé un sextante y un teodolito, y en una tienda de ultramarinos próxima al río puse en un saco provisiones suficientes para una o dos semanas; y hallando en el muelle del puente de Blackfriars un yate a motor de poco tonelaje, para el mediodía me encontraba deslizándome en mi solitario camino río arriba, que discurría como cuando nacieron los britanos y lo vieron, y construyeron chozas de barro entre los bosques de ambas riberas, llegando posteriormente los romanos, quienes al verlo a su vez lo llamaron Támesis.

A medianoche de aquel día, hallándome dormido en el cómodo camarote de mi embarcación, a sotavento de una isla de Richmond, tuve un sueño claro, en el cual algo o alguien venía a mí y me preguntaba: «¿Por qué andas buscando a otro... sobre quien puedes caer y abrazarle, o bien matarle?» Y farfullé en mi sueño: «No quiero matarlo. No deseo matar a nadie».

Lo que resultaba esencial para mí era conocer, de manera definitiva, si estaba o no solo, pues algún instinto estaba comenzando a cuchichearme: «Descúbrelo; asegúrate; pues sin la seguridad, jamás podrás ser... tú mismo».

Pasé al Canal Interior y seguí en pausado avance hacia el norte, con tiempo cálido y mucho del campo vestido aún del follaje otoñal. Creo que he hablado antes de la terrorífica indiferencia de las tempestades que fui testigo en Inglaterra desde mi regreso. Las calmas no eran menos intensas y nuevas. Me asaltó esta observación y no pude por menos de sorprenderme. Parecía no haber ya un término medio; si había viento era una galerna; si no lo había, no se movía ni una hoja, ni un céfiro rizaba las aguas. Recordé a los maníacos que ríen estrepitosamente y desvarían, pero que ni sonríen ni suspiran.

Tras pasar por Leicester la cuarta tarde, abandoné la mañana siguiente mi agradable embarcación, llevando conmigo mapas y brújula, y en una pequeña estación tomé una máquina, con destino al condado de York, donde vagabundeé por espacio de dos meses, a veces desplazándome por el río y otras por tierra en automóvil, bicicleta o simplemente a pie, hasta que pasó por completo el otoño.

Había dos casas en Londres a las cuales pensaba ir, una en la calle Harley y otra en la plaza de Hannover; pero cuando llegó el momento no quise; y también sucedióme lo mismo con una casa emparrada en el condado de York, donde yo había nacido, manteniéndome durante muchos días en la parte este de la comarca.

Una mañana, mientras pasaba a pie a lo largo del muro costero que va de Bridlington a Flambro, mirando al interior desde el mar, me hallé ante algo que por un instante me dejó profundamente asombrado; una mansión rodeada de un parque, y en la puerta de una cerca directamente ante mí, un cartelón: «Prohibida la entrada». Me invadió un frenético deseo — el primero — de reír, de estallar de risa, pero no lo hice, aunque no pude por menos de maravillarme ante el pobre hombre que mandó escribir aquello con la idea fantástica de que aquella parte del planeta fuera suya.

Allí eran las rocas a veces de veinte metros de altura, cortadas en los estratos superiores de arcilla, y al ir subiendo permanentemente encontré cárcavas en la greda, por donde tuve que trepar hasta llegar a un gran montículo o barrera que se extendía a través del promontorio, y respaldada por un barranco, una barrera que al parecer había sido alzada como baluarte por alguno de los antiguos pueblos de piratas invasores que como los demás desaparecieron tras su querellante vida. Llegué luego a una bahía en el farallón, con barcas sobre los declives, algunas muy arriba a pesar de lo empinado de aquellos. Sabía se hallaba por allá un horno de cal, pero no lo encontré, pero saliendo al otro lado de la bahía vi el poblado, con una vieja torre en un extremo. Después de haber descansado durante una hora en la cocina de una pequeña posada, salí en dirección al puesto de guardacostas y al faro.

Mirando a través del mar en dirección este, los servidores del faro debieron haber visto aquella nube de pardos y púrpuras, sin duda embrollada con serpientes de fuego, pareciendo caminar sobre el agua y con su extremo superior en el firmamento sobre ellos, pues aquel cabo se encuentra en la misma longitud que Londres, y, contando desde la hora en que, según The Times, fue vista la nube desde Dover sobre Calais, Londres y Flambro debieron haber sido atacados hacia las tres de la tarde del domingo, o sea el 25 de julio; y a la vista a plena luz del día de una tan lúgubre condena — de antemano conocida, pero con la esperanza conservada hasta el fin — los encargados del faro debieron haber huido, si es que no lo habían hecho antes, pues no había ninguno, y pocas personas en el pueblo. En este faro, una blanca torre que se alza a un extremo del acantilado, había un libro para que lo firmaran los escasos visitantes.

Yo también quise estampar mi nombre, pues el secreto solamente era conocido por Dios y por mí. Y así lo hice, tras haber leído algunos de los nombres precedentes.

El arrecife ante la Punta sobresale un cuarto de milla, asomando en marea baja y mostrando hasta qué extensión ha retrasado el mar a la costa. Tres embarcaciones aparecían empotradas en las rocas, entre ellas un gran barco, ya destinadas a perecer. A todo lo largo del muro rocoso hasta la escarpa coronada por el castillo de Scarborough hacia el norte, aparecían aquellas grietas y cavernas que eran las que allá me habían llevado, así que descendí un declive hasta una agreste playa sembrada de cantos rodados de greda y jamás me sentí un ser tan miserable y pequeño como con aquellas rocas fragorosas sobre mi cabeza, con sus enormes desprendimientos y sus sombrías cavernas bostezantes, abiertas por las erosiones. Allí, en aquella excursión mañanera, vi tres pequeños cangrejos de los llamados ermitaños, cinco lapas y otro par de crustáceos viviendo su vida en un pozo próximo a una aristada roca; pero lo que más me asombró, así como por todas partes y hasta en Londres me había asombrado, era el gran número de aves que se esparcían por la Tierra, semejantes en algunos lugares a una lluvia, aves de casi cada especie, incluyendo tropicales, de manera que me vi obligado a concluir que también ellas habían huido de país en país ante la nube, siendo al fin vencidas por la fatiga y el asombro ante Quien durante sesenta millones de años de persistencia y realización las había convertido en los seres que eran.

Trepando por rocas cubiertas de caracoles marinos y chapoteando a través de zonas empinadas de algas que despedían un olor rancio, entré en una de las cárcavas, larga, serpenteante, con sus lados pulidos por el agua del mar y el piso alzándose hacia el interior. Encendí en él cerillas, oyendo aún, aun que a la sazón débilmente, el constante flujo y reflujo de las olas en la resaca de los arrecifes del exterior. Aquí, lo sabía, únicamente podría encontrar hombres muertos; pero acuciado por alguna curiosidad exploré hasta el fin, vadeando en una ocasión sobre hierbas marinas de casi un metro de altura. Mas no había nadie; sólo belemnitas y fósiles en la greda y, tras seguir mi búsqueda un tanto al sur del cabo, volví hacia el norte pasando a otra bahía con sus embarcaciones que parecían colgadas en los declives, y que en el mapa llevaba el nombre de «Desembarcadero Norte», donde aún subsistía un olor de pescado dejado por los antiguos pescadores de cangrejos y arenques. Al seguir adelante, otras ensenadas y calas se abrían, descendiendo un césped en algunas partes de las rocas, semejante a matas de pelo partidas por en medio y aplastadas sobre la frente y sienes. Las masas aisladas de greda eran comunes, formando obeliscos, columnas pesadas, bastiones; en un lugar, no menos de ocho promontorios se extendían hasta el fin ante mí, cada uno de ellos horadado por su arco, normando o gótico, en su totalidad o en parte; y de nuevo cuevas, en una de las cuales hallé un maletín-cartera atiborrado con un viscoso pulpo y, pegado a la roca, un fez turco, así como, en una cantera de piedra caliza, cinco asnos; pero ningún hombre, debiendo haber sido evidentemente esquivada la costa este. Y finalmente, por la tarde llegué a Filey, sumamente cansado, por lo que me dormí.

Seguí adelante embarcado, a lo largo de la costa, a una región de mineral de hierro, alumbre y excavaciones en torno a Whitby y Middlesborough, y en Kettleness descendí a una bahía en la cual hay una cueva llamada «La madriguera del hurón», con excavaciones efectuadas en todos los aledaños por investigadores y canteros. Había en el interior de esta cueva una manada de ganado, no pudiendo conjeturar con qué propósito se la había puesto allá; en las otras excavaciones no

hallé nada. Más al sur, en la región del alumbre, lo mismo que en Sansend; pero tan pronto como vi un lugar de trabajo y el boquete en el suelo como un cráter, donde se extrae el lías, concluí en que allí no podía haberse hallado escondrijo alguno. Luego, desde los alrededores de Whitby y sus pantanos seguí hacia Darlington, no lejos ya de mi casa, pero no quise seguir por aquel camino y, al cabo de dos días de haraganeo, partí para Richmond y las minas de plomo en torno a Arkengarth Dale, cerca de Reeth. Allí comienza una región montañosa, variada con cañadas y valles, pedregales en declive, farallones, céspedes, artesas y arroyuelos, pasos, poblados, álveos y manantiales de nacimientos de ríos y hondonadas; algunos de sus aspectos parecieron hablarme de una manera que me era conocida, pues esta región debió haber tenido cuando menos centuplicada su población, presentando sus localidades más bien el aspecto de lugares del Danubio, Levante o España. En una, llamada Marrick, la calle se había convertido en escenario de una batalla o una matanza, pues todos, hombres y mujeres aparecían con las muestras de muertes violentas; cabezas hendidas, heridas, mandíbulas pendientes y dislocadas, miembros rotos. Pero en vez de ir directamente a las minas desde Reeth, aquella indocilidad que gobernaba ya mi mente, como las ráfagas de viento a una barca abandonada, me llevó al sur, al poblado de Thwaite, en el cual, sin embargo, no pude entrar, pues tan repletos de muertos se encontraban todos sus accesos. No lejos de aquí, seguí, a pie ahora, por un empinado camino que conduce sobre el paso de Buttertubs a Wensleydale, siendo el día cálido y el firmamento con amplias nubes que semejaban estanques de plata fundida que exhalaran grises vapores de su centro, arrojando sombras malhumoradas sobre la cañada; y pronto, trepando, pude tender la vista sobre millas de Swaledale, o sea la Hondonada pantanosa, un panorama de valle y hierba, río y sombras de nubes, habiendo algo de ligereza en mi paso aquel bello día, pues había dejado mis mapas e instrumentos en Reeth, a donde pensaba volver, y la tierra, que era muy linda, me pertenecía. La escalada era dura y también larga, pero hacía pausas mirando tras de mí, hasta que por fin vi, vi... La noción del hombre de un paraíso reservado a las «almas», surgió de impresiones que la Tierra obrara sobre sus sentidos, pues ningún séptimo cielo podía ser más bello que aquel; y su noción del infierno nació de la confusión en que sus propios hábitos de mentalidad infantil cambiaron este paraíso. Pensando en lo cual seguí subiendo a lo que cada vez más tomaba el aspecto de un paso montañero, con crestas de alpina selvatiquez, con brezales ahora en los declives, un arroyuelo enviando su susurrante sonido, y luego escarpas y farallones, una cascada, un paisaje de riscos y espolones y, finalmente, una solitaria cima, muy palpablemente más próxima a las nubes...

Cinco días después me hallaba en las minas, y en ellas volví a ver aquella extendida escena de horror con la cual me había familiarizado ya, siendo las siete décimas partes de la historia siempre lo mismo y escueto: «propietarios» egoístas, un mundo desahuciado, un fácil bombardeo, y la destrucción de todo lo concerniente, en muchos casos antes de la llegada de la nube. En algunas de las bocas de los pozos mineros de Durham, tuve la impresión de que toda la raza humana se hallaba coleccionada allá y que la idea de ocultarse en una mina debió haber asaltado la mente de todo hombre vivo y enviádolo allá.

En estas minas de plomo, como en la mayoría de las de veta, hay muchos más pozos que en las de carbón, y apenas cualquier intento de ventilación artificial, excepto en rampas, pozos ciegos y «cul-de-sacs». Vi que aunque la profundidad no excede de noventa metros, la asfixia debió haberse a menudo anticipado a la otra muerte. Casi en cada pozo había una escalera, bien fuese de la mina o de los

fugitivos, por lo que pude descender sin dificultad, luego de vestirme en una casa del pueblo con una camisa de franela, pantalones con círculos de cuero en las rodillas, gruesas botas y el casco de minero con su encaje para la lámpara; con esto y una linterna Davy que llevaba conmigo durante meses, viví la mayor parte del tiempo en las profundidades de la tierra, en mi búsqueda del tesoro de una vida, donde fuere, en los ingleses de diversos lugares y oficios y clases sociales, en las mujeres pomeranas de charras vestimentas, en los valacos, mamelucos, kirguises, bonzos, imanes... qué sé yo; en cada tipo o especie o raza de ser humano y de cualquier condición que fuese.

Un día de otoño sumamente brillante caminaba junto al cruce del mercado de Barnard, habiendo llegado por fin, aunque con suma renuencia en mi corazón, al lugar donde había nacido, pues me dije que debía ir a ver a mi hermana Ana y a la mayor. Pero inclinado sobre el parapeto del puente demoraba, mirando luego a las alturas boscosas sobre las que se asentaba como una corona la torre del castillo. Por fin, arrancándome a otros pensamientos y con un envoltorio de comida en mi mano comencé a ascender lentamente la parte del cerro en dirección al castillo, permaneciendo allá en la cima por espacio de tres horas, cavilando soñolientamente sobre el escenario de exuberante floresta umbrosa que colinda con el curso del río y su fronda y color intenso, teñido ahora de los pardos del otoño se aminoraba hacia las montañas, donde había etéreos festonajes de campos y en el más lejano azul remotos espejismos de solitarias parameras. No fue hasta cerca de las tres que descendí a lo largo del río, y luego, subí cerca de Rokeby sobre el antiguo cerro. Allá se encontraba la inscripción con letras amarillas en la pared:

MANSIÓN DE LA COLINA DE CAZA

Ningún albergue, ni casa ni mansión de esta parte del país se encontraba vacía de invasores y también los había allí; tres a la derecha de la vereda del jardín, donde habían vuelto a crecer las lilas de entre la hierba y en los boscosos matojos de la izquierda, donde se había asentado de nuevo la selvatiquez; y en el comedor, tres; y en el nuevo pabellón de ladrillo, dos, a medias bajo la mesa de billar; y en su habitación que daba al soportal, la larga forma de mi madre en su lecho, con su sien izquierda estropeada; y junto a la cama, de bruces sobre el entarimado, Ada, con su cabellera negra suelta y en camisón.

De los hombres y mujeres que murieron allí, sólo dos habían recibido sepultura, como pude verlo en una fosa abierta bajo el cedro, cubriéndoseles con paja del establo y hojarasca.

Pasé algún tiempo después de esto antes de que me reclamara de nuevo la tarea desconcertante y varia de seguir visitando las regiones mineras, hallándome en el Ínterin en una localidad llamada Ingleborough, que es un monte raso con una cima de veinte acres, desde la cual se divisa el mar a través del condado de Lancashire al oeste, existiendo en los flancos de este extraño monte un buen número de cuevas que escudriñé por espacio de tres días, durmiendo en una barraca de aperos y herramientas, pues cada vivienda de aquel pueblo rústico y florido estaba atestada, en un paraje que aparece con el nombre de Clapham en la carta, en Clapdale, que forma luego una hondonada penetrando en los declives de la montaña. Allí encontré la más vasta, con mucho, de todas las cavernas, luego de subir por un sendero que desde el poblado conduce a un arco con una cortina de árboles, que da a su vez paso al farallón de piedra caliza; apenas había andado tres metros que vi las huellas de una batalla. Toda esta región había sido en efecto invadida, pues la caverna debió haber sido famosa y en millas a la redonda eran

numerosos los muertos, de manera que al aproximarse a la caverna había de hacerse con cuidado, para que el pie no se contaminase. Había habido siempre una puerta de hierro cerca de la entrada y construidose recientemente un muro, y ambos, puerta y muro habían sido asaltados, hallándose aún allí las mandarrias que a ello habían servido. Así, con mi lámpara de mano y la linterna en el casco seguí adelante con rapidez, viendo inútil ahora escoger mis pasos donde había tan poco que escoger, a través de un pasaje incrustado con escamoso liquen petrificado, y el bajo techo cubierto de conos mirando hacia abajo, como un bosque de árboles infantiles de juguete. Llegué luego a un agujero en una cortina de formación estalagmítica, el cual se abría a una caverna que estaba muy animada y festiva con fulgores, destellos y brillanteces diamantinas, producidos por estalagmitas húmedas, y hacia el centro de la cual discurría una vereda de vestidos y sombreros y rostros. Hollé como fuere sobre ella, con pie rápido y renuente. La caverna se iba ensanchando paulatinamente y las estalactitas del techo eran de todos los tamaños, desde ubre de vaca a mazo de titán, y por doquier rezumaba chorreante ahora la humedad, como si fuese un bazar atestado de frentes sudorosas y ardientes pasos, en el cual la única ocupación es manar. Donde las estalactitas se unían a las estalagmitas había pilares, y donde la estalactita lo hacía con la estalactita había elegancia, cortinajes y delicadas fantasías; habían también charcas en las cuales colgaban cabezas y pies; y había zonas en las que el techado, que continuamente se elevaba, se reflejaba en el frío lustre del piso. Súbitamente, el techado descendía y subía al piso, pareciendo ambos juntarse ante mí; pero encontré una abertura a través de la cual y arrastrándome sobre el vientre por el lodo y la proximidad repulsiva de personas muertas, salí a un piso de arena bajo un túnel arqueado y exiguo, agrio y deslucido, sin estalactitas, de un ambiente de monjes y catacumbas y del camino a la tumba. Los muertos eran allí menos, demostrando que el tumulto general no había tenido tiempo de penetrar tan lejos o bien que los que se encontraban en el interior habían salido a defender de la tormenta a su ciudadela. Aquel pasaje me llevó a una sala, la más amplia de todas, de elevada bóveda, repleta de brillanteces como de enterrados tesoros, en una danza de destellos, hallándose dicho lugar a una media milla de la entrada. Aquí, mi escudriñadora luz pudo hallar sólo diecinueve muertos, y al extremo remoto dos agujeros en el piso, de un tamaño justo para admitir el cuerpo, aunque de abajo provenía un ruido de agua al caer. Ambos agujeros habían sido llenados con hormigón — supongo que cuerdamente, pues alguna corriente del exterior parecía soplar a través de ellos y el resultado debió haber sido malo, hundiéndose ambos rellenos por algunos ignorantes que pensaban llegar a una guarida más allá. Apliqué mi oído durante una hora al mayor de aquellos agujeros, escuchando el encanto de aquel canturreo abajo, en la oscuridad; y después, aguijoneado por mi deseo de pasar a través, recogí cierto número de ropas de los cadáveres, las até y luego un extremo a un pilar, y tras aplicar mi boca al agujero, preguntando: «¿Hay alguien ahí?, ¿Hay alguien?», me dejé descolgar, con la linterna iluminada en mi casco de minero; pero no había descendido lejos por aquellas lúgubres oscuridades, cuando mi pie izquierdo se sumió en líquido y al instante me asaltó el espanto y mi imaginación se extravió pensando que todos los diablos del infierno estaban tirándome de la pierna para arrastrarme a él. Subí con más celeridad de la que había descendido, no descansando hasta que, con un suspiro de alivio, me encontré afuera.

Después de esto, viendo que el calor del otoño estaba pasando, me puse de manera más sistemática a mi tarea, entregándome a ella durante seis meses con constante voluntad y asiduidad esforzada, buscando, no ciertamente un hombre en

una mina, sino alguna evidencia de la posibilidad de que pudiera haber alguno vivo, visitando en ese tiempo Northumberland y Durham, Fife y Kinross, Gales del Sur y Montmoutshire, y de la isla de Man, Waterford y Down; descendí la escalera de más de cien metros de la mina de grafito de Barrowdale, en Cumberland, hacia el centro de un monte de 600 metros de altura, y visité los lugares donde eran extraídos cobalto y manganeso en Flintshire, y los yacimientos de plomo y cobre en Galloway, los carboníferos de Bristol y las minas del Staffordshire del Sur, donde, como en Somerset, las vetas son tenues y el sistema es de «muro largo», mientras que en el norte es de «puntal y galería». Visité las explotaciones abiertas de los minerales de hierro de Northamptonshire y las canteras subterráneas de pizarra, en el distrito de Festiniog, de Gales del Norte, y también las explotaciones de sal gema, y las de estaño, cobre y cobalto de Cornwall; y donde los minerales eran llevados a la superficie a espaldas de hombres, y donde lo eran por galerías provistas de vagonetas sobre rieles; y donde, como en las antiguas minas había dos escaleras en el pozo, moviéndose alternativamente arriba y abajo, y pasando en cierto momento de una a otra se ascendía o descendía; las canteras de Tisbury, en el Wiltshire, y las de Spinkwell, en el Yorkshire; y cada túnel y cada agujero conocido, pues algo se imponía acuciante en mi interior, diciendo: «Debes estar primero seguro o bien nunca podrás ser tú mismo».

En el terreno carbonífero de Farnbrook y en el Pozo del Potro Rojo, mi inexperiencia acabó casi conmigo, pues aunque poseía un conocimiento teórico de todas las explotaciones británicas, en mi relación práctica con ellas era yo como un hombre que ha aprendido la navegación en la orilla. Aquí llegué el 19 de diciembre, hallando una acumulación de muertos más allá de todo precedente, con un desparramamiento como en un campo segado, y la única casa a la vista de la boca del pozo repleta — la casuca destinada a los oficiales de la Compañía — y que se hallaba asentada sobre un montículo de desperdicios. No vi allí, como de costumbre, ninguna escala de cuerda fijada por los fugitivos en el pozo de ventilación (el cual no es generalmente profundo, siendo también el pozo de bombeo, conteniendo un conmutador a un extremo de una máquina tubular que acciona las bombas); no obstante, mirando al fondo del pozo discerní vestidos y una escalera de cuerda, con un grupo de fugitivos, la cual debió haber sido arrastrada para impedir el descenso de otros, de manera que mi única manera de descender era por la boca del pozo, y tras alguna vacilación decidí, muy arrojadamente, proveerme de un rollo de cordel de media pulgada del despacho del capataz, para mi vuelta arriba, habiendo en la mayoría de las minas tal cantidad de cuerda que parecía como si cada fugitivo se hubiese provisto de ella. Pasé la misma sobre las vigas de la máquina tubular, con ambos extremos en el fondo del pozo de ventilación, manera por la cual podía subir atando un extremo de la cuerda a la escala que abajo estaba, alzando ésta, sujetando el otro extremo de la cuerda y trepando por la escala. Y ahora, para descender, puse en marcha la máquina, la cual alzó los noventa metros de cuerda trenzada enrollándola al tambor de una manera tan deliberada como la cachazuda obediencia de un camello, así que cuando aparecieron las cuatro cadenas unidas de la jaula de descenso, detuve la subida, até un cordel al engranaje de suspensión, llevé su otro extremo a la jaula, en la cual tenía cinco compañeros, encendí mi lámpara de casco y también la linterna de mano y sin reflexionar comencé a descender luego de haber tirado del cordel, normalmente, creo — aunque la lámpara de casco se apagó — y sin el menor miedo, pues aunque soplaba una corriente sobre el pozo, sucedía en ráfagas; mas pronto la corriente se hizo en exceso bullidora y vi forcejear a la linterna de mano, las mejillas de los muertos temblequear y oí rechinar las calzas

de la jaula en sus guías, mientras descendíamos con mayor rapidez a aquel Averno, centelleando calzas y guías, formando un temporal en mi cerebro y ojos y aliento. Al chocar contra las «grapas» del fondo, fui lanzado hacia las graves caras de los otros, quedando entre ellos como uno más. Fue sólo cuando, una hora después, me incorporé malhumorado, reflexionando sobre el porrazo que recordé que se efectuaba siempre alguna «operación manual» de la máquina durante los descensos de la jaula, para impedir el choque, mediante una palanca. Sin embargo, el daño principal y permanente era el de la linterna, pero de éstas las había a millares en las explotaciones.

Entré en la galería, que era una espaciosa estancia de más de veinte metros cuadrados, con el suelo pavimentado con planchas de hierro y algunos agujeros abiertos en torno a la pared, cuyo propósito no pude descubrir, y vagones llenos de carbón y esquisto, con cadáveres y ropas encima y debajo y entre ellos. Cogí una linterna nueva, poniéndole el petróleo de la mía, y bajé por una angosta galería provista de rodillos sobre los cuales corría un cable de arrastre de los vagones. En los lados y a intervalos regulares había zanjas para introducirse en ellas al paso de los vagones y, en ellas algún que otro muerto, provisiones en otras, y en otra, por fin, una pila de muertos. El aire tenía una temperatura de más de cuarenta grados y se iba haciendo más caliente a medida del descenso.

Este pasillo me condujo a un paraje que era un espacio con una placa giratoria, donde establecí mi base de operaciones, desde donde partían los radios de diversos pasillos, algunos ascendentes y otros descendentes. Los muertos se hallaban allí en grupos, y la mudez del lugar entre todos ellos en multitud obró sobre mí de manera gravitatoria e hipnótica, arrastrándome también a la pasión de mutismo en que yacían, todos, todos, con un estereotipado pasmo y fijeza, hasta que en un momento me pareció quedar igualmente absorto, más próximo quizás a la muerte y al golfo de inanidad que conocía; mas me dije que había que ser fuerte y no sumirse en su costumbre de silencio, sino que ellos siguieran su camino y obraran a su manera, que yo debía seguir el mío y seguir la propia, no rindiéndome a ellos, aunque fuese sólo uno contra muchos; por lo tanto hice de tripas corazón y me despabilé, subiendo por el cable de una cabria sobre un techo a un metro de altura, hasta que llegué a la escena de otra batalla. Diecinueve de los operarios de la mina se habían metido allí asaltando la pared y allí estaban con pies y cuerpo desnudos, sólo con sus pantalones y los cascos con sus lámparas y sus aspectos y expresiones feroces y salvajes, y sus zapapicos y taladros. Seguí a lo largo de un estrecho pasillo serpenteante, en cuyo interior, a cada unos diez metros, se abría uno de los llamados derribos; y por doquier había extremos y esquinas, no únicamente los abiertos en el trabajo, sino abiertos algunos por sus propios trabajadores en las ansias de asfixia o del hambre. El único intacto que abrí con una piqueta, era sólo una cubierta de revoque, pero de un espacio interior estanco al aire y de sólo unos tres metros de longitud, en el cual se hallaba el cuerpo descompuesto de un muchacho de acarreo, con riostra y tirador a sus pies y la almohadilla que protegía la cabeza al empujar; y rebanadas de pan y sardinas y cerveza embotellada. Seis o siete ratones que salieron chillando por la abertura que hice me chocaron, pues había extraordinarios enjambres de ellos muertos por todas partes en esta región minera. Volví al lugar de la placa giratoria, y en un lugar donde había una cabria y cadena descendí a un «corte»... un pozo hundido a un estrato más bajo de carbón. Allá abajo, y en vuelo de la imaginación, me pareció estar oyendo el constante intercambio de noticias entre los operarios en su tarea con los de la cabria de arriba, llegando luego a otra especie de plataforma, pues en esta mina había seis filones o quizá siete u ocho. Allí llegué también al apogeo del drama de este Tártaro, no apareciendo los cadáveres simplemente

estrujados, sino constituyendo en algunos lugares una congestión de carne, despidiendo un olor de melocotón mezclado al rancio del carbón del pozo, pues en este lugar debió haber sido escasa la ventilación. Las masas debieron haber sido segadas o aniquiladas y, cuando sobreponiéndome al horror y al asco de vadear tras un mar muerto y llegué a la pared y fisgué por un agujero, vi a un hombre, dos muchachos, dos mujeres y tres muchachas, y montones de cartuchos y provisiones, debiendo haber sido a no dudarlo perforado el agujero desde dentro, a punto de asfixia, cuando debió haber entrado el veneno. Supuse que debía de tratarse del propietario de la mina, director o gerente, con su familia. En otra parte, al volver a ascender a nivel más elevado, casi me desmayé antes de que pudiera retirarme del comienzo de una zona de posterior exhalación deletérea, donde debió haber acontecido una explosión, hallándose todos los cadáveres destrozados. Pero no desistí de explorar todos los demás distritos de la mina, no en trabajo momentáneo sino espaciado, no siendo hasta el día que volví a remontar a la superficie, por la escala de cuerda del pozo de bombeo.

Cierto día, hallándome en aquella región de roca y mar llamada Punta Cornwall, desde la que se puede contemplar las rocas de Land's End penetrar arremetedoras en el mar, y todo el selvatismo aparece como brinco de blancos corceles indómitos en las olas y rompientes, sin la menor vivienda o edificio a la vista, aquel día terminé lo que llamo mi investigación oficial.

Partiendo de aquellos parajes y caminando hacia el norte, llegué a una casa sobre el mar, un bello edificio del tipo «bungalow» con aspecto marinero, siendo su rasgo especial un mirador o veranda espaciosa, abrigado por el colgadizo del piso superior, de fachada de piedra y bajo tejado de pizarras verdes, produciendo una sensación de fuerza y reposo, aumentada por sus largas líneas horizontales, y hallándose a un extremo de la veranda una torrecilla conteniendo un estudio o refugio rinconero. En esta casa viví por espacio de tres semanas. Era la morada del poeta Machen, cuyo nombre, tan pronto como lo vi, lo recordé muy bien; se había casado con una belleza de dieciocho años, evidentemente española, que yacía sobre su lecho en el gran dormitorio de la derecha de la veranda, apoyada sobre su pecho una criatura con un chupete de goma en la boca. Tanto la madre como el pequeño se hallaban en un maravilloso estado de conservación, ella encantadora aún con su blanca y espaciosa frente y ovalado rostro enmarcado por una sedosa y larga cabellera negra. El poeta, al parecer, no había muerto con ellos, pues se encontraba en la habitación trasera, sentado ante su escritorio, vestido con una chaqueta de seda gris y en el momento de ¡componer un poema! Las tres de la mañana debieron haber sido, como yo lo sabía ya, cuando la mujercita debía haberse sentido soñolienta, en aquella espera, probablemente con falta de reposo de noches anteriores pasadas en vela, e ídose a acostar, prometiéndole él acaso que la seguiría para morir a su lado una vez hubiese acabado su poema, en una carrera de «dos estrofas más» con la nube. Jamás encontré nada más en mi propia carrera como este Machen y la suya con la muerte; pues resultaba ya claro que la mejor especie de estos poetas no escribe para complacer a las tribus confusas inferiores que pudieran leerles, sino para liberarse ellos mismos del divino ardor que hierve en su pecho, y que hace que aún cuando todos los lectores hubiesen muerto, ellos seguirían escribiendo, quedando sólo a Dios el leerlo. De todos modos, me sentí tan bien entre aquella pobre gente, que como antes he dicho, permanecí tres semanas en su compañía, durmiendo sobre un sofá en la sala, en la que había magníficas pinturas y bellas flores marchitas ya, como en toda la casa, pues no quise sacar de su lecho a la pobre madre. Y hallando en el escritorio de Machen un cuaderno de apuntes de blandas

cubiertas en rojo y amarillo, lo tomé y en el estudio de la pequeña torre escribí día tras día y durante horas el relato de lo sucedido y que creo continuaré escribiendo, pues en ello encuentro consuelo y compañía.

En el valle de Severn, en algún lugar de la llanura entre Gloucester y Cheltenham, en un paraje más bien solitario, me hallaba por aquella época viajando en un velomotor, cuando vislumbré una curiosa elevación, me aproximé y hallé una construcción de ladrillo de unos quince metros cuadrados, de techumbre plana también de ladrillo y sin ventana alguna y una única puerta, que hallé abierta, cuyos bordes estaban cauchutados, para dejar estanco al aire el interior al cerrarla. En este interior topé con quince ingleses de las clases elevadas, excepto dos de ellos que eran albañiles y componiéndose ese número de seis mujeres y nueve hombres. Más allá, entre ellos, dos más, hombres, con sus gargantas cortadas, o bien sacrificándose por los demás cuando comenzaron las dificultades de respiración, o acaso muertos por los otros. A lo largo de una pared, provisiones, y un receptáculo lleno de óxido de manganeso, con un aparato para producir oxígeno; una tontería, pues el oxígeno añadido no podía alterar la cantidad de anhídrido carbónico expelido, siendo éste un veneno narcótico. Y, finalmente, debieron haber abierto la puerta y halláronse así con la muerte. Creo que esta construcción fue erigida con sus propias manos, bajo la dirección de los dos albañiles, pues supongo que de otro modo no habrían logrado obreros, excepto en el caso de admisión de los mismos, debido a lo cual emplearon los menos posibles.

En general, observé que el rico debió haberse sentido más acuciado a la huida que los demás, pues el pobre se daba cuenta sólo de lo próximo y visible, vivía al día y albergaba la idea de que el mañana sería reproducción del hoy. En una sala de espera de pacientes, por ejemplo, en la enfermería de Gloucester, tuve ocasión de ver una cosa asombrosa; cuatro mujeres viejas, con chales, que habían acudido a medicarse el mismo día del desastre, concluyendo que habían sido incapaces de percatarse de que algo pudiera ocurrir a la vieja Tierra cotidiana que conocían y habían pisado con seguridad, pues si todo había de perecer lo habrían sentido, y, ¿quién predicaría en la catedral los domingos por la tarde? En una habitación adjunta se hallaba un viejo doctor sentado ante una mesa, con las clavijas de su estetoscopio metidas aún en los oídos, y una mujer con el pecho descubierto ante él; y me dije a mí mismo: «Vaya, este viejo también murió entregado a su tarea...»

En una sala de cirugía de este hospital, los pacientes habían muerto no por el veneno, ni por asfixia, sino de hambre; habiendo estancado al aire la sala, los doctores o alguien, encerrando a los pacientes, pues caí sobre un montón de formas contrahechas, meros esqueletos, agrupados en derredor de la puerta. Y supe que su muerte no había sido debida a la nube ponzoñosa, pues la pestilencia de la sala estaba exenta de aquel ensalmo que no dejaba de tener efectos embalsamadores sobre los cuerpos a los que saturaba, de manera que salí de aquel lugar y, pensando la desgracia y peligro que tal peste sería, me puse a la tarea de recoger material para pegar fuego al edificio.

Fue mientras me encontraba sentado en un sillón en la calle la tarde siguiente, fumando, contemplando la combustión de la estructura, que algo nació en mí repentinamente, algo salido del infierno y yo sonreí con sonrisa de hombre que nunca lo había hecho. Y dije: «Quiero incendiar; volveré a Londres...»

En aquel viaje hacia el este, deteniéndome durante la noche en Swindon, tuve un sueño, que fue el da que un hombrecillo viejo, cetrino y calvo, con una espalda inclinada, cuya barba corría en un riachuelo de plata desde su mandíbula hasta

llegar al suelo, me decía: «Te crees que estás solo en la Tierra, como un déspota; bien, puedes obrar a tu antojo, pero tan cierto como que Dios existe, como que Dios existe... — lo repitió durante seis veces — más pronto o más tarde, más pronto o más tarde, te encontrarás con otro...»

Y desperté de aquel sueño con la frente de un cadáver, húmeda de frío sudor...

Regresé a Londres el 29 de marzo, llegando a cien metros de la estación Norte un atardecer ventoso y oscuro, apeándome para ir a pie a Euston Road y luego hacia el este a lo largo de este camino, hasta que llegué a una tienda que sabía que era la de un joyero, aunque estaba demasiado oscuro para discernir rótulo alguno. La puerta, para mi engorro, estaba cerrada, como la mayoría de todas las tiendas de Londres; busqué algo pesado, reparando en un campesino al que quité una bota de su encogido pie y golpeé con ella el cristal que cayó hecho añicos, entrando luego.

Ningún horror me invadió ante aquel estallido de cristal, ni enfermizos escrúpulos. Mi pulso se mantuvo firme, mi cabeza erguida, mi paso regio y mis ojos fríos.

Me dirigí a un hotel y no estaba seguro de hallar suficientes palmatorias, pues había adquirido la costumbre de dormir con lo menos sesenta en derredor mío, y su forma, edad y material eran para mí importantes; así escogí de aquel establecimiento diez de latón de las de servicio eclesiástico, y tomando después una bicicleta até á ella mi envoltorio y partí; pero apenas había recorrido diez traqueteantes metros cuando estalló un neumático y me encontré de bruces a través a través de las rodillas de un soldado escocés. Tal fue mi intento de recorrer las calles de Londres de aquella manera, pues estaban en una condición imposible.

Durante aquella lúgubre noche tronaron los cañones de la tormenta y, por espacio de casi tres semanas, hasta que Londres ya no fue más, hubo un bombeo de vientos que parecieron deplorar gimientes su condena.

Dormí en un hotel de Bloomsbury y, despertándome el día siguiente a las diez, comí con estremecimientos en la sala de banquetes, salí luego y, bajo lúgubres nubes que volaban bajas, fui andando todo el camino al distrito Este, acompañado por un rumor de estandartes batientes — ropas y andrajos sacudidos — y grotescas ojeadas de descomposición. Yo estaba vestido abrigadamente, pero la extravagancia de las ropas que llevaba se había convertido en ofensa y burla mis ojos, de manera que en el primer momento oportuno me puse en camino a donde sabía que descubriría vestiduras tales como un hombre podía portar; a la Embajada de Turquía, situada en la plaza Bryanston.

Había yo conocido a Redouza Pacha, pero no pude reconocerle entre aquella invasión de mujeres veladas, caucasianos con pieles de bestias, un jeque en su túnica verde, tres emires con turbantes de cachemira, dos gitanos con su atezada mortalidad más abominable aún que la de los occidentales; pero arriba no tardé en llegar a un camarín con aquel aroma de reclusión y difuso misterio de los hogares orientales; una puerta con incrustaciones de madreperla, cincelado cielo raso, bujías encajadas en tulipas y rosetas de ópalo, un brasero de latón y, en completo desorden, camisas y jubones de seda, caftanes invernales forrados de pieles, armarios con toda clase de atavíos y vitrinas con redomitas de aromas, babuchas, artículos y géneros diversos. Cuando a las dos horas salí de aquella residencia, estaba bañado, ungido, peinado, aromatizado, vestido...

Me dije a mí mismo: «Quiero saqueo y botín en mis reinos, quiero encolerizarme como los Césares, y ser un rayo cegador como Senaquerib por donde pase y revolverme en muelles deleites como Sardanápalo; quiero alzar un palacio en el que ostentar mi monarquía ante los dioses, con sus piedras de oro, su fachada de rubí, su cúpula de ópalo y sus pórticos de topacio; y había allí muchos hombres a la vista, pero en realidad sólo Uno, y este sería él. Y siempre, lo sabía; había un cuchicheo que cuchicheaba conmigo: «Tú. eres el Archi-uno, el motivo del mundo, Adán y el resto de los hombres, no mucho». Y todos se han ido... ¡todos, todos!, como sin duda lo merecían; y yo permanezco como me encontraba. Y allá había vinos y opios y haschís, y óleos y especias, frutas y ostras, y molicies orientales. Seré inquieto y terrible en mis territorios y de nuevo lánguido y afectuoso. Y diré a mi alma: «Cólmate y sé plena».

Observé a mi mente cómo en otros tiempos observaba un precipitado en una probeta, para ver en qué sedimento se posaría.

Soy muy adverso al trabajo de cualquier clase, por lo que la necesidad de realizar la más sencilla labor despierta mi indignación; pero si una cosa contribuye grandemente a mi creciente voluptuosidad, efectuaré un considerable esfuerzo para obtenerla, aunque sin que el tal esfuerzo sea permanente, hallándome sujeto a diversos vientos y antojos y a relajamientos voluntariosos.

En el campo me torné muy irritable ante la necesidad a que me enfrentaba de cocinar a veces algunas verduras, el único alimento que me obligaba a molestarme algo, pues carnes y pescados, algunos deliciosos, los hallé ya preparados en guisos que permanecerían incólumes siglos después de mi muerte, si es que alguna vez me moría; no obstante, en Gloucester hallé guisantes, espárragos, aceitunas y otros frutos semejantes, preparados ya para ser comidos, los cuales vi existían en cantidades que podrían decirse infinitas en los almacenes; de manera que no tenía más que hacer sino masticarlos como quien dice, aunque hasta ello lo encontraba a veces fatigoso. Pues quedaba la degradación de encender el fuego para calentarlos, ya que el del hotel se apagaba siempre mientras dormía; mas éste era un inconveniente sólo de aquella zona, a la cual pronto diría adiós.

Durante aquella tarde de mi segundo día en Londres hallé un automóvil en Holborn, lo engrasé un poco y lo puse en marcha sobre el puente de Blackfriars, en dirección a Woolwich, a través de aquel más pútrido Londres del sur; y uno tras otro conecté ocho vehículos de tiro, luego de haber desenganchado a los marchitos caballos y empleando las riendas y demás como empalmes. Con este tren avancé con estruendo hacia el este.

A medio camino de Woolwich eché un vistazo a mi antiguo cronómetro de plata de los días del Boreal y pensé en cómo pude haberme metido en tales agitaciones por una nada, una nada, ¡Dios Santo, no lo sé! Hasta por el hecho de que las manecillas del reloj señalaron las 3,10, el momento en que se detuvieron los relojes de Londres — pues cada ciudad tenía sus embrujadas agujas apuntando aún al momento de la condena — las 3,10 de un domingo por la tarde en Londres. Lo observé primero remontando el río sobre la fachada del famoso «Big Ben», hallando ahora que todos tenían aquella manía de las 3,10, medidores del tiempo aún..., del final del Tiempo, anotando casi siempre aquel único instante; pues la nube-masa de escoria pulverulenta debió haber hecho cesar súbitamente su cuerda, quedando inmóviles al par de los seres. Pero en su insistencia sobre aquel minuto particular había hallado yo algo tan solemne, tan burlonamente solemne, irónico, como si se hubiese dirigido a mí, al osar mi propio reloj señalar el mismo momento. Y me sentí sumido en uno de esos jadeantes paroxismos de cólera y horror a medias que apenas me habían asaltado desde que abandonara el Boreal.

Y ¡ay!, por la mañana había aún otro en reserva para mí y otro más al siguiente día.

Mi tren era tan execrablemente lento, que no fue hasta las cinco que llegué al Arsenal Real de Woolwich y, corno entonces era demasiado tarde para trabajar, desacoplé el motor y volví hacia Londres, pero, dominado por la languidez, tomé unas velas, me detuve en el Observatorio de Greenwich y encendí allí mis luminarias para la noche, reflexionando sobre los rugidos de la tempestad. Pero a primera hora me encontraba ya en pie y para las diez en el Arsenal, entregado a la tarea de analizar algo de aquella vasta y múltiple entidad. Partes de ella parecían abandonadas en indisciplinada prisa y en la Factoría principal, donde entré primero, hallé herramientas para poder penetrar en cualquier parte, siendo mi primera búsqueda la de espoletas graduadas, de las cuales necesitaba algunos miles, hallándolas tras prolijas pesquisas en una serie de pabellones que llevaban el nombre de Almacén de Artillería. Descendí luego, volví al descargadero, llevé a su andén mi tren y comencé a bajar mediante una cuerda paquetes de espoletas. No obstante hallé con posterioridad que el mecanismo de las espoletas no funcionaría, al hallar una atascada de escoria, por lo que tuve que emplearme en trabajar como un negro para dejarlas en condiciones, hasta las cuatro, en que las mandé al diablo, habiendo preparado para entonces doscientas. Luego salí en el motor zumbando para Londres.

Aquella misma tarde y cuando ya estaba oscureciendo giré una visita a mi antigua habitación en la calle Harley, en medio de una borrasca que parecía ahogarse tosiendo y barriendo las calles con sus toses. Al instante vi que también yo había sido invadido, pues mi puerta se bamboleaba abierta, impidiéndola un pasador que se cerraba de golpe; y en el pasadizo, el faro de mi coche se posó sobre un joven que parecía judío, sentado como si durmiese, con la cabeza sumida, y gorro de seda encasquetado hasta las orejas. Seis personas más yacían allí: una muchacha con toca arlesiana, una negra, un marinero de las lanchas de salvamento de náufragos, y tres otras de raza incierta. La primera habitación, el recibidor, se encontraba aún más numerosamente ocupado, aun cuando todavía se hallaban sobre la mesa el volumen de revistas encuadernas del Punch, del Gentlewoman y el álbum de vistas de Londres. Tras esto, descendiendo los dos peldaños al despacho y habitación de consulta, hallé como siempre el escritorio revuelto, pero en mi sofá de ya raído tapiz encarnado una voluminosa dama demasiado grande para él, vestida de resplandeciente seda gris, con un trosseau de pulseras de oro en su muñeca izquierda y con la cabeza echada hacia atrás, casi segada por un infernal boquete en el cuello. Había allá dos antiguos candeleros de plata que encendí, subí al piso de arriba y en la sala vi sentada a mi vieja ama de gobierno, plácidamente muerta en una mecedora, con su mano izquierda oprimiendo un manojo de llaves y entre varias personas extrañas. Pero había mantenido cerrado mi dormitorio contra la intrusión, el cual no había debido ser reparado por hallarse su puerta cubierta por un cortinón verde-beige. Hallé la llave del mismo sobre el conmutador que había junto a la puerta. En el interior, el lecho estaba intacto y todo con su acostumbrada pulcritud.

Pero lo que me interesaba en aquella habitación era el objeto sobre la pared entre el armario ropero y el tocador; aquel marco dorado y el lienzo pintado que encerraba, representando un hombre: yo mismo al óleo, ejecutado por... no, olvidé ya su nombre, por muy célebre que fuese. Fue realizado en un estudio del Parque de St. John, esto sí lo recuerdo, y la general opinión era de que se trataba de una verdadera obra de arte. Creo que me quedé en pie ante él por espacio de media

hora aquella noche, sosteniendo en alto la vela y sumido en asombro con divertido desprecio ante aquel objeto. Ciertamente, debía admitirlo, aquella vacilante expresión en torno a los ojos y la boca que hacía decir a mi hermana Ada: «Adán es débil y sensual». Sí, estaba maravillosamente captado todo; los ojos, aquella vacilante expresión de los míos, pues aunque la mirada es más bien fija, no obstante pueden verse las pupilas moverse de uno a otro lado; muy bien ejecutado, en efecto; magnífica factura. Y el rostro alargado y el bigote más bien tenue, corrigiendo el leve pucherito de ambos labios; y el cabello, casi negro; y la panza más bien visible; y ¡oh cielos!, la impoluta corbata, tan primorosa y atildada... ¡ah, debió haber sido aquello, aquella corbata la que me hizo prorrumpir en carcajadas! «Adam Jeffson — murmuré cuando me pasó el ataque de risa —, ¿pudiste haber sido tú esa cosa que se halla enmarcada?»

No puedo precisar bien por qué se había apoderado por completo de mí la tendencia hacia el orientalismo... vestidura oriental y las maneras de un monarca oriental, pero así era: pues de seguro que apenas era ya más de un hombre occidental, una mentalidad «moderna», sino una primitiva oriental. Ciertamente, aquella corbata del marco había retrocedido un millón de leguas, diez mil olvidados eones. Si era un resultado de mi propia personalidad, de antiguo conocedor de las ideas orientales, o acaso el accidente natural a cualquier alma emancipada de trabas, no lo sé; pero sí que pareció haber vuelto a los comienzos, a la semejanza con el hombre en su condición primera, simple y magnífica: mi cabello, pendiente ya en ristra ungida cayendo sobre mi espalda; mi barba en dos aromatizadas sartas hasta mis costados; sobre los ijares un par de ceñidores de fino lienzo con franjas amarillas; una camisa de seda blanca, llegándome hasta las pantorrillas; un jubón carmesí sobre ella, bordado en oro; luego un caftán de seda, de franjas verdes, que llegaba hasta los tobillos y sujeta con un cinturón de chal de Cachemira; y encima de todo una túnica amplia como un torrente de tapicería blanca, cálida y ribeteada de armiño; en mi cabeza, -primero la especie de solideo, y luego el elevado gorro, escarlata con borla azul; los pies calzados por sandalias azules cubiertas por gruesas babuchas carmesíes. Mis tobillos, mis diez dedos de las manos y mis muñecas repletos de joyas de oro y plata; y en mis orejas, aún a costa de considerable dolor, dos agujas atravesadas preparando los agujeros para los aros.

¡Oh, libertad! Soy libre...

Mientras me dirigía a visitar mi casa de la calle Harley aquella noche, en el momento que torcí al norte desde la calle Oxford, este pensamiento, cuchicheado en mi oído, estaba al punto bullendo en mí: «Y sí ahora alzara los ojos y viese a un hombre caminando por allá — en aquella esquina — saliendo de la plaza de Harewood, ¿qué es lo que yo haría, Dios mío?» Y volví mis ojos recelosos y furtivos, y escudriñé profundamente con cejas fruncidas.

Esta insensatez me asaltaba frecuentemente en calles y rincones del país: la seguridad de que si mirase solamente allí vería — debería ver — un hombre; y había de lanzar una ojeada aunque pereciera; y al hacerlo, aunque se me erizase el cabello, sentía no obstante en mi mirada una indignación soberana, y mi cuello se erguía como la propia majestad, y en mi frente se asentaba todo el señorío de Persépolis y Serapis.

No sé hasta que punto de desenfreno pudiera conducirme este terrible sentimiento de realeza. Observaré y veré. Escrito está: «No es bueno para el hombre estar solo». Pero, bueno o no, la disposición de un planeta, un habitante me parecía ya, no un estado natural, sino el único natural y propio; tanto así que

cualquier otra disposición presentaba a mi mente un aspecto tal de inverosimilitud, de irrealidad tosca y postrada como las utopías de soñadores y chiflados. El que la Tierra hubiese sido creada para mí, que Londres hubiera sido erigido con el fin de que Yo pudiese disfrutar del heroico espectáculo de su destrucción, que la Historia hubiese existido para acumular para mis placeres sus invenciones, sus almacenes de vinos y especias... me parecía no más extraordinario que la idea de las cosas de cualquier duque «poseedor» de terrenos cuyos antiguos tenedores fueran matados por sus antepasados; pero lo que me producía alguna sorpresa era que la nueva disposición se hubiese, hecho tan trivial y natural... en nueve meses. La mente de Adán Jeffson es adaptable.

Aquella noche la pasé pensando largo tiempo en tales cosas, hasta que finalmente me sentí inclinado a dormir allí, pero al faltarme bujías recordé que Peter Peters, tres puertas más allá, enfrente, había tenido cinco candelabros en su sala, por lo que me dije: «Veré si hay bujías en la cocina, y si las encuentro, cogeré los candelabros de Peter Peters y dormiré aquí.»

Tomé luego las dos luces que tenía, santo Dios, y bajé al sótano, hallando en él tres paquetes de bujías, debido a que el cese del gas había obligado a todo el mundo a aquel suministro, porque había muchas por doquier. Al volver a subir, entré a la pequeña alcoba donde tenía algunas drogas, tomé una botella de carboleína y fui regando todos los cadáveres; luego dejé las dos candelas sobre la mesa del recibidor y, con la lámpara del despacho pasé a la puerta delantera, que seguía batiendo irasciblemente. La atravesé saliendo al exterior y hallando que la tempestad había aumentado a una violenta turbulencia (aunque no llovía) que al instante pareció asirme por mis vestiduras remolineándolas como una azotadora nube en torno mío, apagándose mi lámpara. No obstante, persistí, semicegado, en dirección a la puerta de Peter, hallándola cerrada, aunque próxima se hallaba una ventana baja abierta, sobre la que me alcé sin dificultad; pero al descender del otro lado, mi pie se posó sobre un cadáver, lo cual me encolerizó y barboté una maldición, y seguidamente pasé rastreando la alfombra con mis suelas, pues no quería chocar con nadie.

La lobreguez aquí no era profunda, pudiendo reconocer el mobiliario de Peter, pero al penetrar en el pasillo, sí que todo era negrura, y yo, fiando de la lámpara, había dejado las cerillas en la otra casa. Sin embargo, tanteé el camino a la escalera, y se hallaba mi pie ya en el peldaño más bajo, cuando fui detenido por una sacudida de la puerta delantera, que alguien parecía estar empujando y aporreando. Me quedé con el entrecejo fruncido, hurgando, por espacio de unos dos o tres minutos, pues sabia que si cedía a la vacilación de mi corazón no habría piedad para mí en aquella casa de tragedia, sino que de ella brotarían espeluznante gritos que resonarían por sus hechizadas habitaciones; y aunque las sacudidas proseguían a intervalos irregulares — insistentes, imperativas — de manera que pensé que apenas podían dejar de forzar la puerta, cuchicheé a mi corazón que sólo podía tratarse del viento lo que resonaba con el vigor de un puño.

Me así ahora a la barandilla... con el recuerdo en mi cerebro de un sueño que una vez había tenido en el Boreal de la mujer Clodagh, de cómo había vertido un líquido fluido como granos de granada en jarabe, y tendídolo apremiantemente a Peter Peters, y resultó un espantoso brebaje purgante. Pero no quise detenerme, sino que subí peldaño a peldaño, aunque sufría, siguiendo el escudriñar de la profunda oscuridad y con el corazón sobresaltado por su propia temeridad, hasta que llegué al primer rellano; pero al girar allí para subir la segunda parte de la escalera, mi palma izquierda tocó algo mortalmente frío, y haciendo debido a ello algún movimiento de terror, mi pie chocó con algo y fui a dar contra una mesa que

había allá. Siguió una trapatiesta horrible, pues algo cayó al suelo y, en aquel momento, ah, oí... una voz... humana... que pronunciaba palabras... la voz de Clodagh, pues la conocía; sin embargo, no era la voz de Clodagh de carne y hueso, sino obstruida por arcilla y gusanos, como taponada por el esfuerzo y con la lengua espesa. Y en aquel pavoroso graznido de la tumba, oí las palabras:

«Siendo las cosas como son en la cuestión de la muerte de Peter...»

Se detuvieron así, dejándome angustiado, santo Dios, con tanta desmayada angustia que apenas pude recoger mis vestimentas en tomo a mí para huir, huir, huir, bajando las escaleras gimiendo de dolor, furtivamente como un ladrón, pero con rapidez, arrancándome yo mismo afuera, forcejeando luego con el picaporte de la puerta que no quería abrirse y consciente de ella todo el tiempo tras mí, observándome. Y cuando por fin logré salir, seguí rápidamente a lo largo de la calle, arrastrando mi ropón, mirando de soslayo hacia atrás, jadeante, pues pensaba que ella podría atreverse a seguirme, con su osada voluntad; y toda aquella noche yací sobre un banco del parque oscuro, azotado por el viento.

Lo primero que hice cuando salió el sol fue volver a aquel lugar. Y regresé con una voluntad dura y dominante.

Al aproximarme a la casa de Peter percibí ahora lo que la oscuridad me había ocultado, de que en su balcón había alguien, sólo allí — era una ligera estructura de hierro conectada al tejado por tres columnas de voluta; en la mitad se encontraba una mujer arrodillada y con los brazos rodeando la columna, con el rostro alzado hacia arriba. Jamás vi algo más horrible: las curvas del busto de la mujer y caderas se hallaban aún bien preservadas en un vestido rojo, bastante ajado ya, y su cabello rojizo flotaba en su rostro, mas éste, en aquel lugar expuesto a la intemperie, había sido erosionado por las brisas y las tormentas hasta quedar convertido en una calavera desnarigada que reía de oreja a oreja, y con su mandíbula colgante... ¡espantoso contraste con la gracia del cuerpo y el enmarcado del cabello! Medité sobre ella largamente aquella mañana desde la acera de enfrente: el medallón en tu garganta contenía, lo sé, mi retrato, Clodagh, envenenadora...

Pensé en entrar en aquella casa, y andar por ella desde abajo arriba, recorrerla por completo, y sentarme en ella, y escupir en ella, a pesar de cualquiera, pues el sol ya estaba alto. Y así lo hice y subí las escaleras hasta el lugar donde había sido perturbado y oyera las palabras. Y allí me invadió la cólera, pues comprendí que había sido objeto de la burla de las malignas voluntades que me perseguía, de aquellos por quienes me importaba un comino, al ver que de una mesita que allá estaba y que era la que yo había tropezado, había derribado al hacerlo un gramófono de bocina, al que di ahora un puntapié, echándolo a rodar por las escaleras, pues comprendí que su maquinaria, atascada por las escorias se había desatado en algunos movimientos con el golpe de la caída, exhalando aquellas trece palabras que me detuvieron. Era indignante, pero no menos afortunada la idea que me dio de recoger «discos» siendo movido a extrañas sensaciones, a vedes emocionantes y estremecedoras, al escuchar aquel silencio de eternidad rasgado por voces que venían hasta mí desde el vacío.

La mayor parte del mismo día lo pasé en una habitación de Woolwich desempolvando y engrasando espoletas de retardo, tarea en la que había adquirido tal maña que cada una de ellas me llevaba exactamente noventa segundos en la operación, así es que para el anochecer había dejado listas quinientas. Eran objetos muy sencillos, conteniendo la mayoría una celdilla seca que chispeaba en el momento de descarga, mientras que otras entraban en

ignición por encendido. Las dispuse en hileras en mi furgón y pasé la noche en una posada próxima a los cuarteles, habiendo llevado bujías de Londres, disponiendo el espacio en torno a la cama como un altar con sus luminarias y vasos conteniendo palmas, entre los cuales desparramé una fragancia de ámbar gris de algunos saquitos árabes que tenía, y en una mesita junto a la cama puse una botella de vino dulce de Chipre, bombones, nueces y cigarros habanos. Tendido, medité con una sonrisa que sabía maligna, sobre el anhelo que me apremiaba en todas aquellas afanosas manipulaciones en el Arsenal, a mí que rehuía todo trabajo como cosa no correspondiente a la realeza.

Así era, sin embargo, y a la mañana siguiente volvía a estar enfrascado en él, y con mis dedos rígidos de frío, pues la galerna soplaba aguda; pero antes de mediodía tenía ochocientas espoletas y, juzgándolas suficientes para empezar, fui al motor y lo llevé a un lugar llamado el Laboratorio del Este, que se componía de una serie de pabellones donde sabía que había de encontrar cuanto deseara, al par que me preparaba «in mente» para días de tarea. En efecto, en aquel lugar hallé almacenajes sobre almacenajes: montañas de casquillos de percusión, más depósitos de espoletas, cartuchos de armas cortas, cápsulas, y toda una serie de productos químicos, en curso de elaboración y hechos, con los que criminalmente el hombre se exterminaba: inteligente y sin embargo... Raros seres mezclados, como egípedos, sirenas y aves absurdamente inmaturas. De cualquier modo, sus diditas, melanitas, corditas, galenitas, dinamitas, toluenos, pólvoras, jaleas, petróleos y margas, entraban muy bien para su propia destrucción, pues para las tres había trabajado yo de tal manera que tenía en los primeros vehículos la falange de espoletas, con barriletes y cajas de cartuchos llenas de pólvora, de algodones explosivos y gelatinas, nitroglicerina líquida, dinamita terrosa, bombas, carretes de cordita, dos piezas de lienzo alquitranado, una escala de hierro, una azada y una palanca, más luego los vehículos conteniendo carbón y latas de petróleo. Y por primera vez, en el laboratorio, conecté una espoleta con una gran lata de gelatina de voladura, y gradué aquélla para la medianoche del séptimo día a partir de entonces; tras lo cual visité el departamento de transporte, el almacén de artillería y el polvorín, atravesando, según me pareció, millas de edificios; y en algunos coloqué en lugares convenientes carbón y petróleo con un explosivo, y en otros sólo éste, graduándolo todo igualmente para su ignición a medianoche del séptimo día.

Habiendo entrado ya en calor y cubierto de suciedad me moví a través de la ciudad, deteniéndome regularmente a cada centésima puerta, para colocar los haces de la conflagración, siempre con la correspondiente graduación de efecto a medianoche del séptimo día.

Y cualquier puerta que hallaba cerrada ante mí, la abría con rencor.

Debo trasladar esto al papel... este profundo secreto del organismo humano... Mientras trabajaba, lo hacía con una especie de perverso entusiasmo, como el de un demonio, con el cuello bajo, el vientre salido, y el blasfemo ensoberbecimiento de los actores trágicos; pues no se trataba de inofensivos fuegos artificiales, sino del crimen del incendio provocado, y en mí había como una especie de rabia perruna y la malevolencia diabólica y vaga, algo así como los aniquiladores estados de ánimo de Nerón y Nabucodonosor, saliendo de mi boca todas las obscenidades de los albañales, lanzando tales siseos y contenidas risitas de desafío al cielo aquel día como jamás han sido exhalados. Mas de esa manera se expresa el frenesí...

No obstante, aquel día de colocación de los haces, y aun en medio de mi sensación de omnipotencia, me encolerizó la lentitud de mi motor, lo cual hizo que hasta llegara a darle un puntapié. Y finalmente, en aquella loma próxima a la vieja carretera de Dover, el artefacto se negó a moverse, siendo el tren demasiado pesado para sus caballos de fuerza. Así pues, me quedé inmóvil, sin ningún otro motor a la vista, además de que la mayoría de ellos tenían acumuladores agotados, magnetos estropeadas, bujías inservibles y les faltaban además agua y petróleo. Había un tranvía precisamente allí, pero la idea de poner en funcionamiento una estación eléctrica, con o sin aparatos automáticos, presentaba un cuadro tan espantoso para mí, que no quise tomarlo en consideración. No obstante, al cabo de media hora recordé haber visto por los aledaños una estación de fuerza accionada por turbinas, de manera que desenganché el motor, cubrí los remolques con las lonas embreadas y pasé a la inspección, sin importarme lo que aplastaba, hasta que di con la tal estación en una calle próxima, entré en ella por una ventana, rabioso por realizar rápidamente mi voluntad. Tomé algunos trapos y quité el polvo a un conmutador, puse agua en las turbinas, dispuse los lubricantes inyectores, ajusté la válvulas generadoras y finalmente subí a la cabina para conectar la corriente a la línea. Para entonces estaba oscureciendo ya, de manera que me di prisa, salí y volví a introducirme en mi coche, y dejando atrás tres calles giré a la mía propia. Apenas la había alcanzado cuando me puse en pie de un salto, con un grito de asombro... ¡la maldita calle estaba toda ella alegremente iluminada! Tres faroles, no lejanos entre sí, revelaban cada aspecto de un cementerio... y había allí cierta cosa cuya gesticulante impresión la llevaré hasta la tumba, una cosa que me parecía lanzar un grito maléfico, y cesaba y comenzaba de nuevo, repetidamente. Provenía de una tienda que tenía encima de la puerta una bandera roja con letras blancas que sacudían al ventarrón el nombre «Almacenes Metcalfe», y bajo la bandera, a través de la fachada, estaba aquella cosa que deletreaba en letras de brillantez fulgurante, comenzando y acabando y volviendo a comenzar una y otra vez, siempre con el guiño incansable de su deletreo:

B E B A
R O B O R A L

Y esta era la última palabra que el hombre civilizado me dirigía a mí, Adam Jeffson... su último Evangelio y mensaje: ¡Beba Roboral!

Me afectó tanto esta bellaquería, que me pareció la risa de los esqueletos, que me abalancé de mi motor y le arrojé dos de mis espoletas, buscando luego piedras para lapidarlo; mas no habían piedras, y me tuve que quedar soportando aquella violación de mis ojos, su terca repetición, su befadora guiñada... BEBA ROBORAL

Era uno de esos anuncios que hacía funcionar la estación y que había puesto en movimiento con su marcha; y esta estupidez detenía mis trabajos por aquel día, puesto que era ya tarde; de manera que conduje mi motor al hotel que había tomado por alojamiento. Estaba de un talante malhumorado y aburrido, pues sabía que el Roboral no habría de curar la menor de mis cuitas.

A la mañana siguiente me desperté en otra disposición de ánimo, decidido a permanecer en la ociosidad y dejar deslizarse a las cosas. Tras bañarme en agua de rosas fría y descender al comedor, donde había dejado dispuesto mi desayuno la noche precedente, me paseé por uno de los copetudos corredores en el que no había más que dos muertos, aunque sabía los había en cantidad tras las puertas de ambos lados. Una vez entrado en calor, volví a bajar, tomé cuatro latas de otros coches y partí hacia Woolwich, según pensaba; pero en vez de cruzar el río por Blackfriars, fui más al este, y habiendo penetrado en Cheapside, que estaba

infranqueable, a menos que trepara, iba a volverme cuando observé una tienda de gramófonos, en la cual penetré por una puerta lateral, apresado por la curiosidad de oír lo que pudiera oír; de manera que tomé uno y lo puse en el coche con una partida de discos, pues en el interior de aquel establecimiento cerrado subsistía un intenso olor de melocotón que me desagradó. Seguidamente seguí hacia el este por callejuelas, buscando alguna casa en la cual entrar al abrigo de los vientos, cuando vi el edificio del Parlamento, yendo a él con mis dos paquetes, penetrando en aquel recinto por entre polvorientos bustos y depositando mis cajas sobre una mesa junto a un objeto de bronce que allí había y que ellos llamaban «la maza». Tras lo cual, me senté a escuchar. Desgraciadamente, el gramófono era de mecanismo de relojería, por lo que no quiso funcionar; lo cual me puso de humor tan negro que iba a hacerlo añicos y hasta emprenderla a puntapiés con él, pero distrajo mi atención un hombre sentado en una butaca que llamaban «el sillón del presidente», y quien se encontraba en tal postura que cada vez que le lanzaba una ojeada presentaba el aire de inclinarse con interés hacia lo que yo estaba haciendo. Era un hombre al parecer mogrebino, casi negro, con nariz judaica, cabello rizado, fez y túnica flotante, hallándose presentes con él sólo otras siete personas por los escaños, la mayoría inclinados también hacía delante con las cabezas caídas, de manera que el lugar de tantas peroratas se encontraba ahora en un mayor contraste de silencio y soledad; pero aquella especie de negro o beduino, con su grotesco interés por lo que yo hacía, variando su movimiento de cólera presta a ejercitarse sobre el gramófono en otro movimiento más solícito de intentar repararlo, quitándole el polvo interior y verificando una revisión completa.

Y toda aquella mañana, y hasta muy entrada la tarde, me las pasé allí sentado, olvidado del hambre y del frío que gradualmente se apoderaba de mí, escuchando disco tras disco: canciones frívolas, orquestas, voces de hombres famosos a quienes había hablado yo y estrechado sus sólidas manos, quienes volvían a hablarme, aunque más bien con lenguas espesas y voces un tanto enronquecidas, desde el vago vacío más allá de la tumba. El cuarto disco que puse, ah, de golpe conocí muy bien aquella tonante garganta: el «párroco» Mackay... Repetidamente escuché aquel día sus palabras, las que hablara cuando la nube alcanzó la longitud de Praga: y en todo aquel torrente de oratoria, ni una nota de «Ya os lo anuncié», sino... «Alábale, oh Tierra, porque El es El; y si El me mata, yo me reiré de su espada y me burlaré en su rostro: pues su espada es agudo Gozo y sus ponzoñas acaban con mi muerte. No alberguéis cuita alguna pues, sino llevad mi consuelo a vuestro corazón esta noche, y mis mieles a vuestra lengua, pues El te ha escogido a ti, oh Tierra, y se desposará contigo en un antiguo lecho, oh Afligido. Y El es tú, carne de tu carne. Esperanza, pues, albergad todos quienes os halléis en el cénit de la desesperación; pues El ligero como una comadreja, y El caracolea y se entrelaza con el mercurio, y Sus trópicos y encrucijadas son ingénitos en el Ser, y cuando El cae lo hace como arlequín y volantes, con plomo estremecido a Sus pies, y cada tercer día, he aquí que Se alza de nuevo, y Sus derrotas son los toscos andamiajes de los que erige sus Partenones, y el último final de esta esfera no será la nube purpúrea, yo os lo digo, sino una fiesta de jubiloso holgorio y gran cosecha hogareña...»

Así habló Mackay, con esfuerzo de pesada lengua. Por mi parte encontré tan agradable aquella estancia de nogal de la Cámara de los Comunes, con sus escaños verdes y galerías enrejadas, que volví a ella al día siguiente, y escuché más discos hasta que me aburrieron; pues lo que yo ansiaba era escuchar escándalos y revelaciones del lacerado corazón, pero aquellos discos tomados de una tienda no divulgaban nada. Salí, pues, con intención de ir a Woocwich, pero al

ver en el coche el cuaderno de apuntes del poeta, en el cual yo había escrito, lo tomé, y volviéndome me quedé escribiendo por espacio de una hora hasta que también quedé cansado de ello, pero juzgando que era demasiado tarde para ir a Woolwich aquel día, recorrí las polvorientas salas de comisiones y demás dependencias del vasto edificio. En una estancia, hice otra tontería demostrativa de cómo mis antojos se habían convertido en más imperiosos que todas las leyes de los medas, pues en aquella habitación número 15 encontré a un joven policía tendido de espaldas, cuyo aspecto me agradó: tenia el casco ladeado bajo su cabeza, y cerca de una mano cubierta de blanco guante, un sobre oficial; el tranquilo recinto estaba aún saturado del olor a melocotón y el hombre no despedía el menor hedor, aunque era vigoroso, su rostro ya del color de la ceniza, en cada mejilla un boquete ancho como una moneda de seis peniques y sus párpados nimbados, abovedados, sumidos en sus cavernas, de cuyo borde de pestañas parecía exhalarse la palabra «Eternidad». Su cabello parecía largo para un policía, habiéndole crecido probablemente tras la muerte; pero lo que más me interesó fue el sobre que tenía en la mano: «¿Qué estaría haciendo este tipo aquí, con un sobre un domingo por la tarde?» Lo cual hizo que le examinara más de cerca, viendo, por una marca en su sien izquierda, que tenía un disparo. Ello me produjo una gran cólera, pensando que aquel pobre hombre había sido muerto en la ejecución de su deber, cuando la mayoría habían abandonado sus puestos para entregarse a los rezos o al motín, por lo que le dije: «Bien, D 47, duerme usted muy bien, e hizo usted muy bien muriendo así. Estoy satisfecho de usted y dispongo que por mi propia mano será usted distinguido con un entierro». Y poseído por esta ventolera, salí al instante y con la palanca y la azada que tomé del coche entré en la abadía de Westminster, alcé una losa en el crucero sur y comencé a cavar; pero no sé qué impulso hizo que abandonara mi tarea antes de haber cavado un pie, prometiendo reanudarlo; mas jamás lo hice, pues al día siguiente me encontraba en Woolwich y bastante ocupado en otras cosas.

Durante los cuatro días siguientes trabajé febrilmente, con un plano de Londres ante mí.

¡Cuántos parajes había en esta ciudad... secretos, inmensidades, horrores! En las bodegas de los muelles de Londres había una cuba que lo menos debía haber contenido cinco mil litros, y con un corazón ligero coloqué un reguero de pólvora en él; en la lonja de tabaco que debió haber cubierto ochenta acres puse una espoleta, y en una casa próxima al Regent's Park, escondida de la calle por maleza y un muro, vi una cosa... ¡y lo que mantiene oculto una gran ciudad, sólo entonces lo conocí!

No dejé de recorrer barrio alguno, llevando un tren de ocho vehículos, arrastrado ahora por tres motores. Puse bombas en West Ham y Kew, Finchley y Clapham, Dalston y Holloway, en la Torre, en el Parlamento, en el Asilo de St. Giles, bajo el órgano de la catedral de San Pablo, en el Museo Kensington, en Whiteley, en la Trinity, en el Ministerio de Obras Públicas, en las salas del Museo Británico, en un centenar de almacenes, en quinientas tiendas y en mil viviendas. Y lo regulé todo para su ignición a medianoche del 23 de Abril.

Para las cinco de la tarde del 22, cuando dejé mi tren en Maida Vale y me dirigí sólo con el coche a la casa de la cuesta próxima a Hampstead Heath, que había escogido como vivienda, todo estaba terminado y a punto.

Alboreaba el día cuando me puse en pie, pues tenía aún mucho por hacer.

Quería dirigirme a la costa el día siguiente, por lo que tenía que escoger un motor, y ponerlo a buen recaudo tras su revisión y aprovisionamiento y poner otro vehículo de remolque cargado con cajas de espoletas, libros, ropa y otros pequeños objetos.

Mi primera etapa fue Woolwich, donde tomé cuanto podía jamás necesitar, y luego la Galería Nacional, donde quité de sus marcos «La Visión de Santa Elena», el «Niño bebiendo» de Murillo, y «Cristo en la columna»; después a la Embajada, para bañarme, ungir mi cuerpo y vestirme.

Tal como lo había previsto, una levantisca tormenta estaba soplando del norte.

Cuando salí de Hampstead, a las nueve de la mañana, hube de suponer que algunas de mis espoletas se habían adelantado como fuese, pues vi morosas brumas en varios puntos, y pronto sentí el sordo estampido y zumbido de algunas explosiones remotas, semejantes a los opacos fragores del volcán Mount Pelee en la Martinica o los ecos de la voz de Dios, que se oyen en Guadalupe; y para el mediodía estuve seguro de que varios distritos del este de Londres eran ya pasto de las llamas. Con los augustos sentimientos de los desposados en mañanas de casamientos — con un corazón encogido, Dios lo sabe, aunque al par también rebosante de emocionantes alegrías — merodeé en torno a la orgía de la noche.

La casa de Hampstead, que sin duda subsiste aun, era de diseño agradable, de estilo rural y construcción de piedra, con dos gabletes arqueados, ventanas de parteluz y salientes fustes de columna del tejado; tenía también, aunque ello más bien estropeaba el conjunto, una torre en el ala sudeste, sobre el piso en que yo había dormido la noche anterior. Allá tenía yo una caja de pálido tabaco compuesto de pétalos de rosa y opio, hallado en una casa extranjera en la calle Seymour, al par de un narguilé de Salónica, y vino de las Cicladas, nueces y demás, y una arpa de oro que tenía grabado el nombre de Kransinski, tomada de su casa en la calle Portland.

Pero tuve tanto que hacer aquel día, aparecieron tantas cosas que pensé quería tomar, que no fue hasta las seis que me dirigí finalmente hacia el norte a través de Camden. Un miedo poseía mi alma ahora al ruido solemne que por doquier me acompañaba como al compás, un temor inefable, un sacro terror. Jamás podría haber soñado en algo tan grande y poderoso. Un humo inflamado discurría por doquier hacia el sur con una garganta tendida y presurosas alas desplegadas, y, mezclados con el rugido oí un alboroto de desplomes y derrumbes, incontables, como un remover de muebles en las mansiones de los titanes, mientras que saturando el aire había un llanto sobrenatural y lacrimoso, como de trenos y nenias y salvajes lamentos y sollozos de dolor, agónicos sonsonetes y toda la gama de plañidos de la disgregación y la tribulación cósmica. Sin embargo, me daba cuenta de que en tal hora las llamas estaban aún lejos de ser generales; de hecho no habían comenzado del todo.

Al abandonar una zona de casas sin combustibles situada hacia el sur de la que yo iba a ocupar, y como la tormenta era del norte, dejé simplemente mis dos vehículos a la puerta sin temor; subí luego a la torre, encendí las velas, comí vorazmente la cena que había dejado preparada, y luego, con manos temblorosas dispuse las sábanas sobre las cuales me tendería en las horas de la mañana en la cama situada frente a una ventana gótica, ancha, con un bajo antepecho y mirando al sur; por lo que me podía reclinar en la butaca cómodamente y contemplar el exterior. Había sido aquel cuarto el de una dama joven, pues en el tocador había polvos, rojo de labios, frasquitos de perfume y toda esa serie de adminículos femeninos, en fin. Amé y odié a esta desconocida que no vi por parte alguna, y de

todos modos, antes de las nueve me encontraba sentado ante la ventana dispuesto a contemplar, con todo al alcance de mi mano y las bujías apagadas. El teatro estaba abierto, el telón se iba a alzar, y la atmósfera de esta Tierra parecía haberse tornado infernal... y el infierno estaba en mi alma.

Inmediatamente después de medianoche hubo un visible incremento de la conflagración, viendo yo por todas partes alzarse estructuras llameantes, como en grandes vítores a lo alto, a decenas, y veintenas y cuarentenas. Todas ellas se erguían, se tambaleaban y se desplomaban ante el límite de mi visión, mientras que mi espíritu sentía cada vez más dulces estremecimientos... ¡profundos misterios de la sensación! Saboreé exquisitamente, extrayendo un deliberado placer. Repetidamente, cuando algún ángel de la llama se alzaba con firme aspiración para desplegar sus alas y batirlas un rato, me incorporaba un tanto como para palmetear como si se tratase de algún actor o actriz y le dedicaba epítetos y nombres de mujer, como «más arriba, ardiente Polly», «Anda, Cissy, vuela», o «Arde viva, Berta»; pues me parecía ver una batahola a través de gafas carmesíes, hallándose el aire intensamente ardiente y notando mis ojos como posados fijos en medio de violentos hornos incandescentes y mi piel con una punzante comezón. Seguidamente pulsé en las cuerdas del arpa el aire de la Cabalgata de las Walkirias, de Wagner.

Hacia las tres de la mañana alcancé el clímax de mis embrujados deleites, cerrándose mis embriagados párpados en un éxtasis de placer y extendiéndose mis labios en una sonrisa babeante; una sensación de amada paz, de poder sin límites me confortaba, pues ahora, todo el terreno que a través de fluyentes lágrimas escudriñaba, mostrando sus cien mil truenos y aullando más allá de las nubes la voz de su tormento, bamboleaba en dirección al horizonte un océano de fuego sin humo, en el cual retozaban y se bañaban todas las viviendas; y yo — primero de mi especie — había encendido una señal para los vecinos planetas...

Estas palabras, «vecinos planetas», las escribí hará cosa de tres meses, algunos días después de la destrucción de Londres, hallándome a la sazón ya nuevamente a bordo del Boreal, con rumbo a Francia, pues la noche era oscura, aunque en calma, y tenía miedo de chocar con alguna embarcación, por lo que escribí para hacer algo, con mi barco parado. Hasta entonces no había tenido impulso alguno por escribir, a pesar de que el cuaderno había estado siempre conmigo.

No tenía tampoco ninguna intención de pasar la vida encendiendo incendios en aquella isla, por lo que fui a Francia con la idea de escoger algún palacio en la Riviera, o en España, para convertirlo en mi hogar por el momento. Así, pues, salí de Calais hacia finales de Abril llevándome mis cosas, por tren al principio, y luego, no teniendo prisa alguna, en auto, manteniendo la dirección sur y asombrándome repetidamente ante la exuberancia de la boscosa vegetación que en espacio tan corto cubre esta agradable tierra, aun antes de la llegada del estío.

Al cabo de tres semanas de lento viajar — pues Francia, con sus aldeas empedradas, carácter montuoso, bosques y tipo campestre es siempre encantadora para mí — me encontré en un valle al cual nunca había asomado la cabeza, y en el momento en que lo vi, dije: «Aquí es donde quiero vivir», a pesar de que no tenía la menor idea de él, pues el monasterio que vi no tenía el aspecto de tal, según mis ideas; pero el mapa indicaba que debía ser la cartuja de Vauclaire, en el Perigord.

Esta palabra «Vauclaire» debe ser una corrupción de Vallis Clara, pues las eses y us se intercambian de esta manera — «fool» y «fou», o sea necio, loco, por

ejemplo —, lo cual prueba la cara haraganería del pueblo francés, siendo por ende la «l» demasiado molesta para ellos en su pronunciación. Como fuere, este Vauclaire, a Valclear, había sido bien bautizada, pues allá se encuentra — si en alguna parte — el paraíso, y si alguien sabía cómo y dónde elaborar licores, fueron aquellos viejos monjes que seguían con entrain a su Maestro en el milagro de Cana, pero que estéticamente eludían el decir a cualquier montaña: «Muévete».

El matiz del valle es cerúleo, asemejándose a aquel azul de los mantos de las Vírgenes de Albertinelli, consistiendo, el propio monasterio, en un espacio oblongo, o jardín, en tomo al cual se hallan dieciséis edificios pequeños, todos idénticos, las celdas de los padres, mirando todas al interior, sobre claustros y, en una parte del espacio oblongo, bajo suspiros de cipreses, cruces negras sobre tumbas.

Al oeste se encuentra la capilla, la hospedería, un patio con algunos árboles y una fuente y, más allá, la puerta de entrada.

Y todo ello en un declive verde, con el respaldo de la ladera de un monte del cual no se ven sus troncos de árboles, semejando éstos una tupida enramada brotada de la respiración de la montaña.

Permanecí allí cuatro meses, hasta que algo me llevó a otra parte. No sé lo que había sido de los Padres, pues sólo encontré cinco, a cuatro de los cuales transporté en dos viajes a la iglesia de San Marcial de Artenset, dejándolos allá. El quinto se quedó en mi compañía durante tres semanas, pues no quise arrancarle a su plegaria, ya que estaba arrodillado en su celda con su hábito y capucha de fantasmal albor. Fantástica, en efecto, debía haber sido una procesión de estos seres al atardecer o por la noche con aquellas blancas vestiduras. El se encontraba en su minúscula y desnuda celda con la vista alzada a su Cristo, que pendía con los brazos extendidos en un nicho entre estanterías de libros; bajo el Cristo, una Virgen de oro y azul. Los libros de las estanterías se inclinaban diversamente a uno u otro lado, y él tenía un codo sobre una mesa ante la cual había una silla; tras él, en un rincón, la cama... un lecho escueto de tablas, dos perpendiculares en la cabecera y pies, alcanzando el cielo raso. y una horizontal en el lado sobre el cual entraba en la cama, y otra encima aún, de guarnecido, convirtiendo a la cama en una umbrosa caverna. Era persona de elevada estatura y austero continente, de unos cuarenta años, rubio como el trigo, aunque también con algunas pinceladas de rojo en su poblada barba, y resultaba aterradora la expresión de aquella mirada en su plegaria y lo descarnado de las mejillas y amarillas mandíbulas. No puedo explicarme mi reverencia por aquel hombre, pero el caso es que la tenía.

En los días bochornosos colocaba el labrado sitial del presbiterio en el pórtico, y reposaba mi alma, negándome a meditar en nada, dormitando y fumando por espacio de horas. En la llanura, los árboles frutales se mecían en torno a la prolongada cinta de plata del río Isle, que serpea próxima al pie del declive del monasterio, dominando éste el poblado de Monpont situado en la espesura y arrastrando aquél sus aguas a través del prado, umbroso de copudos robles. Debió haber sido dulce y rústico, profundamente hogareño el haber jugado allá de niño, en aquel prado tan familiar como la propia respiración y miembros.

Bien, cierta mañana, al cabo de cuatro meses, abrí los ojos en mi celda a la penetrante conciencia de que había incendiado Monpont durante la noche; y tan invadido de compunción me sentí por ello y de pena por aquella pobre e inofensiva aldea, que por espacio de dos días, sin apenas comer, anduve dando vuelta tras vuelta entre los bancos de roble de la nave de la iglesia — macizos sitiales separados por columnas corintias —, preguntándome qué habría de ser de mí y si

no estaba ya loco; algunos angelitos de rostros extrañamente humanos, semejantes a los de Greuze, que allí había, y que soportaban las nervaduras del ábside, cada vez que pasaba parecían conscientes de mí y de mi existencia; y también el artesonado ornamentado a lo largo de la nave, y la labrada marquetería del coro, toda una intrincación de margaritas y rosas, tomaban acá y allá a mis ojos significativas formas desde particulares puntos de vista. Había allí un tabique particional — pues la nave estaba dividida en dos capillas, una para los hermanos y otra para los padres — y en la partición una puerta maciza, la cual sin embargo aparecía ligera y grácil, tallada con hojas de roble y acanto. Cada vez que la traspasaba, tenía la impresión de que la puerta era un ser sensible, un subconsciente mío. Y la bóveda de estilo Renacimiento italiano que se alza de la nave me parecía que me miraba con un lóbrego conocimiento de mí y de mi corazón; de manera que en la tarde del segundo día, y después de horas de paseos por la nave, caí postrado ante uno de los dos altares próximos a aquella puerta, implorando a Dios que tuviese piedad de mi alma; y en medio de mi plegaria me puse en pie y salí como apresado por el diablo, y brinqué a mi auto, sin volver a Vauclaire durante otro mes, dejando regiones de desolación a mis espaldas, Burdeos incendiado, Lebourne incendiado y Bergerac incendiado.

Regresé a Vauclaire, que me parecía ya mi hogar, y experimenté un verdadero y profundo arrepentimiento, iluminándome ante mi Creador. En este estado me encontraba sentado ciento día frente a la puerta del monasterio cuando alguien me dijo: «Jamás serás un hombre bueno, ni escaparás permanentemente al infierno y al frenesí, a menos que tengas un objetivo en la vida, consagrándote en alma y corazón a alguna tarea que exija todo tu pensamiento, ingenio y conocimiento, la fuerza de tu cuerpo y de tu voluntad, tu habilidad mental y manual... de lo contrario estás destinado a sucumbir. Hazlo, pues, comenzando no mañana, sino ahora; pues aunque ningún hombre te verá en la labor, queda aún el Dios Todopoderoso, quien es también alguien a Su manera; y Él te verá esforzarte e intentar y gemir y, viéndote, acaso tenga piedad de ti.»

De este modo se despertó la idea del palacio... idea ciertamente que había penetrado en mi cerebro antes, pero solamente como un jactancioso resultado de mis locos humores; mas ahora de manera muy distinta, cuerdamente y, antes de mucho, ocupándose ella misma con detalles, dificultades, medios, limitaciones y toda clase de realidades; y cada obstáculo que uno por uno preveía, era también uno por uno dominado al paso de los días por el ardor que con aquella idea, convirtiéndose pronto en manía, me poseía. Tras nueve días de incesante meditación, decidí «Sí», y dije: construiré un palacio que será al par palacio y templo, el primer templo humano merecedor en cierto modo de la Potencia de los Cielos, el único palacio humano merecedor del sátrapa de la Tierra.

Tras esta decisión permanecí otra semana en Vauclaire, un hombre distinto del holgazán que había sido, enérgico y esforzado, convertido, humilde, estableciendo planes de esto y aquello, del detalle y del conjunto, trazando, multiplicando, añadiendo, construyendo paso a paso el período de construcción, que se manifestó algo al cabo de doce años, estimando calidades y fuerza de material, peso y tamaño, llenas mis noches de pesadillas en cuanto a la clase, decidiendo en cuanto al tamaño y estructura de la grúa, forja y taller, y de los pesos necesariamente limitados de sus partes, estableciendo un catálogo de más de 2.400 artículos y, finalmente, hasta la cuarta semana tras mi partida de Vauclaire,

examinando la topografía de todo el globo, hasta fijar para mi residencia la isla de Imbros.

Volví a Inglaterra y de nuevo a aquellas huecas ventanas y negras calles de escombros de lo que había sido Londres, pues sus sótanos de bancos, etc.. contenían las necesarias existencias del oro que trajera de París y que almacené en el Esperanza, en Dover, y por otra parte tampoco estaba lo suficientemente familiarizado con las industrias francesas y sus métodos como para hurgar, aun con la ayuda del Bottin, la mitad de los 4.000 singulares objetos que había ya catalogado. El Esperanza era el barco que me había traído de El Havre, pues en Calais, donde primero fui, no pude descubrir nada conveniente para todos los propósitos. El Esperanza era un yate americano, acondicionado como un palacio de tres mástiles, con propulsión de aire y con una capacidad de carga de 2.000 toneladas. Contenía dieciséis tanques de tubería de bronce de acción recíproca y un sistema de poleas de seis bloques en el centro que permitía alzar considerables pesos sin recurrir a la cabria mecánica de aire. De elevada línea de flotación, airoso, bello, con unas cuantas toneladas sólo de lastre de arena, cuando lo hallé necesité únicamente tres días de limpieza en su casco y máquinas para dejarlo adecentado y dispuesto, por lo que después de haberme desprendido de sus muertos, lo llevé del puerto exterior al interior, al muelle en el que estaba mi tren, y embarqué en él las sesenta y tres talegas de 100 libras cada una de oro y la media tonelada de ámbar, yendo con ello sólo a Dover y a Canterbury por motor, y desde aquí en tren a Londres, con una buena provisión de explosivos para volar obstrucciones, proponiéndome constituir mi depósito en Dover, y establecer en Londres mi centro desde cada dirección del país.

Pero en vez de cuatro meses, como lo había calculado, ello me llevó diez, en una esclavitud abrumadora: hube de volar no menos de veinticinco trenes ante el paso de mis cargados vagones, volando al mismo tiempo a veces las vías, por lo que cientos de metros había de recorrerlos sin ellas, pues no quería emprender la labor de encender las máquinas obstructoras para desviarlas a ramales quizá distantes. Sin embargo, como acaba bien lo que bien acaba, así sucedió también, aunque creo que si tuviese que volver a empezar no lo haría. El Esperanza estaba ahora a nueve millas del Cabo Roc, y había calina sobre el mar en calma ese 19 de Junio a las diez de la noche. Ni viento ni luna, la cabina llena de bruma y yo indiferente y desencantado, preguntándome para mi capote por qué estaba tan loco como para revolearme en todos aquellos afanes y tráfagos, diez meses serviles, santo Dios, y pensando ahora seriamente en enviarlo todo al diablo, a las profundidades del mar, junto con la idea del palacio. Cuando el treinta y tres...

Las palabras «cuando el treinta y tres» fueron escritas hace más de. diecisiete años, largos años, larguísimos años, por lo que no tengo ya noción alguna de a qué se refieren. El cuaderno en que las escribí lo perdí en el camarote del Esperanza, y ayer, volviendo a Imbros de un crucero de una hora, lo encontré tras un arca.

Hallo ahora dificultad considerable en manejar el lápiz y las líneas escritas deben de tener un aspecto como el manuscrito de un hombre no aventajado en el arte: han pasado diecisiete años... Ni tampoco es fluida la expresión de mis ideas... habiendo de pensar en las palabras, y no me extrañaría que hasta su ortografía fuese deficiente; he estado pensando inarticuladamente durante todos estos años, y ahora las letras tienen un aire extraño para mí, como si se tratara del ruso. O acaso es producto de mi fantasía, pues sé que tengo fantasías.

Mas ¿qué escribir? La historia de esos diecisiete años no podría estamparse, santo Dios, o cuando menos me llevaría otros diecisiete años para hacerlo. Si hubiese de detallar sólo la construcción del palacio, y cómo estuvo a punto de matarme, y cómo por dos veces huí de él, y hube de regresar, y me convertí en su rendido esclavo, y soñé en él y me rebajé ante él, y oré y me enfurecí y deliré y me resolví; y de cómo olvidé no hacer provisión en el muro norte para la expansión del oro en verano y tuve que demoler ocho meses de labor, y cómo te maldije, Señor, cómo te maldije; y cómo el lago de vino se evaporaba antes de que lo llenaran los conductos, y los cinco viajes que hube de hacer a Constantinopla por cargamentos de vino, y mis espumajeantes desesperaciones, hasta que se me ocurrió colocar el depósito en la plataforma; y como hube de derrumbar la parte sur de la plataforma hasta el mismo fondo, y la prolongada noche de terror que pasé, temiendo que la parte sur se desplomara; y cómo faltó el petróleo, y de las tres semanas que pasé en su búsqueda a lo largo de la costa; y cómo, después de haber dispuesto toda la tubería, vi que había olvidado el pulido; y cómo, en el tercer año, hallé el fluoruro para la impermeabilización de los poros de la piedra de la plataforma, casi toda ella agrietada en la cala del Esperanza y tuve que extraer silicato de sosa en Gallípoli; y cómo, tras dos años de observación hube de llegar a la conclusión de que el estanque tenía filtraciones y descubrí que aquella arena de Imbros no era conveniente para mezclarla con la corteza de cemento Portland que cubría el hormigón y hube de sustituir el encofrado bituminoso en tres sitios; y cómo lo hice todo por amor de Dios, pensando «quiero trabajar y ser un hombre bueno y arrojar al diablo de mí; y cuando vea esta obra terminada, será un Altar y Testimonio para mí y hallaré la paz y me encontraré bien», y cómo he sido defraudado —diecisiete años, largos años de mi vida—, pues no hay «Dios» alguno; y cómo mi cabello de revoque me faltó y hube de emplear borra, yute, guata, todo en fin lo que pude encontrar para llenar los espacios entre los muros de escuadra de la plataforma; y el número de cerrojos de falleba que desaparecieron extrañamente, como arrancados al infierno por arpías, y que hube de hacerlos; y cómo la cadena de la grúa no alcanzó a dos de las piezas de fundición de plata terminadas, las cuales eran demasiado pesadas para que pudiera alzarlas, y el retorcimiento de manos de mi desespero, y mi revolcarme por la hierba y el transporte de mi cólera, y cómo, durante toda una quincena, busqué en vano el libro de texto que describe los procesos del ambarinado; y cómo cuando todo estaba a punto, al volar forja y grúa con algodón de pólvora, apareció una grieta en el oro de las escaleras este de la plataforma, y cómo no pude consolarme y me lamenté de continuo; y cómo, a pesar de todas mis cuitas, resultaba divino contemplar el crecimiento de mi poder desde sus comienzos troglodíticos desde el manejo de cien libras hasta el de toneladas, prensando los metales entre las palancas del molde y las varillas de presión, y cómo a través de horas insomnes contemplaba desde la puerta de mi barraca bajo la luz eléctrica de la luna de esta tierra las tres pilas de piedras de oro, de paneles de plata, de escuadras de tubería y me sentía confortado; y cómo el baño de almáciga... pero esto ya pasó, y no es para vivir de nuevo aquella vulgar pesadilla de medios y fines que he vuelto a proseguir este escrito... sino para estampar algo, si me atrevo.

¡Diecisiete años, oh Dios santo, de aquella quimera engañosa! No podría estampar especie alguna de explicación para todos aquellos lamentos y pesadumbres ante los cuales un ser que razona no se mofaría, pues habría vivido a mis anchas en algún retiro del Oriente Medio y quemado mis ciudades; mas no, yo debía ser un «hombre bueno»... ¡vana idea! Las palabras de un turbulento loco, de aquel «párroco» de Inglaterra que predecían lo que sucedía se hallaban conmigo, cuando decía que «la derrota del hombre es Su derrota»; y me lo dije a

mí mismo: «Bueno, el último hombre no debe ser un enemigo, justamente para mostrar resentimiento a Ese Otro». Y trabajé y pené y gemí, diciendo «quiero ser un hombre bueno, y no quemar nada, ni pronunciar nada indecoroso, ni entregarme a la orgía, sino contener y echar atrás las blasfemias de Esos Otros que pugnan por clamar en mi garganta, y construir y construir con penas, lamentos y gemidos». Todo lo cual era vanidad, aunque quiera a la casa también, la amé mucho, pues es mi hogar en el estrago desolado.

Había calculado acabarla en doce años, y debiera haberla terminado en catorce, pero cierto día, hallándose ya finalizadas las plataformas sur y oeste — era el mes de julio del tercer año, hacia la puesta del sol — al abandonar la tarea cotidiana, en vez de dirigirme a la tienda donde se encontraba ya dispuesta mi cena, bajé al barco — extrañamente — de manera venática y mecánica, sin decirme ni media palabra a mí mismo, y con una sonrisa de malicia en mis labios; y a medianoche me encontraba a treinta millas al sur de Mitilene, habiendo dado, como pensaba, un definitivo adiós a todos mis afanes. Me dirigía a incendiar Atenas.

Sin embargo, no lo hice; pero me mantuve en mi rumbo en dirección al oeste en torno al cabo de Matapán, con la intención de destruir los bosques y ciudades de Sicilia, caso de que en esta isla encontrara un vehículo conveniente para viajar, pues no me había tomado el trabajo de embarcar el mío en Imbros. Si así no fuese, asolaría partes de la Italia del sur.

Pero al llegar por aquellos contornos, me enfrenté con el horror, pues no existía ni el sur de Italia ni Sicilia, a menos que ésta fuese una islita de cinco millas de longitud. Nada más vi, salvo el cráter del volcán Stromboli, humeante aún, y, al seguir en crucero hacia el norte, en busca de tierra, no pude dar crédito durante largo tiempo a la evidencia de los instrumentos, pensando que voluntariamente me conducían mal, o que yo estaba rematadamente loco. Pero no, allí no aparecía Italia alguna, hasta que llegué a la latitud de Nápoles, habiéndose desvanecido, desaparecido, sido tragada toda aquella franja; de cuya monstruosidad recibí tal conmoción de espanto que mi perversa mente quedóse completamente paralizada y como aplastada, pues aquello era, y es, mi creencia de que se había dispuesto un nuevo arreglo de la superficie de la Tierra y, en todo aquel drama, ¡oh Santo Dios!, ¿cómo iba yo a ser encontrado?

No obstante, proseguí mi camino, pero con mucha más pausa, no atreviéndome a hacer nada durante muchos días, por miedo a ofender a alguien; y de aquel talante bobalicón contorneé toda la costa oeste de España y Francia durante siete semanas, en medio de una prolongada intensidad de calma que luego se alternó con tormentas que sobrepasan todo pensamiento, hasta que llegué de nuevo a Calais, donde, por vez primera desembarqué.

Aquí no pude contenerme más e incendié aquella franja de bosque de cinco millas cuadradas entre Agincourt y Abbeville y tres bosques entre Amiens y París, y el propio París... y seguí incendiando e incendiando durante cuatro meses, dejando a mis espaldas regiones humeantes, una huella de devastación, como la de algún ser de los Abismos que asola todo cuanto donde tiende al paso sus alas de fuego.

Este incendio de ciudades se había convertido en mí en una costumbre fascinante — y más degradante — que jamás fuera el opio para el fumador empedernido; mi necesidad, mi aguardiente, mi bacanal, mi pecado secreto. Incendié Calcuta, Pekín y San Francisco. A pesar de la refrenadora influencia de sus edificios, he incendiado e incendiado... trescientas ciudades y distritos rurales. Al igual de Leviatán retozando en el mar, así me he solazado yo en la Tierra.

Tras una ausencia de seis meses, regresé a Imbros, pues quería contemplar de nuevo el edificio que había edificado, para poder mofarme de aquel servilismo nada mayestático que hizo que lo construyera; pero cuando lo vi tal como lo había abandonado, frustrado y solitario, abandonado y desvalido como en espera de la mano de su hacedor, me invadió cierta compasión y el instinto de seguir construyendo, pues algo de Dios había en el hombre; y me postré y extendí mis manos alzándolas a Dios, y quedé convertido, prometiéndome acabar la tarea, implorando que así como yo construía, El moldeara al mismo tiempo mi voluntad y salvara al último hombre del enemigo. Y aquel mismo día me puse a la tarea.

No abandoné Imbros después de aquello por espacio de cuatro años, excepto para breves excursiones a la costa — a Kilid-Bahr, Gallípoli, Lapsaki, Gamos, Erdek, Erekli, y en una ocasión hasta Constantinopla — si acontecía que precisaba algo o estaba cansado o aburrido de trabajar, pero sin causar ahora el menor daño a nada, conteniendo mis humores y temiendo a mi Hacedor. Plenos de paz y encanto fueron aquellos cruceros a través de aquel mundo levantino, que en verdad es como un diseño a la acuarela hecho por un ángel, que no como la parda tierra; y lleno de satisfacción y de pío contento retorné a Imbros, aprobado por mi conciencia, pues había rehuido la tentación y vivido manso e inmaculado.

Había emplazado ya las dos columnas sur, y la cima de la plataforma tenía ya un aspecto tan delicioso como la gloria, destellando su aureola de dos pies cuadrados, alternando el translúcido azabache con el diáfano oro, cuando me di cuenta una mañana de que el casco del Esperanza estaba demasiado sucio ya y me entró el capricho al instante de abandonar todo lo demás y limpiarlo, por lo que, trasladándome a bordo, descendí a la cala, me sacudí la pereza y comencé a cambiar lastre a estribor, con el fin de escorar la embarcación y someter a la rasqueta su obra viva de babor. Era una tarea fatigosa y hacia el mediodía me hallaba sentado sobre un saco de lastre, descansando en la semioscuridad de allá abajo, cuando algo pareció cuchichearme: «Soñaste la última noche que hay un viejo chino vivo en Pekín». Me sobresalté horriblemente; sí, había soñado algo por el estilo. Y me puse en pie de un salto.

No limpié el Esperanza aquel día, ni por tres días hice nada, sino que permanecí sentado en el camarote, cavilando, con la palma de mi mano entre los velludos colgajos de mi mandíbula, sosteniéndola, pues la noción de tal cosa, de haber alguna posibilidad de que fuera cierta, me resultaba tan detestable como la muerte, cambiando el color del sol y todo el tono de la existencia. Y de nuevo, ante el ultraje de aquello, mi entrecejo se frunció y mi frente ardió de rabia y mis ojos centellearon, hasta que en el cuarto crepúsculo me dije: «Creo que ese viejo chino de Pekín es apto para ser devorado por el fuego o volado a las nubes».

Y así, por segunda vez, el 4 de marzo, el pobre palacio fue dejado para que se construyera por sí mismo, pues, tras una excursión a Gallípoli, donde tomé algunos vástagos de lima en cajas de tierra, y algunas limas jengibre en conserva, emprendiendo el largo viaje al este, pasando a través del canal de Suez y visitando Bombay, donde estuve tres semanas y lo destruí luego.

Tenía la intención de viajar con vehículo mecánico a través del Hindostán, pero no deseaba dejar mi embarcación, a la cual me había aficionado, no hallándome seguro de hallar otra tan conveniente en Calcuta, y, además, temía abandonar mi motor, que había embarcado a bordo junto con la cabria de aire. Por lo tanto descendí a la costa oeste.

Toda aquella orilla norte del mar de Arabia tenía un olor que en el regazo del viento alcanzaba a lejos sobre el océano, semejante a aromas de felices países de

ensueño, dulces a aspirar en los crepúsculos mañaneros, como si toda la tierra estuviese perfumada y el cielo una inhalación.

No obstante, en este viaje sufrí desde el principio al fin no menos de veintisiete espantosas tormentas, o más bien veintiocho, contando con la próxima a las islas Carolinas; pero no deseo escribir sobre estas cóleras, pues fueron demasiado inhumanas. Cómo logré salir con bien de ellas contra mi más ardiente esperanza, sólo lo saben Alguien o Algo.

Quiero estampar aquí una cosa: es, Santo Dios, algo que he notado; un definido clamor en la naturaleza de los elementos, que una vez desencadenados, crece, crece. Las tempestades se han hecho mucho más coléricas y el mar más truculento y desatado en su insolencia; cuando truena, truena con un rencor nuevo para mí, con estampidos y fragores como si quisieran hendir y agrietar la bóveda del firmamento, y vociferando a través de los cielos rugidos que parecen expresar el deseo de devorar a todo lo existente. Una vez en Bombay y tres en China, fui sacudido por los temblores de tierra, señalados el segundo y el tercero por cierta extravagancia de agitación que harían encanecer a un hombre. ¿Por qué debe ser así, Dios mío? Recuerdo habérseme contado hace muchísimos años que en las praderas americanas que desde tiempos remotos han sido barridas por grandes tempestades, éstas cejan gradualmente a medida que el hombre va a residir en ellas. Si ello es verdad, parecería que la presencia del hombre obra cierto efecto hipnótico sobre la innata turbulencia de la Naturaleza, por lo que su ausencia hoy debe haber variado la curva. Yo creo que en un plazo de cincuenta años, las fuerzas de la Tierra estarán totalmente desencadenadas para abatirse a su albedrío y que este globo se convertirá en uno de los indiscutibles terrenos de juego del infierno, el teatro de conmociones tan inmensas como las que Júpiter fuera testigo.

La Tierra se encuentra toda en mi cerebro, en mi cerebro, oh Madre de sombrío espíritu con tus poderosos anhelos, tus pesadumbres y fríos pesares, y adormecimientos comatosos y condena por venir, oh Madre, y yo, pobre hombre, aunque monarca, el único testigo del drama de tus monstruosas cuitas. Sobre ello cavilo y no ceso, cavilo y cavilo, la costumbre, creo, quedando fijado y predestinado durante este crucero a Oriente; pues lo que hay en reserva sólo Dios lo sabe; y yo he visto en mis cavilosas visiones de su futuro lo que, si un hombre viese con el instrumento de su carne, extendería los brazos y rodaría y rodaría a través de laberintos de un frenesí de convulsa risa, pues ya la visión de sí misma es el extremo del vértigo. ¡Si pudiera detenerme cuando menos por una hora de cavilar sobre ella; pero soy su hijo y mi mente va repetidamente a ella como los brotes de la higuera de Bengala, que se doblan para tomar raíces y chupan y maman, de la misma manera que su gravedad atrae mi pie y no puedo huir de ella, porque ella es más grande que yo y no hay escape alguno; de manera que al fin, lo sé, mi alma se precipitará a la ruina, como las aves marinas errantes en torno a las luces de los faros, contra su indómito y poderoso seno. Una noche entera debí haber estado tendido con los ojos abiertos, con mi cerebro obsesionado con aquel Golfo de México idéntico en su oquedad con la protuberancia de la opuesta África, y cómo la protuberancia del Brasil encaja con la concavidad del África; por lo que me resulta evidente — evidente — que antaño, en remotos tiempos, fueron uno, y alguna noche se separaron; de lo cual se percató el bravío Atlántico y corrió presuroso, meciéndose en medio; y como si un ojo hubiese estado allí para ver y un oído para oír aquel solitario oratorio de Ti... Tú, Tú... y si ahora de nuevo volvieran a unirse después de tan largo divorcio; pero de este modo la furia descansa. Sin embargo, no se puede sino pensar; pues ella llena mi alma y la

absorbe, con todos sus humores y maneras. Tiene intenciones, secretos, planes... Extraña es esa coincidencia entre el diseño de Europa y el de Asia; ambas con tres penínsulas sureñas, tres gemelos; España-Arabia; Italia-Sicilia; India-Ceilán; la Morea y Grecia hendidas por el Golfo de Siam; cada una con dos penínsulas norteñas apuntando al sur, Suecia y Noruega, Corea y Kamschatka; y con dos islas gemelas, Inglaterra y Japón; el Viejo Mundo y el Nuevo tienen ambos una península apuntando al norte, Dinamarca y Yucatán; Dinamarca, un dedo índice con una larga uña, Yucatán, un pulgar apuntando al Polo. ¿Qué significa esto? ¿Es en sí misma una entidad viviente con una voluntad y un destino, como los marinos dicen que son los barcos? ¿Y aquella cosa que gira en el Ártico, gira aún más allá en su oscuro ardor? Extraño es que todos los volcanes se encuentren próximos al mar; no sé por qué. Este hecho, se añade al de las explosiones submarinas, empleado para apoyar la teoría química de los volcanes, que supone la infiltración del mar en barrancos que contienen los materiales que forman el combustible de las erupciones; pero Dios sabe si ello es verdad. Las grandes son intermitentes, un siglo, tres, diez, o se hallan aún en espera, y luego su elocuencia hiere sordamente por siempre alguna pobre zona; las débiles son constantes y a veces forman un sistema linear consistente en vientos, semejantes a las chimeneas de alguna fundición en las profundidades ¿Quién podría saber la manera en que obran? En las montañas, unas series de picos denotan la presencia de dolomitas; cumbres redondeadas significan rocas calcáreas; en aguja, esquistos cristalinos, pero, ¿por qué? Tengo algún conocimiento de ello en diez millas de profundidad, pero no sé, lo ignoro, si a través de ocho mil millas es llama o perdigón granulado, si es dura o blanda. Su método de formar carbón, géiseres y surtidores de sulfuro, y las gemas, y los atolones y arrecifes de coral; las rocas de origen sedimentario, como el gneis; las rocas plutónicas, rocas de fusión, y el cascote no estratificado que constituye la base de la corteza; y las cosechas, la llama de las flores y el paso de la vida, vegetal a la animal. No conozco todo eso, pero son de ella, y son, como yo, moldeados en el mismo horno de su corazón escarlata. Ella es sombría y caprichosa, súbita y malhadada, y despedaza a su criatura como un salvaje felino caníbal a su cachorro. Y ella es vieja y profunda, y recuerda a la Ur de los caldeos que Uruk erigió, y al primer removerse de la amiba, y a aquel templo de Baal, y porta aún como una cosa de ayer a la vieja Persépolis y a la tumba de Ciro, el pasaje de Harán, y aquellos templos viharas labrados con piedras del Himalaya. Y al regreso del Oriente me detuve en Ismailia, y también en El Cairo, y vi donde estuvo Menfis y medité una medianoche ante aquella pirámide y aquella muda esfinge, sentado en una tumba, hasta que lágrimas de compasión rodaron por mis mejillas, pues el hombre «había pasado». Aquellas tumbas de roca tienen columnas semejantes a las dos del palacio, sólo que éstas son redondas y las mías cuadradas, pero con la misma franja cerca de la cúspide y sobre ésta la cerrada flor de loto y luego el plinto que las separa del arquitrabe, sólo que las mías no tienen arquitrabe. Las propias tumbas consisten en un patio exterior, viniendo luego una fuente y una cámara interior para el muerto. Allá permanecí hasta que me impulsó a marcharme la necesidad de alimento; pues cada vez más me cubre la Tierra, me atrae, me asimila; de manera que me hago esta pregunta: «¿No habré cesado en algunos años de ser un hombre, convirtiéndome en una pequeña Tierra, en su copia, sobrenatural y cruel, medio demoníaco, medio felino, enteramente místico, moroso y turbulento, caprichoso y loco, y melancólico... como ella?»

Un mes de este viaje, desde el 15 de mayo al 12 de junio, lo prodigué en las islas Andaman, próximas a Malasia, pues el que cualquier chino viejo pudiera

hallarse con vida en Pekín parecía la extravagancia más rara que jamás entrase en una cabeza y aquellas islas cubiertas de espesura del sur, a las cuales llegué tras una gran noche de orgía en Calcuta, cuando incendié no solamente la ciudad, sino hasta el río, agradaron tanto a mi fantasía que en un momento pensé en vivir allí, en ocasión de hallarme en una de las islas llamada «Loma de la Silla». Raramente tuve tales sensaciones de paz como cuando permanecí tendido todo un día en un valle, sumido en la sombra de la exuberancia tropical, contemplando al Esperanza que se hallaba anclado. El valle se alzaba de una bahía, de la cual podía ver un pico alineado de cocoteros, agostada toda nube del firmamento a excepción de unos filamentos, y el mar tan en calma como un lago rizado por las brisas, aunque haciendo considerable ruido en las rompientes de la costa, como ya lo había observado en esta clase de parajes; no sé a qué es debido ello. Estos habitantes de las Andamanes parece que fueron muy salvajes, pues vagando por la isla encontré a algunos de ellos, casi reducidos al estado de esqueleto, aunque con miembros aún adheridos y, en algunos casos, momificados restos de carne, siempre sin el menor vestigio de ropa, cosa extraña dada su relación con viejas civilizaciones. Todos tenían una tez negra o casi negra y eran pequeños de estatura, no hallando jamás a ninguno que no tuviese a su lado o cerca de él una lanza, o sea que eran gente inteligente, la perversidad de la Tierra espoleaba en ellos también, y me agradó tanto este pueblo que llevé a bordo una de sus pequeñas canoas, lo cual fue una tontería, pues tres días después fue arrebatada por el mar.

Pasé por el estrecho de Malaca, y en aquella corta distancia entre las islas Andaman y la esquina sudoeste de Borneo, fui aporreado de tal manera por tres veces, que parecía fuera de causa que cualquier objeto construido por el hombre pudiese subsistir a tal cataclismo. Me abandoné, aunque con amargos reproches, a la idea de perecer sombríamente, pero cuando todo pasó, el efecto fue el desencadenamiento de nuevo de mis finchados humores. Pues me dije: «Puesto que intentan matarme, la muerte deberá hallarme rebelde». Y así, durante semanas, no divisé bendito poblacho alguno o umbrosa extensión de arbolado sin que no detuviera el barco y desembarcara los materiales para la destrucción, de manera que todas aquellas fragantes tierras en torno al norte de Australia llevarán por años las huellas de mi mano. Cada vez más, vagabundo y zigzagueante se hacía mi viaje, como dominado por algún antojo o por un movimiento de un puntero sobre la carta; y yo pensaba en masticar el loto de la galbana y el nepente, encantado por el pensar de algún melancólico escondrijo en aquel verano, donde desde la puerta de mi cabaña viera a través de las vaharadas opalinas la laguna marina borbotear perezosamente sobre el atolón de coral, y los cocoteros inclinarse como adormilados, y el árbol del pan susurrar en sueños, contemplando al Esperanza anclado, año tras año, y preguntarme qué era, de dónde había llegado y por qué había quedado tan profundamente quieta para siempre aquella grácil embarcación. Y tras una época de melancólica paz notaría que el Sol y la Luna habían cesado de moverse y pendían gastados, abriendo de cuando en cuando un párpado para volver a dormitar de nuevo; y Dios suspiraría «Basta» y asentiría. Pues el que cualquier viejo chino se hallara con vida en Pekín era cosa tan fantásticamente absurda, como para provocar en mí ocasiones tales explosiones de salvaje risa que me dejaban débil y abatido.

Durante cuatro meses, desde junio a octubre, visité las Fidji, donde vi cabezas aún englobadas en espesuras de lacio cabello; y en Samoa cráneos coronados con conchas de caracolas, y en un pequeño poblado un conjunto de cuerpos que sugerían algún festival, de manera que creo que aquellas gentes perecieron en un

día de desastre, sin el menor presagio de nada. Las mujeres de los maoríes llevaban gran abundancia de adornos de jade y hallé una clase particular de concha de trompeta, que conservo, con un punzón de tatuaje y un cuenco de madera lindamente tallado. Los habitantes de Nueva Caledonia iban desnudos, limitando su atención al pelo, llevando al parecer un cabello artificial hecho con la piel de un animal como el murciélago, máscaras de madera y grandes anillos — para las orejas sin duda — que debían haber alcanzado hasta los hombros. Pues la Tierra los apremiaba y los hacía salvajes, díscolos y varios como ella misma. Fui de una a otra isla sin sistema alguno, buscando el paraje ideal de descanso y pensando frecuentemente haberlo hallado, mas sólo para aburrirme de él, con la sensación de que aún podría haber otro lugar más profundo y ensoñador. Pero en esta búsqueda recibí una represión, santo Dios, que me heló hasta el hígado y me puso en huida de aquellos parajes.

Cierta noche, el 29 de noviembre, cenaba tarde — a las ocho — sentado según mi costumbre, con las piernas cruzadas sobre la alfombra del camarote de estribor de popa, con un semicírculo de vajilla de oro del Esperanza ante mí y con tiempo sereno y en calma. Sobre mí ardía próxima la lámpara, con destellos rojos de su verde depósito cónico, no cesando sus leves crepitaciones en el silencio. Más allá de los platos de la vajilla, el dispositivo de sopas, extractos de carnes, carnes, frutas, dulces, vinos, nueces, licores y café sobre el trípode de plata; todo cuanto cuidaba de seleccionar de la despensa y dejarlo fuera por la mañana. Estaba con retraso, siendo mi hora las siete, pues aquel día había estado enfrascado en la tarea, siempre aplazada, de hacer un repaso del barco, dando acá alquitrán a una cuerda, aplicando allá una capa de pintura a una borda, engrasando acullá una biela, abrillantando los picaportes de las puertas, los latones de las claraboyas y portillas, llenando los depósitos de las lámparas, quitando el polvo a espejos, baldeando y restregando las cubiertas, y arriba, poniendo en orden el aparejo del palo mesana, que hacía un mes había resultado con sus abrazaderas dislocadas. Y todo ello en calzones de algodón, con los pies descalzos y la barba anudada, al rayo del sol y con un mar suave y de una palidez de corrientes apresuradas, el barco inmóvil y sin ninguna tierra próxima, aunque con grandes zonas de hierbas marinas alcanzando hasta lejos al este, que las tuve cerca desde las 11 hasta las siete, en que una súbita oscuridad dejó que las viera. Estaba muy cansado cuando bajé, encendí la lámpara central de palanca y mis otras dos y me vestí en mi camarote para cenar en el comedor. Comí vorazmente, corriéndome como de costumbre el sudor por la frente, utilizando cuchillo o cuchara en la mano derecha, pero nunca el tenedor occidental, lamiendo los platos a la manera mahometana y bebiendo muy copiosamente, de manera no tan mahometana. Todavía me encontraba fatigado y subí a cubierta, donde tenía el sofá con el brazo roto y su tapizado de raso azul raído ya, ante la rueda del timón; y en él permanecí retrepado, fumando cigarro tras cigarro de la caja India D, semi-dormido aunque consciente, mientras la luna ascendía en un firmamento casi sin nubes, brillante, pero no tanto como para eclipsar aquella fuga iluminada del océano, que aquella noche era un pantano de fosforescencia, una salvaje luminosidad de fuegos fatuos arremolinados con estrellas y relampagueos; todo ello atropellándose unánimemente, como con prisa por realizar algún propósito momentáneo, reunión interminable proliferando en su carrera hacia el este en brazos de alguna presurosa corriente. En mi perezosa modorra podía oír forcejeos en la rueda y el timón, ruidos chapoteantes y como gruñidos de cerdos bajo la arrufadura de popa, y supe que el barco estaba deslizándose muy rápidamente, arrastrado en el rumbo de aquella procesión, a una probable velocidad de seis nudos; pero no me

importaba, sabiendo también muy bien que no había tierra alguna a doscientas millas de mis amuras, pues me hallaba en la longitud 173º y en la latitud de las islas de Fidji y las Reunión, entre ambas; y al cabo de un rato en que el cigarro descendió cada vez más desmayadamente entre mis labios, me venció el sopor por completo y me quedé dormido, en el regazo de la inmensidad.

Así es que algo me preserva. Algo. Alguien. ¿Y para qué?... De haber dormido en el camarote, lo más seguro es que hubiese perecido, pues, tendido en el sillón soñé un sueño que ya lo había tenido en las nieves del hiperbóreo norte; el de que me encontraba en un paraíso árabe, del que tuve una prolongada visión andando entre los árboles, cogiendo melocotones y aspirando el aroma de los capullos con las fosas nasales dilatadas e inhalaciones profundas..., hasta que una especie de mareo y náusea me despertó, y al abrir los ojos la noche estaba lóbrega, la luna baja, todo empapado de roció, el firmamento convertido en una jungla de estrellas, un bazar de marajás con diademas y de begums de atavíos llamativos y deslumbrantes, y todo el aire saturado con aquel aflato mortal; y allá en lo alto, ampliamente alzado ante mi vista — extendiéndose desde el limite norte al sur — una serie de ocho o nueve humaredas, inflamadas como las de las chimeneas de alguna forja ciclópea que funciona toda la noche; ocho o nueve, dije, o tal vez fueran siete, o acaso diez, pues no las conté. Y de aquellos cráteres, salían bocanadas de materia color carmesí, una bocanada o ráfaga aquí y otra allí, con charras humaredas que se enroscaban y retorcían sobre ellas, destellando con multitud de chispas y fogonazos, todo ello en un deslumbrante halo calinoso; pues la fundición estaba en marcha, aunque lánguidamente. Y el Esperanza iba con el rastreo del mar fosforescente en derechura sobre una tierra rocosa a cuatro millas a proa y la cual no estaba señalada por carta alguna.

Al levantarme me sentí aplanado y lo que luego hice lo ejecuté en un estado de existencia cuyos actos, para el intelecto en vela, parecen tan irreales como un sueño. Creo que debí haber tenido inmediata conciencia de que allí estaba la causa de la destrucción del organismo, consciente de que aún rodeaba su propia vecindad con funestas emanaciones y consciente de que se estaba aproximando; y como fuera debí haberme arrastrado o adelantándome. Tengo cierta suerte de impresión de que era una tierra púrpura de pórfido puro; queda cierto débil recuerdo, o sueño, de haber oído un prolongado rumor de rompientes azotando la roca. No sé cómo los vencí. Ciertamente recuerdo haberme hallado sacudido de náuseas desesperadas de mis entrañas, y que me hallaba sobre mis espaldas cuando moví el regulador de la sala de máquinas, mas no tengo recuerdo alguno de haber bajado la escalerilla o subido de nuevo. Por fortuna, habiéndose bien fijado el gobernalle a estribor, el barco debió haber borneado y yo debí haberme encontrado de nuevo en pie a tiempo para librar la rueda, pues cuando mis sentidos volvieron me hallaba tendido con la cabeza contra un aro de suspensión de la brújula, un talón del pie levantado sobre un radio de la rueda, sin tierra alguna a la vista y brillando el sol.

Ello me puso tan enfermo que durante dos o tres días permanecí sin comer en el asiento próximo a la rueda, recuperando sólo ocasionalmente bastante sentido como para mantener el rumbo a oeste de aquel lugar. La mañana en que ya me encontré bien, no estoy seguro de si fue la segunda o tercera, de manera que mi calendario puede hallarse con el error de un día, no pudiendo asegurar si estoy tratando del 10 o del 11 de mayo.

En la quinta tarde tras esto, al hallarse sumiendo el sol en el borde del agua, sucedió que mirase donde pendía sobre la amura de estribor, y allí vi un punto

verdinegro recortado contra su rojo — un objeto bien insólito allá en aquellos momentos — un barco, un pobre objeto, como se mostró cuando me aproximé a él, sin señal alguna de mastelero, todo él anegado por el agua, desparramadas por su casco algunas reliquias de aparejos, hasta con su bauprés partido por la mitad, no siendo desde éste hasta la punta de la popa más que un matorral de hierbas marinas y otros objetos, intrépido como un erizo, esperando el siguiente porrazo del mar para irse a pique.

Siendo ya cerca la hora de mi cena detuve al Esperanza a unos veinte metros de esta embarcación y, paseándome por mi espaciosa popa, como de costumbre antes de comer, estuve lanzándole miradas, preguntándome dónde se encontrarían los hijos de los hombres que habían vivido en ella, sus nombres y mentalidades y manera de vida y rostros, hasta que me entró el deseo de ir a verlo, por lo que me despojé de mi ropa exterior, descubrí y desaté el cúter de cedro — el único auxiliar, excepto la pinaza de aire, que me quedaba de todas — la boté por el aparato de polea de mesana. Pero fue una tontería ridícula, pues cuando abordé el pecio fue sólo para entrar en el paroxismo de la rabia por mis repetidos fracasos en escalar sus amuras, por bajas que fueran; pues aunque mis manos podían alcanzar fácilmente, no hallaba asidero alguno en la masa limosa, y tres extremos de cabo a los que me agarré se encontraban también tan viscosos que volví a caer repetidamente en la barca, con una masa de cieno en mi ropa y el único pensamiento en mi inflamado pólvora, del cual tenía buena provisión, para volar cerebro de una carga de veinte libras de algodón de aquel casco enviándolo a los infiernos. Finalmente tuve que volver al Esperanza, cogí una cuerda y regresé a la otra embarcación, pues no podía ser desafiado de tal modo, a pesar de que se había hecho la oscuridad, apenas atenuada por una lejana media luna y estaba hambriento y de minuto en minuto más diabólicamente feroz; hasta que a fuerza de arrojar mi cuerda logré enlazarla al muñón de un mástil y trepar por ella, cortándome la mano izquierda con alguna diabólica concha y todo ello para qué? Para satisfacer a un imperioso capricho. El opaco resplandor de la luna mostraba una amplia franja de cubierta que en su mayor parte estaba invisible bajo rollos de pútridas hierbas marinas, no habiendo cadáver alguno, siendo todo una cóncava explanada de hierbas marinas. El buque era de unas tres mil toneladas, un velero de tres palos. Al ir a popa, calzado con gruesas babuchas, pude ver que sólo quedaban cuatro peldaños en la escalera de la gambuza, pero dando un brinco pude descender a aquella desolación, donde el rancio poder de mar parecía concentrado en la propia esencia de crudeza, y allí tuve un fantasmal temor de si la embarcación zozobraría conmigo, o algo por el estilo, pero, al encender cerillas, vi un camarote corriente, con algunos fungoides, calaveras, huesos y andrajos, pero ningún esqueleto entero. En el segundo camarote de estribor, una mesa y, sobre el suelo un tintero cuyo continuo rodar me hizo mirar abajo, reparando en un cuaderno de notas con cubiertas negras que se curvaban semi-abiertas, pues había estado mojada. Lo tomé y volví con él al Esperanza, pues aquella embarcación no era sino un vio y una pestilencia de los crudos elementos de la existencia, casi asimilado profundamente a donde la cubrieran para ser condensada pronto en su naturaleza y ser, convirtiéndose en una porción de mar, como yo, con el tiempo, ¡oh Dios!, he de convertirme en una posición de tierra.

Durante la cena y después, leí el cuaderno, con cierta dificultad, pues estaba escrito en francés y descolorida la tinta. Resultó ser el diario de alguien, pasajero y viajero, supongo, que se llamaba Albert Tissu, y el barco el María Meyer. Nada había notable en la narración — descripciones del Mar del Sur, escenas, indicaciones del tiempo, cargamento, etc. — hasta que llegue a la última página, que era bastante extraordinaria, estando la misma fechada el 12 de abril, cosa

singular, Santo Dios, pues aquel mismo día alcancé yo el Polo hacía veinte años; y el escrito de esta página era muy diferente de la garbosa redacción del anterior relato, demostrando gran excitación y más acuciante prisa. Lo encabezaba la indicación «Cinq Heurcs, P. M.» y decía así: «¡Acontecimiento monstruoso! ¡Fenómeno sin igual!, los testigos del cual han de vivir inmortalizados en los anales del Universo, de manera que mamá y Julieta han de confesar ahora que tuve razón en emprender este viaje. Conversaba con el capitán Tombarel a popa, cuando a una exclamación murmurada por él: «¡Mon Dieu!», y al verle palidecer, seguí la dirección de éste... ¡y contemplé! a unas siete millas quizá, diez trombas de agua, que alcanzaban gran altura, todas en línea, con intervalos de unos novecientos metros y muy regularmente dispuestas. Pero no se movían u oscilaban, tal como lo hacen las trombas habituales, ni tampoco eran de forma de lirio como ellas, sino columnas de agua un tanto torcidas acá y allá y, según cálculo, de unos cincuenta metros de diámetro Durante seis minutos quedamos mirándolas, en tanto que el capitán Tombarel seguía repitiendo «¡Mon Dieu! ¡Mon Dieu!», con toda la tripulación ahora sobre cubierta y yo agitado, aunque recogido y reloj en mano, hasta que súbitamente todo se ha borrado; las columnas, sin duda allí aún, no han podido ser vistas más, pues el océano en su derredor despedía un vapor, aún con más elevación que las columnas, inmenso en extensión y cuyo sibilante sonido podíamos oír distintamente. ¡Es aterrador! ¡Es intolerable! ¡Los ojos apenas podían soportar la contemplación y los oídos escuchar! ¡Era como una obra sobrenatural, como un monstruoso nacimiento! Pero no duró mucho tiempo y casi al instante el Marie Meyer comenzó a cabecear y dar bandazos, pues el mar que hace poco estaba en calma, se había engrosado. Y al mismo tiempo, a través del vapor blanco vimos alzarse una sombra, un como poderoso lomo, una tierra recién nacida, alzando al cielo diez llamas de fuego, emergiendo del mar lenta y constantemente a las nubes. En el momento en que esta sublime aparición cesa, o parece cesar, el pensamiento que me asalta es éste: «Yo, Albert Tissu, estoy inmortalizado», y abalanzándome a mi camarote lo escribo. La latitud es 16° 21' 23" sur; la longitud 176º 58' 19" oeste Hay carreras sobre cubierta... un olor como almendras... está oscuro, y yo...»

Hasta aquí Albert Tissu.

No quisiera tener más que ver con toda esta zona, pues allí se dice hallarse sumido un continente y creo que estaría alzándose y mostrándose a mis ojos y me precipitaría a la locura; pues la Tierra está turbulenta con estas contorsiones, muecas monstruosas, apariciones que son como cabezas de Gorgonas, aterrando al hombre hasta convertirlo en piedra; y nada sería más aterradoramente inseguro que vivir sobre un planeta.

No me detuve hasta haber llegado lejos al norte de las Filipinas, donde permanecí dos semanas, en parajes exuberantes y aromáticos, pero tan empinados y fragosos que en un lugar abandoné todo intento de viajar en el motor, dejándolo en un valle cabe un ancho y ruidoso río de islotes rocosos cubiertos de musgo. Pues me dije: «Aquí quiero vivir y estar en paz». Mas luego me espanté al ver que durante tres días no pude volver a descubrir río y motor. Sumiéndome en el mayor desespero, pensando: «¿Cómo hallaré el camino para salir de estas junglas e inmensidad?»; pues no había sendas ni vericuetos por allá, y me había perdido en abismos de vegetación donde el señuelo telúrico es tan intenso y cabal para un hombre solitario, que creo sería rápidamente transformado en árbol, o serpiente, o felino. No obstante, al fin logré hallar el paraje de donde saliera, inundado de alegría, tanta que hube de expresarla inconteniblemente dando unos puntapiés a las ruedas del motor. Pero aquellos dos años de vagabundeo pasaron

y son como un sueño, y no es para escribir de eso — de todo eso — que he tomado este lápiz en mano al cabo de diecisiete largos, muy largos años.

Es singular mi renuncia de trasladarlo al papel...

Quiero escribir del viaje a China, de cómo desembarqué el coche en el muelle de Tientsin, y subí, próximo al río, a Pekín, a través de un país de maizales y arrozales que era encantador a pesar del frío. Llevaba gruesa vestimenta, como un viajero ártico. Quisiera contar de los tres temblores de tierra en el plazo de dos semanas, y de cómo el único plano que tenía de la ciudad no daba indicación alguna de los emplazamientos de sus almacenes militares, y había de localizarlos; y de los tres días de esfuerzos para entrar en ellos, oponiéndoseme torva cada puerta; y de cómo incendié, pero hube de contemplar las llamas desde más allá de las murallas de la ciudad, el paraje era todo una maldita llanura; sin embargo, cómo prorrumpí en gritos salvajes y airados desafíos a aquel viejo chino aún con vida; y cómo costeé y trabé conocimiento con los peludos ainos, igualmente peludos hombres y mujeres; y cómo, hallándome tendido insomne una noche en mi camarote del Esperanza, que se hallaba en un cristalino puerto en calma bajo un farallón cubierto de verdor — el puerto de Chemulpo — me asaltó la idea: «Supón que oigas ahora ruido de pasos de alguien que camine o se pasee pausadamente a popa... supón»:, y la noche de terrores que se apoderó de mí, pues no podía dormir suponiendo, y hasta en una ocasión me pareció realmente oírlo, y el sudor me brotó de todos los poros, y cómo fui a Nagasaki y la destruí; y cómo crucé el Pacífico hasta San Francisco, pues sabía que también en esta ciudad habían habido muchos chinos, y pudiera hallarse aún alguno con vida; y cómo, cierto día tranquilo, el 15 o el 16 de abril, hallándome sentado a la rueda del timón en medio del Pacífico, noté un extraño hoyo blanco que corría y giraba, y giraba y rodaba en el mar, aspeando hacia mí, y me di cuenta de la caliente vaharada de un viento, y tras la ráfaga, del propio viento caliente, que giraba vehemente en forma de una letra V, zumbando el himno de alguna gigantesca rueca, o de las huestes que formaba; y el Esperanza se sumió hasta la cruz, invadiendo el mar sus amuras de proa, y yo estuve de bruces pegado al coronamiento; mas todo pasó pronto, y el hoyo en el mar y el viento como una rueca hiladora y ardiente, se dirigieron hacia el horizonte y el Esperanza se enderezó. Era evidente que alguien había deseado atraparme, pues no creo que jamás soplara tifón de tal intensidad y vehemencia; y cómo llegué a San Francisco y lo incendié, disfrutando de mis placeres, pues era mío; y cómo pensé ir por el ferrocarril transcontinental a Nueva York, pero no me decidí, temiendo abandonar el Esperanza y encontrarme que en el puerto de la gran metrópoli estuvieran inutilizadas todas las embarcaciones, o ganadas por la herrumbre y enterradas bajo hierbas marinas, por lo que volví al mar; y cómo regresé, pues mis pensamientos estaban todos seducidos por las cavilaciones de la tierra y sus humores, y con una idea en mi alma de que volvería a aquellas secretas profundidades de las Filipinas, y evolucionaría allí a una especie autóctona... un sicómoro o una serpiente, o una persona con miembros de serpiente, como los seres saturnales; pero no lo quise, pues el cielo estaba también en el hombre, Tierra y Cielo; y cómo, al moverme de nuevo hacia occidente, llegó otro invierno, y hallándome ahora perdido en un talante de lúgubres abatimientos, al mismo borde del abismo inane y de la idiotez sonriente, vi en la isla de Java aquel templo de Boro Budor y, semejante a un tornado, o evento volcánico, mi alma cambió, pues mis estudios en la arquitectura del hombre antes de que comenzara con mi palacio, volvieron a mí de manera atractiva, y durante cinco días dormí en el templo, examinándolo de día. Es vasto, con el aspecto de masividad que caracteriza a las construcciones mongólicas, siendo mis medidas de

su anchura de 150 metros; se alza en seis terrazas, cada una de ellas dividida en innumerables nichos que contienen individualmente una estatua de Buda sentado, con una voluptuosidad de tracería que resulta embriagadora, el todo rematado por un grupo de cúpulas y coronado por una gran asta. Y al ver esto, sentí el anhelo de volver a mi hogar después de tan prolongado errabundeo, y de erigir el templo de los templos. Y dije: «Regresaré y lo construiré como un testimonio a Dios».

Aparte de algunos días en Egipto, no me detuve en aquel viaje de regreso a casa, penetrando en el pequeño puerto de Imbros en un crepúsculo en calma del 7 de marzo. Amarré el Esperanza a la anilla del pequeño muelle, y luego, saqué de la bodega con la cabria de aire el aporreado motor («aporreado» por el tifón en mitad del Pacífico, el cual le había soltado de sus ataduras y precipitado contra la mampara). Fui a través de la calle sin ventanas del pueblo, subiendo por entre los platanales y cipreses que conocía, y las mimosas del Nilo. y las moreras, y las palmeras de Trebisonda, y los pinos, y acacias e higueras, hasta que la espesura me detuvo, y hube de apearme de mi vehículo, pues en aquellos dos años la senda había desaparecido finalmente. Seguí pues mi camino a pie, hasta llegar al puente de madera, e inclinado allí contemplé el riachuelo, afanándome luego por el vericueto en el césped hacia aquella zona ondulante donde había construido con más de un gemido, hasta que, a medio camino arriba, vi el extremo superior de la grúa, luego la cúspide de la destellante columna del sur, después la techumbre de la tejavana y, finalmente, la plataforma, bailando ante mis ojos un tropel de brillantes manchas hasta la puesta del sol. Pero la tienda, y casi todo cuanto había contenido, había desaparecido.

Durante dos días no sentí deseos de hacer nada, quedándome sólo en contemplación y haraganeo, rehuyendo una carta tan inmensa; pero en la tercera mañana comencé lánguidamente algo, y apenas había trabajado una hora cuando me apresó una especie de fervor — para terminarlo, para terminarlo — el cual no me abandonó sino en tres breves intervalos, en el dilatado lapso de casi siete años. Ni tampoco el final habría sido tan tarde en llegar, pero la inesperada dificultad de conseguir las cuatro techumbres impermeables hube de desmontar la mitad de la parte oeste. Finalmente las hice de planchas de oro de treinta milímetros de espesor, hallándose fijadas sobre cada viga dobles canalones a cada lado el remate cimero para enmendar cualquier deficiencia en las junturas, las cuales estaban rellenas de cemento de pizarra, y las planchas sujetas a los bordes cimeros por grapas de acero, con cerrojos encastrados en yeso, en agujeros perforados en aquellas. Las techumbres se hallaban ligeramente inclinadas a las esquinas frontales, donde desaguan en canales de cobre forrado de oro sobre puntales laminados, con un lado vuelto hacia arriba... Mas ya parloteo de nuevo sobre esta esclavitud que quisiera olvidar sin poderlo, pues cada medición, cerrojo, perno y anilla se hallan en mi cerebro, como una obsesión. Pero todo pasó ya... y todo fue vanidad.

Hace seis meses que fue terminado; seis meses más largos y prolijos, desolados, pesados, que todos aquellos dieciséis años en los cuales construí.

Me pregunto lo que un hombre — algún shah, o zar de aquel lejano pasado — me diría ahora, si un ojo pudiera posarse en mí. Tal hombre creo — indudablemente sí — se encogería ante la majestad de aquellos ojos; y aun cuando yo no sea un lunático — pues no lo soy, no lo soy — no dudo que huiría de mí, gritando: «¡He aquí la insania del orgullo!».

Pues le parecería — así lo creo — que en mí mismo y en todo en torno mío, ver algo que la realeza ilimitada, cargada de terror. Mi cuerpo ha engrosado, y mi cinto ciñe una majestuosa redondez con su banda de lienzo carmesí de veinticinco centímetros de anchura, babilónico, bordado en oro y orillado por un centenar de monedas de cobre y oro del Oriente; mi barba, negra aún como la tinta, desciende en dos haces hasta mis caderas, agitada por cualquier viento; y al recorrer las estancias de este palacio, el piso de ámbar y plata se ruboriza en sus profundidades, reflejando el bajo cuello y corto brazo de mi ropón de azul y escarlata, recamado con luminosas piedras preciosas. Soy diez veces sátrapa y emperador, sentado en mi trono centenario de antigua y obesa establecida majestad ¡que me desafíe quien se atreva! Entre estas luminarias que cada noche escudriño pueden volar poetas, mis pares y vecinos, pero aquí, yo estoy solo; la tierra inclina su frente ante mis púrpuras y mi cetro hereditario, pues aunque me tiente seductora, no soy de ella, sino que ella es mía. Me parece que pasaron no menos de un millón de eones desde que otros seres, que se me parecieran más o menos, se plantaron descaradamente a la luz del sol de este planeta; de hecho no puedo imaginarme, ni conceder propiamente crédito, a que existiera un estado de cosas tal... tan fantástico, raro y bufonesco, aunque en el fondo, supongo, sé que así debió de haber sido. Por cierto que hace diez años acostumbraba a soñar que había otros, los veía andar por las calles como fantasmas, y me desahogaba y despertaba desconcertado; pero jamás ahora me ocurriría tal cosa, creo, aunque fuese en sueños; pues lo estrambótico de la circunstancia, su desvarío chocaría al punto a mi mente, y de inmediato descubriría yo que el sueño no era más que un sueño. Pues ahora por fin estoy solo, soy el amo y señor. Los muros de este palacio que he erigido se miran con embeleso en su reflejo en el fuego de un lago de vino.

No es que haya hecho este estanque de vino debido a que el vino sea raro, ni tampoco las paredes de oro por el mismo motivo, puesto que no soy un ganso, si no porque habiendo decidido competir en belleza de tarea humana con las tareas de aquellos Otros, tuve presente que, por alguna travesura de la Tierra, los objetos más costosos son generalmente los más bellos.

La visión de esplendor y encanto con la que se alza ahora este palacio ante mis ojos, no puede ser descrita por la pluma sobre el papel, aun cuando pueda haber palabras en el léxico de la humanidad que, si las buscara con inspirado talento durante dieciséis años, así como he construido durante dieciséis años, podría expresarse mi mente a otra tan vividamente como las piedras de oro, así agrupadas, se expresan a la retina. Mas, a falta de tal habilidad, supongo que no podría transmitir a otro hombre, caso de que existiera, la menor idea de este encanto celestial.

Es una estructura no menos luminosa que el sol, no menos clara que la luna... el único edificio en cuya erección no ha desempeñado el menor papel el pensamiento restrictivo de su coste, siendo una de sus escalinatas de más precio que todos los templos, mezquitas y alminares, palacios, pagodas y catedrales alzados entre las eras de Nemrod y la de Napoleón.

La casa en sí es pequeña — doce metros de longitud por diez de anchura y siete de altura —. Sin embargo, el edificio como tal es enorme y elevadísimo, debido a que la plataforma sobre la cual se halla la vivienda tiene una base de 140 metros cuadrados, una altura de 40, siendo su cima de 15 metros cuadrados, la elevación de 22 1/2 grados, y alcanzándose aquella sobre cada extremo por 183 escalones, bajos y de plancha de oro... no en serie continua, sino partidos en tres, cinco, seis y nueve, con rellanos intermedios que desde lo alto presenta el aspecto de un parterre aterrazado de oro. Así, pues, el palacio es de diseño asirio, excepto

que la plataforma tiene escalinatas en todas direcciones y no sólo en una. El contorno de la cima de la plataforma alrededor de la casa es un mosaico de cuadrados del oro más vidriado, y a cada metro cuadrado en torno a la plataforma se alinean 48 pilastras de oro, de aproximadamente 75 centímetros de altura, cuadradas, ahusadas hacia el extremo superior, rematadas por protuberancias enlazadas con cadenas de plata y colgando de éstas numerosos globos de plata también, que chocan entre sí tintineando en la brisa. La casa en sí consiste en un patio exterior (con la fachada al este hacia el mar) y la vivienda propiamente dicha, construida en un patio interior, siendo el exterior un oblongo tan ancho como la casa, con sus tres muros de oro, almenados más bajos que la casa, y discurriendo en derredor de su cúspide una banda de plata de 30 centímetros de anchura; y en la puerta, que es egipcia, más estrecha en el extremo superior, se encuentran dos pilares de oro, cuadrados, ahusados, de 13,5 metros de altura, con su capitel de loto cerrado y olinto. En el patio exterior se encuentra la fuente, reproduciendo en pequeño la forma del patio, con sus lados forrados de oro, ahusándose hacia abajo al fondo de la plataforma, donde un conducto repone la evaporación del lago — automáticamente, según el principio del carburador — conteniendo la fuente 105.360 litros, y ocupando el lago un círculo de 300 metros de diámetro en torno a la plataforma, con una profundidad de metro y medio. Alrededor de la fuente se hallan también pilastras enlazadas por cadenas de plata, comunicándose aquella con una rebalsa de vino sumida en el patio interior, la cual se halla alimentada por ocho tanques de oro, altos y estrechos, ahusados hacia arriba, y dispuestos en círculo, conteniendo cada uno un vino rojo distinto en suficiente cantidad para toda mi vida. El piso del patio exterior, así como la cima de la plataforma, es un mosaico de azabache y oro, pero desde allí los cuadrados se componen de plata y ámbar, ámbar tan límpido como planchas de aceite sólido, siendo la entrada al patio interior un pasadizo egipcio con puertas plegadizas de cedro, laminadas de oro y rodeadas por una albardilla de plata, gruesa y de 1,20 de anchura, acrecentando en todas partes la simplicidad de las líneas el efecto de la riqueza del material. El resto se asemeja más a una vivienda homérica que a una asiría (excepto en lo que respecta a las «galerías», que son babilonias y antiguas hebreas). El patio interior con su rebalsa y tanques forma un oblongo de 2'50 a 3 metros, sobre el cual se abren cuatro ventanas de enrejado de plata, y dos puertas, todas ellas asimismo oblongas en su misma proporción, discurriendo en torno a este patio los ocho muros de la propia casa, hallándose los cuatro interiores a tres metros de los cuatro exteriores, formando cada dos paralelos una larga habitación, excepto los dos fronteros (este) que se hallan divididos en tres habitaciones. En cada una de estas hay cuatro entrepaños de plata, más delgados que sus bordes, y en los espacios hundidos cuadros, de los cuales 21 fueron tomados del Museo del Louvre, de París, antes de su incendio, y tres del de Londres. Los paneles presentan el aspecto de grandes marcos, y están rodeados por festones de ópalo, almandina y topacio, siendo cada uno de ellos ovalado, de 30 centímetros de anchura en los lados y, estrechándose hasta 25 milímetros en la parte superior y fondo. En cuanto a las «galerías», hay cuatro huecos en los cuatro muros exteriores bajo los tejados, colgantes con sedas rosa y blanca sobre pilastras de oro, y cada galería con un acceso de cuatro peldaños desde su techado, conduciendo a éste dos escaleras en espiral de cedro, este y norte, hallándose en el tejado este el quiosco con el telescopio. Y desde esta altura y desde las galerías puedo contemplar la luz de la luna de este clima, que no es desemejante a la luz de calcio, aquellas montañas de Macedonia, silenciosas para siempre, y donde las islas de Samotracia, Lemnos y Tenedos duermen como aves purpúreas sobre el Mar Egeo. Pues generalmente duermo durante el día y me mantengo en vela

largamente en la noche, descendiendo frecuentemente a medianoche para tomar mis baños escarlatas en el lago, para solazarme en aquella intoxicación de nariz, ojos y poros, soñando en el fondo sueños con los ojos abiertos de par en par, para volver a la superficie quebrantado, débil, embriagado. O también — dos veces en el curso de estos ociosos meses vacíos — me he precipitado de estas estancias de lujo, despojándome de mis suntuosos trapos, para esconderme en una cabaña de la orilla, apesadumbrado en aquellos momentos por una visión del pasado y de la vastedad de este planeta, y gimiendo «solo, solo... completamente solo, solo, solo... solo, solo...», pues acontecimientos semejantes a erupciones se producían en mi cerebro, y una agitada víspera — ¡cuán agitada! — podía hallarme arrodillado sobre el tejado, con mejillas convertidas en raudales y mis brazos extendidos, en adoración con un corazón herido por el temor, y al día siguiente podía pavonearme como un gallo, salaz como el pecado, anhelante por volar una ciudad, por revolearme en la inmundicia y, al igual del maníaco de Babilonia, nombrándome a mí mismo el desposado del Cielo.

Mas no era cuestión de escribir de esto... de todo esto.

Del amueblamiento del palacio no he escrito nada... Mas ¿por qué vacilar en admitirme a mí mismo lo que va sé... si Ellos me hablan, yo puedo hablarles a Ellos; pues yo no los temo, puesto que yo soy su par...

No he escrito nada de la isla: de su tamaño, clima, forma, flora... Hay dos vientos: un norte y un sur; el norte es frío y el sur caliente, y éste sopla durante los meses de invierno, de manera que a veces hace calor en Navidad; y el norte sopla de mayo a septiembre, de forma que raramente es opresivo el verano, y el clima fue hecho para un rey. Ni una vez he encendido la estufa en la sala sur.

La longitud de la isla es de 19 millas y la anchura 10, y las montañas más altas deben tener unos seiscientos metros, aunque no las he escalado. Se halla densamente arbolada, y he visto brotes de trigo y cebada, evidentemente degenerados ya, con groselleros, higueras, alcornoques, tabaco y viñas silvestres en gran abundancia, y dos canteras de mármol. Desde el palacio, que se halla sobre una soleada meseta de césped, sombreada por catorce inmensos cedros y ocho plátanos silvestres, puedo divisar todo el contorno de un borde del bosque, con el lustre de un lago al norte, y en la hondonada al este el riachuelo con su puente; y puedo espiarlo todo...

Debo escribir ahora:

He oído en este día en mi interior la pugna de las voces.

¡Había pensado que habían cesado ya conmigo!!De que todo, todo, todo estaba terminado ya! ¡No las he oído durante veinte años!

Pero hoy — y distintamente — irrumpiendo con súbito clamor sobre mi conciencia... oí.

Este far niente y vacua inacción ha estado socavando mi mente, este rumiar sobre la tierra, esta vida y cerebro estallante. Así es que inmediatamente después de comer a mediodía, hoy, me dije: «He sido engañado en cuanto al palacio, pues me he gastado en su construcción, esperando la paz, y no hay paz; en consecuencia, ahora huiré de él a otra tarea más dulce — no de construcción, sino de incendio, no del Cielo sino del infierno, no de negación propia, sino de la más roja rebeldía: Constantinopla... ¡guárdate!» Y arrojando un plato lejos de mí, me puse en pie de un salto. Pero al hallarme levantado, oí nueva y repetidamente, la disputa desconcertante, el disturbio vulgar y voluble controversia, hasta que mi

conciencia no pudo escuchar a sus oídos y apremió: «¡Ve! ¡Ve!» Y la otra: «¡No allá... donde quieras... pero allá no... por tu vida!»

No fui porque no pude, de tan impresionado como me hallé, y me dejé caer temblando sobre el lecho.

Aquellas voces o impulsos, por mucha conciencia que de ellos tuviera de antiguo, se querellaban ahora en mi interior con una libertad que esta sí era nueva para ellos. Posteriormente, influido por mi hábito científico, me he preguntado si lo que acostumbraba a llamar «voces», no eran en realidad sino dos movimientos instintivos tales como la mayoría de los hombres pueden haber sentido, aunque con menos fuerza. Pero hoy, la duda ha pasado ya, la duda ha pasado. Y tampoco, a menos de volverme loco, podría jamás dudarlo.

He estado pensando y repensando en mi vida: hay algo que no puedo comprender.

Había un hombre a quien conocí en aquel oscuro fondo y abismo del tiempo del pasado — fue en el lejos ya del alcance de mi memoria, perdido en el Colegio, en Inglaterra—, hallándose su nombre muy limbo de las cosas pasadas. El acostumbraba a hablar de ciertos poderes «Negro» y «Blanco», y de su pugna por este mundo... sí, era un hombre de corta estatura con una nariz romana, que vivía con el temor de que le engrosara el vientre, siendo su frente de perfil más prominente en la parte superior que en la inferior, su cabello partido por el medio, y que sustentaba la teoría de la que la forma masculina era más bella que la femenina... olvidé en efecto su nombre, quedando el difuso claroscuro de uno de esos cerebros no disciplinados que aceptan las fantasías y los hechos ciertos con igual fe, como por lo general lo hacían los hombres. Sin embargo, el efecto de su tesis fue hondo sobre mí, aun cuando creo que a menudo tenía el prurito de burlarme de él. Este hombre declaró siempre que el «Negro» se alzaría al fin con la victoria; y así ha sido, viejo «Negro».

Pero, suponiendo la existencia de estos entes «Negro» y «Blanco» — y suponiendo que el hecho de que el que yo alcanzara el Polo tuviera alguna relación con la destrucción de las especies, de acuerdo con las ideas de aquel extraordinario «predicador» escocés —, en tal caso, debió haber sido la potencia del «Negro» lo que me arrastrara al Polo por encima de todos los obstáculos. Hasta aquí puedo entenderlo.

Pero después de que yo alcanzara el Polo, ¿qué empleo o utilidad ulterior tenían el Blanco y el Negro para mí? ¿Cuál fue —«Blanco» o «Negro»— quien preservó mi vida tras mi prolongado regreso de los hielos... y por qué? ¡No podía haber sido el «Negro»! Pues desde el momento en que estuve en el Polo, el único propósito del «Negro», que anteriormente había preservado, debió haber sido destruir a mí con los demás. Debió haber sido pues el «Blanco» quien me condujera atrás, retrasándome lo bastante para que no penetrase en la zona de la nube ponzoñosa, y haciéndome luego abiertamente el don del Boreal para que me trasladara a Europa. Pero ¿y su motivo? ¿Y el significado de estas actuales porfías, tras tal calma y silencio? ¡Esto no lo comprendía!

¡Malditos Ellos y sus embrollos! ¡Esto no lo comprenderían Ellos... si aquí estuvieran! ¿Pues no son estos clamoreos que oigo no más que chillidos de mis propios nervios ardientes, hallándome todo yo loco y morboso, morboso y loco, loco, santo Dios?

¡Esta inercia aquí no es buena para mí! ¡Este dar vueltas por el palacio, majestuosamente, y anhelar pensamientos sobre Tierra y Cielo, Negro y Blanco, Blanco y Negro, y cosas más allá de las estrellas! Mi cerebro parece estallar a través de las paredes de mi pobre cabeza.

Mañana, pues, a Constantinopla...

Bajé al Esperanza con el motor, embarqué y pasé el día entregado a la faena, dormí, y seguí trabajando de nuevo hoy hasta las cuatro, hora en que embarcación y espoletas graduadas (sólo llevaba 700. y únicamente en Estambul debe haber 8.000 casa, sin contar Galata, Tofana y Kasim-pachá), zarpando a las 5'30. Hoy, a las 11 de la noche, descansando a dos millas de la isla de Mármara, con cabrilleos de la luna sobre el mar y ráfagas de una ligera brisa, la pequeña tierra parecía inmensamente extendida, solemne y augusta, como si fuera el globo, y no hubiese nada más, y la islita en su extremo inmensa, y el Esperanza vasto, y yo solo, pequeño, encanijado y mezquino. Mañana por la mañana atracaré el Esperanza en el Cuerno de Oro, cabe aquel cerro donde se encuentra el palacio del pacha...

Hallé maravillosamente preservada la maraña de embarcaciones en el Cuerno de Oro, con apenas algunos brotes de musgo, debiéndose ello supongo, al pequeño Ali-Bey, el cual, fluyendo en el Cuerno forma una corriente constante...

¡Ah!, recuerdo el paraje: hace tiempo viví aquí, la más bella de las ciudades, y la más grande, pues aunque creo que Londres en Inglaterra era mayor ninguna ciudad, de seguro, parecía tan grande. Pero es baladí y arderá como la estopa, pues sus casas son endebles, de construcción de madera, con intersticios colmados de tierra y ladrillos, algunas con aspecto ruinoso ya, con sus encantadores tintes de verde y oro y rosa y azul y narciso, débiles como tonos de flores marchitándose; pues es una ciudad de pinceladas y árboles, y por doquier en torno a las pequeñas calles serpeantes, mientras escribo, hay ejércitos volátiles de brotes de almendros, riendo en mescolanza con brotes de arces, remolineando de blanco y púrpura. Hasta los palacios más suntuosos del sultán se hallan construidos de esta manera combustible, pues creo que él tenía la idea de que los edificios de piedra eran presuntuosos, a pesar de lo cual he visto algunas casas de piedra de Galata Ciertamente, el lugar vivía en un estado de sensación de luminarias nocturnas, y atravesé algunas zonas ya devastadas por incendios. Los ministros acostumbraban a presenciarlos y proveer a su extinción, y si el fuego no quería apagarse, el propio sultán se personaba para incitar a los bomberos. Ahora arderá aún mejor.

Llevo ya aquí seis semanas y aún no ha habido incendio alguno, pues el paraje parece argüir conmigo... es tan bello que no sé por qué no me quedé a vivir aquí, y haberme ahorrado todos mis afanes y penalidades de aquellos dieciséis años de pesadilla. Así fue calmado durante tres semanas el impulso incendiario, y desde entonces ha habido un irritante cuchicheo en mi oído, diciéndome: «Ese incendio no es digno ciertamente del sha que tú eres, sino más bien de un chiquillo o de un salvaje al que le entusiasman los fuegos artificiales. Cuando menos, si debes quemar, no incendies la pobre Constantinopla, que es tan encantadora y tan antigua, con sus perfumes balsámicos y los floridos árboles de blanco y luminosa púrpura asomando por encima de los muros de las viviendas enclaustradas, y todas esas tumbas revestidas de líquenes... alminares y zonas de tumbas de mármol entre los barrios, tumbas griegas, bizantinas, judías y musulmanas, con sus extrañas y sacras inscripciones, protegidas por sus cipreses suspirantes y sus plátanos silvestre... Y por espacio de semanas no hice nada sino vagar con dos intenciones bajo el bochornoso firmamento durante el mendas piedras de atrio de la mezquita de Mehmeofatih, dominando desde su escalinata todo Estambul, y escudriñaba la luna por espacio de horas, tan apasionadamente arrobado por su remontarse entre nudía, y en arrobo ante las noches que aparecen como entre

gasas y a través de cristales de azur, no siendo una noche, sino la prolongación de las mil y una noches de encanto y fantasmagoría. Me sentaba en aquella explanada del Seraskierado, o sobre las trebes y cielo despejado, que llegaba un momento en que me sentía enternecido por mi propia identidad, como aplanado y dudando de ella, no sabiendo ya si yo era ella, o la Tierra, o yo mismo, o alguna otra cosa o persona, con todo sumido en el silencio insondable y todo, excepto yo mismo, tan vasto, el Seraskierado, y Estambul, y el Mar de Mármara, y Europa, y aquellos campos de plata en la Luna, todo ello inmenso comparado conmigo, perdiéndose medida y espacio, y yo con ellos.

Estos orgullosos turcos murieron con estoica impasibilidad la mayoría de ellos. En las calles de Kassim-pachá, en la apiñada Taxim o en las alturas de Pera, y bajo las arcadas del sultán Selim vi las barberías al aire libre con sus huesos, y el cráneo del creyente de turno medio rapado, y el narguilé con las huellas del tembaki y el hachís aún en su cuenco. Cenizas son ya, y amarillos huesos secos; pero en las casas de Fanar, en la ruidosa antigua Galata, en el barrio judío de Pri-Pachá, el calzado negro y el tocado de la cabeza de los griegos es aún distinguible del azul hebreo; pues aquí había un ritual de colores tanto en zapatos como en gorro o sombrero... amarillo para los musulmanes, botas rojas y negro calpac para los armenios, blanco turbante para los efendis, para los griegos negro, mientras que el cráneo turco reluce de bajo un elevado calpac; el del nizaindjid, de una pieza, en forma de melón; los del imán y el derviche, de un filtro cónico, y acá y allá, un «franco» en andrajos europeos; y he visto el atalayante turbante del bashi-bazouk, y algunos softas en aquellas cúpulas de la muralla de Estambul, y el mendigo, y el mercader callejero ambulante con su cesto de sandías, dátiles, uvas, pasas, sorbetes; y el faquir y el forzudo de plazuela, y el organillero, y el vigilante nocturno que no gritará ya más «¡Fuego!», con su linterna, pistolas, daga y chuzo de madera. Y he ido a aquellas llanuras más allá de las murallas, desde donde la ciudad semeja no más que un conjunto de alminares remontando sobre las copas de los cipreses, y me ha parecido ver al almuédano en la cúspide de alguno de ellos voceando: ¡Mohamed Resoul Allah!... pareciendo desgañitarse; y desde el cementerio de Escutari, la ciudad amurallada de Estambul se ha tendido entera ante mí hasta Fanar y Eyoub con sus bosques de cipreses, todo emparrado ya, una masa de avenidas sombreadas por balconajes de antiguas casas bizantinas, bajo las cuales el transeúnte a lomo de mula había de agachar la cabeza... avenidas donde hasta los antiguos habitantes de Estambul se extraviaban en el intrincamiento de lo pintoresco; y entre el boscaje de la costa del Bósforo, hasta Foundoucli y más allá, algún yali asomando, un palacio blanco como la nieve, o una cabaña armenia; y el Serrallo cabe el mar, una ciudad dentro de una ciudad; y hacia el sur el mar de Mármara, azul y blanco, y vasto, de vigorosa ondulación como un verdadero océano acabado de nacer y retozando bajo el sol, vivo y alerta, en dirección a las islas semejantes a suspiros lejanos. Y, al mirar, de pronto brotó de mis labios inconteniblemente una cosa extraña, de vehemente impulso, una cosa loca, santo Dios, una especie de chillido maníaco como salido del infierno. Sí, algo dijo con mi lengua: «Esta ciudad no se encuentra totalmente muerta».

Cinco días dormí en Estambul en el palacio de algún bey o emir, o más bien dormité, con un párpado soporífero que se abría para observar a mis visitantes Simbad y Alí Baba y el viejo Haroum, para observar cómo se hallaban amodorrados y dormitaban también; pues era en la pequeña estancia en la que el bey recibía aquellas mudas visitas nocturnas de todos los turcos, horas rosadas de perfumado romance y embriaguez de la fantasía, y visionaria languidez,

sumiéndose hacia la salida del Sol en la más profunda paz del sueño. Y allá aún se encontraban los yatags para que tomaran asiento los invitados con las piernas cruzadas en la lunada vela, y para tenderse en ellos para el desmayo mañanero; y el brasero de cobre despidiendo aún su aroma de esencia de rosas, y los cojines, alfombras, tapices y colgaduras, las panoplias y monstruos sobre las paredes, los chibukis del hachís, los narguilés y los pálidos cigarrillos opiados, y una celosía secreta al otro lado del umbral, pintada con árboles y pavos reales; y el aire narcótico y gris con el incienso de pastillas y los humos perfumados que yo había fumado; y todo ello drogado y susurrante, y mi ojo derecho receloso de Alí y Simbad y del viejo Haroum, que dormitaban. Y una vez hube dormido y me levanté para bañarme en una habitación junto al balcón de celosía de la fachada, ante mí se halló Galata al rayo del sol, y la gran avenida que asciende a Pera, otrora atestada a cada caída de la noche, con divanes sobre los cuales graves derviches fumaban narguilés, no habiendo un hueco por donde poder pasar, pues todo era fumaderos, haraganeo, almendros, zumbido y canturreo que subía al cielo, chibuquis en bosques, el derviche y los innumerables faquines, el chalán con su caballo de Tofana a alquilar o vender, trabajadores del arsenal de Kassim, mercaderes de Galata, artilleros de Tofana. Y en la parte trasera de la casa, un puente cubierto conducía a través de una calle que consistía de dos muros, a una exuberancia de flores, toda una maraña, que era el jardín del harén, donde pasé algunas horas. Allá pude haber permanecido muchos días, pero aquel dormitar una víspera que suponía otras, era como si en alguna parte hubiese resonado una risa, y algo en mí dijo: «No, no está del todo muerta, pero lo estará pronto». Y la misma mañana fui al Arsenal.

Hace mucho desde que he gozado tanto, hasta la médula. Puede ser el «Blanco» quien gobierne mi vida, pero seguramente es el «Negro» quien conduce mi alma.

A toda pompa llamearon y destellaron la vieja Estambul, Galata, Tofana y Kassim, más allá de las murallas de Fanar y Eyoub... todo, excepto un pequeño trozo de Galata, siendo todo semejante a la estopa, y en las cinco horas entre las 8 de la noche y la 1 de la madrugada todo acabó. Vi las copas de todo aquel bosque de cipreses en torno a las tumbas de los Osmanlíes al exterior de las murallas, y los del cementerio de Kassim y los que bordeaban la mezquita de Eyoub, encogerse instantáneamente, como cabellos retorcidos por una llama; vi la torre genovesa de Galata alzarse oblicuamente en una curva, como un cohete, y arder arriba, restallante, y fragmentarse en un estallido; y a pares y a atrios y a cuartetos vi las cúpulas de las catorce grandes mezquitas ceder y derrumbarse, o remontarse y llover, y cabecear los erguidos alminares y desplomarse; y vi las lenguas flamígeras salvar el espacio vacío del Etmeidan — trescientos metros — y lanzarse al asalto de los seis alminares de la mezquita de Ahmed, envolviendo el obelisco de rojo granito del centro; y alcanzar a través del espacio del Serai-Meidani los edificios del Serrallo y de la Sublime Puerta, y cruzar aquellos vastos espacios entre las casas y la gran muralla; y llegar cruzando los setenta y ocho bazares de arcadas arrollándolo todo. Y el espíritu del fuego creció en mí; pues el propio Cuerno de Oro era una lengua ígnea, atestado al oeste de la rada con buques de guerra volando: corbetas, fragatas y bergantines; y al este con una zona de góndolas, faluchos, canoas, pesqueros y buques mercantes en llama viva. A mi izquierda crepitaba Escutari; y yo había enviado cuarenta embarcaciones con espoletas graduadas para las once de la noche para alumbrar con sus enormes fuegos el Mar de Mármara, así que para medianoche me encontraba circundado por un horno y golfo de fuego, con el mar y el cielo inflamados y la tierra convertida en ascua. No lejos de mí, a la izquierda, vi los cuarteles de los artilleros de Tofana

y los talleres y pabellones, que tras larga renuencia y demora volaban también, y, tres minutos después, a la orilla del mar, el cuartel de bombarderos y la Escuela Militar, grandiosa, imponente; luego, a la derecha, en el valle de Kassim, el Arsenal; los cinco se elevaron al cielo como humeantes soles, derramando la luz del día del infierno sobre más de una milla de mar y tierra; también vi las dos flameantes líneas del puente de barcas y el de balsas sobre el Cuerno de Oro, que parecían galopar con prisa por arder; y todo aquel vasto espacio se quemó rápidamente, cada vez más aprisa como en un fervor o un carnaval de unánime apogeo. Y cuando su rugido se encaminó al infinito y el poder de su ardiente corazón fue gravitación, esencia, sensación, y yo su complaciente y sumisa desposada, mi cabeza se venció posándose mi barbilla sobre el pecho, y, suspirando con un suspiro que pareciera el último que exhalara, me desplomé como si estuviera ebrio.

¡Oh bravía Providencia! ¡Insondable locura de los cielos! ¡Que jamás hubiera escrito lo que ahora escribo! ¡No quiero escribirlo!..

¡El silbido de ello! ¡Debe ser alguna fantasía frenética... un mesarse de los pelos y arrancárselos en las delirantes cataratas de fuego de Saturno! ¡Mi mano no quiere escribirlo!

En nombre de Dios... Durante cuatro días después del incendio dormí en una casa... francesa, según lo vi por los libros, etc., probablemente la residencia del embajador, pues tenía amplios jardines y una buena vista sobre el mar, situada en el declive este de Pera... una de las casas que para mi salvaguarda había dejado en torno al alminar del que había contemplado el espectáculo, hallándose el mismo en la cima del barrio musulmán, sobre las alturas de Taxim, entre Pera propiamente dicha y Foundoucli. Y abajo, tanto en el muelle de Foundoucli como en el de Tofana había dejado bajo abrigo dos faluchos, uno de entre las embarcaciones del sultán, con el espolón áureo, y el otro uno de aquellos zaptias que patrullaban el Cuerno de Oro con la policía marítima. Con cualquiera de las dos embarcaciones esperaba llegar al Esperanza, hallándose éste anclado a salvo a alguna distancia de la costa del Bosforo arriba. Y así, la quinta mañana me encaminé al mulle de Tofana, pero, como había caído alguna lluvia por la noche, había convertido el tenue humo en una especie de vapor inextinguible y sofocante, el cual, como sucede en algún distrito de Abaddon, ascendía a lo alto sobre más de una milla cuadrada de zona ennegrecida. Sin embargo, no advertí la menor muestra de llama. Mas apenas hube avanzado no lejos sobre toda clase de débris, que noté mis ojos inundados, mi garganta sofocada y como estrangulada, y mi camino casi bloqueado por los escombros, por lo que me dije: «Volveré atrás, cruzaré la zona de las tumbas y estéril detrás de Pera, descenderé la colina, tomaré la barca en el muelle de Foundoucli y así llegaré al Esperanza.»

En consecuencia, salí del barrio del humo, caminé más allá de los límites de las ruinas aún calientes y tumbas, y no llegué a terreno boscoso, chamuscado al principio pero pronto verde y floreciente como la jungla. Ello me refrescó y alivió; y no teniendo prisa para llegar al barco fui siguiendo en dirección noroeste, me parece. Por alguna parte en los alrededores, pienso, estaba el paraje que denominaban «Las aguas dulces», y fui hacia allá con alguna idea de dar con dicho lugar y pasar en él el día, hasta la tarde, perdido en aquel bosque, donde la naturaleza, en veinte años, ha vuelto a una exuberancia de selva por doquier, fucsias pendulantes a través de crepúsculos de mimosas, fucsias pendulantes, palmeras, cipreses, moreras, junquillos, narcisos, rododendros, acacias o higueras

silvestres. En una ocasión caí sobre un cementerio de antiguas tumbas doradas, absolutamente cubierto por la vegetación y perdido, y seguidamente tuve vislumbres de entrelazados yalis ahogados en el boscaje, cuando me movía con pie indiferente, masticando una almendra o una oliva, aunque juraría que los olivos no fueron anteriormente indígenas de ningún país del norte; sin embargo, ahora los hay aquí en cantidad, aunque elementales, de manera que se están produciendo modificaciones en todo, cuyo fin no puedo apreciar claramente, siendo algunos de los cedros que encontré aquel día más inmensos que cualesquiera que hasta entonces vi; y recuerdo que tuve el pensamiento de que si una rama u hoja se tornara en pájaro, o un pez con alas, y volaran ante mis ojos, ¿qué es lo que yo haría entonces? Miraría con recelo a los boscajes y matorros. Al cabo de mucho tiempo penetré en un soto muy sombrío, donde, siendo brillante el día fuera del bosque, bochornoso y sofocante, las hojas y flores pendían inmóviles, de manera que me pareció estar oyendo en mis tímpanos el estampido de la mudez del universo, y al quebrar mi pie un ramito, pareció el disparo de una pistola. Llegué luego a un raso en la espesura, de unos ocho metros de extensión, que despedía una fragancia de lima y naranja, y donde la media luz me permitió ver justamente algunos viejos huesos, tres calaveras, el borde de un tam-tam asomando de entre unas matas de maíz silvestre con flores de aldiza, algunos áureos champacs y todo en derredor, un bortotón de rosas almizcleras. Me había detenido — no recuerdo por qué —, quizá al pensamiento de que si no iba a llegar a las Aguas Dulces, debía ponerme seriamente a buscar el camino para salir de allí; y al quedarme mirando en derredor, recuerdo que algún insecto revoloteador trajo cerca de mi oído su solitario zumbido.

De pronto, Dios lo sabe, me sobresalté..

Creí — soñé — haber visto una presión en una capa de musgo y violetas, ¡recientemente hecha!, y mientras permanecía escudriñando aquella cosa imposible, creí — soñé, ¡qué locura! — haber oído una risa... ¡la risa, santo Dios, de un ser humano!

O más bien parecía medio risa y medio sollozo, que se desvaneció en un instante fugaz.

Risas y sollozos y absurdas alucinaciones, a menudo las había oído y tenido antes, de pie caminando, de ruidos detrás de mí, pero, por breve que esta actual impresión fuese, era tan estremecedoramente real, que produjo en mi corazón un impacto como el de la muerte, y caí de espaldas en una masa de musgo, donde permanecí apoyado sobre mi palma derecha, mientras que la izquierda oprimía mi agitado pecho; y así, pugnando por respirar, permanecí quieto, con toda mi alma enfocada a mis oídos; mas no oí sonido nuevo alguno, excepto aquel zumbar de la mudez de lo inane.

Allá estaba, no obstante, la huella fresca de un pie; y si mis oíos conspiraran al par con mis oídos, ello era ya grave.

Esperaría, me dije a mí mismo, sería astuto como las serpientes, aun cuando me hallara tan espantosamente desmayado e inválido: no haría ruido alguno...

Al cabo de algún tiempo me percaté que mis ojos estaban mirando de soslayo en una dirección, e inmediatamente, el hecho de que yo tuviera un sentido de la dirección, me demostró que en verdad debía yo haber oído algo. Con lo cual me esforcé — me las apañé — en ponerme en pie, y al permanecer erguido, oscilante, no sólo se hallaban los terrores de la muerte en mi pecho, sino la autoridad del monarca en mi frente.

Me moví; hallé la fuerza...

Con pasos muy pausados y lentos, cuidando de pisar bien para no hacer el menor ruido, fui en dirección a una franja de musgo que conducía desde el calvero

al soto; y a lo largo de su curso, en zig-zag, husmeé... hacia el sonido, oyendo ahora en mis oídos el ruido de algún arroyuelo, mientras que, siguiendo el senderillo de musgo, era conducido a una masa de maleza que alcanzaba sólo cosa de un metro sobre mi cabeza, y a través de ella, gateando y pinchándome y raspándome llegué a una franja de alta hierba, para enfrentarme con un muro de acacias, chumberas y otros arbustos a tres metros ante mí, y entre los cuales y la floresta que más allá estaba, percibí vislumbres de los destellos cristalinos del arroyuelo.

Me arrastré a cuatro patas hacia la espesura de acacias, y penetré un tanto en ella, o, inclinándome hacía adelante, escudriñé. Y allá, de pronto, a diez metros delante, más bien a mi derecha... vi.

Y por extraño que parezca, mi agitación, en vez de intensificarse al extremo de la apoplejía y la muerte, ante la visión actual, disminuyó y cejó hasta convertirse en algo parecido a calma. Y con una mirada de reojo maligna y hosca me incorporé quedando de rodillas para observarla.

Ella estaba arrodillada también, apoyadas las palmas de sus manos sobre el suelo, al borde del arroyuelo; inclinada sobre él, contemplaba con una especie de timidez y de desconcertada sorpresa el reflejo de su cara en las aguas; y yo seguí con mirada fosca, de soslayo, arrodillado, hasta que finalmente me levanté y la miré durante cinco o seis minutos seguidos.

Creo que su semisonrisa y semisollozo que yo oyera, había sido efecto de su asombro al ver su imagen en el agua; y firmemente creo, por la expresión de su rostro, que era la primera vez que la había visto.

Jamás, lo sentí, al observarla, había yo contemplado en la Tierra un ser tan bello (aunque, analizándolo ya despacio, puedo concluir en que en realidad no había nada notable en su aspecto): su cabello, de un claro castaño y rizado, la cubría hasta más abajo de las caderas; sus ojos, de un azul violeta, dilatados con la mayor perplejidad y aturdimiento; y al seguirla yo contemplándola, se incorporó lentamente, poniéndose en pie, y observando yo en sus ademanes un aire de no hallarse familiarizada con la naturaleza, como de alguien indeciso sobre lo qué hacer, pareciendo sus pupilas desacostumbradas y tímidas a la luz. Sí, yo podría jurar que era el primer día que había visto un árbol o una corriente.

Aparentaba una edad de diecisiete o dieciocho años y pude conjeturar que era de sangre circasiana, o cuando menos de origen. Su piel era de un moreno blanquecino, o de un dorado blanco marfil.

Permanecía inmóvil, indecisa, tomó una guedeja de su cabello y se la llevó a los labios; y había cierta expresión en sus oíos que no podía yo ver claramente, que, como fuese, indicaba un hambre tremenda, aunque el bosque estaba lleno de alimento. Después de soltar su pelo, permaneció de nuevo como inerte con la cabeza inclinada hacia un lado, moviendo ahora a compasión el verla con aquel aire de desvalimiento. Mas aunque ni la menor piedad me invadió entonces, resultaba evidente que ella no sabía qué hacer con el aspecto de las cosas. Por fin, se sentó sobre una franja de musgo, tendió la mano tomando una rosa almizclada, la puso en la palma de su mano y quedóse mirándola con desespero.

Un minuto después de haberla visto, mi exceso de excitación había descendido, como dije, a algo parecido a la calma. La Tierra era mía por antiguo derecho, lo sentía; y aquella criatura una esclava, sobre la cual, sin vehemencia ni prisa, podía

ejecutar mi voluntad. Y por espacio de varios minutos permanecí lo bastante frío considerando lo que debería ser esa voluntad.

El pequeño puñal con su pomo de plata con incrustaciones de coral y su hoja curva tan afilada como una navaja de afeitar, se encontraba como de costumbre en mi cinto; y el más inmundo de mis enemigos me estaba cuchicheando al oído con insistencia: «Mata, mata... y come».

Por qué debería haberla matado, no lo sé: tal pregunta me la hago ahora a mí mismo, preguntándome si debe ser verdad, verdad, que «no es bueno» para el hombre estar solo. Hubo una secta religiosa en el pasado, que se denominaba a sí misma «socialista», y en ella era considerada como verdad que el hombre se encuentra en su más elevado grado cuanto más social es, y aún en su más bajo cuanto más aislado; pues la Tierra se sustenta de todo aislamiento, y lo arrastra para tornarlo feroz, bajo y materialista, como en los sultanatos, aristocracias y así sucesivamente; pero el Cielo se encuentra donde dos o tres se hallan reunidos juntos. Puede ser así no lo sé ni me importa, pero sí sé que tras veinte años de soledad sobre un planeta, el alma del hombre está más enamorada de la soledad que de lo viviente, encogiéndose como un nervio ante la ruda intrusión de otro en el furtivo reino de sí mismo, contrayéndose con aquella acritud con la que las castas solitarias —brahamines, patriciados, aristocraciados y monopolistas— siempre resistieron cualquier intento de invadir su dominio de los privilegios. También puede ser verdad, puede, que al cabo de veinte años de solitario egoísmo, un hombre se convierta, sin él sospecharlo y sin darse cuenta de los estadios de la revolución, en una real y verdadera bestia, un Nerón incendiario de Roma, en una bestia horrible, espantosa, rabiosa, rapiñadora, como aquel rey de Babilonia, con sus uñas como garras de pajarraco, su cabello como las plumas del águila, y con sus instintos todos inflamados y feroces, deleitándose en la oscuridad y en el crimen por su propio gusto. No lo sé ni me importa, pero sí que sé que cuando desenvainé el puñal, el más avieso y taimado de los artificios del abismo me estaba cuchicheando, con su viperina lengua en mi mejilla: «Mata, mata... y revuélcate.»

Con angustiosa gradación paulatina, de semejante manera a cómo un glaciar se agita, sensible como un nervio de cada hoja que me rozaba, me moví, gateé hacia ella a través del cinturón de maleza, con el puñal a la espalda — constante pero lento — hasta que una traba hizo que me echara hacia atrás y me detuviera; mi barba se había enredado en un ciembro de una chumbera.

Me puse a desenredarla, y fue creo en el instante en que lo logré que observé primero el estado del firmamento, una franja del cual podía percibir a través del arroyuelo, un firmamento que un poco antes había estado despejado y que ahora se encontraba encapotado; y fue un siniestro bramido lejano del trueno lo que hizo que alzara mis párpados y lo viera.

Cuando mis ojos volvieron a descender posándose en la figura sentada, ella estaba mirando tontamente al cielo también, con una expresión que demostraba a las claras que jamás antes había oído aquel sonido, o, como fuere, no tenía idea alguna de lo que presagiaba; pues mi fija mirada de soslayo no perdía nada de sus ademanes, mientras que, pulgada a pulgada y conteniendo la respiración, cauteloso como en el equilibrio de una cuerda, serpeaba. Y súbitamente, de un salto, me hallaba y corría a la carrera hacia ella...

Ella dio también un brinco y huyó, pero no dio sino pocos pasos, quedándose luego quieta —a unos cinco metros de mí— con las fosas nasales dilatadas y ojos interrogadores.

Lo vi todo en un instante, y en un instante todo pasó. No había detenido el impulso de mi carrera y estaba casi a punto de alcanzarla con mi puñal alzado,

cuando fui parado en seco y conmovido por una estupenda violencia; un fulgor de cegadora luz, atraído por la hoja en mi mano pareció atravesarme, y en el mismo momento me sacudió el más espantoso estampido de un trueno que jamás sacudiera a corazón humano, derribándome. El puñal saltó arrancado de mi mano, yendo a caer cerca de los pies de la criatura.

No perdí por entero la conciencia, aunque seguramente los Poderes no se ocultaban ya de mí, siendo su contacto intolerablemente rudo para un pobre mortal; así que por espacio de tres o cuatro minutos, creo, quedé tan aturdido por aquella explosión de cólera que no pude moverme ni un milímetro; y cuando por fin me incorporé quedando sentado, la criatura se hallaba en pie a mi lado con una especie de sonrisa tendiéndome mi arma en medio de un aguacero semejante a un diluvio.

Tomé el puñal, y mis quebrantados dedos lo arrojaron a la corriente.

La lluvia seguía cayendo en tromba, como lo hace en aquellos parajes, aunque no por espacio de mucho tiempo, para dejando por su intensidad una profusa capa de sudor en el bosque. Intenté volver por el camino que había venido, huyendo, pero con dificultad por entre el atascadero de árboles y arbustos, y con una sensación de que era perseguido... como así fue; pues al penetrar en espacio más abierto, casi opuesto a las murallas del oeste, pero en el lado norte del Cuerno de Oro, donde hay un terreno llano herboso, en alguna parte entre Kassim y Char-koi, vi con horror que aquella protegée del cielo, o de quien fuere, se encontraba a no más de veinte metros tras de mí, siguiéndome como una figura mecánica. Serían como las tres de la tarde, la lluvia me había calado hasta los huesos y estaba cansado y hambriento, y de todas las ruinas de Constantinopla no se elevaba ni una sola voluta de humo.

No solamente no puede ella hablarme en ningún idioma que yo conozco, sino que no puede hacerlo en ninguno en absoluto. Creo que jamás ha hablado, y que nunca vio una embarcación, o agua, hasta ahora, lo juraría.

Se atrevió a entrar en la barca conmigo y sentóse asiéndose a la borda mientras yo remaba los ochocientos metros hasta el Esperanza; y subió a cubierta detrás mío, imprimiéndose el asombro en su rostro cuando vio el mar abierto mi embarcación y todas las demás que estaban en la costa. Pero parece sentir poco miedo... sonriendo todo el tiempo infantilmente y tocándolo todo, como si cada objeto fuera un ser viviente.

Cuando bajé a mi camarote a cambiarme de ropa tuve que cerrar la puerta para mantenerla afuera; al abrirla, seguía allá y me siguió a la cabria cuando me puse a cobrar el ancla. Mi intención era supongo, llevarla a Imbros, donde ella podría vivir en una de las arruinadas casas del pueblo; pero cuando se encontraba el ancla a medio alzar, detuve la maquinilla y arrié de nuevo la cadena, diciendo: «No, quiero estar solo, no soy un chiquillo».

Sabía por la expresión de sus ojos que ella tenia hambre, pero me importaba muy poco. Yo también tenía hambre, y esto era lo que me importaba.

No deseando pues que estuviera conmigo ni un momento más, bajé a la barca y, cuando me siguió, la volví a conducir por todo el trayecto que pasaba Foundoucli y el muelle de Tofana, donde gira metiéndose en el Cuerno de Oro por Santa Sofía. En torno a la boca del Cuerno de Oro había ahora un vasto semicírculo de carbonizados restos arrastrados por las corrientes del río; luego, en el Cuerno, subí las escaleras del lado de Galata, donde se llega a donde había estado el puente de barcas, y como ella había seguido viniendo tras de mí al malecón, subí por una de aquellas calles en cuesta, la cual estaba ahora atestada de escombros y cenizas,

aunque quedaban todavía fragmentos de muros. No debía estar lejana la noche, pero el aire estaba tan brillante y depurado por la lluvia y los últimos arrebores de sol que semejaba destellar como un diamante. Y cuando estuve a doscientos metros arriba en aquel barrio constituido por una mescolanza de griegos, turcos, judíos, italianos y albaneses, e informado por la algarabía cafés y tabernas, todo lo cual estaba ahora reducido al tremendo silencio, habiendo doblado dos esquinas, me recogí los faldones de mis vestiduras orientales y a la mayor prisa que pude, emprendí una carrera al muelle.

Ella me siguió, pero, cogida de sorpresa, supongo, quedó al principio un tanto distanciada, pero para cuando me deslicé en mi barca se hallaba tan junto a mí que sólo impidió que cayera al agua el borde del malecón, cuando yo desatraqué de él.

Con la misma puse proa al Esperanza murmurando: «Tú puedes tener un turco, que yo quiero para mí el resto del mundo». Remé en dirección este, con mi cara constantemente apartada de ella, pues no quería ver lo que estaba haciendo; pero al girar en el punto del muelle donde el mar abierto lo lava de manera ruda y ruidosa, para aproar al norte y desaparecer ya de ella, oí un balbuceante grito... el primer sonido que ella exhalara. Miré entonces, aún se encontraba cerca de mi, pues había ido siguiéndome con su necia manía, a todo lo largo del malecón.

—Bueno, pequeña estúpida —grité a través del agua— ¿Qué es lo que deseas ahora? —Y ¡oh, santo Dios, jamás olvidaré la extrañeza la salvaje rarez de mi voz dirigiéndose bajo el sol a otro ser!

Allá estaba, gimiendo como un perrillo que me siguiera hasta el fin... y no pudiendo resistirlo más, giré la barca en redondo remé hasta las primeras escaleras, desembarqué, y la asesté dos estimulantes bofetadas, una en cada mejilla.

Mientras se agachaba, sorprendida sin duda, la tomé de la mano, la volví a conducir a la barca, remé por la parte de Estambul, desembarqué de nuevo y la saqué manteniéndola aún en la mano, siendo mi intención la de hallar alguna especie de vivienda próxima, no desesperadamente comida por el fuego, en la cual pudiera dejarla. Pero en todo Galata no había evidentemente ni una, y pensé que Pera estaba demasiado lejos para ir andando a aquellas horas. Pero habría sido mejor que lo hubiese hecho, pues hubimos de caminar tres millas desde la punta del Serrallo a lo largo de los almenajes de las Siete Torres, ella con los pies descalzos tras mí a través de aquel Saharia de desechos carbonizados, siendo ya noche cuando llegamos, con una luna al largo en la inmensidad del firmamento, decuplicando la desolada solitud de las ruinas, por lo que me apresó una honda amargura, teniendo aquella noche una visión de mí que no quiero trasladar al papel. No obstante, a última hora conseguí ver una mansión con una fachada de celosía verde y un tejado terraza que me había estado oculto por las arcadas de un bazar... siendo éste un vasto espacio aproximadamente en el centro de Estambul, uno de los más amplios de la ciudad, creo. En su centro se hallaba la mansión, que debió ser morada de algún pacha o visir, pues tenía un aspecto muy distinguido en aquel lugar. Parecía poco añada, aunque la vegetación que había prendido y brotado en aquel bazar estaba toda ella convertida en negras briznas retorcidas yaciendo entre ellas miles de calcinados huesos de hombres, mulos, camellos y caballos. Todo aparecía iluminado por aquella luz de la luna tan lúcida y al par tan melancólica y solitaria, la luz de la luna de Oriente plena de misterio que ilumina Persépolis y Babilonia y las arruinadas ciudades del Anakim.

La casa, lo sabia, contendría divanes, cojines, alimentos y un centenar de deleites de los sentidos en estado de ser aprovechados, pues estaba encerrada por un muro, aún cuando el follaje sobre éste hubiera sido también chamuscado, y

la puerta toda carbonizada, cedió a una simple presión de mi palma. Seguidamente atravesé un patio ante la casa, abrí una pequeña puerta de celosía en su fachada, y entré. Estaba oscuro, y en el instante en que ella también estuvo dentro, me deslicé rápidamente afuera, cerré la puerta y la aseguré con su candado.

Caminé ahora varios metros más allá del patio y luego me detuve en el bazar, con el oído atento a algún grito o chillido de ella. Pasaron cinco, diez minutos, y nada... ni el menor sonido, así es que proseguí mi camino áspero y melancólico mordiéndome las tripas el hambre, y con la intención de zarpar aquella misma noche para Imbros.

Mas apenas hube avanzado veinte pasos, que percibí un ahogado grito, al parecer detrás de mí, y al mirar en aquella dirección la vi a través del pasadizo una forma blanca yacente en medio de negras cenizas. Al parecer había saltado por una ventana, que se hallaba por lo menos a seis metros de altura.

Supongo que no tuvo conciencia del peligro al saltar, pues las leyes de la naturaleza son nuevas para ella, y hallando aquella abertura no se le ocurrió más que seguirme por ella, tan ingenuamente como brinca indiferente una cascada. Al ir a su lado y tomarla del brazo, vi que no podía tenerse en pie su rostro expresaba un mudo dolor pero no gemía, y su pie izquierdo sangraba. Por este mismo pie la así y la arrastré a través de las cenizas del patio, arrojándola luego con toda mi fuerza dentro del umbral, maldiciéndola.

Mas ahora no quise volver al barco, sino que encendiendo una cerilla, fui alumbrando arañas, fanales y candelabros, entre una multitud de pilares de pálidas tonalidades, rosa y azul, verde antiguo, aceituna y mármol de Portoro y serpentina: La mansión era vasta y hube de atravesar un desierto de cortinones de brocado, gráciles pilares, y sedas de Broussau, antes de atravesar una puerta tras una partiére de Esmirna al pie de una escalinata. Subí y erré por la casa durante algún tiempo... ventanas con enrejados dorados, poco mobiliario pero espacios palaciegos, piezas antiguas de fayenza, inmensas, y armas, hundiéndose mis pies en las alfombras persas, hasta que pasé a lo largo de una galería que tenía una ventana enrejada que daba a un patio interior, y cuya galería daba acceso al harén, que era del más recargado lujo y estilo barroco, desde el cual, descendiendo por una pequeña escalera tras una portiére, llegué a una especie de despensa pavimentada de mármol en la cual hacía una mueca una negra de vestido añil, con su cabello aún pegado habiendo allí un infinito surtido de dulces, conservas francesas, sorbetes, vinos y así sucesivamente. Puse en una cesta cierto número de provisiones, hallé en una cajita algunos de esos pálidos cigarrillos embriagadores, luego un chibuquí de dos metros de largo, y descendí con todo ello por otra escalera, depositándolo sobre los peldaños de un quiosco color verde aceituna que había en un rincón del patio, tras lo cual volví a subir y bajé un yatag, para reclinarme en él. Allá, en el quiosco, comí y pasé la noche, fumando durante horas en un estado de lasitud, mirando a donde, en el centro del patio, el alabastro de una fuente cuadrada desellaba con impoluto albor a través de una exuberancia de parras silvestres, acacias en flor, jazmines y rosas que brotaban cabe la propia fuente y el quiosco y en todo el patio, llegando también hasta sobre las cuatro arcadas moriscas que lo rodeaban, bajo una de las cuales había colgado yo una linterna de seda carmesí. Y serían ya cerca de las dos de la madrugada cuando me entregué al sueño, con una más profunda paz de lobreguez incubándose donde tanto tiempo había gobernado el espíritu del trasgo de la luna.

Me levanté con el día y me dirigí al frente, con la intención de que aquella hubiese sido mi última noche en aquel lugar, pues a través de la noche dormido y en vela, lo que había sucedido ocupó mi cerebro, yendo de una profundidad de

incredulidad a otra profundidad mayor, de manera que finalmente llegué a una especie de convicción de que no podía tratarse sino del sueño de un borracho. Pero al abrir de nuevo los ojos, la comprensión de aquel acontecimiento fulguró como un rayo a través de mi ser, y diciendo: «Volveré al Extremo Oriente y olvidaré», salí del patio, sin saber lo que habría sido de ella durante la noche, hasta que habiendo llegado al apartamiento exterior me sobresalté al verla tendida junto a la puerta, dormida de costado, con su cabeza reposando sobre un brazo, en el mismo lugar a donde la había yo empujado, por lo que, muy quedamente, pasé sobre ella y salí, echándome a correr en la mañana fresca y pura y, tras haber cubierto doscientos metros en dirección a una de las arcadas del bazar, me detuve, mirando hacia atrás para ver si era seguido. Todo el espacio se hallaba desoladamente vacío, y caminé ahora ante el arco de las ojivas, brotando de nuevo ante mí el panorama de destrucción... unos cuantos muros en pie aún, con sus ventanas huecas enmarcando el firmamento posterior, aquí y allá una columna a medio iluminar, algunos troncos sin ramas subsistentes aún entre los muros del Serrallo, bosques despojados de sus copas y ramas también en Eyoub y Fanar, y en el horizonte norte Pera, todavía allí. Y, en medio de todo ello negrura piedras y paisaje ondulante de barrancos, semejante a carámbanos polares amontonados, acaso de que su nieve fuese tinta; y a la derecha Escutari, negra, derribada, con su suburbio de tumbas y algunos muñones de sus bosques, y el mar vivo, azul, con su tumulto de restos-escoria en parda flotación ante la boca del Cuerno de Oro. Tenía yo vistas de distancias abstractas y espejismo, pues me encontraba en una eminencia en medio de Estambul por la zona de Suleimanich o de Sultan-Selim. Pero todo me parecía demasiado vasto, en exceso solitario; y después de avanzar una serie de metros más allá del bazar, sentí nostalgia y volví atrás.

Hallé a la criatura dormida aún en la puerta de la casa y dándole un suave puntapié la desperté. Se incorporó al punto con aire de sorpresa y una agilidad sinuosa, quedándose mirándome con fijeza hasta que, separando la realidad del sueño y la costumbre, se percató bien de mi presencia, e inmediatamente se tendió otra vez, dolorida. La alcé y la hice cojear tras de mí a través de varias salas hasta el patio interior y la fuente, donde la coloqué entre las matas sobre el alabastro tomé su pie en mi regazo, lo examiné, saqué agua y lo lavé vendándolo luego con un girón del borde de mi caftán, hablándola entretanto ceñudamente para que no le quedaran ganas de seguirme más.

Seguidamente me desayuné en el quiosco, y una vez acabado, puse sobre un plato una masa de foie-gras trufado y fui por entre las matas a la fuente, dándoselo. Ella tomó el plato, pero pareció sin saber qué hacer, por lo que con mi dedo índice puse un pico del manjar en su boca, con lo que seguidamente se puso a devorarlo por sí misma. También le di un poco de pan de jengibre, un puñado de bombones, algo de vino de Krishnu y asimismo un poco de anís. Luego me dispuse a partir de nuevo, conminándola severamente a que ella se quedara donde estaba, dejándola allí sentada junto a la fuente, con su abundante cabellera pendiente, y atisbándome mientras atravesaba el boscaje. Mas apenas hube llegado al portal del bazar que, al mirar ansiosamente hacia atrás, la vi que venía cojeando tras mí. ¡Aquella criatura me seguía como una concha dejada en la estela de un buque!

Volví con ella ahora a la casa, pues era necesario que yo escogiera algún otro método para amaestrarla. Ello sucedió hace cuatro días, y desde entonces he permanecido aquí, pues la casa y patio son lo bastante agradables, y son un museo de objets d'art. No obstante, está dispuesto que mañana zarparé para Imbros.

Parece ser que ella no conoció tampoco nunca vestidos, siendo solamente acá y allá que podía descubrirse su color de oscuro marfil, pues el resto estaba cubierto de polvo, como las botellas que con el tiempo se cubren de telarañas en las bodegas.

Por lo tanto, me he dedicado a la tarea de vestirla, mas primero chapuzándola y restregándola con esponja y jabón en la tibia agua de rosas de la cisterna de plata del baño del harén, estancia de mármol con una fuente y los intrincados cielos rasos de estas casas, y frescos, y dorados textos del Corán titilando sobre el mármol y sobre los cortinajes de seda rosa. Yo había arrojado algunos vestidos sobre un canapé y, habiéndole enseñado cómo manejar la toalla, la hice embutirse en unos pantalones llamados shintyan, de seda blanca con listas amarillas, los cuales le até sobre las caderas con un cordón, atándolos también después bajo sus rodillas, por lo que sus voluminosos pliegues, suspendidos sobre los tobillos, les daban el aspecto de una falda. Le puse luego una camisa de gasa, que asimismo le llegaba a las caderas, luego un jubón de raso escarlata, bordado de oro y piedras preciosas que le alcanzaba a la cintura, muy ajustado, y haciéndola tenderse en el canapé, calcé sus pequeños pies con babuchas azules, ajorcas tobilleras luego y anillos en los dedos de sus manos y en torno a su cuello un collar de cequíes limpiándole finalmente las uñas, que corté también y tinté de reseda. Quedaba su cabeza pero con ella no tenía que hacer yo, limitándome a apuntar al fez que yo llevaba, a un pañolón y al fresco de una mujer sobre el muro, para que pudiese copiarlo. Y como remate, perforé los lóbulos de sus orejas con las agujas de plata que allá usan, dejándola al cabo de dos horas de esta labor.

Una hora después la vi en la arcada en torno al patio y, a mi gran asombro, tenía una trenza que le caía por la espalda, y rodeando sus sienes una especie de toca o caperuza de seda azul cielo, exactamente como la mujer de la pintura.

Se presenta aquí una pregunta cuya respuesta sería de sumo interés para mí: Si durante veinte años — o más bien veinte siglos — he estado loco de atar, o he sido un rabioso maníaco; y si de pronto ahora estoy o no sano, sentado aquí escribiendo en mis cabales y cambiado todo mi tono o en un proceso de rápido cambio, ¿puede ser debido tal cambio a la presencia del único ser que conmigo se encuentra en el globo terráqueo?

¡Ser singular! Es un problema insoluble el saber dónde y cómo ha vivido. Jamás había conocido vestidos, como dije, y como se demostró ante su infinita perplejidad cuando me puse a la tarea de vestirla. Además, durante sus casi veinte años no ha visto jamás almendras, higos, nueces, licores, chocolate, conservas, vegetales, azúcar, aceite, miel, dulces, sorbete de naranja, sal, tabaco...; pues su perplejidad fue también inmensa ante todos estos artículos. Pero sin embargo, ella ha conocido y catado vino blanco; he podido apreciar esto. Así, pues, aquí hay un misterio.

No he ido a Imbros, sino permanecido aquí unos días más, estudiándola.

La he permitido sentarse en un rincón de la estancia a las horas de comer, no lejos de donde yo lo hago.

¡Es pasmosamente inteligente! Continuamente hallo que en un plazo de tiempo increíblemente breve, se adapta a esto o a aquello, portando sus vestiduras con cierta coquetería, como si las llevara desde el nacimiento o fuese una maniquí, y sin parecer en lo más mínimo observadora — pues da una impresión de desvanecimiento — estoy seguro de que me mide estrechamente: sabe cuando hablo en tono rudo, la digo que vaya o venga, me molesta su presencia o soy

intolerante con ella, o la desprecio o la maldigo. Y si la mando al diablo, desaparece al punto. Ayer noté algo raro en ella, y descubrí que se había puesto rimmel en las pestañas: debió haber encontrado algo de él y conjeturado su empleo por los frescos. ¡Inteligente a más no poder, en efecto! Otra vez, hace dos mañanas, tocaba yo una tonada sentado bajo las arcadas y, entretanto, pude verla tras una de las columnas del lado opuesto del patio, escuchando atentamente y, según supuse, jadeante. Pues bien, al regreso, por la tarde de un paseo que di más allá de las murallas de Faner, oí la misma tonada procedente de la casa, repetida sin falta alguna de oído. Y en la mañana del día siguiente, cuando llegué a donde ella estaba, sin hacer ruido, pues los pasos no lo producen en esta casa... la sorprendí en la sala de visitas del pacha copiando las posturas de tres bailarinas pintadas en un fresco de la pared. Parece, pues, que su carácter es tan volátil como el de una mariposa, no preocupándose por nada.

Ahora lo sé.

Había observado que el comienzo de cada comida, ella parecía tener algo en su mente, yendo hacia la puerta, vacilando como para ver si yo seguiría, y volviendo luego, hasta que por fin ayer, tras habernos sentado para comer, se puso en pie de un brinco, pronunciando a mi infinita sorpresa su primera palabra... con un esfuerzo verdaderamente experimental de la lengua, al igual del novel que prueba el aire: la palabra «Ven».

Aquella mañana precisamente, al encontrarla en el patio, le había dicho que repitiese algunas palabras conmigo, pero ella no lo intentó, como con timidez para romper el silencio de su vida. Ahora, pues, sentí una especie de placer infantil al oírla pronunciar aquella palabra que sin duda me había oído frecuentemente, así que, después de comer apresuradamente, fui con ella, diciéndome para mis adentros: «Seguramente querrá enseñarme el alimento a que está acostumbrada, con lo cual podré solucionar la cuestión de su origen.»

Y así fue. He descubierto ya que hasta el momento en que me vio, sólo había probado la leche de su madre, dátiles y aquel vino blanco de Ismidt que el Corán permite.

Como estaba oscureciendo, encendí y tomé conmigo mi linterna de seda roja y salimos, guiando ella, con un caminar detestablemente rápido que aminoraba cuando la conjuraba a ello mas volviendo después al mismo paso rápido, siendo su caminar una especie de levedad volandera y de furare liberado muy difícil de describir, como si el espacio fuese algo que se dispusiera para el deleite de los sentidos. Mas no puedo decir por medio de qué instintiva maña o vigor de la memoria hallaba su camino de manera infalible; pero lo cierto es que aquella noche me llevó recorriendo millas y millas, hasta que me puse furioso, pues sólo había una débil luna oscurecida por nubes y una llovizna tenuísima como el rocío en el aire. Ella, sin necesidad de luz al parecer, daba sus pasos volanderos sobre montones de piedra, como si anduviera de puntillas o se deslizara, y yo metía una y otra vez mis pies en los pequeños baches que siempre fueron el punteado de las calles de Estambul. En los momentos en que más cerca de ella estaba, la veía extender su mirada escudriñadora hacia Pera, como si fuese un mojón conocido; notaba los constantes arabescos que trazaban las cuentas de coral de sus zarcillos, la ágil actividad ondulante de sus miembros, y me preguntaba con un gemido si en efecto sería Pera nuestra meta.

Mas nuestra meta era aún más allá de Pera. Una vez llegada al Cuerno de Oro, señaló a mi barca que estaba en la escalera del Viejo Serrallo, y fuimos por el agua, arrellanada ahora cómodamente, con su rostro al nivel del agua, en el

centro, tan indolente como alguna hanum de la antigüedad en alguna escapada nocturna, pasando a aquella Babel de Galata y la ribera norte del Cuerno.

Pasados luego nosotros a través de Galata, yo maldiciendo ya el viaje, y siguiendo la línea de la costa y aquella empinada vía pública de Pera, llegamos por fin, casi en campo, a un gran muro y a la entrada de un gran jardín aterrazado, cuyos límites eran invisibles y muchas de cuyas avenidas se encontraban aún intactas.

Lo reconocí al instante... había colocado un juego especial de espoletas en el palacio y en lo alto de sus terrazas: era el palacio real de Yildiz.

Ascendimos constantemente a través del terreno, siendo todavía discernibles al azar del claror de la linterna algunas personas no quemadas en andrajos de uniformes: un músico vestido de azul, un soldado de infantería, de escarlata, y tres criados del palacio en rojo y naranja...

El palacio en sí estaba convertido en una ruina, así como los cuarteles, mezquita y serrallo que lo rodeaban, y cuando llegamos a la cúspide de los terrenos, presentaba una muy semejante a las que yo viera de las ruinas de Persépolis, con la única diferencia de que aquí las columnas, tanto en pie como derribadas eran innumerables y todavía más o menos ennegrecidas. Nos movimos a través de umbrales sin puertas, descendimos por escalinatas de cuatro o cinco peldaños inmensamente anchas, y sobre ellos, y sobre esparcidos patios, por entre ruinosos fragmentos de arcadas, todas sin techumbre, y trechos de carbón vegetal que se apilaban sobre los restos de avenidas encolumnadas, siguiendo yo ahora expectante sus pasos, con mis sentidos muy aguzados y alertas. Finalmente, y bajo un tramo de estrechos peldaños, muy dislocados, llegamos a un nivel que me supuse ser el piso de los subterráneos del palacio, pues al pie de las escaleras nos hallábamos sobre un plano de revoque que mostraba las huellas de las llamas. La muchacha se detuvo un momento, señalando luego con ávido reconocimiento a un boquete en él, y desapareció por el mismo.

Yo la seguí por aquel agujero, bajando la linterna y viendo que la caída era de vinos dos metros y medio, convertidos aún a menos de dos por un montón de cascajo de piedra que abajo había, y cuyo desprendimiento debió haber causado el boquete. Al instante me di cuenta cómo ella había logrado salir de allá a la luz del sol.

Descendiendo, pues, a mi vez, me encontré en una bodega de piso de marga, mohosa y húmeda, pero de tan vasta superficie que creo que hasta de día no podrían calcularse sus límites, pues me parece que se extiende bajo todo el palacio y sus alrededores. Con la linterna pues, sólo pude ver una pequeña parte.

Ella me siguió conduciendo con la misma seguridad, llegando yo ahora a una zona de cajas, cada una de ellas de sesenta centímetros cuadrados y veinticinco de altura, hechas de endebles listones, apiladas hasta el techo; y a unos sesenta metros vi una zona de botellas, las cuales eran panzudas y enfundadas ron mimbre, extendiéndose en la oscuridad e invisibilidad. Las cajas, de las cuales un montón se hallaban rotas y abiertas, como desquiciadas por un estampido, contenían dátiles, y las botellas, miles de las cuales estaban vacías, vino añejo de Ismidt. Unos cincuenta o sesenta cascos, cubiertos de moho, algunos fragmentos de ajuar, y un cubo de pergaminos, grande como una cabaña, pudriéndose y ahorquillándose, mostraba que esta bodega había sido más o menos empleada para el almacenamiento de trastos desechados.

También había sido utilizada como prisión doméstica, pues en la vereda entre la zona de las cajas y la de las botellas yacía el esqueleto de una mujer, los detalles de cuyo vestido eran aún apreciables, y portando ligeras esposas de latón en sus

muñecas. Y cuando la examiné, conocí la historia del ser que se hallaba en pie silenciosa a mi lado.

Este ser es una hija del sultán, como lo supuse cuando comprendí que el esqueleto es al par el de su madre y el de la sultana.

Que el esqueleto era el de su madre resulta evidente: pues cuando la nube llegó, hace veinte años la mujer debió haberse hallado en la prisión, que debió haber sido estanca al aire, y con ella su criatura; y puesto que la muchacha no tiene más de veinte años — representa más joven —, debió haber nacido allí o sido en efecto su criatura, pues a una criatura no se le encarcela a no ser en compañía de su madre. Yo pienso más bien que en el momento de la nube no existía aún, y que la niña nació en la bodega.

Que la madre era la sultana resulta evidente por los restos de vestido y el carácter simbólico de cada uno de sus adornos — pendientes de media luna, pluma de airón y la campaca azul esmaltada en un brazalete —, habiendo sido acaso esta pobre mujer víctima de algún acceso del imperial hastío, envenenada por algún delito conyugal que pudo haber sido perdonado algún día, de no haber alcanzado la muerte a su dueño y a la humanidad.

Hay cinco escaleras cerca del centro de la bodega, que conducen a una puerta caediza de hierro, cerrada actualmente, siendo ésta aparentemente la única abertura en este agujero. Y la tal puerta caediza o trampa debió haber estado tan bien ajustada como para no permitir la intrusión del veneno en cantidad mortal.

Mas ¡cuán rara, cuán extraña! la coincidencia de contingencias aquí. Pues si la puerta caediza era absolutamente estanca a aire, no puedo pensar que la provisión de oxígeno en la bodega, por muy grande que ésta fuese, habría sido suficiente para durar veinte años a la criatura, sin contar con el que su madre respirara antes de morir, pues supongo que aquella mujer debió haber continuado viviendo algún tiempo en su calabozo, el suficiente cuando menos para enseñar a su hija a tomar su ración de dátiles y vino; de manera que la puerta debió haber sido hermética solamente para bloquear el veneno y admitir sin embargo cierto oxígeno... a menos que el lugar hubiera estado completamente estanco en la época de la catástrofe y se abriera alguna grieta, que yo no había observado, debida acaso a algún terremoto, admitiendo oxígeno y la luz del sol después de que el veneno se disipara. En cualquier caso, ¡qué infinita singularidad la de la probabilidad!

Pensando estas cosas salí, y caminamos a Pera, donde dormí en una casa de piedra blanca que se hallaba a cinco o seis acres de jardín y dominaba el cementerio de Kassim, habiendo señalado a la criatura otra casa en que ella durmiera.

¡Qué historia la de esta criatura! Tras existir veinte años en un universo sin sol de unas pocas áreas de superficie, un día vio el único firmamento que sabía derrumbado en un punto... un agujero abierto en otro universo aún más allá. Fui yo quien había llegado, e incendié la ciudad, y la puse en libertad.

¡Ah, ahora veo algo! ¡Lo veo! Fue para esto que fui preservado. ¡Para ser una especie de primer hombre y esta criatura mi Eva! ¡Eso es! «El Blanco» no admite la derrota, quiere volver a comenzar la raza. Al final, en la hora oncena, a pesar de todo, cambiaría la derrota en victoria y superaría al Otro.

Sin embargo, si así fuera — y así parece ser —, el plan del Blanco tiene un fallo; en un punto su previsión bien elaborada es mera conjetura... pues yo puedo negarme.

Ciertamente, en esta cuestión me encuentro al lado del «Negro» y puesto que ello depende absolutamente de mí, esta vez él vence.

¡No más hombres de este modo después de mí, Poderes! Para vosotros el asunto pudo no haber sido más que el regocijo en una mesa de juego en cuanto al resultado de vuestra disputa etérea, pero para los pobres mendigos que hubieron de soportar las torturas el potro de los tormentos, los males, cuitas y horrores, fue una cosa en verdad dura. ¡Oh, el profundo, profundísimo dolor — su vulgaridad y prosaísmo — de aquella chapucera colina de hormigas, felizmente barrida ya¡¡Mi querida Clodagh... no ideal! ¡Aquellos bobalicones «caballeros» y «damas» de mis días! Y allá estaba un hombre llamado Judas que «traicionó» a aquel dulce Jesús, y cierto romano llamado Galba, y un diablo francés, Gilíes de Reiz... y el resto eran muy semejantes. No, no era buena raza aquella pequeña infantería que se llamaba a sí misma Humanidad y sus componentes hombres. Y aquí, cayendo de rodillas ante Dios y el diablo, juro: Jamás a través de mí volverá a brotar y a afirmarse.

¡No puedo prestarle una realidad! ¡En absoluto, en absoluto! Si está fuera de mi vista por espacio de cinco minutos, dudo de su realidad; si no la veo durante dos horas, vuelven a presentarse todos los antiguos sentimientos y certidumbres objetando que simplemente he estado soñando... que su apariencia no puede ser un hecho objetivo de experiencia, puesto que lo imposible es imposible.

Diecisiete años, largos años de locura...

Mañana parto para Imbros, y si este ser opta por seguirme o permanecer aquí, la veré desde el momento en que yo no esté ya aquí.

Debe levantarse muy temprano. Yo, que generalmente me encuentro en la azotea del palacio al romper el día, puedo percibirla allá abajo — desde las sedas de las galerías o desde las escaleras del quiosco del telescopio — como una forma microscópica andando por el césped y con la vista alzada en arrobada contemplación del palacio desde el borde del lago.

Cuando hace tres meses vino conmigo a Imbros, la dejé en aquella casa del pueblo que con sus celosías verdes de cara a la playa, y en la que había todo cuanto pudiera necesitar; pero sabía que como todas las casas de allá, estaba llena de grietas y goteras; de manera que el siguiente día a aquella escalera tallada entre las rocas al sur del pueblo, subí por ella, y a cosa de media milla hallé un parque y una villa que había percibido desde el mar, hallándose la villa casi intacta, siendo su construcción sólida, de pórfido, y aunque pequeña, muy semejante a una casa occidental, con barda y tres gabletes, por lo que supongo que debió haber sido el refugio de algún inglés, pues además había libros ingleses, aunque la única persona que observé allá fue un curdo del Ararat, con amplios bombachos ceñidos a los tobillos y albornoz. Y por doquier en el parque y todo en torno a los escalones de la roca a la casa, una avenida de acacias, de suelo musgoso, y que formaba un arco sobre la cabeza, hallándose la casa a unos cuatro metros del borde del acantilado, pudiéndose ver desde allí el palo mayor del Esperanza en su abra. Tras examinar el lugar bajé de nuevo al pueblo y a la casa donde ella estaba; pero no se encontraba allá, y por espacio de dos horas recorrí la espesura de las pequeñas avenidas y casas de techado plano y sin ventanas (aunque algunas tienen una azotea y una rara abertura) y cuyos amarillos, rojos y azules, antaño violentos, ahora semejan a los últimos apagados tintes del crepúsculo. Cuando por fin vino corriendo, con sus labios agrietados, la llevé a la villa por las escaleras de la roca; y allá ha vivido viéndose, según ahora observo, uno de los extremos del tejado, desde la esquina norte de la azotea del palacio, a unas dos millas.

De nuevo aquella tarde al dejarla hizo un intento de seguirme, pero yo estaba resuelto a cortar por lo sano, así que, cogiendo un zurriago de sasafrás, le di tres azotes, hasta que escapó corriendo y gritando.

Así, pues, ¿cuál es mi destino en adelante? ¿Pensar siempre, desde la salida del sol hasta la de la luna, y de luna a sol de una sola cosa, siendo ésta una mota para el microscopio? ¿Evolucionar hasta un Paul Pry para espiar sobre los brincos de un gorrión, o desarrollar como algún fatuo fantasmón de la antigüedad su avidez de fisgar, su única facultad de husmear y atisbar, y su alborozo y triunfo por desempolvar y desenterrar lo infinitamente insignificante, ¡Antes la mataría!

Estoy convencido de que nunca se queda en casa, sino que continuamente errabundea por la isla, pues en tres ocasiones, vagabundeando yo mismo, la he tropezado, la primera vez con la cara encendida y corriendo tras una mariposa, con una mata en su mano izquierda (pues emplea ambas manos con igual destreza). Era hacia las diez de la mañana, en su parque, en el extremo bajo donde crece tupida la hierba y hay una hipertrofia de helechos exhuberantes entre los troncos de los árboles, y oscuridad, y la pared destruida de un quiosco funeral sumido oblicuamente bajo el musgo, y trepadoras y flores silvestres, tras las cuales yo fisgaba oculto, empapado de rocío. Ella ha tenido la audacia de modificar el vestido que yo la pusiera, y parecía también una mariposa; pues llevaba unos abombados pantalones de seda azul, un suave de raso azafrán que apenas le alcanzaba a la cintura, y un fez con borla violeta, su cabello en trenza sobre la espalda, pero en retozón flequillo sobre la frente, y el fez un tanto echado hacia atrás. Yo observaba sus carreras y sus ágiles pies, y su avispamiento, pero no es lo bastante lista de todos modos, pues la mariposa se le escapó, y en un instante vi que la expresión de su animado rostro cambiaba a la decepcionada tristeza ante aquel hecho, pues nada hay en la naturaleza más voluble que su rostro, que resulta como un paisaje, siendo en aquellos momentos como atravesado por sombras de nubes en un día soleado. Mi corazón latió rápido aquella mañana, debido a la conciencia de que, mientras yo veía era invisible, y sin embargo podía ser visto.

Y tres semanas después tropecé con ella a mediodía, un buen trecho más allá, al oeste del palacio, dormida con la cabeza sobre un brazo, en una avenida entre arriates, donde asomaban pámpanos silvestres que la sumían en sombra; mas apenas había estado yo fisgando tres minutos a través de la espesura, cuando ella se incorporó como sobresaltada y quedó mirando ardientemente en derredor, habiendo detectado alguna presencia con su sutil y rápida conciencia, aunque no parece que yo logré desaparecer sin ser visto. Vi que tenía la cara bastante sucia, manchada en torno a la boca de una policromía de uvas, moras y otros jugos de color, como la chiquillería de los antiguos tiempos, también observé que en su nariz y mejilla han aparecido unas leves pequitas.

Hace cinco tardes, al verla por tercera vez, observé que había estado obrando sobre ella el primitivo instinto de representar el mundo en imágenes. Fue abajo, en el pueblo, por donde yo vagaba en aquellos momentos. Al salir a una calle la vi cerca, me detuve y me escondí tras unos arbustos. Tenía un trozo de tabla ante ella, y en sus manos un trozo de yeso, y al parecer estaba dibujando, al par que la punta de su lengua recorría de un extremo a otro su labio superior, regularmente, como un péndulo, el fez sobre su cabeza muy echado hacia atrás, y su pantorrilla izquierda balanceándose. Había dibujado una lancha, vapora, como pude ver estirando mucho el cuello, estaba intentando reproducir de memoria el palacio, pues allá estaban las líneas ondulantes que querían ser las escaleras de la plataforma, las dos columnas, los almenajes del patio exterior, y ante el portal... yo

mismo, alcanzando mi turbante más arriba del tejado y mis dos matas de barba más abalo de las rodillas.

Algo me espoleó y no pude resistir de lanzar un «¡Uh!», con lo cual tuvo un movimiento de gacela alertada. Salí de mi escondite y señalé sonriendo el dibujo.

Esta criatura tiene una manera de apretar estrechamente los labios mientras menea la cabeza en mi dirección y borbotea una especie de risa arrulladora... como ahora.

—¿Eres una pequeña desgraciada lista? — dije yo. A lo que ella alzó un tanto la ceja derecha, intentando adivinar mi pensamiento con una especie de sonrisa.

—Sí, una pequeña desgraciada lista — seguí con voz ruda —. Más lista y astuta que una serpiente, sin duda; pues en el primer caso fue el negro quien empleó la serpiente, y ahora es el blanco. ¿Sabes lo que tú eres para mí, tú? ¡Mi Eva!... una pequeña idiota, una pequeña rana policroma como tú. ¡Pero no paso en absoluto por ello! Bonita raza habría contigo por madre y yo por padre, ¿no es así?... medio criminal como el padre y medio imbécil como la madre: en una palabra, como la última. Solían decir, efectivamente, que el vástago de un hermano y una hermana resultaba siempre pobre de espíritu... y de tal himeneo provino nuestra raza, así es que no resulta extraño que fuese como fuera. Y así volvería a ser de nuevo. Bueno, no, por muchas precauciones que tomemos, el Blanco nos trampeará, así que nada de riesgos... a menos que tengamos los hijos y les rebanemos el gaznate cuando nazcan. Pero sé que no querrías esto en absoluto, y en conjunto no serviría, pues el Blanco cegaría con su rayo a un pobre hombre, si tratase de hacerlo. Nada, pues: el Adán moderno es al cabo de unos seiscientos mil años de su antepasado más sabio que él... ¿lo ves, menos instintivo, más racional. El primero «desobedeció» por comisión; yo por omisión; sólo su «desobediencia» fue un pecado; la mía es un heroísmo. Yo no he sido hasta la fecha una especie de bestia particularmente ideal, pero en mí Adán Jeffson lo juro, la raza alcanzará por fin la nobleza de la autoextinción. Yo

volveré los triunfos, me demostraré ser más fuerte que la Tendencia, el Genio Mundial, la Providencia, las Corrientes del Destino, el Poder Blanco, el Poder Negro, o sea como se llame a ello. No más Clodaghs, Borgias «señores», Napoleones, Paces, Rockefellers y Guerras de los Cien Años... ¿comprendes?

Tenía ella alzados los ojos un tanto oblicuamente, como una tonta, haciéndose cábalas sin duda sobre lo que yo estaba diciendo.

—Y hablando de Clodagh — proseguí — Te llamaré así en adelante, para conservar fresco mi recuerdo. Así que tu nombre es, no Eva, sino Clodagh, que era una envenenadora, ¿comprendes? Envenenó a un pobre hombre que confió en ella, y ese será tu nombre ahora, no Eva, sino Clodagh, para recordarme que tú eres una pequeña víbora pecosilla de la especie más peligrosa. Y con el fin de no ver más tu lindo hociquillo, decreto que en el futuro llevarás un yashmak que cubra tus labios, que según puedo ver estaban destinados a la seducción, aunque estén sucios; y puedes dejar al descubierto esos ojos azules y esa naricilla con sus pequitas en su blanca piel, si lo deseas, pues son bastante vulgares. Y entretanto, si deseas ver cómo se dibuja un palacio... te lo enseñaré.

Mas antes de que extendiera mi mano, ella me presentaba el tablero... ¡así pues había captado algo de mi pensamiento y del significado de mis palabras! Pero algo gutural en mi tono de voz la había herido, pues tenía una expresión entre murriosa y displicente, con su labio inferior combado hacia afuera, de manera patética, como de costumbre cuando estaba dispuesta a llorar.

En unos cuantos trazos dibujé el palacio, con ella en pie en el soportal, entre las columnas. Su satisfacción pareció grande, pues señalando a la figura y después a

sí misma, interrogadoramente, al asentir yo, lanzó su arrulladora risita. Resulta evidente que, á pesar de mis azotainas, no me tiene mucho miedo.

Antes de que pudiera marcharme de allí sentí algunas gotas de lluvia, desencadenándose en algunos segundos un aguacero, observando al mismo tiempo que la bóveda celeste estaba oscureciéndose rápidamente, por lo que me abalancé al más próximo de los cuchitriles, dejándola mirando de soslayo hacia el cielo, prestando además curioso interés a la lluvia, pues aún no se halla familiarizada del todo con las cosas y parece considerarlas con una ingenua gravedad y atención, como si fuesen seres vivientes, camaradas tan buenos como ella misma. Hasta ahora que vino a mi lado, se asomaba para sentir las gotas.

Resonaron los truenos, se alzó intenso viento y la lluvia espumarajeaba en derredor mío, pues las ventanas de aquellas casucas (hechas según creo de papel impregnado en aceite de almendras) habían desaparecido tiempo ha, y penetrando el agua chapoteaba los huesos de los hombres, de manera que estaba alzándome los faldones de mi ropón para ir a otro cobijo, cuando ella surgió del umbral diciéndome de aquella manera inexperimentada en su pronunciación, aquella palabra: «Ven», y con la misma echó a andar, mientras que yo, alzando sobre mi turbante a guisa de protección mi vestidura exterior, la seguí.

Tomó ella el camino por el abrevadero de caballos a través de una senda entre dos muros, y luego por un vericueto que a través del boscaje llevaba a la escalinata de la roca, por la cual subimos hasta su villa, que se encuentra una milla más próxima al pueblo que el palacio, aunque para cuando penetramos a su abrigo, estábamos calados hasta los huesos.

Se había tendido una súbita oscuridad, pero ella sacó algunas cerillas y encendió una, mirándola con cierto aire de meditación, aplicándola luego a una vela y a una lámpara occidental de bronce que estaba sobre la mesa y que yo la había enseñado a cargar y encender; y cuando señalé a un aparato llamado mangal semejante a las que me vio encender para calentar las aguas del baño en Estambul, corrió a la cocina, volvió con algunas astillas y lo encendió muy despabiladamente. Allá quedé aquella noche, leyendo por espacio de horas (la primera vez después de más de un año), un libro del poeta Milton hallado en una estantería al otro lado de la chimenea occidental junto a la cual se hallaba el mangal. Y cosa de lo más extraña y nueva, hallé aquella oratoria sobre el Poder Negro y el Poder Blanco y ángeles guerreando mientras la tormenta bramaba; pues aquel hombre, aunque limitado de potencia cerebral

como los antiguos en general, había evidentemente cargado con penas sin cuento con este libro y lo había escrito maravillosamente también, haciendo zumbar el tema; y yo no podía concebir el por qué de que se hallara en aquella desazón, a menos de que fuese por la misma razón que yo erigiera el palacio — cierta chispa en un hombre — y quisiera ser como los dioses...; pero eso es vanidad.

Bien, hay una furia recientemente en las tempestades, que realmente sobrepasa los límites, cosa que me parece haberlo observado ya en páginas anteriores. Jamás habría concebido tan gigantescas turbulencias como las que oyera aquella medianoche, sentado allí y fumando un chibuquí, leyendo y escuchando los aullidos y lamentaciones de aquel viento hechizado, encogiéndose ante él, temiendo hasta por el Esperanza en su muelle del puerto y por las columnas del palacio. Pero lo que me asombraba era aquel ser femenino: pues tras haberse sentado en la otomana a mi lado durante algún tiempo, se tendió quedando dormida, sin el menor miedo, aunque debí haber pensado que ciertamente, ante tal vorágine, debiera haberse puesto nerviosa, no atinando de dónde le venía aquella tranquila confianza en el cosmos, que es como si alguien la inspirase haciéndola

ligera, diciéndole: «Ten ánimo y no te preocupes un comino de nada, pues Dios es Dios».

Oí el ronco fragor del océano, con estampidos de artillería gruesa al embestir contra las rocas de abajo, donde el mar se encuentra con la parte sur de dos tenazas de tierra que forman el puerto, y acudió a mi cabeza el pensamiento: «Si la enseñara a hablar y leer, algunas veces podría hacer que leyera para mí.»

Los vientos estaban luchando furiosamente contra la villa para arrastrarla a las espantosas inmensidades de la noche, y no pude por menos de suspirar: «Ay de nosotros, dos desechos de nuestra raza, trozos de un naufragio arrojados aquí sobre esta costa, para ser arrastrados de nuevo, oh Eternidad, a los abismos de tu turbulento seno; y sobre qué playa... ¿quién puede decirlo?... ha de ser lanzada ella primero y yo acaso separado luego por la extensión de la zona astral?» Y había en las cosas tal lástima y un estrujamiento tal del corazón, que se desgarró mi interior en aquella lúgubre medianoche.

Ella se incorporó ante un estruendo de más terrorífico volumen, restregándose los ojos y con el cabello revuelto (debió haber sido hacia medianoche), escuchando durante un minuto con aquel grave interés chancero al par, y luego me sonrió y, poniéndose en pie, abandonó la estancia, volviendo con una granada y unas almendras en un plato, un delicioso licor en un jarro egeo y una copa de plata de interior dorado, cosas que colocó sobre una mesa al alcance de mi mano, mientras yo murmuraba: «Hospitalidad».

Luego se quedó mirando al libro, que yo seguía leyendo mientras comía, contrayendo un tanto el párpado izquierdo, con aire de adivinar el empleo del libro, supongo La mayoría de las cosas las comprende rápidamente, pero ésta debió haberla desconcertado; pues ver a alguien mirar fijamente a una cosa y no saber qué es lo que está mirando debe ser muy desconcertante.

Así, pues, puse el libro ante ella, diciendo:

—¿He de enseñarte a leerlo- Y si lo hiciera, ¿me lo recompensarías, Clodagh?

A cuyas palabras alzó las cejas, intentando comprender su significado, mientras la llama del candelero, movida por el viento, destellaba en su rostro como con pinceladas de un pincel, aunque todo postigo estaba cerrado. Y Dios sabe que en aquel momento sentí compasión por la muda niña abandonada, sola en todo el globo terráqueo, conmigo.

—Acaso, pues, te enseñe — dije —. Eres un pequeño resto desvalido de tu raza, y te dejaré venir al palacio dos horas por día y te enseñaré. Pero anda con mucho cuidado, pues si hay peligro te mataré sin remedio, tenlo por seguro. Bien, déjame pues comenzar ahora con una lección. Repite conmigo: Blanco.

Tomé su mano y la hice comprender lo que yo quería que hiciere.

—Blanco — dije.

—Ba... lanco — repitió ella.

—Poder — dije yo.

—P-o-del — dijo ella.

—Poder Blanco.

—P-o-del B-a-lanco.

—El Poder Blanco no debe.

—El P-odel B-lancp no debe.

—Prevalecer — dije yo.

—El Poder Blanco no debe prevalecer.

—El P-odel B-lanco no debe ple-valecel.

El rugido de un trueno mientras ella pronunciaba estas últimas palabras me pareció una risotada a través del cosmos, y por espacio de un minuto la miré a la

cara con positivo temor, hasta que poniéndome en pie la aparté de mi paso y me aventuré a pugnar por abrirme paso a mi palacio y a mi lecho.

Tal fue la ingratitud y la fatalidad de mi primer intento de hace cinco noches por enseñarla; y ahora queda por verse si mi compasión por su mudez o alguna servil tendencia por mi parte a la camaradería, den por resultado alguna otra lección. Desde luego, no lo creo; pero aunque he dado mi palabra... veremos.

Seguramente que su presencia en el mundo conmigo — pues sin duda es esto — ha operado algunas profundas modificaciones en mi talante, pues se fueron ya aquellas horas tormentosas, en las que galleando ostentaba con blasfemia mi monarquía a la faz de los cielos, o bien en que babeando y agitando mi cuerpo en una impúdica danza, iba a reducir alguna ciudad a cenizas revoleándome en su siniestro fulgor escarlata con risotadas infernales, o bien en la embriaguez de las drogas. ¡Fue frenesí — ahora lo veo —, ello no era nada bueno, «nada bueno». Y más bien parece como si hubiese pasado... o estuviera pasando. He cortado mi barba y cabello, quitándome los aros de las orejas y pienso en modificar mi vestimenta... Y vigilo la hora en que ella vino andorreando por la puerta del lago.

Su progreso es como...

Hace unos nueve meses que escribí que «Su progreso es como...» y desde entonces no he sentido impulso alguno por escribir; mas precisamente estaba pensando ahora sobre los trucos y excentricidades de mi memoria y, viendo el viejo libro, lo señalo aquí: pues recientemente he estado intentando recordar el nombre de mi antiguo hogar en Inglaterra, donde yo nací y crecí... y se ha ido, ido; acaso me vuelva más tarde, pero no puedo decir que mi memoria sea mala, ya que hay cosas — triviales a veces— que me vuelven con considerable claridad y de manera muy vivida. Por ejemplo, recuerdo haber conocido en París (creo) mucho antes de la nube ponzoñosa, a un muchachito brasileño de color café con leche, al que ahora ella constantemente me recuerda: llevaba él tan rapado su pelo que se podía ver su piel cuando se deleitaba en corretear por las escaleras del hotel, vestido con el espectral ropón de Pierrot; y tengo la impresión de que debió haber tenido unas orejas muy grandes... siendo inteligente y vivo como una pulga, capaz de chapurrear en cinco o seis idiomas como si fuese la cosa más natural, sin sospechar lo más mínimo que fuese nada extraordinario. Ella tiene aquella misma listeza, inconsciente e indiferente, y una fácil adaptación a la vida... Hace poco más de un año que comencé a enseñarla, y ya puede hablar con un considerable vocabulario (aunque no pronuncia la letra «r»); tiene pasión y furor por la química, y no escaso conocimiento; ha leído también, o más bien devorado, muchos libros; puede escribir, dibujar, tocar el arpa, y todo lo hace sin esfuerzo, más bien con aquella alada naturalidad con la que la alondra alza el vuelo.

Lo que me hizo enseñarla a leer fue lo siguiente: cierta tarde, hará cosa de unos catorce meses, la vi desde el quiosco de la azotea abajo, al borde del lago, con un libro en mano, pues como así me había visto constantemente, ella hacía lo propio. Tenía la cabeza inclinada un tanto a un lado, con expresión más bien patética, por lo que no pude por menos de reírme, pues la espiaba a través del anteojo. No sé si es la gansa más simple o la más redomada de las bribonas, pero si alberga el menor designio sobre mi honor, será funesto para ella.

Fui a Gallipoli en mayo a pasar tres días, y regresé trayendo una barca, un creciente de color de la luna, que llevé en el motor al lago tras dos días de trabajo abriendo un paso a través de la espesa maleza. Y me ha agradado verla entre las sedas del centro de la barca, mientras que yo, manejando levemente el remo la oía decir sus primeras palabras, entre ocho y diez de la noche, siendo luego, desde las

diez de la mañana a mediodía que comenzó la lectura, sentados ambos en la escalinata del palacio, ante el portal, ella con la boca cubierta con el «yashmak» y por libro de lectura una Biblia que hallé en su villa. No ha preguntado nunca por qué ha de llevar el «yashmak», ni tengo la menor idea de cuanto pueda conjeturar, saber o intentar, preguntándome continuamente a mí mismo sobre si es toda simplicidad, o toda profundidad.

No puedo dudar de que sí tiene conciencia de algún profundo contraste en nuestra estructura, pues el que yo posea una larga barba y ella nada en absoluto, se encuentra entre los hechos más evidentes.

¿Puede ser resultado, en cuanto a mi concierne, de su presencia conmigo, una cierta occidentalidad. una creciente modernidad de tono? No lo sé...

Hay un reflejo de un lago en la floresta norte, visible desde la azotea del palacio, y en él hay peces tales como carpas, tencas, escarchos y otros, de manera que en mayo busqué una tienda de artículos de pesca en el bazar Fatmeh de Gallípoli, y tomé de él cuatro cañas de 3 metros bien aparejadas con sus carretes y pitas y anzuelos, llevándome además algún repuesto para las mismas, y puesto que en la isla había gran cantidad de lombrices de tierra, y cresas, tuve la seguridad de atrapar más peces de los que quería, que en realidad no era ninguno, pero, por divertirme, pesqué varias veces, tendido en una franja de altas hierbas dominadas por un enorme cedro, en un lugar de empinado declive de la orilla y de agua profunda. Y cierta tarde, ella apareció de pronto a mi lado, interrogándome con la mirada sobre si podía quedarse, y al asentir yo, así lo hizo, por lo que luego me dije que la enseñaría a pescar y la envié a palacio a que trajera otra caña para ella.

Pero aquel día no hubo nada a hacer, pues luego de haberle enseñado a cebar el anzuelo, lanzar la cuerda y manejar el carrete, la puse a buscar gusanos para la tarde siguiente, llegando la hora de cenar para cuando todo se acabó, por lo que la mandé a su casa, pues a la sazón le daba las clases por la mañana.

No obstante, el día siguiente que la encontré en el ribazo, le di nuevas enseñanzas y se emplazó también con su caña, dispuesta a probar fortuna.

—Bueno — la dije —, me parece que esto es mejor que vivir en una bodega durante años, sin otra cosa que hacer sino andar de uno a otro lado del encierro, dormir y consumir dátiles y vino.

—Sí — respondió ella.

—¡Año tras año! ¿Cómo lo soportaste? — pregunté.

—No estaba estlecha.

—¿No sospechaste nunca que había un mundo fuera de aquella bodega?

—No... o más bien, sí; pelo no supuse que ela este mundo... otlo donde él vivía.

—¿Quién él?

—Quien me lo dijo... ¡Oh, una picada!

Vi como su corcho se hundía y la ayudé a cobrar la pieza, la cual resultó ser sólo una cría de barbo, pero ella estuvo como en éxtasis, poniéndola sobre la palma de su mano, y riendo con aquel su arrullador borboteo.

Volvimos a poner cebo en el anzuelo y yo comenté entonces:

—¡Pero qué vida: sin salida, ni perspectiva, ni esperanza!

—¡Mucha espelanza! — replicó ella.

—¡Cielos!, ¿y de qué?

—Yo sabía muy bien que algo se estaba madulando soble la bodega, o abajo, aldededol, y que pasalía a una hola señalada, y que yo lo velía y lo sentilía y que selía muy bonito.

—Bien, de todos modos tuviste que esperar para ello. ¿Te parecieron largos esos años?

—No... a veces... no a menudo. Yo siemple estaba ocupada.

—¿En hacer qué?

—En comel, bebel, colel, hablal...

—¿A ti misma?

—No a mí misma.

—¿A quién entonces?

—Pues a uno que me decía cuando tenía yo hamble y que ponía los dátiles allí.

—Ya... No te muevas o no cojeras nunca un pez; la máxima del pescador es: «Aprende a estar quieto...»

—¡Oh, otlo!

Y esta vez, ella sola trajo ágilmente a tierra un escarcho.

—¿Pero quieres decir que no estabas nunca triste? — pregunté prosiguiendo la conversación.

—A veces me sentaba y llolaba — dijo —. No sabía pol qué. Pelo si eso ela «tlisteza», no me sentí nunca desglaciada, nunca. Y si llolaba, no ela mucho tiempo; me quedaba dolmida y mi amol me tomaba en su legazo y me besaba.

—¿Qué amor?

—¿Pleguntas? ¡Si ya sabes! El que me decía cuando tenía hamble y de la cosa que estaba plepalándose fuela de la bodega.

—¡Ah!, ya... Pero en aquella oscuridad, ¿no tuviste nunca miedo?

—Yo... ¿de qué?

—De lo desconocido.

—¿Cómo podía tenel miedo? Lo conocido ela lo opuesto a lo telible: hamble y dátiles, sed y vino, deseo de paseal y colel y espacio pala hacello, deseo de dolmil y sueños, sí, sueños, sueños mientlas se dolmia; lo opuesto de lo telible; y lo desconocido ela menos telible que lo desconocido, pues ela la cosa bonita que se estaba plepalándo fuela de la bodega.

¿Cómo hubiela podido tenel...?

—Claro — dije —. Eres una personilla inteligente sin duda, pero tu continuo menearte es fatal para toda pesca. Es que no puedes estarte quieta ni un minuto? ¿Y sobre tus costumbres en la bodega...?

—¡Otlo! — exclamó con risa feliz, aterrizando ahora un pequeño leucisco. Y aquella tarde capturó siete... por uno yo.

Otro día la llevé del ribazo a una de las cocinas del pueblo, con algunas piezas de pescado, que hasta entonces habíamos tirado, y la enseñé a cocinar, pues el único dispositivo al efecto que en el palacio había era el hornillo de plata, de alcohol, para el café y el chocolate; así es que restregamos bien los utensilios y la enseñé a guisar y a freír, y a hacer una salsa de vinagre, aceitunas de lata y manteca americanas traídas del Esperanza, y a hervir el arroz. Asombrada al principio, al instante se impuso de su cometido, empleándose con la diligencia de una verdadera ama de casa, hasta tal punto que por instinto ralló algunas almendras para rociar la carpa. Comimos sentados sobre el suelo, supongo que el primer alimento nuevo, aparte de las frutas, probado por mí durante veintiún años. Y no lo encontré desagradable, ni mucho menos.

El siguiente día vino a palacio leyendo un libro que resultó ser un tratado de cocina en inglés, que halló en su villa; y una semana después apareció, a hora no convenida, para ofrecerme como regalo una fuente de loza fina amarilla, conteniendo una mescolanza de suntuosos colores, un leucisco hervido, enterrado

bajo pimienta, fragmentos de azafrán, una salsa verdosa y almendras, pero la mandé a paseo, pues no quería tener nada de ella, de sus platos ni pescados.

Dos millas hacia arriba, al oeste del palacio, hay unas ruinas en la floresta, me parece que las de una mezquita, aunque solamente subsisten tres trozos de pilares bajo trepadoras y el herboso piso, con el patio y escalones, hallándose ante ellas una avenida de cedros, con la senda entre árboles cubierta de alta y espesa hierba y centeno silvestre, llegándome a medio cuerpo; y allí vi cierto día un disco de latón abollado en su centro, que debió haber sido o bien un escudo o parte de algún antiguo címbalo con anillos en torno desde su parte media a la circunferencia, así que el día siguiente llevé del Esperanza clavos, martillo y sierra y una caja de pinturas, pinté los anillos de diferentes colores, corté un tronco de lima clavé el disco a él, y lo planté ante los peldaños, siendo mi intención la de que fuese un blanco para mis ejercicios de tiro, ejercicios que comencé a cuatrocientos pasos, avenida abajo, aquella misma tarde, sobresaltando a la isla con insólito rebato, hasta que apareció ella, fisgando con ojos inquisitivos, lo cual me vejó, pues mi brazo, hacía tiempo desentrenado, marraba el tiro. Pero demasiado orgulloso para decir nada, la dejé mirar, no tardando ella en comprender y riendo cada vez que yo fallaba, hasta que al fin me volví molesto a ella, diciéndola:

—Si crees que es tan fácil, puedes probarlo. Ella había estado deseándolo, pues me tomó al punto la palabra, y una vez le hube mostrado el mecanismo del arma, los cartuchos y la manera de disparar, puse en sus manos uno de los Colts del Esperanza, tras lo cual ella apretó su labio inferior entre sus dientes, entornó el ojo izquierdo, alzó el revólver al nivel de su intenso ojo derecho y envió una bala a atravesar el centro del blanco.

No obstante fue cuestión de chiripa, según tuve la satisfacción de comprobarlo por los otros que falló excepto el último de los cinco, que dio en negro. Sin embargo, esto sucedió hace tres semanas, y mi marca de puntería es del cuarenta por cieno, y la de ella del noventa y seis... ¡cosa de lo más extraordinaria!, de donde se deduce con la más meridiana claridad que esta criatura está protegida por alguien, existiendo por ende un favoritismo en el mundo.

Su libro de los libros es el Tratado de Química y después el Antiguo Testamento. A veces, a mediodía o por la tarde, si miro desde la azotea o las galerías, puedo ver una remota figura sentada sobre el césped a la sombra de algún plátano silvestre o cedro; y siempre adivino el libro que lee fuera de su laboratorio, que es la Biblia, absorbida en él como un viejo rabino. Tiene pasión por las historias, y en él halla todo un almacén.

Hace tres noches, siendo ya tarde y la luna esplendente, la observé que iba en dirección a casa, junto al lago, y le lancé un grito, intentando decir «Buenas noches»; pero ella se pensó que le llamaba y acudió; sentados en las escalinatas superiores, hablamos por espacio de horas, ella sin el «yashmak».

Y hablando sobre la Biblia, preguntó:

—¿Qué hizo Caín a Abel?

—Lo derribó — respondí, gustándome emplear tales giros con el doble objeto de enseñarla y encocorarla a la vez.

—¿Sobre qué?

—Sobre sus talones.

—No lo comprendo.

—Lo mató, pues.

—Eso lo sé. Pero ¿cómo se sintió Abel?

—Oh, bien. Ya has visto huesos por todas partes en derredor tuyo; lo mismo les sucedió a ellos como a un pescado cuando está todo quieto.

—¿Y el hombre y el pescado sienten lo mismo después?

—Precisamente lo mismo; yacen en duro trance y sueñan un sueño insensato.

—Eso no es telible. ¿Pol qué tenían los hombles tanto miedo?

—Porque todos eran así de cobardes.

—¡Oh, no, no muy lejos de cobaldes!

(Esta muchacha, ignoro por qué motivo, se ha puesto definitivamente contra mí como defensora de la raza muerta; en toda ocasión se manifiesta así.)

—De todas maneras muchos — repliqué —. Dime uno que no tuviese miedo...

—Pues luchalon en guelas... pala nada. Mila a Ysaac, cuando Ablaham le puso soble la pila, no saltó y colió a escondelse.

—Si, pero, en el libro que tú lees estaban los mejores, pero había millones de los otros, en un nivel más bajo, especialmente hacia la época en que llegó la nube, vulgares, embotados, groseros, viles, degradados, morbosos, que hacían de la Tierra una fiebre maligna de vicios y crímenes.

No respondió a esto inmediatamente, sentada con su espalda a medias hacia mí, cascando almendras entre sus dientes, dando leves golpecitos constantes a un peldaño con su babucha, y con su fez y corales reflejados como una pincelada de vivo rojo en el oro; luego se inclinó hacia un lado y bebió vino del antiguo gobelete javanés que trajera yo del templo de Boro Budor. Después, con la pelusilla tenuísima de las comisuras de sus labios húmeda aún, dijo:

—Vicios y clímenes, y clímenes y vicios; siemple lo mismo. ¿Pelo cuál ela la cuestión? La cuestión ela su inteligencia; pala encontlal de qué estaba compuesta el agua, pala volal en aquellos apalatos; que cosa tan bonita e ingeniosa es un baleo; pala descublil que en la atmósfela de Malte hay más oxígeno que en nuestlo planeta; pala hablal a tlavés de los continentes; ¡qué inspilación! Si elan lo bastante inteligentes pala todo esto, con el tiempo hablían sido lo bastante pala sabel cómo vivil juntos. ¿Qué elan esos climenes y vicios?

—Robos y pillajes de cien clases distintas, asesinatos de...

—¿Qué es lo que les hacía cometel-los?

—Sus torpes almas.

—Pelo tú eles de ellos, y yo, y tú y yo vivimos aquí juntos y no cometemos ni vicios ni clímenes.

¡Cuan asombrosa sagacidad la suya!

—No — repliqué —, nos faltan los motivos. No hay peligro alguno de que pudiésemos odiarnos, pues tenemos bastantes dátiles y vinos y otras mil cosas; nuestro peligro se halla más bien en lo contrario. Pero ellos se odiaban porque eran numerosos y se alzó entre ellos la cuestión de los dátiles y los vinos.

—¿No había bastante tiela pala dal dátiles y vinos pala todos?

—La había, sí, y mucha más que suficiente; pero alguien acaparó grandes cantidades de ello y el resto sintió el acoso de la escasez, lo cual creó un lindo estado de cosas, incluyendo el embotamiento y la vulgaridad, los vicios y los crímenes.

—Ah — replicó ella — Entonces no fue a sus malas almas que se debielon los vicios y los clímenes, sino a la cuestión de teleno. De no habel existido tal cuestión, no podlían habel habido vicios ni clímenes, como no los hay aquí donde no existe.

¡Qué rayo el de su mente! ¡Con qué celeridad va su ingenio al propio meollo de un asunto!

—Así puede ser — dije —, pero allí había esa cuestión de tierra, y siempre la habrá allá donde vivan juntos millones de personas con diversos grados de deseo y suerte.

—¡Oh!, no necesaliamente — exclamó ella apremiante —. No en absoluto, puesto que hay más tiela de la suficiente; pues si blotalan más horribles ahola, con la pasada expeliencia que al alcance de la mano tienen, halían un aleglo entle ellos de que el plimelo que tlatase de cogel más de lo que pudiese tlabajal selía enviado a un sueño insensato, pala que la cuestión no se álzala más.

—Se alzó antes... y se alzaría de nuevo.

—¡Pelo no! Puedo suponel cómo se alzó antes; la tiela fue al plincipio lo bastante y más que pala todos, y los hombles no se tomalon la molestia de hacel un aleglo entle ellos; y luego se fue confilmando la costumble del descuido, hasta que al fin, el plimel descuido debió habel llegado a tenel el aspecto de un acueldo. Pelo ahola, si blotasen más hombles, se les enseñalía...

—¡Ah!, pero no más hombres brotarán, ya lo ves...

Quedóse silenciosa un rato y luego dijo:

—No puede decilse; a veces siento como si debielan, blotal, pues los álbolés flolecen y el tlueno luge y el aile me hace saltal, y la tiela está llena de flutos y felicidad, y oigo la voz del Señol Dios que anda entle los bosques.

Y al pronunciar estas palabras vi que su labio inferior sobresalía y temblaba, como cuando se está a punto de llorar, y sus ojos brillaban acuosos; pero un momento después me miró cabalmente y sonrió, tan móvil es su continente, y, al mirarme, me impresionó de pronto la noble forma de su frente, enmarcada en su abundoso cabello rizado.

—Clodagh — dije al cabo de unos minutos —. ¿Sabes por qué te puse el nombre de Clodagh?

—No. Dime.

—Porque una vez tuve un amor llamado Clodagh, y ella era una...

—Pelo dime plimelo — atajó ella con voz un tanto estridente —. ¿Cómo conocía uno su amol, su mujel, de todas las demás? Había muchas calas; todas igual...

—Oh, había ciertas pequeñas diferencias. —Sin embalgo debió habel sido muy difícil sabello; yo apenas puedo imaginal otla cala, excepto la tuya y la mía.

—Porque tú eres una pequeña gansa. —¿Cómo ela una gansa?

—Una cosa parecida a una mariposa, sólo que mayor, y que tenía sus dedos extendidos hacia adelante, con una piel entre ellos.

—¿De veldad? ¡Qué cosa tan caplichosa! ¿Y yo soy como eso...? ¿Pelo me estabas diciendo que ela tu amol Clodagh?

—Una envenenadora.

—Envenenadola... ¿Y me llamas a mí Clodagh? —Para tenerlo presente; para que tú no te convirtieras en mi amor también, —Ya soy tu amol. —;¿Qué dices, muchacha? —¿No te amo a ti, que eles mío? —Vamos, vamos, no seas un poco... Clodagh era una envenenadora.

—¿Pol qué lo ela? ¿No tenía bastantes dátiles y vino?

—Sí que los tenía, pero ella quería más y más, como todo el pueblo atestado.

—¿Así que los vicios y los clímenes no estaban limitados a los que les faltaban cosas, sino que elan hechos pol los otlos también? —¡Ay, sí!

—¡Entonces ya veo cómo fue! —¿Cómo fue?

—Los otlos se habían deplavado; los vicios y los clímenes debielon habel comenzado con aquellos a los que faltaban cosas, y luego los otlos, viendo siemple vicios y clímenes los lematalon, los hicielon también... como cuando una aceituna en una botella se pudle y todo dentlo se colompe. Y todo ello pol habel tenido poco cuidado al plincipio; pelo si más hombles blotalan ahola...

—¿Pero no te dije que no brotarán más? Ya sabes, Clodagh, que la Tierra produjo los hombres por un proceso eterno, comenzando por un tipo bajo de vida y desarrollándolo acumulativamente, hasta que surgió por fin un hombre. Pues la,

Tierra es vieja, y ha perdido ya sus fervores evolutivos. De modo que no me hables más de hombres brotando, y de cosas de las cuales no entiendes nada, vé adentro y... quédate. Te voy a decir un secreto; hoy cogí en el bosque algunas rosas mizcladas e hice con ellas una guirnalda para corona de tu frente mañana. Está en el trípode de perlas en la tercera habitación a la derecha. Ve pues y póntela, y trae el arpa y toca para mí, querida.

A cuyas palabras ella corrió rápidamente con un leve gritito de júbilo y placer, y al volver sentóse enguirnaldada, con el rubor en el rostro de las destellantes profundidades del oro. No la envié a su villa hasta que la luna, subyugada y pálida por las beatitudes de la noche entera, se sumió entre arreboles y cobertores de perlas, hacia los reinos hespéricos de su descanso.

Y así a veces hablamos juntos, ella y yo, ella y yo.

¡Que hubiera jamás de escribir tal cosa! ¡He sido expulsado de Imbros!

Estaba vagando ayer por un bosque hacia el oeste, por un despejado atardecer, acabado de ponerse el sol, con el cuaderno en el que he escrito de mi puño y letra en mano, pues había pensado hacer un dibujo de un antiguo molino de viento que se halla al noroeste, para enseñárselo. Veinte minutos antes había estado ella conmigo, pues la había tropezado y se me había unido, pero se había adelantado cogiendo nueces y brazadas de amarantos, nenúfares y asfódelos tojos, hasta que cansado ya, le había gritado:

—¡Márchate ya de mi vista!

Y ella, pendiendo su labio inferior, se marchó llorando.

Proseguí yo mi marcha, cuando me pareció sentir algún temblor de la tierra, y antes de que pudiera haber contado veinte, fue como si el suelo se rompiera en fragmentos; de manera que espantado eché a correr, gritando en la dirección por donde ella había ido, dando traspiés como sobre la cubierta de una zarandeada embarcación, tambaleándose y recobrándome de nuevo, volviendo a correr, mientras el aire rugía y la tierra ondulaba como el océano. Y al seguir lanzado, sin saber bien donde iba, vi a mi izquierda una franja de bosque sumirse en un barranco que se abrió para recibirla, a lo cual dejé caer los brazos exclamando: «¡Dios salve a la muchacha!». Y un minuto más tarde me abalancé, a mi gran sorpresa, en el espacio abierto de la ladera de una colina, desde donde pude ver el palacio abajo y, más allá de él, un trozo de mar blanco que tenía el espantoso aspecto de estar más alto que la tierra. Fui dando nuevos traspiés colina abajo, llevado por el impulso de huir a alguna parte, pero a cosa de medio descenso fue sobresaltado por un estridente ruido como de granizo, y en un par de instantes más, el palacio se sumió en el seno del lago con un ruido de chocar mil campanillas de oro.

Algunos segundos después de esta conmoción, que duró en total unos diez minutos, comenzó la calma, y la encontré una hora más tarde, en pie entre las ruinas de su villa.

¡Qué cosa! Probablemente todos los edificios de la isla han sido destruidos; la plataforma del palacio, toda ella agrietada, yace inclinada, medio sumida en el lago, mientras que del propio palacio no queda rastro, excepto por un montón de piedras de oro emergiendo de la superficie del lago, hacia el sur. Desaparecido, desaparecido... dieciséis años de vanidad y vejación. Pero, desde un punto de vista práctico, la más tremenda calamidad de todas es que el Esperanza, se encuentra ahora embarrancado en el pueblo, habiendo sido arrojado a él por la ola del flujo, empotrada su proa en una calle que apenas tiene de ancha la mitad de su manga. Allí yace ahora, semejante a un monstruo enorme marino, encallado para

siempre, con el casco magullado como una cascara de nuez, presentando el más asombroso espectáculo; sus amuras a doce metros de altura sobre la calle, su timón descansando sobre el muelle, el palo trinquete inclinado hacia adelante, y aquella quilla que tantos mares surcara, cubierta de la policromía de las hierbas marinas. ¡Pobre y viejo Esperanza! Mas como estaba tendida la escala, pude trepar arriba, hasta asentar el pie; lo cual lo hice al atardecer del mismo día, cuando el agua del mar se retiró definitivamente de tierra, dejándola toda cenagosa. Ella iba conmigo, y me siguió al interior del barco. La mayor parte de las cosas las hallé reducidas a fragmentos, retorcidas y desfiguradas hasta hacerse irreconocibles; las mamparas abolladas y desplazadas, y la proa del esquife de cedro aplastada contra la cocina; y a no ser por el hecho de que la pinaza no se hubiera soltado de sus fuertes estachas, y una de las brújulas quedara aún intacta, no sé lo que habría hecho, pues aquellas cuatro viejas barcas que se hallaban en la cala habían desaparecido por completo.

La hice que durmiera en el suelo del camarote, entre restos de todas clases, haciéndolo yo fuera, en un boscaje al oeste, hallándome ahora escribiendo tendido a la mañana siguiente sobre la alta hierba, alzándose el sol, aunque no pueda verlo. Mi plan para hoy es cortar cuatro maderos con la sierra, colocarlos en el suelo junto al barco, bajar la pinaza a ellos y rodarlos al agua, pudiendo dar para la caída de la noche la despedida a Imbros, que me ha expulsado de esta manera. No obstante, pienso con placer en la perspectiva de horas de travesía al continente. La enseñaré a gobernar por el compás y a manipular el aire líquido propulsor de la pinaza, de la misma manera que la he enseñado a vestirse, a hablar, a cocinar, a hacer experimentos, a escribir, a pensar y a vivir. Pues ella es mi creación, esta criatura, como si fuese una «costilla de mi costado».

Pero, ¿y el «designio» de esta expulsión, caso de que hayan «designios»? ¿Y qué era lo que ella dijo la pasada noche... «la nueva salida de Halan»?, siendo al parecer este «Haran» el lugar del cual salió Abraham, cuando Dios lo «llamaba».

Al parecer nosotros experimentamos sólo los efectos de la cola del seísmo en Imbros, ¡pues ha destrozado Turquía! Y nosotros, dos pobres criaturas desvalidas, situadas en el teatro de este frenesí, mala cosa, pues las cóleras de la Naturaleza son ahora pasmosas, y no sé lo que pueda venir. Cuando llegamos a la costa de Macedonia a la luz de luna, navegamos a lo largo de ella, y Dardanelos arriba, escrutando por algún poblado, quinta, o cualquier vivienda a la cual poner proa. Pero todo estaba en ruinas: Kilid-Bahr, Chanak-Kaleh, Gallipoli, Lapsaki. Aquí desembarqué dejándola a ella en la pinaza, explorando un tanto hacia el interior, pero no tardé en volver con las noticias de que ni siquiera el arco de un bazar había quedado entero, hallándose en la mayoría de los sitios borrado hasta el trazado de las calles, pues todo se había derrumbado como un castillo de naipes, siendo luego sacudido y revuelto. Finalmente dormimos en un bosque del otro lado del estrecho, más allá de Gallípoli, llevando con nosotros nuestras pocas provisiones, habiendo de vadear por ciénagas de más de medio metro de profundidad antes de plantar pie en tierra seca de bosque.

En este me hallaba sentado solo la mañana siguiente, pues habíamos dormido separados por una distancia de media milla, cavilando sobre a donde debería dirigirse. Mi elección habría sido o bien permanecer en la región en que estaba o ir hacia el este; pero esta región no presentaba morada alguna que pudiera ver, y para franquear cierta distancia hacia el este, necesitaba un barco, y de barcos solamente había visto pecios durante la noche, no sabiendo por lo demás donde hallar alguno en otra parte del país. En consecuencia, fui dirigido hacia el oeste, como su «Ablaham».

Con el fin, pues, de ir hacia el oeste, penetré primero más al este, entrando una vez más en el Cuerno de Oro, y subiendo una vez más también aquellas chamuscadas escalinatas del Serrallo. Lo que el desenfreno del hombre había dejado aquí en pie, el de la Naturaleza lo había destruido, pues las pocas casas que yo dejara en derredor a la parte alta de Pera, vi que ahora estaban tan arrasadas como las demás. También a la casa próxima al Suleimanieh. donde habíamos vivido nuestros primeros días, y a la cual volví ahora para cobijarme en ella, la encontré sin un pilar en pie; y aquella noche, ella durmió bajo medio tejado que quedaba de un pequeño quiosco funeral, en el chamuscado bosque de cipreses de Eyoub, y yo a una milla de allí, en la linde del bosque donde la vi por primera vez.

A la mañana siguiente, al encontrarnos como habíamos convenido en el lugar donde se asentara la mezquita del Profeta, pasamos juntos a través del valle y cementerio de Kassim, subiendo por los tremedales a Pera, presentando a mis ojos todo el paisaje un retorcido aspecto nada familiar. Habíamos decidido emplear la mañana en buscar provisiones de entre las ruinas del terremoto en Pera, y como ya había también determinado recogerlas en bastante cantidad en un día para no pasar privaciones durante algún tiempo, estuvimos horas entregados a nuestra tarea, limitándome yo a la casa blanca del parque que dominaba a Kassim, donde durmiera en cierta ocasión, perdiéndome entre las oblicuidades de sus pisos, techumbres y fragmentos de muros, mientras ella iba al barrio próximo musulmán de Djianghir, en las alturas de Taxim, donde hubieron muchas tiendas, y luego, contorneando la loma a la Embajada francesa, enclavada en la altura dominando Foundoucli y el mar, portando con nosotros alforjas de esterilla, y hallándose todo el aire mañanero impregnado sobre aquella desolación de un fuerte perfume permanente de capullo de arce.

Nos hallamos hacia el anochecer, temblando ella bajo tal carga, que no la permití transportarla, sino que abandoné mi labor de la jornada y tomé la suya, la cual era ya bastante, y volvimos hacia el oeste, mirando por todo el camino por ver si hallábamos algún refugio contra las noches de rocío de aquellos parajes, mas nada pudimos descubrir, hasta que de nuevo llegamos, tarde ya, a su destartalado quiosco-funeral a la entrada de la inmensa avenida del cementerio de Eyoub. Allí, y sin una palabra, le volví la espalda, dejándola entre desportillados catafalcos, pues estaba cansado, pero al cabo de alguna distancia, desanduve mi camino volviendo atrás, pensando que podría tomar algunas pasas más de las alforjas, y una vez las hube tomado, la dije, estrechando su pequeña mano, mientras se sentaba sobre una piedra bajo el techado descalabrado: —Buenas noches, Clodagh.

No replicó al instante; y su contestación, a mi gran sorpresa, fue una protesta contra su madre, pues una voz un tanto murriosa, aunque amable, provino de la oscuridad, diciendo:

—¿Es que soy YO una envenenadola? —Bueno — diie —, está bien, dime cómo te gustaría que te llamara, que en adelante lo haré. —Llámame Eva — respondió.

—No, eso no, cualquier cosa menos Eva; pues mi nombre es Adán y no quiero aparecer ridículo ante cualquiera. Pero sí te llamaré otro nombre cualquiera que te agrade.

—Llámame entonces Leda. —¿Y por qué Leda? — pregunté. —Polque Leda suena algo palecido a Clodagh; y tú tienes la costumble de llamalme siemple Clodaffh; y yo vi «Leda» en un liblo, y me gustó, pelo Clodagh es holible.

—Está bien, pues. Leda será, pues a mí también me gusta y debías tener un nombre que empiece por «L».

Buenas noches, querida, duerme bien y sueña, sueña.

—Y que a ti también te dé Dios sueños de paz y agladables — dijo ella. Con lo cual me marché.

Fue solamente cuando dispuse mi yacija en la maleza, tendiéndome con mi caftán por almohada, con un arroyuelo susurrando para arrullarme y dos únicas estrellas que podía divisar entre las altas hierbas, como luceros de mi noche, y sólo cuando mis ojos se estaban ya venciendo, que súbito y poderoso pensamiento me desveló, al recordar que Leda fue el nombre de una muchacha griega que había concebido gemelos. De hecho, no sería sorprendente que Leda fuese lo mismo que Eva, pues todos los idiomas se hallan en el fondo relacionados, y he oído de uves cambiándose por ejemplo en bes y hasta intercambiándose con des, y si Di, significando Dios, o Luz, y Bi, significando vida, y love y Jehovah y Dios, significando lo mismo, es todo uno, no sería sorprendente para mí, como viuda y veuve son lo mismo; y donde se dice: «En verdad es la Luz Dios», es como si se dijera: «En verdad Dios — o Di — es Dios». Tal es, de todos modos, la fatalidad que me persigue hasta en las cosas más pequeñas; pues esta Eva occidental, o Leda, tuvo mellizos...

La mañana siguiente caminaron a través de las ruinas de la griega Fanar y de la triple muralla de Estambul que aún mostraba su portal cubierto por la hiedra, para abrirnos paso, no sin trepar, a lo largo del Cuerno de Oro hasta el pie del Antiguo Serrallo, donde no tardé en descubrir las huellas de la vía férrea, comenzando desde aquel instante nuestro viaje a través de Turquía, Bulgaria, Servia, Boenia y Croacia, hasta Trieste, no llevándonos un día o dos, como en tiempos pasados, sino cuatro meses, una prolongada pesadilla, pero pesadilla de complacencia y agradable, si así pudiera decirse, dejando en el recuerdo una inmensa impresión de barrancos, continuas profundidades sucesivas y grandezas, extrañas junglas como la fantasía lunática de algún poeta, permanentes lobregueces, y una pesadumbre de ríos invisibles, cataratas y manantiales cuyos juncales jamás contemplaban rayo alguno de sol o luna, con largueza por doquier, secretos y en profusión, lo indecible, lo inimaginable, una selvatiquez de lo más jugosa y fogosa y espectacular; y valles de Arcadia, con remotas cimas montañeras atalayantes, y pantanos semejantes a antiguos tesoros enterrados, guardados por los gnomos, y glaciares... y nosotros, dos pequeños seres humanos ahogados y perdidos en toda aquella inmensidad sin hogar ni cobijo, y sin embargo atravesando su inhóspita extensión.

Seguimos los rieles aquel primer día hasta que llegamos a un tren cuya locomotora hallé lo bastante buena y con todo lo necesario para moverla, pero las vías se encontraban en tal estado de destrozo y retorcimiento, arrancados, desgajados y enterrados por el terremoto, que al cabo de unos cientos de metros de recorrido para examinarlos, decidí que no podía hacerse nada, cosa que al principio me sumió en algo semejante a la desesperación, pues no sabía qué habíamos de hacer mas tras perseverar a pie durante tres días siguiendo la vía, que es de aquel tipo ancho de la Europa oriental, observé que aunque muy herrumbrosa, aún había considerables trechos en buen estado, por lo que cobré ánimo.

Tenía conmigo mapas terrestres y brújula, pero nada con qué tomar observaciones de altura, pues los instrumentos del Esperanza, a excepto una brújula, habían sido rotos todos por el choque; sin embargo, al llegar a la ciudad de Silivri, a unas cuarenta millas de nuestra salida, vi entre las ruinas de la tienda de un bazar cierto número de objetos de latón, y hallé sextantes, cuadrantes, y teodolitos; dos mañanas después caímos sobre una máquina en medio del campo, con carbón en ella y un río próximo. Se encontraba en estado de servir, según

pude comprobarlo tras una hora de examen, aunque la caldera se hallaba tan herrumbrosa y el vástago de conexión en particular de aspecto tan frágil, que aunque disponía yo de un pellejo de cabra lleno de aceite de almendras, hallé muy dudosa la empresa; no obstante, me aventuré, y, excepto por cierta filtración en la tubería de vapor a la caja de válvulas, todo fue tan bien, que a una presión que no excedió nunca de tres atmósferas, recorrimos cerca de cien millas antes de ser detenidos por un infranqueable estropicio en la vía, hubimos de abandonar nuestra máquina. Continuamos otras nueve millas a pie, lamentándome yo todo el tiempo por la falta de mi motor, que tuve que abandonar en Imbros, y esperando en cada pueblecito hallar otro, pero en vano.

Resultaba maravilloso ver pueblos y ciudades volviendo a la tierra, ya invadidos por la vegetación, apenas rompiendo la continuidad de la «Naturaleza» ninguno más, siendo ya tanto campo como el propio campo, sumiéndose todo en el todo con cierto vigoroso furore. Un día entero entre las gargantas del sur de las montañas de los Balcanes, la última locomotora apta hallada seguía su camino a través de millas de cercos de zarzaparrillas en interminable cortina, inflamándose con flores de gran tamaño, pero todo sombrío como las sombras de la noche, asemejándose más bien a las junglas de Java y las Filipinas. Aquel día, ella, recostada en un vagón de remolque, el único que había yo dejado y donde la había dispuesto una yacija, tocaba continuamente ni «kitur», apenas rasgando las cuerdas, y canturreando en voz muy baja, con su voz de contralto, sempiternamente el mismo aire, repitiendo constantemente la tonada compuesta al antojo de su alma, y audible justamente para mí a través del afanoso jadeo de la máquina, hasta que fui embriagado por tan dulce infortunio. Dios mío, una desdicha que era tan dulce como el desvanecimiento, y un dolor que arrullaba como el sueño, y una pena que calmaba como paz, tan dulce, tan dulce, que toda la maraña de bosques y lobreguez perdió localización y actualidad y realidad para mí, convirtiéndose sólo en un encantamiento y melancólico Cielo para el plañido y arrullo de ella. Y de entre mis dedos se filtraron abundantes lágrimas aquel día, y todo cuanto pude repetidamente gemir fue: «Oh Leda, oh Leda, oh Leda», hasta que mi corazón estuvo a punto de estallar.

El zuncho de la rueda excéntrica de esta máquina, que estaba muy débil y descascarillado, chasqueó hacia las cinco de la tarde, de manera que hube de detenerme alarmado; y el invisible mecanismo que había canturreado seguidamente en mis oídos en el aire, y me había seguido adondequiera que fuese, eso también, al saltar ella abajo, diciendo:

—¡Ya tenia yo un plesentimiento de que algo sucedelía, y estoy contenta, pues estaba cansada!

Viendo que no podía hacerse nada con el zuncho, bajé también, tomé la alforja, y partiendo ante nosotros la continua pantalla, fuimos explorando a la izquierda entre una cariada, andando sobre rocas que parecían negras con brotes negros de musgo. A través de cientos de metros de follaje sobre la cabeza no se divisaba ni un trozo de caldo, y una profusión de helechos por doquier estaba cargada de rocío, y rebeliones de las llamadas «cabellos de Venus» desmelenadas, entre mimosas que tenían una ancha hoja, además de uvas silvestres y otras, con un olor a cedro, y un quedo gorgoteo de aguas como animando aquella oscuridad. El camino conducía arriba, trescientos pies; y ahora, después de varios serpenteos y la escalada de cinco grandes rampas casi regulares, aunque naturales, la garganta se abría en una quebradura redondeada, de unos doce metros a través, con riscos colgantes de unos 270 metros de altura; y allá tras una pantalla que caía de las alturas, con sus zarcillos definidos y recto como un colgante de abalorios,

desplegamos el almacén de provisiones, yo abriendo las latas de vegetales, carnes, frutas y descorchando el vino, y ella disponía los alimentos en la vajilla de oro, y encendiendo tanto la lámpara de alcohol como la linterna, pues estaba muy oscuro. La luz reveló tras la pantalla de zarcillos una verde cueva en el risco, y en la entrada de aquella, un regato de dos metros de ancho, negro pero translúcido, que rodaba lentamente, descargando un arroyuelo que salía de la cueva, y en él vi cuatro peces de ojos de búho, de una longitud de un dedo, haraganeando y deteniéndose a mirar. Allá comimos y nos demoramos hasta que Leda, tras fumar un pitillo, dijo que quería «andal», y se fue dejándome sumido en las tinieblas de la melancolía; pues ella es el sol y la luna y el huésped del Cielo. Aquella noche me ocupé en hacer el calendario que aparece al final de este cuaderno — pues mi almanaque se había perdido con el palacio — continuando los días de memoria, pero contándolos a través de mis pensamientos sobre ella.

Volvió de nuevo para decirme buenas noches y bajó al tren para acostarse, mientras que yo me acomodé en la cueva y extendiendo mi catre junto al riachuelo, me dormí.

Pero fue un sueño intranquilo, pues no tardé en despertarme y, durante largo rato permanecí en vela, consciente de un goterón en algún lugar de la cueva, que chapoteaba opacamente a cada minuto de intervalo, regularmente, pareciendo hacerse cada vez más fuerte su monótono ruido, que me pareció «Leesha» y se convirtió a mis oídos en «Leda» como si sollozara este nombre, hasta que sentí compasión de mí mismo, tan triste me hallaba. Y no pudiendo soportar más la angustia del chapoteo y el espasmo de su sollozo, me puse en pie para ir, muy quedo, para que ella no me oyese en aquel silencio y mudez, más despacio y quedo a medida que me acercaba, con un sollozo ahogado en mi garganta y conduciéndome mis pies hacia ella, hasta que toqué el vagón, contra el cual apoyé mi frente por espacio de una hora, doliéndome el sollozo en mi garganta, toda ella mezclada en mi cabeza con la noche suspendida y con los duendes de huéspedes del aire, que hacían tan vocal el silencio al vacante tímpano del oído, y con aquel gotear que gemía en el interior de la cueva; y, poco a poco, giré el picaporte, la oí responder dormida, con su cabeza cerca de mí, rocé su cabello con mis labios, y aproximándolos a su oído dije: «Leda, he venido donde ti porque no pude remediarlo, Leda, y ¡oh! mi corazón está lleno de amor por ti, pues tú eres mía y yo soy tuyo; y para vivir contigo, hasta que muramos, y para estar aún cerca de ti, Leda, después que hayamos muerto, con mi corazón roto cerca de tu corazón, pequeña Leda...»

Creo que debí haber sollozado, y pues hablaba tan próximo a su oído con agónicos ojos de amor, me sobresaltó por una interrupción en su respirar, y apresuradamente cerré la puerta, dirigiéndome rápidamente a la cueva.

Y cuando nos vimos la mañana siguiente pensé — aunque ahora no estoy muy seguro — que ella sonreía de manera muy singular. Pudiera, sí, pudiera haber oído... Pero no puedo decirlo.

Por dos veces estuve obligado a abandonar máquinas como consecuencia de bloqueos de troncos de árbol derribados a través de la vía, los cuales no podía mover por mucho que me esforzara, siendo éstos los dos accidentes más amargos del peregrinaje; y por lo menos cambié veinte veces de máquina cuando los obstructores eran otros trenes. En cuanto a la extensión del terremoto, bien cierto es que fue universal en la península, y que muchos puntos exhibían muestras de una superlativa violencia, pues cuando entramos en territorio servio tropezamos ocasionalmente con franjas de vía tan dislocadas que era imposible continuar por ellas; ni durante todo el camino encontré una casa o castillo intacto; y por tres

veces, allá donde el terreno lo permitía, abandoné la vía haciendo andar a la máquina por él hasta llegar a otra vía intacta. Todo era muy lento y paciente, pues no en todas partes ni cada día podía obtener una observación náutica, y habiendo necesariamente de conducir en todo momento a baja presión por temor a la debilidad de tubería y caldera, arrastrándome por los túneles y deteniéndose al llegar la oscuridad, no avanzábamos con rapidez, cosa que tampoco importaba particularmente. Además, durante dos días en una ocasión, y en otra durante cuatro, fuimos acometidos por tormentas de una inclemencia tal, que ni la menor intención de seguir viajando pasó por nuestra cabeza, cuidando sólo de esconder nuestros cuerpos agazapados lo más posible. En una ocasión pasé a través de una ciudad (Adrianópolis) doblemente devastada, una vez por el incendio provocado por mi propio brazo, y otra por la Naturaleza. Me di la mayor prisa a poner tierra por medio dejando atrás a esta ciudad.

Finalmente, tres meses y veinte días después de la fecha del terremoto, habiendo atravesado sólo 900 millas, en la mañana del 10 de septiembre arrié en la laguna de Venecia la vela latina y el ancla de piedra de un speronare maltés que había encontrado, y parcialmente limpio, en Trieste; y de ahí pasé el Canalazzo en una góndola, pues dije a Leda: «En Venecia plantaré mi tienda de patriarca».

Pero quererlo y hacerlo no es lo mismo, y fui llevado más al oeste aún pues algunos de los canales estancados de aquel lugar eran aún miasmas de pestilencia, y en el plazo de dos días me hallaba apresado por la fiebre en el palacio de la Antigua Procuradoría, y ella en pie a mi lado mirándome con pálido asombro, pues la enfermedad le resultaba cosa nueva. Y en verdad para mí también era ésta mi primera dolencia desde mis veinte años, en que había ido a pasar unas vacaciones a Constantinopla. No pude moverme de la cama durante una quincena, pero afortunadamente no perdí el sentido, trayéndome ella la farmacopea entera de las farmacias, teniendo a mi alcance toda una elección; y, adivinando la causa de esta enfermedad, aunque ni una señal de la misma le llegó a ella, tan pronto como mis rodillas pudieron soportarme me puse de nuevo en marcha, siempre en dirección oeste, disfrutando ahora de ciertas comodidades en comparación con las dificultades turcas pues no había vías retorcidas, se encontraban más y mejores locomotoras, en las ciudades tantos coches como se quisiera, y la Naturaleza era notablemente menos agreste y salvaje.

No sé por qué no me detuve en Verona o Brescia, o en algún otro lugar de los lagos italianos, puesto que tenía cariño al agua; pero, según me parece, tenía el pensamiento en mi cabeza de volver a Vauclaire, en Francia, donde había vivido, para hacerlo de nuevo allí, pues pensaba que también a ella le gustarían aquellos viejos monjes. Sea como fuere, no permanecimos mucho tiempo en ningún sitio, hasta que llegamos a Turín, donde pasarnos nueve días: ella en la casa frente a la mía; y tras esto, y por su propia sugerencia, proseguimos el viaje, pasando por tren al valle de Isére, y luego al del Ródano, hasta que llegamos a la antigua ciudad de Ginebra, situada entre montañas de cimas nevadas, y al extremo de un lago de forma de creciente de luna y, al igual de la luna, cosa de mucha belleza y muchos caprichos, sugiriendo un ser bajo un hechizo mágico. No obstante, con la idea de Vauclaire aún en mi cabeza, abandonamos Ginebra en un coche a las cuatro de la tarde del diecisiete de mayo, intentando yo llegar a la ciudad llamada Bourg hacia las ocho; pero por algún motivo que no puedo precisar (a no ser que fuese la causa la lluvia), equivoqué la carretera señalada en la carta, que debió haber sido muy lisa, y me encontré en caminos montañeros, desconocedor de los aledaños, mientras caía la oscuridad y nos anegaba una catarata de agua que por su intensidad y fuerza parecía tener algo de venenoso rencor. Me detuve a menudo, escudriñando por ver si veía chateau, chalet, casa o aldea alguna, pero en vano,

aunque por tres veces llegué a vías de ferrocarril. No fue hasta medianoche que descendí un paso bastante empinado sobre la orilla de un lago, el cual, debido a su aparente extensión en la oscuridad sin luna, pude suponer únicamente que se trataba de nuevo del gran lago, siendo visible a trescientos metros a nuestra izquierda y a través de la lluvia un edificio que al parecer surgía del mismo lago, de aspecto fantasmagóricamente lívido, pues era de piedra blanca, no elevado pero grande, una vieja cosa de complicadas torretas (techada su blancura con matacandelas marrones), singularidades de ángulos góticos, y ventanas hendidas, como un cuadro de fantasía. Circulamos en derredor, empapados como ratas, ella suspirando y desaliñada, hallando una lengüeta de tierra que penetraba en el lago donde dejamos el coche fuimos adelante a pie con nuestra alforja, atravesamos un pequeño puente levadizo y pusimos así pie en la islita de roca sobre la que se encuentra el castillo. Hallamos un portal abierto y fuimos investigando el lugar, muy alegres por el cobijo, encendiendo por todas partes velas que veíamos en candelabros de hierro; de manera que, como el castillo se veía desde lejos de las orillas del lago, a alguien que entonces lo contemplara le habría parecido súbitamente habitado y encantado. Hallamos lechos y dormimos en ellos. Al día siguiente vimos que era el castillo de Chillón. Y en él permanecimos por espacio de cinco felices meses, hasta que de nuevo nos atrapara el Destino.

La mañana después de nuestra llegada desayunamos — nuestra última comida juntos — en el primer piso, en una estancia pentagonal a la que se penetraba de un nivel más bajo por tres peldaños, con una mesa de roble en ella con una multitud de socavones efectuados por la polilla, tres sillas de respaldos de dos metros de altura, un escritorio de roble cubierto aún por papeles, tapices en las paredes, tres oscuros óleos y un reloj de pie. Esta habitación se encuentra en el centro del castillo, y tiene dos miradores que dan sobre el lago, sobre una islita conteniendo cuatro árboles en una jungla de flores, interrumpida en la orilla del lago por las bocas de un río que mostró ser el Ródano, sobre una aldea nívea en las laderas, que apareció ser Villeneuve, y sobre las montañas detrás de Bouveret y St. Gingolp... teniendo todo el aspecto asombrado de una resurrección recién cumplida, todo como recién lavado y teñido con tintes de azur, ultramarino, añil, nieve, esmeralda en aquella fresca mañana, por lo que podía llamarse a aquel paraje el mejor y más inmaculado del mundo. Estas cinco paredes de la habitación, un entarimado de roble y los dos miradores, se convertían en especialmente míos, aunque en realidad era terreno común a ambos, y allá haría yo muchas pequeñas cosas, diciéndome los papeles del escritorio que había sido el bureau de cierto R. E. Gaud, Grana Bailli, de quien debió haber sido residencia el castillo. Ella me pidió aquella mañana, mientras comíamos, que nos quedásemos allí, y yo respondí que ya lo vería, aunque con recelo; así que juntos recorrimos la mansión, hallándola insospechadamente espaciosa, por cuyo motivo consentí en permanecer en ella, siendo ambas alas «suites» de pequeñas habitaciones, infinitamente originales y agradables, con pesado mobiliario Enrique IV y divanes y cortinajes y colgaduras; hallándose separadas para cada «suite», como si fuesen salidas secretas, escaleras en espiral, de manera que decidimos que ella ocuparía la «suite» que daba a la longitud del lago, las bocas del Ródano, Bouveret y Villeneuve, y yo la que dominaba la lengua de tierra de atrás, el puente levadizo, los riscos de la orilla y el bosque de olmos que desciende hasta la misma, dejando vislumbrar el pueblecito de Chillón. Decidido lo cual, tomé su mano en la mía, y dije:

—Así, pues, aquí nos quedaremos, bajo el mismo techo... por la primera vez Leda, no quiero explicar por qué, pero es peligroso; tanto, que ello puede suponer la muerte de uno u otro. Mortalmente peligroso, mi pequeña, créeme, pues lo sé.

Siendo pues así, no debes venir nunca a mi parte de la casa, ni yo a la tuya. Últimamente hemos estado mucho juntos, pero a la sazón estuvimos activos, llenos de propósitos y ocupaciones. Aquí no tendremos nada de eso, lo veo, por lo que debemos vivir vidas perfectamente separadas. Tú no eres nada mío, en realidad, ni yo nada tuyo, sólo que vivimos en la misma Tierra, lo cual no supone nada... una casualidad únicamente. Así es que te procurarás por ti misma tu propio alimento, vestidos y todo lo necesario, en fin, lo cual es muy fácil, pues las orillas están atestadas de casas, castillos y pueblos; y yo haré lo propio. El coche lo dejo para tu uso, pues yo ya conseguiré otro, y también te procuraré una lancha y aparejos de pesca, para que no uses nunca los míos. Todo esto es muy necesario: no puedes soñar. Y no corras riesgos en trepar por los riscos, o con el coche o en la barca... Leda...

Vi que se extendía y encorvaba su labio inferior, y se marchó apresuradamente, pero no me importó si lloraba o no. En aquel viaje por los Balcanes y en mi enfermedad en Venecia, se me había hecho demasiado próxima y querida, mi tierno amor, mi amado ser predilecto; y dije en mi corazón: «Quiero ser una persona decente; volveré los triunfos».

Bajo este castillo hay una especie de mazmorra con siete pilares y un octavo semiconstruido en el muro, uno de ellos arrancado por algún prisionero, o prisioneros que estuvieran antaño encadenados a una anilla en él, y en este pilar, inscrito el nombre de «Byron»... lo cual me hizo recordar que un poeta de ese nombre había escrito algo sobre este lugar; y dos días después me topé realmente con el poeta en una habitación conteniendo libros, muchos de ellos en inglés, próxima al bureau del Gran Bailio. Leí, pues, el poema, titulado El Prisionero de Chillón, y lo encontré patético, siendo la descripción buena... sólo que no vi nada de siete anillas, y cuando habla de la «pálida y lívida luz», debería referirse mejor a la parduzca oscuridad, pues la palabra «luz» desconcierta a la imaginación aquí, y en cuanto a palor o azul, no hay la menor muestra. No obstante, me impresionó tanto el horror de la atrocidad del hombre para con el hombre, tal como se describe en este poema, que resolví que ella lo viera, por lo que fui en derechura a sus habitaciones con el libro, y hallándose ella ausente, huroneé entre sus cosas para ver en qué se ocupaba, hallándolo todo muy ordenado y pulcro, excepto en una habitación en la que había un gran número de revistas tituladas La Mode y restos y trozos de paños y lienzos cortados, en un desbarajuste. Cuando llegó dos horas más tarde y me presenté súbitamente, lanzó un oh singular y prorrumpió luego en su especial risita. Yo la llevé abajo a través de una gran habitación atiborrada de toda clase de armas, escopetas y fusiles, revólveres, cartuchos, espadas, bayonetas — algún depósito cantonal — y luego en la mazmorra le mostré la piedra gastada, la anilla, las hendiduras en los espesos muros, y le conté la historia de la ferocidad, mientras que el chapoteo del lago sobre la roca exterior llegaba con extraño y trágico sonido, y en su expresivo rostro se retrataba la pena.

—¡Cuan ludos y feloces debielon habel sido! — dijo por fin, con labios trémulos y su rostro arrebolado por la indignación.

—¡Brutos! — dije —. No es sorprendente que los brutos fuesen crueles.

Mientras yo dije esto, ella me estaba mirando ahora con una sonrisa, y dijo:

—¡Algunos otlos vinielon y pusielon en libertad al plisionelo!

—Sí — dije —. Así lo hicieron, pero... Bueno, así fue como sucedió.

—Y ela el tiempo en que los hombles se habían hecho ya clueles pol la falta de tiela — dijo ella —. Si los que le pusielon en libeltad elan tan buenos cuando los otlos elan clueles, ¿qué hablían sido en la época en que los lestantes fuelon buenos también? ¡Hablían sido como los ángeles...!

En este lugar estaban a la orden del día el pescar y el andorrear, tanto para ella como para mí, aunque raramente pasaba una semana que no me viera en Bouveret, St. Gingolph, Yvoire, Messery, Nyon, Ouchy, Vevey, Montreux, Ginebra, o en una de las dos docenas de aldeas, pueblos o ciudades, que se apiñan en las orillas, todos ellos lugares sumamente lindos, cada cual con su encanto; la mayoría de las veces hacía yo mis recorridos a pie, aun cuando el ferrocarril discurre en torno a las cuarenta millas de extensión del lago. Me hallaba cierto mediodía yendo a través de la calle Mayor de Vevey, en dirección a la carretera de Cully, cuando sentí una espantosa conmoción: de una tienda justamente frente a mí, a la derecha, provenía un sonido — inequívoca demostración de vida — una especie como de repiqueteo de metales al chocar. Se me asomó el corazón a la boca, teniendo conciencia de que me ponía mortalmente pálido. Mas, haciendo de tripas corazón, fui de puntillas y con grandes precauciones a la puerta abierta, fisgando el interior... y era ella, en pie ante el mostrador de la tienda, que era una joyería, de espaldas a mí, e inclinada sobre una bandeja de joyas en sus manos, que estaba revolviendo con algún objeto. Entré diciendo ¡uh!, pero no pude remediarlo, y todo aquel día, hasta la puesta del sol, anduvimos en franca amistad y camaradería, yendo por vericuetos y bosques y la orilla hasta Ouchy, ella semejante a una criatura desbordante de entusiasmo loco y embeleso del vivir, rodando por hierbas y pendientes floridas, pisándome el pie retadoramente con el suyo, como una soberbia dueña de la Tierra que es, y luego corriendo como una insensata para que yo la persiguiera intentando alcanzarla, con risas, abandono, desahogadas chanzas, retozaduras de yegua salvaje en la libertad de las lomas, soltándose el cabello y enmarañándolo como las bacantes, y prendiendo en él flores y capullos, y bebiendo, al paso a través de Cully más vino, me supongo, del debido. Y los rayos luminosos que me atravesaron aquel día, y las revelaciones de rubí de belleza que los ojos de mi mente divisaban, y las angustias de miel virgen calentada hasta la fusión que me asaltaban, poniéndome enfermo... Oh, cielos, ¿qué pluma puede expresar algo de aquel recóndito reino de las cosas? Hasta que, en Ouchy, con un movimiento de mi mano aparté su espalda de mí, pues me sentía embotado y débil, y me marché dejándola allá. Y toda aquella noche, su poder estuvo sobre mi, pues ella es más fuerte que la gravitación, que puede ser eludida, y que todas las fuerzas de la Naturaleza en combinación, no siendo ni el sol ni la luna nada comparados con ella. Y al no estar ya ella conmigo, yo era como un pez en el aire, o como una bestia en las profundidades, pues ella es mi elemento en el cual respirar, y yo me ahogo sin ella. Así que durante horas aquella noche permanecí en aquel boscaje encespedado que sube al cementerio exterior de Ouchy, como un hombre dolorosamente herido, mordiendo la hierba.

Lo que hizo más horribles para mí las cosas fue su adopción de vestidos europeos desde que vino a este lugar. Creo que, a su mañosa manera, ella misma se los ha hecho, pues cierto día observé en sus habitaciones unos «patrones», con un revoltijo como de piezas de costura. O acaso haya estado sólo modificando vestidos tomados en las tiendas, pues su atavío occidental no es del todo semejante al que recuerdo del estilo moderno, sino realmente, creo, a su propio gusto, más bien parecido a la moda griega o a la «Imperio». De todos modos, los aires y gracias no le son menos naturales a ella que el plumaje a los papagayos; y tiene cambios como la luna, nunca por dos veces el mismo, y trascendiendo siempre su última fase y revelación. Jamás habría imaginado a alguien en quien el gusto es una facultad tan aparte como en ella, tan positiva y sobresaliente, sea como el olfato a la vista... más bien como el olfato, pues es la facultad, medio Razón y medio Imaginación, por lo cual, de manera que cada vez que la veo recibo

la impresión de una obra de arte perfectamente nueva y completamente hechizadora, siendo la cualidad de las obras de arte la de producir el momentáneo convencimiento de que ninguna otra representación cualquiera pudiera ser posiblemente tan buena.

Ocasionalmente, la veo desde mi ventana en el bosque más allá del puente levadizo, fría y blanca en la sombra, con su Biblia o su Tratado de Química probablemente, arrastrando la cola de su vestido como una dama de la corte, pareciendo de más elevada estatura que antes; y creo que sus nuevos atavíos producen entre nosotros una separación más completa de la que habría sido, pues especialmente después de aquel día entre Vevey y Ouchy tuve cuidado de no tropezarme con ella; y cuanto más notaba que se enjoyaba, se empolvaba y se perfumaba y emperifollaba con su exquisito gusto, más la esquivaba yo. Sea como fuere, también yo he vuelto a mi ropa europea, cambiando mucho, Dios lo sabe, desde el majestuoso ser que se había pavoneado y lamentado cuatro años antes en el palacio de Imbros, de manera que mi manera de ser y pensar pudiera nuevamente ser denominada «moderna».

Mi sentido de responsabilidad era tanto mayor y parecía agudizarse e intensificarse de día en día no cesando jamás una voz de protestar en mi interior no dejándome en paz, pareciendo amenazarme la maldición de billones de no nacidos; y para reforzar mi firmeza, a menudo me anonadaban, y a ella, con nombres de cólera, llamándome a mí mismo «criminal» y a ella «pájara», preguntándome qué clase de hombre era yo que me atreviera a tan gran cosa, y en cuanto a ella, qué era para ser la madre de un ser nuevo... una mariposa con el rostro de una mujer. Y frecuentemente, en mis horas más rabiosas meditaba sobre mi muerte... o la suya.

¡Ah, pero la mariposa no me deja olvidar su palmito! Al sudoeste de Villeneuve, entre el bosque y el río hay un campo de gencianas, y al regreso de St. Gingolph al castillo un día del tercer mes, vi al doblar un recodo en el descenso de la montaña, algún objeto flotando al aire sobre el campo. Jamás estuve más sobresaltado o perplejo, pues no pude ver nada en el objeto que se elevaba que se asemejara a una gran mariposa, mas pronto llegué a la conclusión de que había reinventado la cometa, y la aviste luego teniendo la cuerda. Su invento es semejante al antiguo denominado «cola de golondrina».

Pero la mayoría de las veces era en el lago donde la veía, pues allí principalmente vivíamos, y ocasionalmente había culpables aproximaciones y rencontres, ella en su lancha y yo en la mía, embarcaciones ligeras de recreo ambas, que había sacado de Montreux y había empleado varios días en calafatear y pintar, teniendo la mía foque y trinquete de proa y popa, y cangreja, y siendo la suya más pequeña, de un palo, con una vela al tercio de fácil manejo. No era raro para mí navegar hasta Ginebra y regresar de un crucero de siete días con el alma henchida y consolada por el lago y sus mil maneras de sonreír y entenebrecerse, caprichosamente y de manera dolorosa, desesperada y trágica por la mañana, a mediodía, a la puesta del sol y a medianoche; panorama que no cejaba ni por un instante de desplegar sus transformaciones. A veces escalaba a las montañas, hasta tan elevada altura como la zona de los cabrerizos, durmiendo en una ocasión allá. En otra, estuve enfermo de horror durante dos semanas, pues ella desapareció con su esquife, hallándome yo en el castillo, y no volvió; y mientras estaba fuera se desencadenó una tormenta que transformó el lago en un furioso océano, y ¡Dios santo!, ella sin volver... hasta que por fin, medio loco por los días en blanco que rodaban sin dar sus señales, me puse en su búsqueda — de todas las cosas sin esperanza, la más desesperada, pues el globo es grande — y no la

encontré, regresando al cabo de tres días, reconociendo que estaba loco al intentar escudriñar el infinito. Y al llegar cerca del castillo, la vi que agitaba su pañuelo desde la esquina de la isla, pues había adivinado que yo había adivinado que yo había ido a descubrir su paradero, y me estaba esperando. Y cuando tomé su mano, ¿qué es lo que me dijo aquella boba lectora de la Biblia? «¡Oh, sel de poca fe!», eso es lo que me dijo, y puesto que tenía aventuras que contar, con su r disuelta en l, aquel día volví a quedarme con ella.

Hará cosa de un mes que llamó a mi puerta exterior, la cual mantenía yo cerrada cuando estaba en casa, para traerme de regalo una trucha roja que no tuve corazón para rechazar. Y las prepara exquisitamente, todo caliente y especiado, aplicando a su guiso aquel gusto que destina a su vestir. Tampoco su suerte en la pesca fallaba en abastecerla de los mejores ejemplares, aunque este lago, con sus antiguos puestos de pesca, no es mezquino en la actualidad, hallándose infestado de truchas, tanto de lago como de río, mítalos y salmones, una pieza de las cuales, de acaso cuarenta libras, capturé yo con la red. Como el fondo desciende rápidamente de las islas a una profundidad de trescientos metros, no nos limitábamos a la pesca de fondo, sino que verificábamos diversas maniobras pescando a la cacea a media agua la trucha, rastreando a la red el salmón, poniendo nasas con cebo para el lucio, y empleando sedales con moscas artificiales. No puedo decir en qué procedimiento descollaba ella y era más aficionada, pues todos ellos parecía ejercerlos de manera tan natural y hábil como si los hubiera aprendido desde la cuna.

El 21 de octubre cumplí mis cuarenta y seis años en excelente salud, mas ¡ay!, día destinado para que acabase para mí en homicidio y tragedia. He olvidado ahora lo que ha hecho que mencionara la fecha mucho antes en Venecia, creo, no soñando siquiera de que ella la tomaría en cuenta, ni tampoco estuve seguro de que mi calendario no estuviese al día. Pero a las diez de la mañana del que yo llamaba el 21, al descender por mi escalera privada se espiral con mis avíos de pesca... la hallé subiendo, santo Dios, aunque ella no tenía derecho alguno de ir allá, y, con su arrullador murmullo, y aunque muy pálida y con la expresión más culpable, me tendió un gran ramo de flores.

Al instante fui lanzado a un estado de agitación. Ella iba vestida con una fruslería de mousseline, con lazadas y mangas cortas y anchas, un diamante prendido en el escote abierto cuyo moreno marfil parecía aún más moreno por los polvos de blanco azulado que se había puesto en la cara, aun cuando sin ocultar del todo sus pecas, y en sus pies zapatillas de seda, rosas, sin calcetines o medias, con su cabello ceñido por un aro de oro, y despidiendo un celeste aroma, bien lo sabe Dios.

Quedé sin habla, y fue ella quien rompió el penoso silencio, diciendo con voz desmayada y palideciendo:

—¡Es el día!

—Yo... acaso... — dije alguna incoherencia por el estilo, viendo que el toque de entusiasmo que ella había reunido se extinguía por mi talante, preguntando ella ahora:

—¿No lo he hecho mal de nuevo?

Miró hacia abajo y, rompiendo otro silencio, dije presurosamente:

—No, no, oh no, no lo has hecho mal de nuevo. Sólo que... no pude suponer que contarías los días. Eres... considerada. Acaso... pero...

—Dile a Leda...

—Acaso... iba a decírtelo... podrías venir a pescar conmigo...

—¡Oh, qué suerte!

Me sentí como taladrado por una sensación de mi
cobardía, de mi increíble debilidad; pero no pude remediarlo en absoluto.

Así, pues, tomé las flores y bajamos a la orilla sur a mi embarcación, de cuya sentina saqué algo de carnada, dispuse el aparejo y luego dispuse los cojines a popa para ella, e icé las velas. Salimos, pues, ella al gobernalle y yo en las amuras, con toda posible pulgada de intervalo entre ambos, recibiendo vaharadas provenientes de su ámbar gris y franchipán, un embrollo de fragancias, siendo la mañana cálida y ondulando ligeras bocanadas de aire las aguas jaspeadas. Avanzamos poco, por lo que pasó algún tiempo antes de que me aproximara a ella para disponer lo necesario para el rastreo del salmón o la trucha grande de lago. Todo lo hice en silencio, pero de pronto dije:

—¿Quién te dijo que las flores son propias para los cumpleaños, o que los cumpleaños son de alguna importancia?

A lo cual respondió:

—Supongo que nada puede sucedel tan impoltante como un nacimiento, y los pelfumes fuelon considelados plopios pala el nacimiento, pues en la leyenda los sabios magos llevalon pelfumes al Niño Jesús.

Esta ingenuidad fue motivo de mi inmediata recuperación, pues la risa es como una espita de liberación, y reí de buena gana diciendo:

—¡Pero lees demasiado la Biblia! ¡Debieras leer libros modernos!

—No puedo leel algunos — respondió —. Los pelsonajes son tan colompidos que me dan escaloflíos. —Bien, ya ves como llegas a mi punto de vista. —Sí y no. Lo único que sucede es que se han estlopeado... palece como si se hubielan embotado y no pueden vel las veldades más sencillas. Me imagino que aquellas facultades que les ayudalon en su esfuelzo para hacelse licos, y hacel al lesto pobles, se debielon habel agudizado mucho, mientlas se les agotalon las otlas facultades, como puedo imaginal a una pelsona que vea el doble pol un ojo siendo tuelta del otlo.

—Ellos no querían ver de otro lado — dije —. Mira, había entre ellos algunos de vista muy clara, y estos convinieron en señalar que cambiando uno o dos de los antiguos acuerdos de desbarajuste, podían mejorarse mucho; pero a éstos se les escuchaba entrando sus palabras por un oído y saliendo por el otro, o bien mofándose de ellas. Pues se habían tornado más o menos inconscientes de su miseria, especialmente los ricos; eran tan misearbles... como el hombre del «Prisionero de Chillón» de Byron, quien, cuando llegaron sus libertadores, quedó indiferente, pues dijo:

«Finalmente me fue lo mismo Hallarme con grilletes o sin ellos, Pues aprendí a amar la desesperación.»

—Oh, Dios mío — dijo ella, cubriéndose el rostro por unos momentos —. ¡Cuan espantoso! Y palece veldad... que aplendielan a amal la desespelación, a estal sumidos en el desespelo. Sin embalgo, veo que todo el tiempo elan casi todos ellos amables, e inteligentes también, excepto en el único ojo donde la costumble les cegaba no dejándole vel las estllellas, lo mismo que tú empleas sólo una mano, pol costumble. No puedo desclibil el sentimiento extlaño y nada natulal que me da el leel de esas gentes, pues sus motivos palecen tan mezquinos, maculados, y su vida tan desequiliblada... veldadelamente que toda la cabeza estaba enfelma y todo el colazón desmayado.

—Eso es, y observa que no era nada nuevo, pues en el propio comienzo de tu Biblia puedes leer cómo Dios vio que toda imaginación del corazón del hombre es perversa...

—Oh, pelo nada de eso es veldad — interrumpió haciendo un pucherito —, no es veldad con los polinesios, quienes disflutando de su tiela en común, vivielon en

pula felicidad en su jaldín de Dios, hasta que los esclavos blancos, envilecidos pol centulias de esclavitud fuelon a pledical a sus mejoles, y a lobales... no es veldad de ti y de mí, cuyos colazones no son malignos.

—Será el tuyo — respondí —. En cuanto al mío, no conoces nada de él, Leda.

Los semicírculos bajo sus ojos tenían esta mañana, como a menudo, algo húmedo, melancólico y cansado, como los de una ramera que despierta de una orgía, muy dulce y tierna, y mirándome suavemente, respondió:

—Sí, conozco mi plopio colazón y no es pelvelso, ni siquiela en lo más mínimo; y conozco el tuyo también.

—¡Conocer el mío! — repliqué, riéndome casi.

—Y muy bien — dijo.

Ante su fría seguridad quedé tan desconcertado que no respondí palabra, sino que le tendí los aparejos de pesca, y no fue hasta que estuve casi en la amura que hablé de nuevo:

—Bueno, eso es nuevo para mí. Según parece, lo sabes todo de mi corazón. ¡Ea, dime pues lo que hay en él!

Ahora quedó silenciosa, pretendiendo estar ocupada con el aparejo, hasta que dijo con la cabeza inclinada y una voz que apenas pude oír:

—Te lo dilé: en él hay una lebelión que tú clees que es buena, pelo que no lo es. Si una coliente discule sin intental desboldalse, sino yendo pol su cauce, llégala pol fin al mal y allí se fundilá en la plenitud.

—Ah — dije —, pero ese consejo no es nuevo... es lo que los filósofos acostumbraban a llamar «complacer al Destino, «seguir a la Naturaleza»; y el Destino y la Naturaleza, te lo digo, a menudo condujeron a la Humanidad de manera muy equivocada...

—O así paleció pol un tiempo — replicó —. Como cuando el lío va un poco al nolte y el mal está al sul; pelo como está destinado todo el tiempo al mal, dala otla vuelta. El Destino no podlía nunca sel juzgado, polque no está acabado, y nuestla laza debiela habelo seguido a donde apunta, segula de que a tlavés de un labelinto de culvas conduce al mundo de Dios, nuestlo Hogal.

—¡Ciertamente, Dios nuestro hogar... muchacha!, hablas especiosamente, pero... ¿de dónde has sacado todos esos pensamientos sobre la cuestión? ¡Hablas de «nuestra raza»! ¡Pero si no quedamos más que dos! ¿Me estás hablando a mí, Leda? ¿No sigo yo al Destino?

—¿Tú? — suspiró, inclinando la cabeza —. ¡Ay, poble de mí!

—¿Qué debería hacer si lo siguiera? — pregunté con insana curiosidad.

Su rostro se sumió más aún, pálido y desconcertado, y dijo por fin:

—Debelías venil y sentalte a mi lado; no debelías estal ahí, sino pol siemple celca de mí...

—¡Santo Dios! — exclamé sintiendo enrojecer mi rostro —. ¡Oh, no podría decirte...! ¡Me dices lo más desastroso...! ¡Te falta todo sentido de responsabilidad...! ¡Nunca, jamás!...

Cubrióse ahora el rostro con la mano izquierda, mientras que con la derecha sostenía la caña del timón, y replicó con voz picante y algo venenosa:

—Podlía hacel que vinieses... ahola, si quisiela; pelo no lo quielo; espelalé en Dios.

—¡Hacer que yo...! — exclamé —. ¿Y cómo, Leda? —Podlía llolal ante ti, como llolo a menudo y a menudo... en secleto... pol mis hijos...

—¿Ah, sí?... Esto ya es algo nuevo... ¡hijos! —Sí, llolo. ¿No está soble también la calga del mundo? ¿Y no es muy, muy glande la labol que yo tengo que hacel? Y llolo en secleto, pensando en ello. Ahora vi emerger incontenible mente su labio

inferior y estremecerse, a cuya vista me recorrió una llama que no pude tampoco dominar, y me encontré yendo a su lado.

No obstante, a medio camino fui salvado, pues un cuchicheo, intenso como un rayo, me detuvo diciendo:

—¡Ni adelante ni atrás no hay escapatoria, pero sí de lado!

Y antes de saber lo que estaba haciendo, me encontré en el agua, nadando.

Me dirigía a la más pequeña de las islas, que estaba a doscientos metros, descansé en ella unos minutos, y luego fui al castillo, sin mirar atrás ni una sola vez.

Desde entonces hasta las cinco de la tarde pensé en todo ello, tendido con mi ropa mojada sobre el sofá de la alcoba junto a mi dormitorio, que está en la oscuridad tras los tapices que de aquél le separan. Sólo Dios sabe lo que sufrí aquel día, qué profundidades sondeé y las plegarias que recé. Lo que complicaba el monstruoso problema era este pensamiento en mi mente: que matarla sería más clemente para ella que dejarla vivir sola después de matarme yo. Y, el Cielo lo sabe, la amaba. Luego salí a dar un paseo.

Al llegar al castillo, anduve a lo largo de la isla hasta el extremo exterior y alcé la vista: allí estaba su linda blusa de Valenciennes, movida por la brisa del lago, colgada ante un mirador. Supe que estaba dentro del castillo, pues lo sentía, como lo sabía y sentía cuando estaba fuera, pues entonces el aire parecía seco y vacío y sin aroma. Me quedé unos minutos en espera de que apareciera a la ventana; luego llamé, y ella se asomó. Y yo le dije:

—Baja aquí.

Justamente allá hay un senderillo entre rocas mezcladas con matas que va a parar al agua, de unos tres metros de largo, y en cuya extremidad rocas y matas alcanzan una altura que sobrepasa mi cabeza. Allá había atado ella mi embarcación a un pequeño tilo, y a mi vista aparecía ahora más melancólica que Getsemaní, pues sabia que jamás volvería a su bordo. Me paseé de arriba abajo, en espera de que Leda bajara, y saqué una caja de cerillas del bolsillo de la chaqueta en el que tenía el revólver; tomé de ella dos cerillas y rompí un trocito de una, teniendo luego ambas entre pulgar e índice, con sus cabezas al nivel y visibles y sus extremos inferiores invisibles: y la esperé siguiendo mis breves paseos, con las sienes martilleándome y un ceño tan brutal como Azrael y Radamante.

Vino muy pálida, pobrecilla, presurosa y jadeante.

—Leda — le dije, saliéndole al encuentro en medio del senderillo y yendo seguidamente al grano —. Como supones, hemos de partir... para siempre; pues lo veo muy bien que te lo supones. Yo también estoy triste y mi corazón está abrumado... por dejarte... sola... Mas ¡ay!, así debe hacerse.

Su rostro se puso lívido como el de un muerto amortajado, pero al recordar este hecho, recuerdo también que acompañando a su mortal lividez, que hacía destacar sus pecas, había una tenue sonrisa: una sonrisa de seguridad, de desdén... de confianza.

No respondió nada, por lo que proseguí: —Lo he pensado mucho, y he hecho un plan... el cual, no obstante, no puede realizarse sin tu consentimiento y cooperación. Este plan es el siguiente: saldremos de este lugar juntos —esta misma noche— para algún paraje desconocido, alguna ciudad, pongamos a cien millas de aquí, por tren. Allá tomaré dos coches, y tú en uno y yo en otro, iremos por distintos caminos. Tras ello, no seremos capaces nunca, por mucho que lo deseemos, de volver a descubrirnos de nuevo en este ancho mundo. Ese es mi plan.

Me miró a la cara, sin abandonar su sonrisa, no tardando en llegar su respuesta.

—Ilé en el tlen contigo — dijo con decisión —, pelo allá donde me dejes, allá me quédale hasta que me muela, o hasta que Dios te convielta y te envíe de nuevo a mí.

—Lo cual quiere decir que rehusas mi plan.

—Sí — dijo inclinando la cabeza con gran dignidad.

—Bien, has hablado no como una muchacha, Leda, sino ya como una mujer. Pero mira, reflexiona un minuto... ¡Por favor, reflexiona! Si te quedas donde yo te dejara, entonces volvería donde ti, más pronto o más tarde, así que dime... reflexiona primero y luego dímelo... ¿rehusas definitivamente partir a otro lado al mismo tiempo que yo?

Su respuesta fue pronta, fría y firme:

—Sí; lehuso.

Me aparté de ella, descendí el senderillo y volví.

—Entonces — dije —, aquí tengo dos cerillas entre mis dedos; haz el favor de tomar una.

Ahora pareció sentir una sacudida hasta el fondo de su corazón, pues sus ojos se abrieron desmesuradamente, horrorizados... habiendo leído en la Biblia sobre el echar a suertes. Sabía, pues, que ello significaba la muerte para mí, o para ella.

Pero obedeció sin una palabra, después de haber echado por un instante hacia atrás el cuerpo en un sobresalto. Hubo una ligera indecisión en sus decios, que se tendían sobre la mano que yo a mi vez le presentaba. Yo había decidido que si sacaba la más corta de las cerillas debería de morir ella; y si la más larga, moriría yo.

Y sacó la más corta...

Era lo que yo debería haber esperado: pues sé que Dios la ama a ella y me odia a mí.

Pero al instante, después de la conmoción de la enormidad de que yo debería ser su ejecutor, tomé mi resolución: disparar sobre mí mismo también en el momento en que ella cayera, disponiendo así que mi cuerpo cayese a medias sobre ella y a medias a su lado, para que pudiésemos estar siempre juntos. Después de todo, ello no sería tan malo.

Mas, cuando con súbito arranque así el revólver de mi bolsillo, ella no se movió. Sólo sus marchitos labios parecieron temblar, pareciéndome oír un remoto cuchicheo que decía: «Aún no...»

Y yo me quedé con el brazo colgando, con el dedo el gatillo, mirándola. Ella, a su vez, lanzó una ojeada al arma y luego alzó la cabeza fijando sus ojos en mí, aflorando de nuevo a sus labios aquella sonrisa que había desaparecido, mezcla de confianza y de desdén.

Yo esperé a que moviera la boca para decir algo — que cesara aquella sonrisa —, para que pudiera matarla rápida y súbitamente, pero ella no lo quiso; sabiendo que no la mataría sonriendo. Y de pronto, mi compasión y amor por ella se trocó en un extraño resentimiento y cólera, pues estaba eternizándome lo que estaba haciendo por su causa. Y a mi mente acudió el pensamiento: «No eres nada para mí; si quieres morir, debes buscar tu propia muerte, que yo ejecutaré la mía propia.» Y sin decir nada, me marché, dejándola allí.

Mas ahora pienso que todo el sacar a suertes no fue más que una tontería; pienso que jamás podría haberla matado, sonriendo o no, pues a cada cosa y vida es dada una fuerza particular, y una cosa no puede ser más fuerte que su fuerza, por mucho que se esfuerce. Es así de fuerte, y no más fuerte, y ahí acaba la cuestión.

Fui a grandes zancadas al bureau del Gran Bailío, una estancia a unos seis metros del suelo, en la que, aunque estaba oscureciendo, pude ver que eran las seis y media en el reloj de pie; y con el fin de fijar algún momento definitivo para el esfuerzo del acto mortal, dije: «A las siete». Cerré luego la puerta que da a los tres escalones próximos al escritorio y la de la escalera, y me puse a pasearme por la habitación, y como no había gota de aire allá y yo tenía calor hasta el punto de que me parecía estar en un sofoco, me desabroché la camisa y abrí un parteluz de uno de los miradores. Luego a las siete menos veinticinco encendí dos candelabros sobre el escritorio, y me senté a trazar una carta para ella, teniendo el arma a mi mano derecha. Pero apenas había comenzado que me pareció oír un sonido a la puerta de mi izquierda, la que se encontraba ante los tres escalones, algo así como el leve crujir de las zapatillas de ella, y me acerqué a la puerta sigilosamente, pegando el oído a ella, pero no oí nada más. Volví al escritorio y me puse a escribir mi carta, dándole algunas directrices finales para su vida, diciéndole por qué moría, como la amaba más que a mi propia alma, adjurándole a que me amara mientras viviese, y que continuara viviendo para complacerme, pero, que si quisiera morir, lo hiciera cerca de mí — aunque no me detuve a considerar cómo entraría en mi habitación cerrada para hacerlo —. De todos modos, las lágrimas rodaban por mis mejillas, cuando al dirigir una mirada en derredor, la vi en pie en una actitud fantasmal apenas a un metro de mi espalda, resultándome incomprensible y como un milagro que hubiese aparecido de una manera tan absolutamente sigilosa, pues la escalera que veía asomar por el abierto mirador, la conocía muy bien, y tenía más de seis metros y su peso no era ni mucho menos el de una pluma. Sin embargo, no había habido ni el menor ruido de su impacto sobre el alféizar. Sea como fuere, allá estaba ella, pálida como un espectro.

En el instante que mi conciencia se dio cuenta de su presencia, mi mano se tendió instintivamente hacia el arma, pero ella, adelantándoseme, la cogió, huyó, y antes de que la alcanzara, la arrojó por la ventana. Me abalancé también a la ventana, creyendo ver el arma cerca de una roca, corrí luego a la puerta, la abrí de par en par y bajé los peldaños de dos en dos. Recuerdo que me invadió cierto asombro al llegar abajo, por el hecho de que ella no me siguiera, pues como fuese, lo olvidé todo sobre la escalera de mano por la que también podía bajar...

Pero bien pronto se hizo luz en mi memoria, casi al instante, y antes de que saliera de la casa. Pues sonó una detonación... ¡aquella detonación, Dios santo!, y gritando: «¡Buen Dios, ya se cumplió!», di unos traspiés para ir a desplomarme sobre su sangre.

¡Qué noche aquélla... de dedos temblando presurosos, de atolondradas pesquisas e indagaciones, de gemidos e invocaciones a Dios! Pues no había instrumentos, gasas, anestésicos ni antisépticos que yo supiera en el castillo. Y aunque conocía una casa de Montreux donde podría encontrarlos, la distancia era infinita, el tiempo un león en cuyo lapso ella se desangraría hasta la muerte, y, ante mi horror, recordé que aún así había apenas bastante gasolina en el coche, y agotadas las provisiones que habitualmente se disponían en la casa. No obstante, lo hice, dejándola en su cama; pero cómo lo hice y sanó luego, esa es otra cuestión.

De no haber sido yo médico, creo que debería haber muerto: la bala había roto la quinta costilla izquierda y desviádose luego, hallándola yo enterrada en la parte superior de la pared abdominal. Durante un tiempo espantosamente largo, ella permaneció en estado comatoso. En el mismo estado se encontraba aún cuando la llevé a un chalet más allá de Villeneuve, a tres millas de la ladera de una montaña, lugar rústico pero muy saludable que yo conocía, entre un boscaje, pues me

desesperé ante su prolongado colapso y tenía confianza en aquel aire de altura. No dormí, sino que sólo cabeceé y dormité, hasta que al cabo de dos días abrió ella sus ojos y sonrió conmigo.

Y fue entonces que me dije a mí mismo: «¡Esta es la criatura más noble, cuerda y también la más digna de ser amada de todos los seres que Dios ha hecho, y puesto que ha ganado mi vida, quiero vivir... Pero cuando menos, para salvarme, pondré entre nosotros el más ancho océano que haya, por el honor de mi raza, siendo el último, y para volver los triunfos...» Y así, después de sólo cincuenta y cinco días en el chalet, seguimos de nuevo en dirección oeste.

Yo deseaba que ella se quedara en Chillón, teniendo por mi parte la intención de ir a las Américas, donde no podría ser realizado fácilmente un impulso de volver de nuevo; pero ella se negó, diciendo que quería venir conmigo a la costa de Francia: y yo no pude decirla que no.

Y a la costa volvimos al cabo de otros tres días, tres antes del Año Nuevo, habiendo atravesado Francia mediante tracción a vapor y gasolina.

Fue El Havre donde llegamos... con el propósito secreto que yo tenía profundamente oculto en mi corazón, de mi propio ser superior, y que era el de que, hallándose ella en El Havre, y yo en Portsmouth, podíamos conversar aún.

Llegamos zumbando a aquella sombría ciudad en un coche, alrededor de las diez de la noche del 29 de diciembre, con mucho frío, que, como es natural, tenía entumecida a la pobre muchacha. Como yo recordaba algo del lugar, pues antes había estado aquí, conduje a los muelles, cerca de los cuales me detuve en la mansión del alcalde, edificio palaciego que domina el mar, y en el cual durmió ella, ocupando yo otra casa próxima.

Al día siguiente estuve levantado a hora temprana, buscando en la alcaldía un plano de la ciudad, pudiendo así localizar la Central de Teléfonso, dirigiéndome luego a la casa del alcalde, donde encontré un teléfono en una alcoba contigua a un salón Luis XV; y temiendo cualquier debilidad, conecté con el circuito transmisor nuevos elementos del departamento de acumuladores de la Central, una vez hecho lo cual, bajé a los desembarcaderos, eché la vista a un cacharro que me pareció marinero, abrí un almacén, me procuré unas cuantas latas de combustible, y para las tres de la tarde había probado y preparado mi embarcación... un día de agonía amortajado de llovizna y frío. Volví luego a la alcaldía, donde por primera vez durante la jornada la vi. Estaba triste, pero cuando atajé las noticias que me daría, como cada día, al principio fue todo sorpresa e incertidumbre y luego sus ojos se tornaron en blanco al cielo y finalmente risco como un chiquillo; tras lo cual nos demoramos tres horas en la ciudad, tomando de los almacenes y tiendas cuanto pudo desear, hasta que cerniéndose la oscuridad fuimos a bordo.

Y cuando se pusieron en movimiento las máquinas llevándome hacia el puerto exterior, y ella se quedó en pie en el muelle en el grisor inclemente, y ¡oh Dios!, con la inmensa melancolía en su mirada y el lastimero sobresalir del labio inferior, mi corazón se partió, pues no la había dado ni siquiera un beso de despedida, y ella había sido tan buena, tan dócil, tan serenamente aquiescente, como una buena esposa, sin intentar forzar su presencia en el barco. ¡Y yo la abandonaba allá, viuda, solitaria en un continente, parpadeando tras mí!

Seguidamente puse proa a los yermos y desolados campos del mar.

Al llegar a Portsmouth la mañana siguiente, establecí mi residencia en la primera casa en la cual hallé un aparato, una mansión espaciosa frente al muelle, y luego corrí a la Central de Teléfonos, que está próxima al puerto, edificio rojo con un Banco en el piso bajo y la Central en el piso superior. Aquí conecté su número con

el mío, volví a la casa, llamé... y me sentí liberado de un peso, gracias a Dios, al oírla hablar. (Este aparato, no obstante, no me dio plena satisfacción, aunque puse otra batería, y finalmente terminé por poner una cama en la propia Central, trasladando a ésta mi residencia.)

Creo que vive y duerme pendiente del aparato, como yo aquí vivo y duermo, duermo y vivo de la misma manera; y hallándose el mío cerca de una de las ventanas de la playa, al oírla, puedo tender la vista en su dirección sobre el mar, aunque no verla, lo mismo que ella por su parte.

—Buenos días. ¿Estás ahí? — la pregunté esta mañana.

—Buenos días. No: estoy ahí — respondió.

—Pues eso era lo que te preguntaba.

—Pero yo no estoy ahí, sino que estoy ahí —respondió —. ¡Las paladojas del colazón!

—¿Las qué?

—Las paladojas.

—Sigo sin comprender; ¿cómo puedes estar ahí y no estar ahí?

—¿Y si mi oído está aquí y yo en alguna otla palte?

—¿Una operación?

—Sí.

—¿Qué doctor?

—Un especialista.

—¿De oídos?

—¡Colazón!

—¿Y dejas que un especialista del corazón te opere el oído? ¿Cómo te encuentras tras ello?

—Feliz, pelo pol un suspilo. ¿Y tú?

—Muy bien. ¿Dormiste bien?

—Excepto cuando me llamaste a medianoche. Tuve tal sueño...

—¿Qué?

—Soñé que vi dos chiquillos de la misma edad, sólo que no pude vel sus calas, jugando en un bosque...

—Ah, espero que uno de ellos no se llame Caín, pobre muchacha.

—No, ninguno de los dos. Suponte que te cuente una histolia y te diga que uno se llamaba Cayo y el otlo Tibelio, o uno Calos y el otlo Helbelto?

—Ah, bien... ¿Qué vas a hacer durante el día?

—Hace un día magnífico... ¿Y hay buen tiempo en Inglaterra?

—Muy bueno.

—Pues a las once saldlé y cógele floles de plimavela en el palque, y ponelas en el salón; luego ilé a buscal antimonio, pues telminé el alsénico ayel.. ¿Te gustalía estal aquí pala il conmigo?

—Pues no.

—¡Cleo que sí!

—¿Y por qué? Me gusta Inglaterra.

—Pelo Flancia es bonita también, y Flancia desea sel amiga de Inglatela, y está espelando, espelando a que Inglatela venga pala sel amigas. ¿No podía sel negociada alguna aploximación?

—Adiós. Esta charla estropea mi pipa mañanera...

Y así hablamos a través del mar, Dios santo.

En la mañana del 8 de abril, separado ya hace semanas de ella, abordé varias embarcaciones en el puerto interior, con una locura en mi corazón, eligiendo la que me pareció más rápida, uno de los pequeños «vapores» atlánticos llamado Stettin,

y que también vi que necesitaba lo menos posible de repaso y combustible para hacerme al mar, pues el barco con el que había venido a Inglaterra era un cascajo, y gracias que había podido zafarme de él y quedar tranquilo.

Con manos expeditas trabajé aquel día, y me parece que quedé de cenizas hasta los labios, pero para las dos y media había acabado y para las tres me hallaba costeando en dirección a Southampton, no habiendo dicho ni media palabra por teléfono sobre ir, ni sobre mi alma culpable, aunque en las profundidades de mi ser sentía este hecho, y calculando la velocidad de mi embarcación y la distancia a que El Havre se encontraba, debía hallarme en su muelle para las siete de la mañana.

Y cuando estuve ya en la airosa y brillante mar abierta, comencé a vociferar en dirección a ella «Ahí voy», y supe que ella podía oír, y que su corazón brincaba a mi encuentro, pues el mío brincaba también y sentía su respuesta.

El sol descendió y se puso. Yo estaba cansado de la tarea del día y de estar en pie al viento en la rueda del timón, no podía ver aún la costa de Francia, y una idea me asaltó; y al cabo de un cuarto de hora, giré la embarcación en redondo, con mi rostro contraído de dolor, Dios lo sabe, como un prisionero cuyos dedos estuvieran siendo retorcidos, y su cuerpo estirado en el potro y su carne apretada con tenazas; y caí sobre el piso del puente contorsionado por la angustia; pues no podía ir a ella. Mas al cabo de un tiempo, pasó aquel paroxismo, y me levanté hosco y resentido, para volver a mi puesto en la rueda y gobernar de nuevo rumbo a Inglaterra, con una firme resolución ahora en mi pecho, diciéndome: «No, nunca más; si pudiese soportarlo, lo haría; pero es imposible, ¿cómo lo podré? Mañana por la noche, cuando el sol se ponga... sin falta, Dios me valga... me mataré».

Así acabó ello, buen Dios.

En la mañana del siguiente día, el 19, habiendo llegado yo a Porstmouth hacia las once de la noche anterior, al darle a ella los «Buenos días», ella respondió «Buenos días» también, pero sin añadir otra palabra. Yo dije:

—Se me rompió la cazoleta de mi narguilé ayer y he de intentar componerla hoy.

Sin respuesta.

—¿Estás ahí? — pregunté.

—¿Por qué no hablas entonces?

—¿Dónde estuviste ayel? —- preguntó ella.

—Fui a un pequeño crucero en la rada.

Silencio por espacio de tres minutos y luego su voz:

—¿Qué es lo que sucede?

—¿Suceder?

—¡Dime! — respondió con tal intensidad y rabia que me hizo estremecer.

—Nada para contarse, Leda.

—¿Cómo puedes sel tan cluel? — gritó ella.

Había angustia en su grito, y pensé en cómo mañana llamaría ella y no tendría respuesta; cómo volvería a llamar de nuevo, y tampoco; y todo el día repetidamente, en vano, y siempre, con el cabello blanco colgándole sobre los ojos frenéticos, golpeando con imprecaciones las puertas de un universo que respondería incesantemente a sus aullidos sólo con el aullido de su mudez insondable. Y por pura compasión, Dios mío, no pude evitar sollozar para mí mismo: «¡Qué Dios se apiade de ti, mujer!»

No sé si lo oyó, mas ahora creo que debió haberlo oído, pero no provino respuesta alguna. Y yo, temblando como la muerte amortajada, quedé a la espera de su siguiente manifestación, esperando largo tiempo, temiendo, pensando que si ella sollozaba sólo una vez, yo me caería muerto donde estaba o me mordería la

lengua hasta partírmela, o proferiría la risa de la locura. Pero cuando por fin, al cabo de cuarenta minutos o más, habló ella, su voz era perfectamente firme y serena.

—¿Estás ahí? — dijo.

—Sí — respondí —. Sí, Leda.

—¿De qué colol ela — preguntó — la nube de veneno que destluyó el mundo? ¿Púlpula, no es así?

—Sí, púrpura, Leda.

—Y con un olol a almendlas, ¿no es eso?

—Sí — respondí —. Sí.

—Entonces — dijo —, hay otla elupción. De cuando en cuando palecen olelse bocanadas como esa... y hay un vapol en el este que lesplandece... es púlpula; mila si puedes vello...

Me abalancé por la estancia a una ventana que daba al este y la abrí para mirar, pero hallándose la vista cortada por la fachada posterior de unos almacenes, corrí de nuevo al teléfono, la dije jadeante que esperase y fue como una tromba escaleras abajo, corriendo a donde podía alcanzar una buena vista al este, hasta que al fin llegué al semáforo y subí a su cúspide, echando los bofes. Miré a lo lejos, pero sólo pude contemplar todo el cielo despejado, excepto por un apelotonamiento de nubes al noroeste, y el sol destellando en un espacio de pálido azul, por lo que de nuevo volé a donde ella, para decirle:

—¡No puedo verla...!

—Entonces es que no se ha desplazado todavía lo bastante al noroeste — respondió.

—¡Esposa mía! — grité inconteniblemente —. ¡Ahora eres mi esposa!

—¿Lo soy, por fin...? ¿Pero no he de morir?

—¡No! ¡Puedes escapar! ¡Corazón mío! Piensa si solamente pudiéramos estar juntos durante una hora y reposar luego para siempre en el mismo lecho, corazón con corazón... ¡cuan dulce!

—¡Sí, dulce! ¿Pero cómo escapar?

—Se desplazó antes lentamente... Vé pronto a esa embarcación que está bajo la grúa; ya me has visto manipular a mí el aire líquido; aquella manecilla bajo la esfera; toma aceite de aquel almacén cerca de la torre del reloj y empapa con él cuanto esté roñoso... pero no pierdas tiempo; puedes gobernar con la caña del timón y la brújula, rumbo noroeste-norte; saldré a tu encuentro en el mar; anda, date prisa, yo voy también...

Yo estaba loco de felicidad. Me imaginaba tomándola en mis brazos y teniendo sus pecas contra mi cara, paladeando sus labios, gimiendo de dicha y diciéndola en un cuchicheo: «Esposa mía». Y hasta cuando supe que se había marchado del teléfono ya, yo me quedé aún allí voceando roncamente: «¡Esposa mía! ¡Esposa mía!»

Bajé volando y lleno de confianza a donde estaba amarrada la embarcación que me había transportado el día anterior, pues como su velocidad unida a la de la embarcación de Leda, debía ser de cuarenta nudos, deberíamos encontrarnos en tres horas. No tenía el menor temor que su vida cesara antes de nuestro encuentro; pues aparte de los progresos graduales del vapor aquella primera vez, yo gozaba por anticipado en mi amor, confiando en que vendría con toda seguridad, y no faltaría, de la misma manera que los santos agonizantes gozan por anticipado de la vida eterna y tienen ciega fe en ella.

Apenas estuve a bordo del Stettin que sus máquinas se hallaban a lo que equivale a «toda presión», y aunque el día anterior apenas me habría sorprendido

en ningún momento ser llevado a las nubes por alguna explosión de sus herrumbrosos tanques, en estos momentos tal aprensión no pasó ni siquiera por mi mente, pues sabía que yo era inmortal hasta que la viera.

El mar estaba en completa calma, como la víspera, y parecía aún más plácido y el firmamento más brillante, y había un cabrilleo de risas en la brisa que lo besaba rizándolo en franjas, como frissons de cosquillas. Y pensé que la mañana era una auténtica mañana de esponsales, y recordé que era sábado, y pensé también que no faltarían aromas nupciales de almendras y melocotón, aunque, mirando hacia el este no pude divisar el fulgor de ninguna nube purpúrea, sino solamente remolinos de gasa bajo el sol. Y sería una boda eterna, pues un día sería para nosotros como mil años, y nuestros mil años de deleite un día, pues en la tarde de esa eternidad, la muerte nos visitaría, posaría su dedo sobre nuestros párpados y moriríamos cansados de placer. Y toda clase de danzas, las vivas y alborozadas y hasta las solemnes gavotas se dieron rienda suelta en mi corazón aquel día; y como cuando al ir del cuarto de derrotas al puente vi bajo una mesa un rollo de viejas banderas, empavesé la embarcación, formando un arco de gala; y el mar formaba tras mí su estela de leche revuelta, y yo me apresuraba al encuentro de mi amada.

No pude observar nube púrpura alguna, cuando seguí avanzando por espacio de dos horas en dirección constante al sur; pero en la cálida hora meridiana, divisé desde la amura de proa, y a través del anteojo, algo que se movía a través del agua. Y eras tú, ¡oh, Leda, aliento de mi espíritu, quien venía hacia mí!

Al llegar cerca de ella, agitando las manos, la vi pronto en pie como un antiguo marinero, pero en muselinas flotantes, al timón sobre el puente de su embarcación — una de esas pequeñas de la travesía El Havre-Amberes, de elevadas amuras — y agitando por su parte una pequeña cosa blanca, hasta que pude ver su rostro y su sonrisa. La dije que se detuviera y yo me detuve también en un minuto, y mediante feliz maniobra abordé su embarcación y corrí a ella, y en cubierta, sin decir nada, caí de rodillas ante ella y humillé mi frente hasta el suelo, con obediencia, adorándola como al Cielo.

Y nos desposamos; pues ella también dobló la rodilla conmigo bajo aquel firmamento jubiloso. Bajo sus ojos había los húmedos semicírculos de fatiga, ensueño y cavilación, tan queridos y femeninos. Y Dios estaba allí y la vio arrodillarse; pues El ama a la muchacha.

Luego puse las dos embarcaciones aparte, y así quedaron separadas algunos metros durante el día, mientras nosotros nos instalamos en un camarote principal, cerrando yo la puerta para que nadie pudiera entrar donde nos encontrábamos mi amor y yo.

—Primero — le dije —, huiremos al oeste, a alguna de las minas de carbón del condado de Somerset, o a las de estaño de Cornwall, donde dispondremos una barricada contra la nube, aprovisionándonos para meses, pues podemos hacerlo ya que disponemos de tiempo y estamos solos, sin muchedumbres que echen abajo nuestro refugio; allí en la profundidad viviremos tranquila y dulcemente hasta que haya pasado el desastre.

Y ella sonrió, pasó su mano por mi rostro y dijo:

—No, no. ¿Es que no confías en mi Dios? ¿Es que clees que lealmente me dejalía molil?

Pues ella se ha apropiado para sí misma a Dios Todopoderoso, llamándole «mi Dios»... y ¡ay!, generalmente sabe también lo que está diciendo, y no quería huir de la nube.

Y ahora me encuentro yo escribiendo tres semanas después en una pequeña localidad llamada Château-les-Roses, no habiendo llegado hasta la fecha ni nube venenosa, ni el menor síntoma de ella.

Pudiera ser que ella supusiera que yo estaba a punto de destruirme y hubiera sido capaz... Pero no, no lo comprende, ni tampoco le preguntaré nunca.

Pero esto sí que lo comprendo: que es el Blanco el amo aquí; que aunque venció sólo por un pelo, sin embargo venció; y puesto que El ha vencido, danza, danza, corazón mío.

Pienso en una raza que se parezca a su madre; de vivo espíritu, de mente clara, pía... como ella, todo humana, ambidextra, ambicéfala, de dos ojos... como ella; y si, como ella, sus componentes hablan el inglés con la r convertida en l, esto será estupendo, también.

Habrá comedores del fruto, supongo, cuando la carne que hay ahora se haya comido; pero no es conocido que la carne es buena para los hombres; y si es realmente buena, entonces la inventarán; pues ellos serán hijas de ella, y ella, lo juro, toda sabiduría hasta el círculo más exterior en el cual está ordenado gire en su órbita el órgano de la mujer.

Hubo un «predicador» — era un escocés llamado Macintosh o algo por el estilo — quien dijo que el último fin del hombre estaría bien, y muy bien. Y ella dice lo mismo; y el acuerdo de ambos forma una verdad. A lo cual yo ahora digo: Amén, Amén, Amén.

Pues yo, Adán Jeffson, padre de una raza, dispongo, ordeno y decreto para todo tiempo, percibiéndolo ahora: que la única divisa y consigna idónea para el desenfreno y odisea de la Vida en general, y en especial para la raza de los hombres, fue siempre, y sigue siendo ésta: «Aunque El me mate, sin embargo yo confiaré en El».

FIN